
STAR WARS
MAESTRO
& APRENDIZ
CLAUDIA GRAY
Planeta

UNA OFERTA INESPERADA AMENAZA LA RELACIÓN ENTRE QI-GON JINN Y OBI-WAN KENOBI MIENTRAS LOS DOS JEDI REALIZAN UNA PELIGROSA MISIÓN.

Un Jedi tiene que ser un guerrero intrépido, guardián de la justicia y erudito en los caminos de la Fuerza. Pero tal vez el deber más esencial de un Jedi sea transmitir lo que aprendió. El Maestro Yoda entrenó a Dooku; Dooku entrenó a Qui-Gon Jinn y ahora Qui-Gon tiene a su propio padawan. Qui-Gon ha enfrentado todo tipo de amenazas y peligros como Jedi, pero nunca tuvo tanto miedo como ahora ante la idea de fallarle a su aprendiz.

Obi-Wan Kenobi posee un profundo respeto por su maestro, aunque no logra entenderlo. ¿Por qué Qui-Gon ignora las leyes que ciñen a los Jedi tan frecuentemente? ¿Por qué se siente atraído por las antiguas profecías Jedi en lugar de enfocarse en asuntos más prácticos? ¿Y por qué no le dijo a Obi-Wan que estaba considerando aceptar la invitación a integrarse al Consejo Jedi, aun sabiendo que eso significaría el final de su relación? La respuesta más simple le aterra: Obi-Wan le falló a su maestro.

Cuando el Jedi Rael Averross, otro aprendiz de Dooku, solicita su ayuda ante una disputa política, Jinn y Kenobi viajan a la corte real de Pijal para la que podría ser la última misión que realicen juntos. La que debería ser una tarea simple se enturbia de pronto por un engaño y las visiones de un violento desastre que se apoderan de la mente de Qui-Gon. La fe de Obi-Wan se pone a prueba en la misma medida que el fervor de su maestro en las profecías aumenta. Pronto surge una amenaza que exigirá que maestro y aprendiz se unan más que nunca o se separen para siempre.



Maestro y aprendiz



Claudia Gray



NUEVO CANON

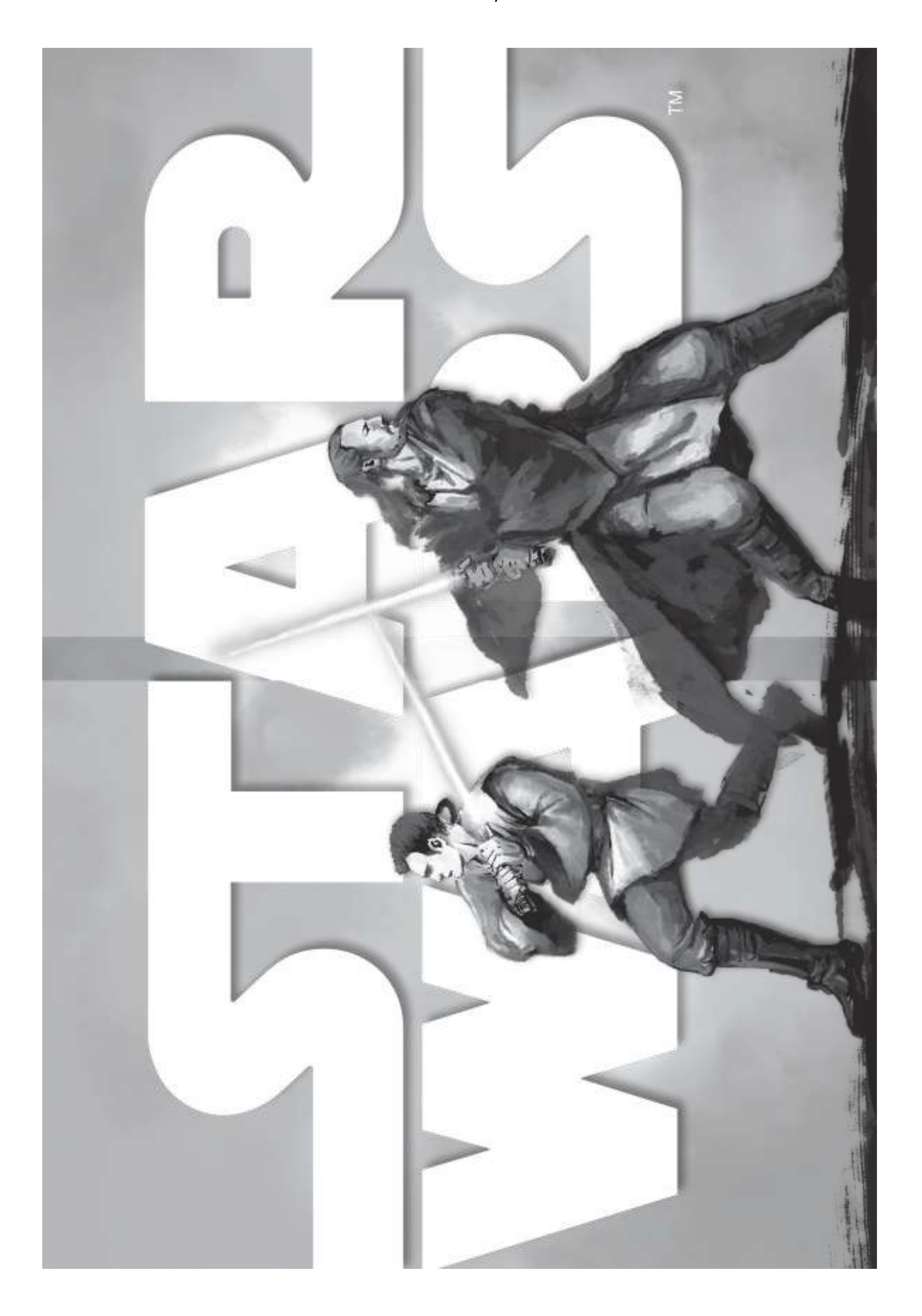
Esta historia forma parte del Nuevo Canon.

Título original: *Master & Apprentice*
Autora: Claudia Gray
Arte de portada: Alice X. Zhang y Scott Biel
Traducción: Gloria Estela Padilla Sierra
Publicación del original: abril 2019

40 años antes de la batalla de Yavin

Revisión: Klorel
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.1
22.01.20
Base LSW v2.22

Declaración


STAR
WARS

Los sueños proféticos son posibles a través de la iluminación del intelecto activo por encima de nuestra alma.

—Ibn Rushd, también conocido como Averroes

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

Es una época de paz. La REPÚBLICA GALÁCTICA, que ha gobernado durante miles de años, trajo prosperidad a muchos mundos y oportunidades para la mayoría. Solo unos cuantos asomos de conflicto ensombrecen a la galaxia, pero están bajo el control de los CABALLEROS JEDI, los guardianes de la paz y la justicia en toda la República.

Uno de esos conflictos emerge en el planeta Teth con una fuente de corrupción que amenaza a muchos sistemas cercanos. El Consejo Jedi envía a QUI-GON JINN y a su joven padawan a investigar, pero las facciones delictivas de Teth prefieren no cooperar…

CAPÍTULO UNO



No existe emoción, sino paz.
No existe ignorancia, sino conocimiento.
No existe pasión, sino serenidad.
No existe caos, sino armonía.

—

«Quien haya escrito el Código Jedi», pensó Qui-Gon Jinn, «nunca tuvo que lidiar con los Hutt».

Corrió por el pasillo de piedra del complejo Hutt mientras el sonido de los rayos de los blásteres hacía eco a su espalda y resplandores de luz roja iluminaban la oscuridad como relámpagos de calor. Pronto quienes lo perseguían darían vuelta en la esquina y lo tendrían en la mira, por lo que era un buen momento para apresurarse a cruzar la puerta más cercana.

—¡Obi-Wan! —gritó—. ¡A la izquierda!

—Sí, maestro —jadeó el chico, que iba apenas unos pasos atrás de él.

«¿Ya le falta el aire?», pensó Qui-Gon mientras corría por las escaleras que lo llevarían al área exterior, la más moderna del complejo. Hasta el momento, su escape había consistido solo en una carrera de tres minutos y, por supuesto, en escalar un muro de veinte metros. Sin embargo, en el estado meditativo correcto, eso no tendría por qué ser difícil.

«Obi-Wan todavía no perfecciona la meditación en combate», se recordó Qui-Gon al tiempo que los pasos de su padawan resonaban detrás de él en la larga escalera. «A su edad yo ya podía…».

El maestro se contuvo. Las comparaciones entre su propio entrenamiento y el de Obi-Wan no eran constructivas. Cada individuo sigue un camino diferente hacia la Fuerza. Lo que necesitaba era concentrarse en la ruta que debían seguir para salir de ahí.

La luz que entraba debajo de ellos a través de la puerta abierta penetró la oscuridad que los rodeaba. Qui-Gon tomó su sable de luz y, al activarlo, se iluminó la escalera. Obi-Wan lo imitó un segundo después, justo a tiempo para que salieran corriendo hacia lo que resultó ser un salón muy grande y abarrotado. Era, en específico, uno de los salones donde los Hutt fumaban sus pipas de agua.

El humo pesado y dulce nublaba el aire. Los músicos tocaban sobre diversas plataformas suspendidas que, a diferentes alturas, flotaban arriba de los ocupantes aturdidos por las especias que estaban fumando. Encima de su tarima dorada, Wanbo el Hutt inhalaba el humo suficiente para llenar sus tres pulmones. Nadie estaba lo

mínimamente alerta como para percatarse de inmediato de los dos Caballeros Jedi que aparecieron sobre ellos.

—

Sin embargo, los sables de luz atraían la atención.

—*¡Apa hoohah gardo!* —berreó Wambo, y los señaló con movimientos adormilados de la cola. Uno de sus guardias gamorreanos lanzó un chillido y caminó con movimientos bamboleantes hacia ellos para interceptarlos al pie de las escaleras. Esto le preocupó menos a Qui-Gon que los pesados golpes de media docena de guardias humanos sobre los escalones, a una distancia de apenas unos segundos de alcanzarlos, además de los dos gamorreanos adicionales en la puerta.

—¡Salta! —gritó Qui-Gon, al tiempo que brincaba sobre el salón hacia una de las plataformas de la banda ocupada en ese momento por la sección de metales. Los kitonak se tambalearon alarmados y uno de ellos cayó por el borde de la plataforma hacia el foso lleno de almohadones sucios que rodeaban a Wambo. Aterrizó encima de un trandoshano que emitió un chillido de protesta. Sin embargo, la mayor parte del aturdido grupo apenas pareció darse cuenta.

El maestro miró hacia atrás. El salto de Obi-Wan lo llevó a una plataforma donde un shawda ubb tocaba la armónica growdi. Por desgracia, esta era una especie más implacable de músicos y, mientras dos de sus extremidades seguían firmemente apoyadas en la armónica, con la otra empezó a lanzar golpes. Luego escupió a Obi-Wan.

«Veneno», pensó Qui-Gon horrorizado, pero su padawan lo esquivó con facilidad. Tenía excelentes reflejos y, aunque carecía de serenidad en la batalla, no le faltaban instintos.

Al momento en que los guardias humanos aparecieron en las escaleras, Qui-Gon gritó:

—¡Ocúpate de la puerta!

Al decir eso, pisó el control de la plataforma, enviándola a gran velocidad contra ellos. En medio de la refriega, apeló a la profunda tranquilidad interna, al alma del universo que siempre escuchaba y siempre respondía.

Sin pensarlo de manera consciente o siquiera apuntar su arma, levantó su sable de luz y lo movió a un lado y otro, arriba y abajo, bloqueando cada tiro de bláster. Abrían fuego cada vez más rápido, pero él podía percibir cada disparo antes de que ocurriera. Su confianza no era algo que compartieran los músicos kitonak restantes, quienes saltaron de la plataforma. Qué bueno, así podría concentrarse solo en su propia seguridad y en la de su padawan. Claro que Obi-Wan podía cuidar de sí mismo.

O eso creía Qui-Gon dos segundos antes de que su aprendiz bajara en picada hacia los controles de la puerta y los penetrara con su sable de luz, derritiéndolos desde dentro. «¡Maldita sea!», pensó.

—¡Quise decir que te ocuparas de los guardias en la puerta!

—¡Pudo habérmelo dicho! —gritó su discípulo.

Era cierto. «¡Siempre pide instrucciones específicas! ¿Tiene que ser tan literal?». Pero eso importaba poco debido a los dos gamorreanos que seguían interponiéndose entre ellos y su mejor ruta de escape. Peor aún, parecía ser que el panel de control gobernaba no solo la puerta, sino también las plataformas flotantes que empezaron a enloquecer. Qui-Gon se tambaleó cuando su plataforma se inclinó de forma pronunciada hacia la izquierda, pero conservó el equilibrio, aunque apenas. Un rayo de bláster pasó quemando a su lado hasta volar un trozo de pared que empezó a lanzar humo. Incluso ese disparo fallido era demasiado.

«No hay tiempo para situaciones hipotéticas», se recordó Qui-Gon. «No existen ni el pasado ni el futuro. Únicamente el presente».

Obi-Wan no parecía estar tratando de calmarse. Parecía todo *menos* tranquilo. Entonces, saltó de su plataforma a instantes de que lanzara al shawda ubb y su armónica contra la pared, produciendo un estallido musical. Sin embargo, cortó de tajo el hacha de uno de los gamorreanos y el brazo del otro, lo cual hizo que el primero saliera gritando aterrorizado.

Esto por fin logró penetrar la bruma de especias y estupidez en el cerebro de Wambo el Hutt.

—*¡Hopa! ¡Kickeeyuna Jedi killee!*

Los gamorreanos de las escaleras empezaron a bajar aporreando los escalones, sin duda para atrapar a Qui-Gon cuando cayera de su plataforma enloquecidamente torcida.

—¿Maestro? —gritó Obi-Wan—. ¿Está bien?

—¡Consíguenos una nave si puedes!

Obi-Wan, asintiendo, obedeció y salió a toda velocidad del antro de especias hacia el laberíntico palacio Hutt de Teth.

—

Qui-Gon se aferró al borde de la plataforma mientras volaba de nuevo hacia Wambo. Unas cuantas personas abajo empezaron a reírse del ridículo espectáculo que representaba un Jedi colgado de la plataforma flotante de los músicos. «Qué bueno que se rían. Es mejor que sigan distraídos», pensó mientras encendía una unidad de rastreo en su cinturón.

Su plataforma flotante pasó zumbando hacia otra que permanecía principalmente fija y donde un kitonak se acuclillaba protegiéndose con su cuerno kloo sobre la cabeza. Qui-Gon saltó a esa plataforma, que estaba un metro por debajo y aproximadamente al centro del salón. Desde allí, pudo equilibrarse para brincar hacia arriba y más adelante, hasta aterrizar de pie en la tarima detrás de Wanbo, con su sable de luz a unos centímetros de la garganta rolliza del Hutt.

—*¡Ap-xmai nudchan!* —dijo Wanbo mientras intentaba voltear, cosa nada fácil para los Hutt, pero Qui-Gon le acercó más su sable. El calor de la hoja debió ser palpable

incluso a través de su gruesa piel, porque el Hutt se quedó inmóvil. Los guardias humanos y gamorreanos también se quedaron quietos. La mayoría de los adictos a las especias se sentaron, finalmente interesados en lo que estaba pasando, aunque, por lo menos, una mujer tirada en el suelo seguía mirando al techo con la boca abierta en una sonrisa drogada. Las dos últimas plataformas chocaron con los muros y cayeron sin dejar víctimas que el Jedi pudiera detectar.

Wanbo se quedó callado, esperando a que su captor le indicara sus intenciones. Sin su mayordomo, el Hutt no tenía idea de cómo manejar cualquier crisis.

—Ahora que atraje tu atención —dijo Qui-Gon— quisiera discutir mi salida de este palacio.

—*Chuba, jah-jee bargon* —respondió Wanbo de mal ánimo, lo cual se traducía más o menos como: «Muy bien, estoy listo para verte partir».

—El sentimiento es mutuo. Perfecto, me llevaré esta tarima hasta el hangar del complejo. —Por fortuna, con frecuencia esas plataformas pueden elevarse o descender entre pisos, lo cual permite que los Hutt permanezcan inmóviles. Qui-Gon se dirigió a los demás en el salón—. Mi nave me estará esperando allí y Wanbo me servirá muy bien como escudo para cualquier ráfaga que planeen lanzarme.

—

—*¿Stuka Jedi poonoo juliminmee?* —murmuró Wanbo. «¿Desde cuándo los Jedi toman rehenes?».

No era el tipo de cosa que los Jedi hicieran comúnmente, ni el tipo de maniobra que le gustara emplear a Qui-Gon, además de que definitivamente no sería algo que le gustaría saber al Consejo Jedi cuando él y Obi-Wan regresaran a Coruscant. Pero Qui-Gon adaptaba sus tácticas a sus oponentes. Contra los Hutt, cuya enorme riqueza se derivaba únicamente de la desgracia de otros seres, se sentía en libertad de hacer lo que fuera para sobrevivir.

—Desde ahora, parece ser que sí —respondió a la ligera. Dicho eso, pisó los controles y los paneles del suelo se movieron por debajo de ellos. Los pequeños brazos de Wanbo se crisparon cuando la plataforma descendió de su antro de especias hacia el hangar del complejo. Al mirar hacia arriba, Qui-Gon pudo ver que varias criaturas miraban el espectáculo con ojos asombrados.

Luego volvió su atención hacia el hangar, donde vio a Obi-Wan rodeado de cinco guardias humanos bien entrenados, a juzgar por su posición de ataque. Aunque su padawan seguía con su sable de luz en alto, no podía avanzar hacia las naves y defenderse al mismo tiempo. Los ojos de Obi-Wan se cruzaron por un instante con los de su maestro y luego volteó hacia sus atacantes.

Parado a un lado estaba Thurible, el mayordomo humano de Wanbo, que tenía las manos entrelazadas al frente y la sonrisa relajada.

—Maestro Jinn —dijo con voz educada y amable—. Que afortunado es tener a ambos Jedi al mismo tiempo.

Obi-Wan se tensó, sin duda preparándose para luchar. Qui-Gon tan solo sonrió.

—Muy afortunado —le respondió a Thurible, pero mantuvo el sable de luz cerca de la garganta de Wanbo—. En especial cuando mi unidad de rastreo lleva ya un buen tiempo transmitiendo. El Consejo Jedi no puede participar directamente, por supuesto, pero sí podrán revisar todo lo que ha sucedido hasta ahora. Y todo lo que pasará. Es casi como si estuvieran aquí.

La sonrisa de Thurible titubeó por un instante y los guardias gamorreanos se movieron nerviosos sobre las zarpas de sus pies. En cuanto Qui-Gon descubrió las bitácoras de embarque en los registros de Teth, las fuerzas de Wanbo los atacaron. Desde un inicio, Thurible había incluido esa contingencia en su plan, que había puesto en marcha en cuanto se dio cuenta de que los registros falsos no engañaban a nadie. La estratagema original seguramente había sido informar que los dos Jedi «desaparecieron en circunstancias desconocidas» a fin de ocultar su asesinato, pero ni siquiera los Hutt eran lo bastante descarados como para matar abiertamente a unos Caballeros Jedi.

En apenas un segundo, el mayordomo había recuperado la calma.

—Parece ser que tomó como rehén a mi jefe y yo, por mi parte, tomé como rehén a su alumno. Al parecer estamos en un punto muerto, ¿no es cierto?

En lugar de iniciar una contienda para salir, Qui-Gon tendría que pactar, y tendría que hacerlo con los Hutt. Era lo único que podía hacer para no jadear de rabia.

—

Una hora después, estaba sentado en la oficina del mayordomo y tomaba un té con absoluta tranquilidad.

—Estos malentendidos son tan desafortunados —dijo Thurible mientras caminaba lentamente junto a la pared curva de piedra de su oficina, como un peregrino que medita al tiempo que recorre una senda. Irradiaba una confianza tranquila más semejante a la de otro Jedi que a la del brazo derecho de un líder criminal—. En el pasado tuvimos problemas con la seguridad y los guardias… bueno, de vez en cuando dejan que su cautela se convierta en paranoia.

—No me diga —respondió Qui-Gon mientras levantaba una ceja—. ¿Qué razón podrían tener en Teth para sentir paranoia? Los Hutt controlan este sitio.

—Es posible que le sorprenda —dijo Thurible— pero el equilibrio de poder cambia constantemente. Ninguno de nosotros puede permitirse dar algo por sentado.

Casi siempre los mayordomos de los Hutt eran lacayos desventurados que interferían con los funcionarios locales y adulaban con sonrisas afectadas a los poderosos, sin ejercer autoridad independiente en absoluto. Según lo que podía deducir Qui-Gon, el plazo promedio en que un mayordomo permanecía en su puesto era de unos cuantos meses, que también era la esperanza de vida de los mayordomos en general. Tarde o temprano —o

más temprano que tarde— aceptaban sobornos, los traicionaban o los ejecutaban por alguna causa, o los asesinaban sin razón alguna cuando el Hutt en cuestión perdía los estribos.

Thurible era diferente. Wanbo el Hutt mantenía su posición gracias únicamente al nepotismo; era incapaz de dirigir un cártel debido tanto a su diminuto cerebro como a su enorme adicción a las especias. Según Qui-Gon, fue por pura suerte que contratara a un individuo tan inteligente, astuto e inmoral como el más poderoso de los Hutt. Se vestía como poeta o artista, aunque uno muy próspero, y hablaba con más elegancia que un aristócrata de Coruscant. Sin embargo, todos en el sector sabían que detentaba el verdadero poder en Teth. Aunque, por supuesto, era demasiado inteligente como para que eso saliera de su propia boca.

Habían liberado a Obi-Wan para salvar a Wanbo, y viceversa. La única manera en que Thurible pudiera lograr esto y salvar las apariencias era simular que el ataque había sido espontáneo. Hasta que salieran de ese planeta, lo más sabio era seguirle la corriente, aunque si ahora Thurible creía tener la ventaja sobre Qui-Gon, estaba muy equivocado.

—De nuevo, me disculpo por el terrible malentendido —indicó Thurible con soltura. Su largo caftán de color naranja oscuro arrastraba apenas por encima del suelo, revelando asomos de sus pies descalzos mientras seguía caminando—. Le aseguro que se castigará como corresponde a los guardias, aunque se les perdonará la vida de acuerdo con las costumbres de los Jedi.

—Me complace saberlo. —Qui-Gon dio otro sorbo a su té antes de añadir—: No hay necesidad de que este desafortunado malentendido nuble el resto de nuestro viaje.

Thurible sonrió e hizo una reverencia, por lo que sus rizos negros cayeron alrededor de su rostro.

—Usted es la generosidad encarnada.

—Eso me han dicho —respondió Qui-Gon con actitud irónica—. También sigo muy interesado precisamente en lo que sucede con los embarques agrícolas por la ruta de comercio de Triellus. En especial en vista de que los registros de envío en los sistemas cercanos parecen ser… ¿cómo decirlo?, muy imprecisos.

El cambio súbito a la ofensiva no le causó a Thurible ni un parpadeo.

—También a nosotros nos da curiosidad eso. Tener tantas naves que desaparecen de manera tan repentina. Estoy seguro que es alarmante para la República.

—«Alarmante» quizá sea una palabra demasiado fuerte. Pero esas desapariciones sí provocan una alteración y, en última instancia, la República tomará las medidas que considere necesarias para proteger los envíos.

Thurible inclinó de nuevo la cabeza, aunque no conservó el tono servil al responderle.

—Qué bueno saber que la República protege tan bien a sus muchos ciudadanos.

Era obvio que Qui-Gon estaba enterado de que los Hutt capturaban y se adueñaban de esos envíos para vender los alimentos a planetas independientes y en apuros más allá del Borde Exterior. Thurible también se daba cuenta de que el Jedi lo sabía, pero mientras pudiera hacer que los Hutt se detuvieran, aunque fuera por el momento, no tenía caso

desafiarlo de manera directa. Eso solo conduciría a un derramamiento de sangre y, al final, la República seguiría triunfante y fuerte. Los Hutt saldrían en desbandada y huirían durante meses en medio de luchas intestinas, al final de lo cual surgiría un nuevo conjunto de líderes criminales que se comportarían exactamente del mismo modo.

—A veces —murmuró Qui-Gon— parece como si nada en la galaxia pudiera llegar a cambiar.

Thurible se enderezó, obviamente inseguro sobre cómo interpretar el cambio de tema. Entrelazó las manos y frunció sus oscuras cejas.

—¿De verdad lo piensa, Jedi?

Hubo una época en que Qui-Gon creyó que los grandes cambios transformadores eran posibles y que los místicos Jedi los habían pronosticado miles de años antes. Qué joven había sido. Cuán inocente y optimista. Pero el tiempo le había enseñado otra cosa.

—Nada permanece estático —afirmó Qui-Gon—, pero los seres sensibles siempre seguirán iguales.

Thurible negó con la cabeza.

—Los cambios llegan cuando menos los esperamos, pero llegan. —En ese momento estaba más en guardia que cuando el Jedi tenía su sable de luz contra el cuello de Wanbo. Sus oscuros ojos examinaron a Qui-Gon buscando algo imposible de adivinar—. ¿Quién sabe cuántas transformaciones nos falta por ver durante nuestra vida?

CAPÍTULO DOS



—Alderaan es un bonito lugar —dijo Rahara Wick mientras el *Meryx* se alejaba del planeta—. Es hermoso. Sereno.

—Por no mencionar «incauto» —añadió Pax Maripher con deleite—. Eso es lo que más me gusta de un planeta.

—Qué bueno, porque es el último lugar donde querría meterme en problemas.

—¿Por qué? —preguntó Pax mientras le fruncía el ceño—. Enfrentamos castigos bastante más severos en casi cualquier otra parte.

Rahara cruzó los brazos.

—Sí, pero en Alderaan no podemos salirnos con la nuestra con un soborno.

—Son *horriblemente* morales, ¿no crees? Ese no es lugar para ti ni para mí —dijo él con una sonrisa traviesa. A veces le gustaba fingir que eran más delincuentes de lo que eran en realidad.

Rahara, por el otro lado, prefería a veces fingir que no eran delincuentes en absoluto. Después de todo no dañaban a nadie. No robaban nada de valor de los mundos que visitaban, solo rocas, aunque lo que se considera roca en un planeta es una joya en otro.

Por ejemplo, estaba el caso de Alderaan. Su continente archipiélago estaba prácticamente cubierto de piedras blanquecinas y finas que se utilizaban con más frecuencia como grava. Pero si esas piedras se llevan a Rodia y se las muestran a los rodianos, cuyos ojos detectan algunas longitudes de onda que los humanos no pueden captar, se convierten en gemas espectaculares, iridiscentes y brillantes. Para ellos son piedras preciosas.

Hace miles de años, en los tiempos de las leyendas, cuando los Sith seguían gobernando gran parte de la galaxia, las piedras preciosas se comerciaban libremente. Pero inundar el mercado con un producto precioso tendía a destruir su valor. A veces se llegaba al saqueo generalizado o a minar de manera ilícita los planetas cuyas piedras comunes eran extraordinarias en otra parte. Una afluencia de ciertas joyas podía llegar incluso a crear el colapso de la economía de un planeta. Así que se establecieron reglas estrictas para regular, o incluso prohibir, el comercio de la mayoría de las piedras preciosas.

Ella y Pax simplemente hacían de cuenta que esas reglas no existían. No causarían el colapso de la economía de todo un planeta, por lo menos no si solo eran ellos dos. Como Pax le dijo cuando la contrató como copiloto y analista: «¿Quién se enterará si tomamos lo poco que podría caber en la bodega del *Meryx*? ¿Quién se volverá más pobre? Nadie. Entonces, ¿por qué nosotros no podemos ser más ricos?». Rahara no encontraba ninguna razón. No era como si fueran verdaderos maleantes. Pero esto era algo que tenía que repetirse una y otra vez.

En ciertos sentidos eran una pareja dispareja: Rahara creció en un ambiente difícil, por decirlo en forma amable, y aprendió sola todo lo que sabía. Pax, por su parte, fue educado por droides con bancos de memoria que contenían datos interminables y sin absolutamente nada más que hacer. Ella era alta, morena; su piel tenía un tono dorado y su lacio cabello que le llegaba hasta la cintura era negro como un ala de cuervo. Pax tenía unos centímetros menos de estatura. Su pelo era tieso, salía de su cabeza como si lo hubieran electrocutado. Su tez era tan pálida que a veces los desconocidos le preguntaban si venía de un planeta donde la gente vivía en el subsuelo. Su ropa, que era de la mejor calidad, siempre estaba desaliñada y parecía quedarle grande a su delgado cuerpo. Rahara vestía ropa de trabajo negra que compraba en las ofertas de los puestos que había en los puertos espaciales, lo cual hacía que pareciera ser nativa del lugar en casi cualquier parte. A eso le añadía una simple capa o capucha. Ambos eran humanos y hasta allí llegaban sus semejanzas.

«La mayoría de la gente no se fija en nosotros porque nos ve como si fuéramos un intelectual distraído y su piloto de clase baja», pensaba Rahara y eso le parecía muy conveniente. Era necesario que pasaran desapercibidos. Ignorados. Olvidados.

Ella vivió su infancia bajo vigilancia y control. No permitiría que le volviera a ocurrir.

Pax empujó la palanca que envió su nave al hiperespacio. Cuando las pantallas adquirieron un tono azul con la luz que parpadeaba, Rahara se levantó de su asiento.

—Voy a revisar el espectrómetro.

—No es necesario todavía —respondió él con su fuerte acento de Coruscant—. No iremos a Rodia durante varias semanas. —Era importante no viajar directamente entre la fuente de las piedras y el mercado, porque eso dejaba un rastro.

—No está de más. —En realidad, los silencios entre ellos se estaban volviendo incómodos a últimas fechas, por lo que era mejor tener algo que hacer.

Rahara llegó a la escalera y descendió al corazón del *Meryx*. En la mayoría de los cargueros *Gozanti*, ese espacio sería comúnmente la bodega de carga, con metal sin recubrimiento y poca luz. Sin embargo, en su caso, el espacio completo tenía un brillo dorado y en el centro había miles de kilos de piedras preciosas.

El campo bloqueador de escáneres que creó Pax la hubiera impresionado de cualquier forma, pero no solo había inventado la tecnología, sino que también había hecho que su diseño fuera hermoso. Sabía que para Pax la belleza era importante. Aunque no lo admitiera, esa era la verdadera razón por la que robaba joyas en lugar de cargamentos más fáciles y lucrativos. Le gustaba *mirarlas*. Sin embargo, Pax Maripher nunca admitiría hacer algo por razones sentimentales.

Rahara se ató el cabello en una cola de caballo y se quitó la túnica que le había ayudado a pasar desapercibida en la ciudad de Aldera. Fue hasta los controles del campo bloqueador de escáneres, que eran endiabladamente complejos. A pesar de que llevaba trabajando con Pax desde hacía ya mucho tiempo, tenía que revisarlos siempre. (Pax no entendía lo que quería decir la gente cuando hablaba de cosas «amigables con el

usuario». O tenías la suficiente inteligencia para usar su tecnología o no). Una vez lista, se levantó las mangas hasta los codos y luego presionó los comandos que desactivaban, apenas por un segundo, el campo de energía, lo que provocaba la emisión de un torrente de luz brillante seguida de oscuridad. Eso le daba el tiempo suficiente para tomar un gran puñado de su botín. Cuando estaba a unos cuantos centímetros de quitar la mano, el campo se reenergizó con un resplandor cegador. Rahara parpadeó y se felicitó por no sufrir una quemadura en esta ocasión.

—¿Sabes? —dijo Pax desde la escalera detrás de ella—. Logramos lo que se conoce como una huida impecable. Ya puedes apagar el campo.

—Dices lo mismo siempre, y siempre te respondo que necesito practicar la operación del campo a intervalos cada vez más breves.

—Era de esperarse que para estas alturas ya lo tuvieras dominado.

Con las gemas en las manos, Rahara caminó hasta el otro lado de bodega donde estaba la mesa con el espectrómetro.

—Y yo hubiera esperado que para este momento ya habrías aprendido a interactuar con otros seres humanos en lugar de sugerir que todo el mundo en la galaxia es un idiota, excepto tú. Al parecer los dos estamos decepcionados.

Colocó las piedras sobre la mesa y empezó a separarlas por tamaño y probable calidad. Su primer trabajo, cuando tenía apenas nueve años, fue clasificar minerales, por lo que era una tarea casi automática para ella.

—Rahara —dijo Pax en voz más baja—, lamento si te ofendí, era una broma.

No la había ofendido, solo la había irritado, cosa ya de por sí suficientemente mala. A veces se hartaba de tener un compañero que sonaba más a droide de protocolo que a un ser humano, aunque tuviera una buena excusa.

—¿Ves a alguien riéndose?

—No. Obviamente mi comprensión del sentido del humor necesita refinarse.

Eso sí le causó risa. Pax era más gracioso cuando no intentaba serlo.

—Tenemos que hablar —dijo Pax mientras Rahara se colocaba sus *visores* de aumento—. Se trata de nuestro siguiente destino.

—¿Gamorr? —Ese viaje sería asqueroso, pero por lo menos podrían tener como recuerdo su reciente visita a Alderaan para superar las semanas de dragar pantanos fétidos—. Estoy *taaaaan* emocionada con eso.

—Estás siendo irónica, pero te aseguro que esta falta de entusiasmo es absolutamente mutua. El asunto es que estuve pensando. —Pax se inclinó hacia ella y asomó su larga nariz sobre la grava blanca que estaba en la mesa—: Podemos recolectar el coral gamorreano en cualquier momento, pero ¿cómo ves si buscáramos algo todavía más escaso? ¿Algo más valioso?

—¿Cómo qué? ¿Los diamantes de fuego de Mustafar? —Rahara nunca había estado ahí pero, por lo que había oído, visitar ese lugar haría que el trabajo en Gamorr pareciera un viaje al paraíso.

—Nada tan peligroso —continuó él mientras volteaba ligeramente su rostro hacia ella—. Cristales kyber.

—*¿Kyber?* ¿Estás *loco*? —Rahara se puso los *visores* sobre la cabeza para poderlo ver mejor a los ojos—. Los Jedi vigilan el comercio de kyber como si fuera… no sé… lo cuidan más que cualquier otra cosa que hayamos comerciado. O cualquier cosa que lleguemos a comerciar algún día.

—Sin embargo, sigue existiendo un mercado negro, al igual que ciertas aplicaciones industriales. Y si ninguna industria nos los comprara, y los mercados en cuestión fueran demasiado negros para que nos sintamos cómodos, entonces simplemente alertamos a los Jedi de una nueva mina de kyber. Haríamos algunos amigos; algún día podría ser útil tener conocidos entre los Jedi.

Eso tenía más sentido, pero de todos modos…

—El kyber no se encuentra en muchos lugares y los Jedi controlan esas áreas. ¿De verdad estás sugiriendo que les robemos?

Pax soltó una risita burlona.

—Por favor, no soy un suicida. Soy *atrevido*. También soy la persona que quizá acaba de encontrar una fuente totalmente desconocida de kyber. Incluso podría ser en la luna de un mundo completamente seguro. Sin guardias, sin peligros, con un clima agradable y, si mis análisis no me fallan, con una cantidad *muy* grande de cristales kyber.

Rahara había observado que Pax se pasaba horas interminables analizando varios escaneos planetarios con información completamente pública, pero demasiado detallada y densa como para que la mayoría de la gente la estudiara, a menos que ya supiera lo que estaba buscando. Pero Pax veía más que los demás.

—Ya decía yo que tenía que haber alguna razón para aguantarte —dijo ella.

Una sonrisa cruzó por el rostro de Pax.

—Entonces, vamos a cazar un poco de kyber.

—

El viaje de regreso resultó incómodo. Era obvio que Obi-Wan esperaba evitar la plática sobre lo que había salido mal durante el tiroteo en Teth. Esa no era ninguna sorpresa en el caso de alguien tan joven.

En muchos sentidos, Obi-Wan era demasiado maduro para su edad, tan constante que a veces al maestro se le olvidaba que tenía apenas diecisiete años. Solo en momentos como este, sentados lado a lado en la cabina de la nave espacial clase *Rainhawk*, era cuando el maestro se daba cuenta de cuán desgarbado e ingenuo seguía siendo su padawan, de cómo en su rostro podían verse a la vez el niño que fue y el hombre que sería.

Como le ocurría siempre en esos momentos, Qui-Gon sintió una punzada de culpa. Obi-Wan tenía mucho potencial y prometía tanto. Merecía un maestro que pudiera sacar a relucir eso en él.

Su alianza había sido incómoda desde el principio, con malentendidos y agudos cambios de humor. Eso en sí mismo era poco común. A veces Qui-Gon se preguntaba por qué los padawans pasaban de la guardería a sus maestros durante la adolescencia de la mayoría de las especies, justo cuando todos los cambios son más difíciles. Él, como Dooku y Yoda y el viejo maestro de Yoda, había aceptado discípulos más jóvenes; Obi-Wan se volvió su aprendiz a los trece años, lo que no había resultado muy conveniente. Qui-Gon conversó sobre el asunto con algunos de sus colegas, como Mace Windu y Depa Billaba, e incluso con Yoda. Todos ellos le aseguraron que los meses iniciales casi siempre eran difíciles.

—Preocuparte deberías si el conflicto no surgiera —le había dicho Yoda—. Entonces suficiente crecimiento tu padawan no podrá tener. —¿Habrán sido tan diferentes los primeros meses que él estuvo con Dooku?

No obstante, sí llegó a forjar un potente vínculo con Dooku mucho antes de que estuvieran juntos un año y eso sucedía entre la mayoría de los maestros y aprendices. Tenía que reconocer que Rael le ayudó al principio, pero de todos modos él y Dooku se hubieran vinculado. Fue Dooku quien guio a Qui-Gon por las antiguas profecías Jedi, estimulando un interés en la lingüística e historia antiguas que sobreviviría con mucho a su ferviente creencia en las predicciones de los místicos. Aparte de eso, compartían múltiples rasgos de personalidad: la independencia, el escepticismo y la renuencia a aceptar la palabra del consejo como algo sagrado.

Las características que él y Dooku tenían en común eran casi por completo las mismas en las que él y Obi-Wan eran opuestos exactos. Qui-Gon creía en lidiar con cada situación según sus características propias, mientras que Obi-Wan deseaba tener procedimientos que seguir. Qui-Gon valoraba la flexibilidad, en tanto que Obi-Wan parecía considerarla como desorganización. El maestro había aprendido a llevarse mejor con el consejo a lo largo del tiempo, pero siempre conservó su independencia, en tanto que su aprendiz seguía pensando que tenía que obedecer al consejo en cada detalle y en todo momento, y se horrorizaba siempre que Qui-Gon se desviaba en lo más mínimo de los protocolos establecidos.

Nada de esto hacía que Obi-Wan fuera un mal candidato para convertirse en Caballero Jedi. Muchos de ellos, incluso algunos de los mejores, pensaban y actuaban del mismo modo. Pero sí lo hacía un aprendiz poco adecuado para Qui-Gon. Después de años de trabajar juntos, seguían fuera de sintonía. Si la situación que enfrentaron ese día hubiera sido más extrema, si la amenaza en el palacio Hutt hubiera sido más grave, esas discrepancias en su entendimiento mutuo bien podrían haberles causado la muerte.

«¿Cómo lo resuelvo?», se preguntaba Qui-Gon. «¿Puedo hacerlo? Obi-Wan no merece menos».

—Lamento lo que pasó, maestro —dijo finalmente el chico—. Debería haber entendido a qué se refería con ocuparme de la puerta y luego me dejé atrapar robando una nave.

—Obi-Wan, la culpa fue mía. —Qui-Gon colocó su ancha mano sobre el hombro de su aprendiz—. En primer lugar, te di instrucciones poco claras. —«A estas alturas, un mejor maestro le hubiera enseñado a su padawan a entender sus instintos en batalla», pensó—. Además de que sabía que probablemente no podrías conseguir una nave tú solo. Valió la pena el intento y eso es todo. No tienes la culpa.

La mayoría de los padawans se sentirían aliviados con librarse de la culpa, pero Obi-Wan solamente frunció el ceño.

—Puedo hacerlo mejor.

Qui-Gon suspiró.

—Ambos podemos. Ahora vayamos a casa.

—

En el planeta Pijal, bajo un sol ardiente, la carrera estaba en marcha.

—¡Vamos! —gritó Rael Averross para azuzar a su montura hacia una amplia grieta profunda y llena de rocas. El varáctilo chilló al momento de saltar, cruzando el abismo en un solo salto. Cuando sus pesadas patas llenas de garras se encajaron en el pasto, Averross lanzó una carcajada—. Allá vamos —exclamó con su cerrado acento de ringo vindano—. ¡Eso es!

Décadas antes, el clan Iltan había importado varáctilos desde Utapau para tener una ventaja en la Gran Cacería. Pero, para ese momento, aquellas creaturas originales se habían reproducido hasta convertirse en los varáctilos aerodinámicos, veloces y cubiertos de plumas de color carmesí que eran específicos de Pijal. Averross suponía que algún día el resto de la galaxia descubriría a los varáctilos de ese planeta y, después de eso, nadie volvería a hacer carreras de fathier. Por el momento, sin embargo, estos animales, junto con su velocidad y la mera dicha de montarlos, eran exclusivos de allí.

Averross distinguió el faro de la meta y silenciosamente dirigió a su varáctilo hacia él; el animal respondió al instante y aceleró con cada gramo de fuerza para llegar al final lo más rápido posible. A los varáctilos les encantaba la velocidad por sí misma y Averross sospechaba que incluso entendían la diferencia entre ganar y perder. Su montura lanzó su grito de batalla al pasar la línea de meta y se derrapó hasta detenerse tan rápido que sus garras dejaron profundas líneas en el suelo arenoso. Con una enorme sonrisa, Averross metió la mano en la canasta de suministros de donde sacó una enorme barra de carne salada de molusco, una «exquisitez» de Pijal que él no podía soportar. El varáctilo la apreciaba más y la masticó deleitado.

Los otros jinetes llegaron a la meta entre gritos de felicitación y burlas amistosas. Averross saltó al suelo mientras los demás empezaban a llevar a sus varáctilos de regreso a los establos del palacio. Sacudió la cabeza con un gesto de dolor al momento de aterrizar. Junto a él, el Capitán Deren, tan estoico como siempre, le cuestionó si tenía algún problema.

—No, solo me pregunto por qué mis rodillas me hacen la grosería de envejecer igual que el resto de mi cuerpo.

—Podrías conseguirte unos reemplazos sintéticos.

—No es la gran cosa. Ya sabes lo que dicen sobre volverte viejo: es mejor que la alternativa. —Averross intentaba recordar ese dicho. La Fuerza sabía que, a lo largo de su vida, había visto demasiadas personas que habían muerto jóvenes. Por eso, si algunas mañanas se veía en el espejo y se preguntaba quién era ese vejete canoso, se contestaba simplemente que esa era la prueba de que no estaba muerto. Además, intentaba vivir al máximo el resto de su vida.

Cuando llegaron a los establos, los sirvientes tomaron de las manos de los jinetes las riendas de los varáctilos y condujeron a los animales para darles su baño de tierra y alimentarlos. Deren y algunos de los demás soldados regresaron a sus barracas, pero Averross condujo al grupo más grande a la cantina más cercana. No podría decirse que fuera palaciega; era un hoyo lodoso labrado en una sucia roca y olía más parecido al cantinero wookiee. Esa era, sin embargo, una de las razones por las que le gustaba. Los clientes lanzaron vivas de bienvenida cuando entró y Selbie, la camarera del pelo rubio, sonrisa pícara y grandes senos, le sonrió cálidamente mientras le quitaba la larga capa.

El jinete que caminaba más cerca de Averross se inclinó y le murmuró:

—¿Así que ya volvieron a ser pareja?

—Tal vez. —No se entregaba con frecuencia a la compañía femenina. Cuando la gente se enteraba de eso, se distraía y hacía un escándalo que con frecuencia no valía la pena. Pero ya había pasado algún tiempo y Selbie tenía una edad decentemente cercana a la suya. Su sentido del humor, además, era más obsceno que el de cualquier otra persona que hubiera conocido.

«¿Por qué no?», se dijo. ¿Por qué no ver si estaba dispuesta? Hizo un ademán en dirección a Selbie y el rostro de ella se iluminó mientras empezaba a dirigirse hacia él.

—Oye —refunfuñó un enorme changriano que obviamente estaba borracho. Su mano azul grisácea se aferró al codo de la camarera—. Yo estaba hablando con ella. Estaba llegando a algo.

—No estabas ni cerca de eso —replicó ella—. Más bien ya lárgate. Has bebido suficiente.

—¿Me vas a correr de aquí? ¿Por *ese*? —Con la mano que tenía libre, el changriano señaló hacia Averross—. Con esas botas lodosas, no afeitado y sin educación. ¿Eso es lo que te gusta? Créeme, yo te mantendría con más estilo.

—Debes ser nuevo por estos lugares —respondió mientras se soltaba—. Nadie me mantiene. Yo me mantengo sola.

—Dame oportunidad, nena. —El changriano trató de jalarla, pero ella se desprendió de sus borrachas manos. Eso solo hizo que el tipo se enojara más—. ¿Quién te crees que eres? ¡Despreciar a alguien como yo, una basura como tú! ¡Eso eres, nada más que basura!

Era obvio que a Selbie no le importaban los insultos que le lanzaba el changriano, pero eso no significaba que Averross no debiera entrometerse. Además de que le encantaba este tipo de cosas.

—Óyeme, tú —le dijo al borracho—. Lárgate antes de que yo te saque.

El pecho del changriano se hinchó. Parecía pensar que, si no podía conseguirse una mujer, una pelea sería su segunda opción preferida.

—A ver, sácame. ¿Cómo crees que lo lograrás?

En un abrir y cerrar de ojos, la mano de Averross pasó a su cinturón y tomó su arma. El sable de luz cobró vida y su brillo azulado iluminó toda la habitación. El changriano enmudeció mientras los demás comensales guardaban silencio. Averross sonrió.

—Te apuesto que me las arreglaría.

—Jedi —musitó el changriano, que ya estaba tambaleándose hacia la puerta con la cabeza inclinada—. No sabía que fueras… No pareces un Jedi.

—Ajá —respondió—. Siempre supuse que los demás Jedi no se parecían a *mí*.

—Te voy a reportar —gritó el changriano mientras agitaba sus cuernos lo más cerca posible para parecer amenazante—. Seas Jedi o no, debes responder ante la ley. ¡Las autoridades se van a enterar de esto!

Selbie tenía las manos sobre las caderas y parecía como si nunca se hubiera divertido tanto.

—¡Bienvenido a Pijal! Hasta que nuestra princesa crezca, nos gobierna un regente. —Mientras decía eso, señaló con ostentación hacia Averross—. Te presento a nuestro Lord Regente.

El changriano dio marcha atrás y salió de la cantina en medio de las risas y rechiflas de los demás. La música empezó de nuevo y Averross apagó su sable mientras volteaba hacia Selbie con una sonrisa.

Pero en ese momento se encendió la holopantalla detrás de la barra y sus bordes se tiñeron de rojo.

La sonrisa desapareció del rostro de Averross antes de que la imagen se enfocara para revelar una bodega de las afueras de la capital quemándose hasta sus cimientos. Si la princesa Fanry lo estaba viendo, cosa que seguramente hacía, la aterrorizaría. Tendría que regresar de inmediato con ella. «¿Que estos monstruos no piensan nunca en la gente que lastiman?», se dijo.

Mientras los droides bomberos rodaban por todos lados extinguiendo las llamas, un anuncio apareció al tope de la holopantalla: SE SOSPECHA DE LA ACTIVIDAD DE LA OPOSICIÓN.

—Halin Azucca —murmuró—. La mandaré al infierno.

CAPÍTULO TRES



«“¡Ocúpate de la puerta!”». ¿Por qué no entendió a qué se refería Qui-Gon? Los *guardias* eran el problema, no los controles de la puerta. Si se hubiera tranquilizado, se habría dado cuenta de eso, aunque por supuesto pudo haberle dicho exactamente a qué se refería, y entonces…

«Debo mantener mi mente en el presente. El futuro no existe; el pasado dejó de ser. Solo el presente es real».

Obi-Wan se obligó a volver su atención a los controles del *Rainhawk*. Por lo menos nadie podía criticar sus habilidades de vuelo; en esa situación, las tareas eran concretas, predecibles, conocidas. Mientras establecía el curso hacia Coruscant, se atrevió a decir:

—¿Pudo deducir alguna otra cosa sobre Thurible cuando hablaron?

Qui-Gon negó con la cabeza y su sonrisa se tornó triste.

—Difícilmente. No revela casi nada al mismo tiempo que lo insinúa casi todo. No es una mala forma de desarrollar la reputación de inescrutable.

«Usted está bien enterado de cómo ser inescrutable», pensó Obi-Wan.

—Las tácticas de Thurible no tienen sentido de acuerdo con la lógica.

—Estoy seguro de que sí lo tienen. —Qui-Gon se puso de pie, pero en el pequeño espacio de la cabina del *Rainhawk*, su estatura y anchos hombros hacía parecer que la nave apenas pudiera contenerlo—. El problema es que no podemos juzgar la lógica del otro hasta que sepamos su objetivo principal, y el objetivo de Thurible permanece oculto.

—¿Maestro, irá a su camarote?

—Deseo meditar —respondió—. No te preocupes. No dejaré que conduzcas la nave tú solo durante todo el viaje. Sé cuánto te desagrada.

Obi-Wan rio ante la ironía de su maestro. Como bien sabía Qui-Gon, al chico *le encantaba* volar.

—Creo que podré tolerar esta carga.

Su risa apagada fue la única despedida mientras se dirigía a su pequeño camarote y dejaba solo a Obi-Wan.

«¿Ya ves? Está bromeando contigo. No lo haría si estuviera realmente decepcionado de tu desempeño en Teth».

Sin embargo, hubo tantas decepciones. Tantas deficiencias. La culpa no podía ser de Qui-Gon, que era el maestro. Él no era más que el alumno. Aunque Qui-Gon Jinn podía ser contradictorio, misterioso y ambiguo. Además de que a veces hacía todo lo contrario de lo que hubieran aconsejado los líderes del templo. Si bien era, digamos, poco ortodoxo, la labor de su padawan era adquirir una comprensión de ello y adaptarse en consonancia.

Bueno, eso era en teoría, pero, de hecho, Obi-Wan todavía no era capaz de predecir cuándo y cómo su maestro ignoraría las normas. Rara vez entendía por qué. Conforme fue creciendo, se frustraba cada vez más con la naturaleza rebelde de Qui-Gon.

«Las reglas existen por una razón», pensó Obi-Wan, mientras observaba la ondulante luz azul eléctrico del hiperespacio. «No son arbitrarias. Las reglas de los Jedi existen para llevarnos al bien mayor y para reducir la incertidumbre».

Mejor aún, las reglas se podían memorizar. Se podían poner por escrito, estudiar y tener certeza de ellas. Eran el contrario de los escritos místicos arcaicos que Qui-Gon parecía valorar más que ningún otro texto de la orden. Obi-Wan prefería la certidumbre siempre que era posible.

Lo más frustrante de todo era que los métodos de su maestro *funcionaban* buena parte del tiempo. Sin importar qué locura lo guiara, lo llevaba en sentido correcto. Eso significaba que había algo importante sobre cómo ser un Jedi que todavía no podía comprender.

—

«Por la Fuerza, soy un genio».

La modestia no era considerada una virtud en el planeta donde se crio Pax. Quizá esa fuera la razón por la que nunca la adquirió. En su opinión, la modestia era aburrida.

«Es obvio que no soy el primero en estudiar el potencial de los cristales kyber», razonó mientras se preparaba para llevar al *Meryx* al hiperespacio. «Sin embargo, casi todos estos estudios los habrán llevado a cabo los Jedi y cualquier resultado que pudiera crear un mercado todavía mayor para el kyber no se habría compartido abiertamente. Pero poseer los cristales no es ilegal en ningún planeta que yo conozca».

Eso podría deberse simplemente a que Pax nunca se preocupó gran cosa de averiguar lo que era *legal* o *ilegal* en cada planeta específico. Eran simples detalles que pertenecían más al área de interés de Rahara. Sí que era aprehensiva. Aunque, de nuevo, ¿quién podría culparla?

—¿Ya casi llegamos? —preguntó Rahara con un tono entusiasta al regresar a la cabina. Llevaba atado su sedoso cabello negro, lo cual era estéticamente agradable.

—Sabes perfectamente que sí.

La joven se reclinó contra el respaldo y descansó los pies en la consola, una libertad que Pax no le hubiera permitido a nadie más.

—Y tú sabes perfectamente que una conversación agradable a veces empieza con alguien que afirma lo que ya se sabe.

—Me criaron con la creencia de que la franqueza es una virtud.

Rahara suspiró.

—A ti te educaron los *droides de protocolo*, que no son precisamente expertos en la comunicación humana normal. Pero podrías agarrarle el modo, si practicaras.

—Es una pérdida de tiempo —respondió Pax.

Rahara frunció los labios, pero no dijo más. En general, Pax sentía que debería eximírsele. La chica le agradaba más que casi cualquier otra forma de vida biológica que conociera. Cuando la contrató varios meses antes, supo que sería la persona perfecta para el trabajo que él hacía, pero no se había dado cuenta de lo fácil que sería llevarse con ella, ni de lo placentero que sería hablar con ella o escucharla reír. Le llevó un tiempo reconocer que la energía que había entre ellos se había transformado de ser la que ocurre entre colaboradores para convertirse en la que existe entre amigos, y luego de amigos, algo más. Una noche, mientras compartían una botella de vino, le pareció como si las cosas pudieran… tal vez salirse de control.

Así que Pax había aprovechado esa oportunidad para explicarle que, bueno, en realidad las emociones humanas eran efímeras y falibles, y que no formaban una base racional de interacción para las personas. La racionalidad era lo único que importaba realmente, ¿o no?

A juzgar por la reacción de Rahara aquella noche, no estaba de acuerdo. Pero siguieron como antes, aunque con unas cuantas pausas incómodas adicionales. Pax sentía que debería sentirse satisfecho con eso. Seguramente lograría sentirse así a la larga.

Sonrió mientras colocaba las manos en los controles y decía:

—Ahora permíteme presentarte al felizmente desconocido mundo de Pijal.

El *Meryx* redujo la velocidad al salir del hiperimpulsor a la distancia estándar de aproximación. Pudieron entonces observar un planeta dominado por abundantes océanos azules con un anillo de grandes islas verdes y doradas a la altura del ecuador y los trópicos. Para su sorpresa, había una serie de antiguos generadores planetarios que creaban un escudo alrededor de la órbita de Pijal, lo que significaba la presencia de unas cuantas naves adicionales esperando permiso de aterrizaje. Según Pax, era probable que un escudo planetario así de antiguo fuera demasiado débil como para mantener fuera a cualquier nave más grande que una clase *theta*; probablemente la espera del permiso de aterrizaje fuera una simple formalidad.

En cualquier caso, Pax no necesitaba ir precisamente a Pijal. En lugar de ello, señaló su luna de color verde oscuro.

—Contempla la que creo es la mejor fuente de kyber en toda la galaxia.

Rahara fijó la vista en la escena frente a ellos con el rostro sin expresión.

—Podrías demostrar un poco más de entusiasmo —le sugirió Pax—. O, por lo menos, interés.

La joven no respondió y simplemente se levantó de su asiento. Ni una vez miró hacia Pax.

¿Había violado alguna norma de etiqueta desconocida? Las unidades de protocolo 3PO que lo educaron le enseñaron a recitar las normas de etiqueta de mil planetas diferentes, pero poco le dijeron sobre cómo ponerlas en práctica. El comportamiento de los seres sensibles rara vez era preciso, a menudo era complejo e, invariablemente, *nada* parecido a las simulaciones. Pax, por lo general, respondía ignorando por completo esas

reglas. Sin embargo, también sabía que, al hacerlo, podía herir los sentimientos de Rahara y ella era la última persona en la galaxia a la que desearía herir.

—Ah, claro —se atrevió a decir—, estoy *más* que consciente de que nunca podría haber analizado los datos planetarios si no fuera por tu análisis preliminar de las tablas mineralógicas. Ese fue un brillante cálculo de los datos.

—No dijiste que las naves de Czerka podrían estar aquí. —La voz de Rahara sonaba desanimada y monótona.

¿Cómo pudo pasársele por alto? Dentro de sí, Pax se maldijo mientras observaba el largo y voluminoso crucero *Leverage* de la Corporación Czerka que probablemente era capaz de transportar a diez mil almas. Otras naves Czerka aparecieron en los escaneos, indicando que la empresa trabajaba de manera considerable en Pijal y en su satélite.

—No lo sabía. Lo siento.

—Por supuesto que no sabías —respondió ella. Sus oscuros ojos miraron la nave como si fuera un enemigo. En ciertos sentidos lo era, según podía suponer Pax—. No revisaste. No puedes saber si no revisas.

Pax no consideraba necesario revisar la posible presencia de la Corporación Czerka en *cada* sistema, independientemente de lo que Rahara hubiera sufrido en su infancia. Sin embargo, este era un tema para tratar en otra ocasión, cuando no estuviera pálida y temblorosa. Cuando Czerka no estuviera representada por una nave tan grande que podría transportar un porcentaje razonablemente alto de todo un cinturón de asteroides en sus bodegas. Haciendo su mejor esfuerzo por hablar amablemente, solo respondió:

—Si prefieres que nos vayamos, hay otras joyas en la galaxia.

—No, no veo por qué Czerka debería impedirme ganar en grande. —Rahara se subió las mangas hasta los codos en un ademán que, en general, quería decir que estaba fortaleciendo su determinación—. Además —añadió mirándolo de reojo—, no *soportarías* irte sin buscar kyber.

—Mis respetos a tu valor y a tu compasión por mi naturaleza básica. Entonces, vayamos a esa luna.

Pax viró al *Meryx* en esa dirección, fingiendo que no se daba cuenta de la manera en que Rahara veía la nave Czerka hasta que casi había desaparecido en la distancia nocturna.

CAPÍTULO CUATRO



—Extraña la conducta de los Hutt es. —El Maestro Yoda se rascó la barbilla con su pequeña mano de largas uñas y acarició las pocas barbas blancas que le quedaban—. Pero importante, creo, no es.

—Coincido —afirmó Mace Windu mientras se reclinaba en su silla—. Se trata de delincuentes comunes que intentan parecer más poderosos de lo que son. Atacarte fue una maniobra peligrosa, pero encaja en su patrón general de comportamiento.

Qui-Gon no coincidía del todo, pero dejó el asunto en paz. Si los Hutt querían crear más problemas, el resto de la galaxia se enteraría pronto. Además, respecto al Consejo Jedi, sabía que tenía que escoger sus batallas. Se había decidido por muchas, aunque, en años recientes, menos que antes.

Como siempre que regresaba de una misión, convocaron a Qui-Gon ante la cámara del Consejo Jedi para rendir su informe. Era de noche, más tarde que la hora en la que generalmente se reunían, por lo menos para un asunto común. Por eso, la oscuridad circundante era iluminada por la tormenta del tráfico de Coruscant y las luces de las naves. Sin embargo, dentro de la habitación reinaba la serenidad y Qui-Gon se deleitó con el contraste.

La Maestra Billaba se inclinó hacia adelante, estudiando su datapad con el ceño fruncido.

—Me preocupa este malentendido entre tu padawan y tú. No es la primera vez que informas de este tipo de dificultades.

Qui-Gon inclinó la cabeza levemente.

—A mí también me preocupa. Obi-Wan es hábil en la Fuerza y está dispuesto a hacer sus deberes. Esa falla debe haber sido mía. Me temo que fundamentalmente no somos adecuados el uno para el otro. No he podido adaptar mis métodos de enseñanza a sus necesidades, a pesar de mi mejor esfuerzo.

Yoda torció la cabeza a un lado.

—Adaptarse también debe él. La cooperación no por esfuerzo individual se aprende. Solo juntos progresar pueden.

Coincidir con esa proposición, por sensata que fuera, representaría asignar parte de la culpa a Obi-Wan, cosa que prefería no hacer. Decidió entonces guardar silencio. El Consejo Jedi tenía la costumbre de suponer que el silencio equivalía a estar de acuerdo y Qui-Gon había descubierto que esto era útil de vez en cuando.

En cualquier caso, esperaba que el consejo finalmente le cuestionara si quería reasignar el entrenamiento de Obi-Wan a otro maestro. Desde antes de que iniciara esta reunión, sabía que quizá podrían preguntárselo esa misma noche, pero todavía no estaba seguro de qué diría. El suspenso parecía peor de lo que hubiera anticipado, quizá porque

no sabía qué quería responder. O porque el silencio en la habitación había durado un lapso sospechosamente largo.

Qui-Gon enfocó de nuevo su atención en los maestros que lo rodeaban. Estaban intercambiando miradas con una actitud que parecía de anticipación, así que se enderezó.

—¿Tienen otra misión para nosotros? —Tal vez tenían la intención de ponerlos a prueba una vez más antes de tomar cualquier decisión sobre una reasignación.

—Sí, otra tarea para ti tenemos. —Las orejas de Yoda se inclinaron en señal de intensa resolución—. Considerarla con cuidado debes.

Mace Windu se irguió y cruzó las manos al frente con actitud formal de respeto.

—Es posible que no te hayas enterado de que el Maestro Dapatian pretende retirarse del consejo y que su renuncia se hará efectiva el mes que viene.

Qui-Gon miró hacia Poli Dapatian, un maestro de gran renombre. Era tan famoso que Qui-Gon no se había percatado de lo anciano que se había vuelto en últimos años.

—Es una pérdida para nosotros.

—Esperamos que también sea benéfico —replicó Mace—. Qui-Gon Jinn, queremos ofrecerte un asiento en el Consejo Jedi.

¿Había oído mal? No, no era así. Qui-Gon miró lentamente a todos los integrantes del círculo, captando una a una las expresiones de los miembros. Algunos de ellos parecían divertidos y otros, complacidos. Unos más, Yoda incluido, se veían principalmente apesadumbrados. Pero estaban serios.

—Debo admitir que me sorprenden —respondió finalmente.

—Lo imagino —afirmó Mace de manera inexpresiva—. Hace unos años, nos habría asombrado enterarnos de que siquiera pudiéramos llegar a considerarlo. Pero en este tiempo todos cambiamos. Crecimos. Lo cual implica que también han cambiado las posibilidades.

Qui-Gon se tomó un momento para recobrar la compostura. Sin ninguna advertencia, había llegado uno de los momentos decisivos de su vida. Todo lo que dijera e hiciera en los siguientes días tendría grandes consecuencias.

—La mitad de las veces han debatido mis métodos, o tal vez ustedes digan que yo he debatido los suyos.

—Verdad eso es —dijo Yoda.

Depa Billaba lo miró con una expresión que Qui-Gon no supo interpretar.

—También es cierto que el Consejo Jedi necesita más perspectivas.

«¿Podrá ser que el consejo esté pensando con lógica?». Qui-Gon esperaba que ninguno de ellos hubiera captado lo que sentía.

Mace asintió.

—Sí, Qui-Gon, con frecuencia hemos tenido desacuerdos. Incluso llegamos a pelear. Pero siempre actuaste con respeto hacia la autoridad del consejo, sin comprometer tus propias convicciones y eso demuestra un gran don para…

—¿La diplomacia? —preguntó Qui-Gon.

—Iba a decir «el equilibrio» —terminó Mace.

Estaba caminando por una línea muy delgada sobre la que había tropezado en muchas ocasiones. Pero se habían vuelto cada vez menos comunes con el transcurso de los años. Había aprendido a manejar bien al consejo y, ahora, al parecer, estaban listos para escucharle.

Qui-Gon nunca imaginó sentarse en el Consejo Jedi, por lo menos no desde que era un jovencito. Al principio, en su entrenamiento, Dooku se había reído cuando hablaban del consejo.

—Tienes tu propia mentalidad, mi padawan —le dijo en aquella ocasión—. El consejo no siempre responde bien a eso.

En vista de cuántas veces había tenido choques con ellos, desde sus primeros tiempos como Caballero Jedi hasta seis semanas antes, siempre supuso que nunca ascendería a los primeros puestos de la orden.

Pero ahora podía suceder. *Sucedería*. Podría participar en las decisiones del consejo y tal vez crear parte del cambio que quería ver. Era la mayor oportunidad de su vida.

—Me honran —dijo Qui-Gon—. Les pido algún tiempo para meditar en esto antes de aceptarlo.

Por supuesto que tomaría el asiento en el consejo; sin embargo, para hacerlo, quería reflexionar más profundamente en cómo lo cambiaría a él y en la extensión del tan importante papel que asumiría.

—Muy sabio —indicó Depa—. La mayoría de aquellos a los que se les pide integrarse al consejo hacen lo mismo, yo incluido. Si alguien no lo hiciera, bueno, pensaría que quizá no sabe en lo que se está metiendo.

La risa se generalizó por la habitación y la diversión se tradujo en burbujas dentro de la mascarilla respiratoria de Poli Dapatian. La enorme expresión de gusto de Depa Billaba era infecciosa y Qui-Gon se dio cuenta de que le devolvía la sonrisa. Aunque el consejo nunca fue hostil con él, esta era la primera vez que sentía una camaradería más profunda; una amistad entre iguales. Para ese momento, Teth y los Hutt eran un problema que parecía haber ocurrido hacía años. El futuro relucía con tanta intensidad que amenazaba con eclipsar al presente.

«Calma», se dijo. «Incluso una invitación al Consejo Jedi no debe írsete a la cabeza».

—Considerar con cuidado tú debes —comentó Yoda, el único miembro del consejo que continuaba formalmente serio—. Ninguna respuesta apresurada dar debes.

—Por supuesto —respondió Qui-Gon. ¿No era precisamente eso mismo lo que les dijo que pretendía hacer?

Antes de poder pensar más en ello, Mace dijo:

—De cierto modo, esta invitación llega en un momento oportuno. Este cambio tiene el potencial de resolver otros problemas.

Solo entonces Qui-Gon se dio cuenta de algo: si aceptaba un asiento en el consejo, se transferiría a Obi-Wan con otro maestro. No era que estuviera *prohibido* que un Jedi del consejo entrenara a un aprendiz padawan; en otros tiempos, uno de sus propios compañeros de guardería se volvió padawan del maestro Dapatian. También se hicieron

excepciones en tiempos de crisis, cuando todos necesitaban asumir deberes adicionales, pero eran poco comunes. Formar parte del consejo requería gran cantidad de tiempo, concentración y compromiso. Equilibrar ese compromiso con la tarea igualmente sagrada de entrenar a un padawan sería una situación, por decir lo menos, difícil y potencialmente injusta tanto para el maestro como para su alumno. Solo aquellos que habían formado parte del consejo durante mucho tiempo, y que se habían adaptado a sus demandas, contemplaban un paso de ese tipo.

—Veo a qué se refiere —respondió Qui-Gon—. Tal vez sea lo mejor, pero debo pensarlo.

—Por supuesto —dijo la Maestra Depa en tono amigable. Yoda asintió y se aferró a su vara de gimer sin decir nada.

Mace Windu se levantó de su silla y colocó la mano sobre el hombro de Qui-Gon.

—Como es obvio, mantendremos en privado esta invitación, a menos y hasta que decidas integrarte a nosotros. En este momento, la única persona fuera de esta habitación que sabe de ello es la Canciller Kaj. Pero si necesitas discutirlo con el Padawan Kenobi o con cualquier otro amigo, estás en libertad de hacerlo, siempre y cuando prometan ser discretos.

—Entendido.

Qui-Gon salió de la cámara del consejo y entró al templo en un estado mental extraño. No podía llamarle aturdimiento porque, en cierto sentido, era todo lo contrario. Cada detalle de su entorno resaltaba frente a él con brillante nitidez, ya fueran los coloridos patrones de las incrustaciones de mármol bajo sus pies o el borde escarlata de la toga de un joven Caballero Jedi. Era como si la invitación a integrarse al consejo le hubiera dado nuevos ojos. Una nueva forma de ver al mundo, la cual, no tenía duda, le llevaría el resto de su vida comprender.

«El consejo», se dijo. «Por la Fuerza, es el consejo».

Tal vez otro Jedi hubiera cedido al júbilo o incluso a la tentación del orgullo, pero Qui-Gon Jinn estaba hecho de otra madera. Además, no podía sentirse totalmente feliz si consideraba el asunto de Obi-Wan.

Había llegado a creer que eran incompatibles como maestro y alumno. La principal razón por la que no había pedido una transferencia era que estaba seguro de que Obi-Wan se sentiría herido y se echaría la culpa. La invitación del consejo haría de la transferencia algo impersonal y simplemente práctico. Entonces reasignarían a su aprendiz con un maestro que lo atendiera mejor.

Entonces, ¿por qué la idea lo llenaba de una sensación tan profunda de pérdida?

El planeta Pijal tenía un agradable clima cálido, propicio para generar frondosas colinas verdes en el verano, viñedos con el potencial de producir vinos de primera calidad y coníferas altas y delgadas que ondean suavemente con la brisa. Era encantador y todo el

mundo lo decía. Su Alteza Serenísima, la Princesa Coronada Fanry, no tenía razón alguna para dudarlo, aunque hubiera preferido ser capaz de comprobarlo por sí misma.

—Dicen que Naboo es encantador —dijo al Regente Averross. Balanceaba las piernas debajo del trono y, a pesar de tener casi catorce años, sus pies aún no podían tocar del todo el suelo. Su cabello rojo estaba cubierto por una pañoleta de color marfil y unos cuantos rizos delataban la llamarada debajo de ella—. Supuestamente Toydaria no es tan bonita, pero tengo curiosidad de verla. Y Alderaan. Se dice que es el más hermoso de los planetas del Núcleo. Naboo tiene a una reina casi de mi misma edad y en Toydaria hay un rey unos cuantos años mayor, además de que existe una princesa coronada en Alderaan, ¿no es cierto? ¿Se llama Breha? Podríamos hacer una especie de cumbre. Algo como «la siguiente generación de líderes galácticos».

—Lo expresa usted de maravilla —declaró Meritt Col, la supervisora de la Corporación Czerka para ese sector. La empresa había estado haciendo negocios con Pijal desde hacía tantos siglos que los supervisores inevitablemente tenían un puesto en la corte. Col era la que llevaba el título con mayor desenvoltura—. Como lema suena pegajoso, contundente e inspirador. Usted haría un muy buen trabajo en alguno de los planetas publicitarios de Czerka; bueno, para eso tendría que renunciar al trono —concluyó Col riendo de su propio chiste.

Fanry logró sonreír, pero no mucho más. Como si alguna vez fuera a renunciar a su trono por cualquier persona o cosa, mucho menos para dedicarse a hacer anuncios publicitarios para Czerka.

Averross, el Lord Regente, no le prestó atención a Col y, en lugar de ello, miró a Fanry.

—No es momento para vacaciones —dijo. No se sentó en ninguna de las muchas sillas elegantes, sino en la curva de piedra debajo de una de las altas ventanas con vidrios sonrosados del salón del trono y empezó a golpear las espirales labradas con una de sus pesadas botas. Fanry siempre había pensado que Averross se parecía más a un varáctilo encerrado en una jaula pequeñísima: incómodo, inquieto y siempre dispuesto a huir—. Además, usted lo sabe.

—No dije que fueran vacaciones. Dije que sería una *cumbre*.

—Y no se refería a *ninguna* de ambas cosas —replicó él—. Vamos, Fanry. ¿Por qué cree que de pronto se está muriendo por viajar?

La princesa reprimió un quejido. Tener a un Jedi como regente, aunque fuera poco ortodoxo y más decidido a comportarse como un vagabundo que como un noble, implicaba emprender una constante búsqueda de autoconocimiento. Personalmente sentía que ya se conocía bastante bien a sí misma, pero también sabía que este tipo de interrogatorios no terminaban hasta que proveyera una respuesta.

—El tratado —dijo—. Ya está muy cercano y es una gran responsabilidad.

—Exactamente. Lo que desea es escapar. —El regente le sonrió con actitud relajada y deliberada mientras encendía un cigarrillo chandrilano—. Pero en todo el tiempo que

llevo de conocerla, nunca le ha dado la espalda a una pelea, ni siquiera cuando era apenas mayor que un bebé. Es posible que le dé miedo, pero no saldrá despavorida.

La joven asintió, estudiando de nuevo al hombre que había controlado al planeta y a su vida, desde que tenía seis años. Pensó que su rostro debió haber sido hermoso en algún tiempo, antes de que se volviera tan viejo como las piedras. Pensaba que podría tener incluso *cincuenta* años. Aunque su cabellera fue negra en alguna época, ahora estaba cruzada por canas y tenía arrugas en las mejillas que delataban cuánto se había reído hacía mucho tiempo, pero se comportaba como alguien mucho más joven. Como el guerrero que fue alguna vez. Rael Averross había vivido cosas que ella nunca experimentaría y que difícilmente podía imaginar. Pero ni siquiera él podía entender toda la responsabilidad que implicaba la corona de Pijal.

Col carraspeó.

—Si me lo permite, Alteza Serenísima, me acaban de comunicar que llegó el grupo de la oficina central. ¿Lo recibimos?

A Fanry no se le ocurría nada que le desagradara más que pasar por los formalismos de la corte con cualquiera que viniera de la oficina central de la Corporación Czerka, aunque el poder de la empresa era casi tan grande como el del Senado Galáctico. Pero tenía que hacerse. Asintió hacia Rael y le permitió encabezar a la comitiva hasta el salón principal del palacio. El borde de su sedosa túnica frotaba contra el piso de baldosas a medida que avanzaban. Su sirvienta, Cady, había querido acortar la bastilla, pero Fanry insistió que no sería necesario. ¡Ay! ¿Cuándo crecería?

Justo antes de que Rael y ella llegaran a las gigantescas puertas del salón, se abrieron de golpe con tal fuerza que chocaron con el muro a pesar de su enorme peso. Un guardia se detuvo frente a ellos. Era evidente que su carrera había sido desesperada, ya que resollaba y tenía los ojos como platos.

—¿Qué pasa? —preguntó Rael. Ya tenía la mano puesta en su sable de luz, listo para defender a la princesa, y Fanry se preguntó por qué no se sentía más segura.

—La luna —dijo el guardia—. Halin Azucca. Es la Oposición otra vez. Y ahora fue peor.

—Ah, demonios. —Rael corrió hacia el salón y hacia la enorme pantalla mientras Fanry le seguía a unos pasos. El corazón le latía con fuerza mientras levantaba sus largas faldas para poder correr más rápido.

Cuando ingresaron al salón, Fanry ni siquiera se molestó en mirar a los representantes de Czerka, ni a sus otros guardias, ni a nadie más. Solo podía ver fijamente la escena que se proyectaba y que venía sin duda de uno de sus satélites: una de las principales fábricas de la luna, o lo que fue una fábrica principal antes de la explosión, estaba rodeada de escombros ardientes mientras chispas eléctricas brillaban de manera intermitente entre la maquinaria aplastada.

Al principio había parecido divertida la idea de la Oposición como peligrosos terroristas, pero ya nadie se reía de eso.

El capitán Deren, que era el jefe de su guardia, estaba parado directamente frente a la pantalla con expresión grave.

—La fábrica tenía pocas defensas. Quizá debimos sospecharlo, pero por lo menos nadie murió.

—Allí se producían suplementos nutricionales. ¿Deberíamos haber intuido que Halin Azucca y sus rufianes la tomarían? —Rael dobló los brazos tratando de calmarse—. Supongo que sin importar qué poco crédito le demos, es demasiado. ¿Están seguros de que nadie murió?

—La fábrica estaba vacía a esa hora —confirmó Deren. Era más alto que Rael Averross, que no era de poca estatura, y su profunda voz retumbaba como un temblor—. Hasta el momento, nuestros atacantes han tenido el cuidado de perdonar vidas.

—Es posible que eso no dure mucho tiempo —afirmó Fanry. Sus ojos azules se mantenían fijos en la destrucción y un escalofrío recorrió su piel.

—Esta situación parece más grave que lo que se nos hizo creer —comentó uno de los peces gordos de Czerka. Tenía las manos entrelazadas al frente en lo que pretendía hacer pasar como ademán de respeto—. Si la agitación en Pijal y su luna están aumentando, debemos cuestionar la razón de que la Corporación Czerka siga invirtiendo aquí.

Fanry se sobresaltó y miró a Deren. Antes de que cualquiera de ellos pudiera hablar, Meritt Col intervino.

—La agitación no ha durado mucho. El nuevo tratado y la coronación cambiarán toda la situación. Además, Czerka no debe perder su posición en el centro neurálgico del nuevo corredor hiperespacial.

—Por supuesto que no —respondió Fanry. ¿Cuántas personas en la galaxia han visto alguna vez que los funcionarios principales de Czerka se echen para atrás?

—Entendemos —añadió Rael—. Esto provoca temor, pero Czerka no se va a asustar con tanta facilidad, ¿o sí? Confíen en mí. Llegaremos al fondo de este asunto.

—Con el debido respeto —añadió Meritt Cole—. ¿Cómo podemos estar seguros de eso si ustedes no han podido encontrar a los perpetradores? Creo en la labor que hacemos aquí en Pijal, pero necesitamos una investigación mucho más minuciosa que la que se ha hecho hasta ahora.

—Tendremos ayuda —dijo Rael y se enderezó. Por un momento le pareció a Fanry que casi se veía perturbado. Pero su fácil sonrisa de siempre regresó al momento en que volteó con un oficial de comunicaciones que tenía cerca y le ordenó—. Abra un canal a Coruscant y comuníqueme con el Consejo Jedi.

CAPÍTULO CINCO



Los deberes de un padawan variaban mucho. Ciertos tipos de instrucción eran universales, como la meditación y el entrenamiento en el manejo del sable de luz, y se estudiaban tanto en grupo en el templo como en privado con el propio maestro. Pero esos maestros variaban mucho en talentos y temperamento, lo cual implicaba que las tareas que daban también eran diversas.

Por ejemplo, la compañera de guardería de Obi-Wan, que se llamaba Prie, fue asignada a un maestro experto en dos cosas: formar un lazo de Fuerza con los animales y el combate sin armas. Así que Prie pasaba la mayor parte de su tiempo en mundos subdesarrollados, protegiendo a los nuevos asentamientos tanto de los animales salvajes como de los posibles saqueadores. Una vez se libró de una bestia cornuda de dos metros de altura.

Mientras tanto, su amigo Jape estudiaba con un maestro especializado en astrofísica. Cuando no estaba en el Gran Observatorio Espacial de Coruscant, volaba por toda la galaxia para explorar fenómenos únicos e interesantes. Le había enviado a Obi-Wan imágenes de increíbles nebulosas multicolores y desde una zona apenas al borde de un horizonte de eventos en un agujero negro. ¿Qué le asignaban a Obi-Wan? Viajes a los archivos.

Se sentó en uno de los cubículos del nivel superior donde su trabajo estaba iluminado por droides vela que flotaban. Desde ese punto de observación, podía examinar casi todo el nivel inferior de los archivos Jedi. Jocasta Nu estaba sentada en su escritorio revisando pacientemente algún archivo; un puñado de iniciados se esforzaba por descifrar un denso holograma histórico, probablemente para un proyecto de clase. Aparte de ellos, los archivos estaban desiertos. La mayoría de los Jedi tenían mejores cosas que hacer en su tiempo libre, lo cual significaba que sus padawans también tuvieran mejores cosas que hacer en *su propio* tiempo libre.

El interés de Qui-Gon en los idiomas antiguos no hubiera sido molesto por sí solo, al menos no tan molesto, pero lo que sí irritaba a Obi-Wan era la razón para esa fascinación.

«Ya nadie da tanto crédito a las antiguas profecías», pensaba hoscamente mientras buscaba a otro más de los antiguos alderaanianos. «Estas son cosas que quizá nunca ocurran y que, si *llegaran* a ocurrir, realmente habrían sido predichas y ninguna de nuestras acciones podría influirlas de todos modos. Entonces, ¿por qué insiste en estudiarlas?».

Sería comprensible si estuviera entre los eruditos del templo y se hubiera pasado toda su carrera investigando la antigüedad. En ese caso, por lo menos Obi-Wan hubiera sabido en qué se estaba metiendo. Pero por lo general, Qui-Gon Jinn era realista, directo y práctico casi al extremo.

—¿De qué sirven los ideales si no podemos ajustarlos al universo tal como es? —le preguntó alguna vez—. Si nuestras creencias nos dicen una cosa y las necesidades de las personas reales nos dicen otra, ¿podría haber alguna duda de a cuáles deberíamos atender?

Todo eso sonaba muy elevado cuando su maestro lo decía, pero en realidad significaba cosas como: «Está bien tomar "prestada" una nave espacial de los delincuentes si realmente la necesitas, o si puedo ganar la independencia de esta tribu en un juego de azar vale la pena vender la mejor túnica de mi padawan a cambio de fichas para entrar en el juego».

No. En general, los intereses de Qui-Gon eran todo menos académicos. Solo tenía estos dos pasatiempos: los idiomas y las profecías de la antigüedad. Ambos eran *intensamente aburridos* y parecían requerir gran cantidad de apoyo de investigación de parte de un aprendiz.

Obi-Wan logró controlarse justo antes de que su molestia se convirtiera en rabia. No era su labor decidir los pasatiempos e intereses de su maestro, sino apoyarlo con ello, por lo que, si eso significaba desenterrar más pergaminos y holocrones anticuados, ni modo.

—

Más tarde esa noche, en las habitaciones de Qui-Gon, Obi-Wan se atrevió a decir.

—Hasta dónde puedo ver, maestro, las profecías parecen… muy vagas.

Qui-Gon levantó la vista de los registros que su alumno le había llevado. Su cabello largo y castaño grisáceo caía suelto sobre su espalda, en señal de que pretendía irse a dormir pronto. Pero nunca dejaba de responder a la curiosidad de Obi-Wan.

—¿Aprendiste alderaaniano antiguo?

—No precisamente, pero entiendo lo suficiente como para darme una idea de lo que estoy recolectando. —Obi-Wan tiraba con nerviosismo de su trenza de padawan y luego se detuvo al momento de darse cuenta de ello. Era un mal hábito que intentaba eliminar—. Una de esas profecías dice algo acerca de «Aquella que nació de la oscuridad, parirá para la oscuridad». No da indicio alguno de quién es, de qué tipo de oscuridad se trata o de qué pasará. O, por ejemplo, «Cuando resplandezca el kyber que no es kyber, el tiempo de la profecía estará próximo». ¿Cómo puede haber una profecía sobre el tiempo de la profecía? Y luego está esta —golpeó con su dedo el lado del holocrón donde estaba el texto que Qui-Gon había sacado de los archivos por duodécima vez durante su periodo como aprendiz—: «Cuando el justo pierda la luz, el mal que estuvo muerto regresará». ¡Eso es tan ambiguo que podría referirse a cualquier cosa o persona! Además está esa tontería del *Elegido*.

—Tus dudas son comprensibles, mi padawan —le respondió. Su tono se volvió más cortante al añadir—. Seguramente las comparte la mayoría de los Jedi de la actualidad, incluyendo al consejo. Pero te advertiría no desestimarlo como simples *tonterías*.

Obi-Wan cruzó los brazos.

—¿Por qué no? —Cuando se percató del brillo de molestia en los ojos de Qui-Gon, añadió con prisa—. No quise ser sarcástico; de verdad quiero saberlo. ¿Por qué deberíamos atender a estas profecías? El maestro Yoda siempre enseña que ver hacia el futuro es incierto en el mejor de los casos.

Para su sorpresa, Qui-Gon asintió lentamente.

—La respuesta a tu pregunta es… compleja. Dame un momento para ordenar mis pensamientos y que pueda darte la respuesta que mereces.

Se sintió complacido de cuando menos representar un reto. Había pocas cosas que le gustaban más a Qui-Gon que una buena pregunta. A veces, Obi-Wan pensaba que, si nunca dejara de hacer preguntas, todo su aprendizaje hubiera transcurrido con muchos menos contratiempos.

Qui-Gon cerró los ojos, quizá para entrar en un ligero estado de meditación. El joven tendría que aguardar el momento de la respuesta.

No era desagradable esperar en las habitaciones de su maestro. Eran sencillas y pequeñas, como las residencias de todos los Jedi. Sin embargo, esta no podría confundirse con la de nadie más que con la de Qui-Gon Jinn. Era particular como pocas cosas en el templo y reflejaba la personalidad de su ocupante. El maestro tenía el hábito de recoger pequeñas cosas en muchos de los diversos planetas que visitaba: un trozo de madera de aquí y una suave manta tejida de allá. Con el tiempo, esos recuerdos habían formado una colección impresionante. Obi-Wan sabía que los carrillones venían de Gatalenta, las suaves piedras de meditación eran de Ryloth y el juego de té con sus delicadas tazas verde jade provenían de un bivall que se las regaló como agradecimiento luego de que le ayudara a rescatar su nave encallada.

Y esas provenían nada más de las aventuras en las que él había participado. Mientras sus ojos recorrían la habitación, eligiendo los objetos desconocidos que estaban sobre repisas y en los rincones, se dio cuenta de nuevo de los muchos lugares donde su maestro había estado y de cuántas cosas había hecho. Sin importar la poca ortodoxia de Qui-Gon, el chico entendía la fortuna de tenerlo como su maestro. Solo necesitaba lograr que su maestro también se sintiera afortunado de tenerlo a *él*.

—¿Crees —dijo finalmente Qui-Gon— que estudiar las profecías es una forma de adivinar el futuro?

Obi-Wan se preguntó si sería una pregunta capciosa.

—¿No es esa la definición de una profecía? ¿Una predicción de lo que ha de venir?

—En cierto sentido. Pero las profecías también hablan del presente. Los antiguos místicos Jedi intentaban mirar al futuro, pero estaban anclados en su propio tiempo, como todos. —Se acomodó en su silla y lo invitó a que también se sentara—. Solo podían predecir el futuro a través del prisma de su propia experiencia. Así que, al estudiar sus palabras, sus advertencias, aprendemos más acerca de su modo de ser que lo que podría enseñarnos cualquier holograma histórico. Y al preguntarnos cómo interpretamos *nosotros* esas profecías, descubrimos nuestros propios temores, esperanzas y limitaciones.

En opinión de Obi-Wan, ser un padawan era un recordatorio suficiente de sus esperanzas y limitaciones pero bien sabía que no debía expresarlo en voz alta.

—Quiere decir que no toma las profecías de manera literal.

—Alguna vez, cuando era más joven. —Qui-Gon se encogió de hombros—. Pero no. No lo hago. Sin embargo, no niego que tengan significado como lo cree la mayoría de los Jedi de nuestros tiempos. Aprender lo que creían los místicos de la antigüedad nos vincula con nuestra historia.

—Los Jedi ya no tienen ese tipo de místicos —apuntó Obi-Wan—. Se supone que tenemos que hacer a un lado las visiones del futuro porque no sabemos si llegarán a suceder. Incluso el maestro Yoda dice que pueden conducir a un Jedi a la oscuridad.

—Sí, la búsqueda de saber el futuro puede ser una forma de control que puede llevar al Lado Oscuro —respondió con su voz profunda y resonante. Con base en su tono, el joven supo que su maestro había oído todo esto de Yoda en muchas ocasiones anteriores—. Y aprender las formas del combate con el sable de luz es una manera de prepararse para la violencia, que también puede conducir al Lado Oscuro. Se nos confía un gran poder en la diplomacia, lo cual implica que ejercemos influencia sobre sistemas completos.

—Entiendo a qué se refiere —dijo Obi-Wan—. Muchos caminos pueden llevar al Lado Oscuro.

—Como Jedi, tenemos un poder que no poseen los seres promedio y que nunca poseerán. Detentar el poder sobre otros seres siempre requerirá que estemos vigilantes de la oscuridad dentro de nosotros. La capacidad que tenemos para entrever los futuros posibles no es ni más ni menos peligrosa que cualquiera de nuestros demás talentos.

Obi-Wan decidió seguir presionando y Qui-Gon respetaba ese reto. Hasta cierto punto.

—Los místicos de la antigüedad buscaban conocer los sucesos que ocurrirían en los siglos y milenios por venir. ¿No es eso una muestra de arrogancia? ¿De negativa a aceptar el flujo natural de la Fuerza? Podemos ver sus escritos bajo una luz más metafórica, pero ellos no los veían así. En verdad pensaban que estaban adivinando lo que llegaría a suceder.

—No me puedo erigir en juez de los místicos antiguos; tú tampoco deberías. —En apariencia, Qui-Gon no iba a hablar más al respecto. Ya había devuelto su atención a los registros que Obi-Wan le llevó—. Ya terminaste con tu trabajo aquí. Esto debe darme las suficientes lecturas para varios días. —Un asomo de humorismo asomó por sus ojos azules—. En otras palabras, te libraste de los archivos por un tiempo. Ve a pasar un rato con tus amigos.

Obi-Wan le lanzó una gran sonrisa.

—Gracias, maestro. —Se levantó para irse y luego se detuvo un instante—. Pero… ¿cuántos viajes al archivo cree que tendré que hacer?

Este proyecto sobre las profecías ya llevaba dos años y seguramente Qui-Gon no pretendía investigarlos en forma indefinida. El maestro se quedó inmóvil con la taza a

medio camino hacia sus labios. La expresión de su rostro era difícil de interpretar: comprensión o quizá desaliento.

—¿Maestro? No pretendía quejarme sobre los archivos.

—No te preocupes por ello —contestó, pero evitó la mirada de su aprendiz—. Hablaremos después. Sobre muchas cosas.

«Es un tanto críptico», pensó Obi-Wan, pero en el caso de Qui-Gon no era cosa nueva.

—Buenas noches, entonces.

—Buenas noches.

Obi-Wan se apuró a llegar a los niveles inferiores con la esperanza de que todavía fuera lo suficientemente temprano como para encontrar algún juego de dejarik. Algo le incomodaba de los últimos momentos de la conversación con su maestro. Era obvio que estaba guardando algún secreto.

Pero no podía tener nada que ver con Obi-Wan. Si fuera así, su maestro se lo hubiera dicho.

ANTES

—Tienes miedo —dijo el Maestro Dooku.

Qui-Gon Jinn, de doce años, estaba arrodillado frente a su nuevo maestro, quien lo eligió como padawan apenas un día antes. Pasó su última noche en la guardería de los iniciados riendo con sus amigos, imaginando todas las aventuras que tendría y practicando con su sable de luz en el salón de entrenamiento hasta que el Maestro Yaddle le ordenó irse a la cama.

Pero en la mañana ya había empacado sus pocas posesiones en un pequeño bulto y dejó la guardería donde había vivido desde que tenía memoria. Se le hizo el tradicional corte de pelo de los padawans que se usaba con los humanos, por lo que ya no se parecía al niño que siempre había visto en su reflejo; en lugar de ello, se había convertido en un desconocido desgarbado y torpe. Acudió a los alojamientos del Maestro Dooku para presentarse con el individuo que decidiría si era digno o no de convertirse en un Caballero Jedi.

—¿Entonces? —Dooku levantó una ceja. Parecía alzarse a tres metros de estatura e imponerse sobre Qui-Gon como un muro de obsidiana—. ¿No tienes respuesta para mi observación?

«No tengo miedo». La negación brotó dentro de su mente. Era lo que quería decir porque quería que fuera cierto. Pero no lo era. Seguramente un padawan no debería mentirle a su nuevo maestro.

—Sí —admitió el chico.

—¿Por qué deberías temerme? —dijo Dooku con su voz más profunda e intimidante, como si con ello respondiera a su propia pregunta.

«Piensa», se dijo. Su temor era tan obvio, tan generalizado, que apenas podía entender de dónde venía. Pero tenía que encontrar la verdad dentro de ese temor. Finalmente dijo:

—Tengo miedo de no convertirme en Jedi, pero eso no significa que le tenga miedo a usted, maestro. Temo al fracaso. A no ser digno.

—Temes a ti mismo —afirmó—. De otro futuro que no sea el que quieres.

—Sí. —Su temor se profundizó. Seguramente el maestro se daría cuenta de que era un error elegir como padawan a alguien tan cobarde. Pero entonces Dooku respondió:

—Muy sabio. —Cuando el chico levantó la vista sorprendido, su maestro le sonrió con una expresión distante, pero genuina—. La mayoría de los jóvenes aprendices negarían ese temor y, si lo admitieran, casi seguramente carecerían del autoconocimiento que tú demuestras.

«¿Respondí bien?». Su asombro debió haberse revelado en su rostro, porque Dooku asintió con tolerancia divertida.

—Hoy probaste que eres sincero —comentó, y le indicó que se incorporara—. Demostraste discernimiento de ti mismo y me convenciste de tu inteligencia.

—¿Inteligencia? —preguntó el niño mientras se levantaba. Estar de pie apenas le ayudó a sentirse menos intimidado; su cabeza llegaba al codo de su maestro.

—Sí, mi padawan. —El regocijo de Dooku tenía cierta cualidad felina en el sentido de que parecía taimado y reservado—. Cualquiera que inicia el viaje a lo largo del camino de la Fuerza *debería* temer. Los peligros son muchos y la lucha es eterna.

Qui-Gon no estaba del todo seguro de a qué se refería al hablar de «la lucha», pero supuso que se trataba de algo parecido a hacer su mejor esfuerzo. Ese era el tipo de cosas de las que siempre hablaban los maestros de la guardería.

Antes de que pudiera preguntar, Dooku le indicó con un ademán que lo siguiera.

—Ven. Hay muchas secciones de nuestro templo que los iniciados nunca visitan. Entenderlo de manera más amplia te ayudará a comprender mejor a la Orden Jedi.

La promesa de finalmente ver el templo completo sacó de su mente cualquier pregunta que tuviera y le sonrió a Dooku por primera vez.

—Sí, maestro.

Juntos recorrieron el edificio. No todo porque era demasiado grande para verlo en un día, pero sí las partes más importantes y las que siempre habían despertado más su curiosidad. Le mostró el *dojo* de entrenamiento de los padawans y le dejó echar una mirada a uno de los Caballeros Jedi. Finalmente vio el Gran Salón de Asambleas, reservado para esas raras ocasiones en que casi toda la orden se reunía. Visitaron diversas cámaras de meditación. No podría decirse que fueran emocionantes, pero sí, al menos, interesantes. Probablemente la mayoría de los demás padawans tampoco se hubieran emocionado de ir al vivero, pero Qui-Gon pasó varios minutos deambulando entre los árboles, las flores y los helechos traídos de miles de mundos diferentes mientras Dooku lo observaba con paciencia.

Al final del día, el maestro lo llevó a su última parada, los Archivos Jedi. La nueva archivista en jefe, una mujer llamada Jocasta Nu, recibió a Dooku con una familiaridad que sugería que eran amigos. Mientras los conducía a las profundidades del enorme salón lleno de recintos, dijo:

—Hace mucho que te vi por última vez.

—Mis intereses cambian de tiempo en tiempo —replicó Dooku. Qui-Gon se preguntó por qué Jocasta Nu frunció el ceño al escuchar eso.

Examinaron varios holocrones de diversas épocas, aunque no para estudiarlos, sino simplemente para que el chico aprendiera cómo manejarse en el lugar. Su vista se enfocó en un holocrón particularmente antiguo, tanto así que su forma era muy diferente a cualquiera de los otros. Caminó hacia él y puso la mano sobre su superficie dorada.

—¿De qué trata este? —preguntó—. ¿Qué siglos abarca?

Después miró a su maestro en busca de respuesta y se alarmó por la expresión de su rostro. Miraba al holocrón casi como si fuera…

«Como si fuera un enemigo», pensó el chico. Pero eso no tenía sentido.

—Ese es un holocrón de profecías Jedi —respondió Dooku.

—¿Profecías? —Qui-Gon nunca había oído de eso—. ¿Existen profetas Jedi?

—Ya no. Los antiguos místicos buscaban un conocimiento inapropiado del futuro y los llevó por caminos peligrosos. Aquellos que se han sentido profundamente atraídos a ellos a menudo fueron tentados hacia el Lado Oscuro.

—¿El Lado Oscuro? —susurró Qui-Gon. Sabía que era algo que todos los seres tenían dentro de sí y que era una parte de sí mismo de la que aprendería a protegerse, porque los maestros de la guardería se lo habían enseñado. Pero le seguía sonando como una especie de fantasma o monstruo; algo misterioso que saltaría desde las sombras para atraparte si estabas distraído.

—Esa es la razón por la que ya no estudiamos las profecías. —Abruptamente, Dooku volteó y empezó a alejarse, lo cual significaba que Qui-Gon tenía que seguirlo.

—¿Maestro? —se atrevió a decir mientras caminaba con prisa para alcanzarlo—. ¿Solamente el deseo de conocer el futuro puede llevarnos al Lado Oscuro?

—Se necesita más que eso —le contestó, pero sus ojos oscuros eran imposibles de descifrar.

CAPÍTULO SEIS



Muchos Jedi iban a un retiro para una contemplación más profunda, pero el templo poseía sus propias reservas de tranquilidad. Habitaciones en los niveles superiores que tenían ventanas translúcidas que se abrían para recibir la luz del sol y donde uno podía embeberse del calor, el resplandor y la absoluta calma. En un nivel inferior, una senda de meditación recorría un laberinto de caminos empedrados que invitaba a la mente a enfocarse. Las cápsulas de privación sensorial para diversas especies podían llenarse y sellarse para aquellos que deseaban desprenderse casi por completo de sus formas físicas y convertirse en espíritus puros.

Sin embargo, Qui-Gon se sentía más estable cuando se aferraba a la vida, por lo que iba a los jardines del templo.

Se arrodilló junto a un helecho de Felucia y pasó dos dedos por sus hojas de delicado azul verdoso. Estas respondieron levemente al contacto, lo cual era señal de sensibilidad y, por ende, de salud. Inhaló profundamente y absorbió la suave esencia verde, imaginando que el oxígeno recorría todo su cuerpo.

A través de la Fuerza se comunicó con esa planta. Su presencia era una cosa delicada, consciente solo de la paz. No podía decirse lo mismo de todas. Qui-Gon todavía recordaba la primera vez que se topó con un árbol que era fuerte en el Lado Oscuro y su asombro fue enorme. El Maestro Dooku había sacudido la cabeza con pena y le dijo:

—La oscuridad también forma parte de la naturaleza. Es tan fundamental como la luz. Siempre recuérdalo.

«Debería haber sido uno de los jardineros del templo», pensó. Era una idea que había tenido antes, aunque en general saltaba a su mente cuando se frustraba con el Consejo Jedi. Su intercomunicador sonó y se escuchó la voz de la Maestra Billaba.

—Maestro Jinn, ¿está ocupado?

—No, para nada. —El consejo apenas había hablado con él un día antes. ¿Estaban tan impacientes por una respuesta?—. ¿En qué puedo servirle?

—Tenemos una misión para usted y su padawan. —Hizo un gesto de molestia, pero antes de poder responderle, Billaba continuó—. Es posible que el momento no sea ideal, pero solicitaron su presencia.

—Despertó mi curiosidad. ¿Estoy en lo correcto al suponer que no me dará más detalles hasta que mi padawan y yo nos presentemos?

La diversión que sentía Billaba era evidente en su voz.

—Ya está aprendiendo cómo funciona el consejo, Maestro Jinn.

«La Fuerza no lo quiera», pensó. Esa era su respuesta automática, aprendida de los muchos conflictos que tuvo con el Consejo Jedi en el pasado. Ese tipo de pensamiento tendría que cambiar.

—Iremos a las habitaciones del consejo en cuanto sea posible.

—No, no será en las habitaciones del consejo —respondió, pero ahora de manera más sombría—. Será en la oficina de la Canciller Kaj.

—

La Canciller Kirames Kaj había dirigido al Senado durante muchos años y sin duda podría seguir haciéndolo durante un buen tiempo más. Su capacidad para tratar las cosas con guante de seda y su actitud agradable la volvían popular tanto entre los senadores como con el público en general. La naturaleza relajada que volvía tan popular a la canciller togrutana también causaba que fuera muy posiblemente la persona menos hambrienta de poder que hubiera ocupado alguna vez ese cargo. En lugar de lanzarse a la reelección, anunció que al año siguiente regresaría a Shili y fundaría una academia para las artes.

A juzgar por el ambiente que reinaba, la mente de Kaj ya estaba más puesta en su futuro que en su pasado. Varias coronas florales como tributo, hologramas y trofeos decoraban cada repisa y pared, cada uno era testimonio de otro banquete o recepción hechos en su honor. Parecía que no había ni un solo planeta en la República que quisiera dejar de honrarla al momento de su retiro.

—Maestro Jinn —dijo Kaj mientras tomaba asiento detrás de su gran escritorio—. Es un placer verle de nuevo.

—El placer es mío. —Su comentario era más o menos sincero. En cuanto a políticos se refería, Kaj era bastante tolerable.

—También está su padawan. De apellido Kenobi, ¿no es cierto? —Kaj le lanzó una gran sonrisa—. Qué gusto conocerlo.

—Gracias, canciller. —Obi-Wan dudó. Era muy evidente que deseaba decir algo más, pero no sabía qué sería apropiado.

Ella acarició distraídamente una de las colas de su cabeza mientras uno de sus droides asistentes le traía un holograma, que llenó por completo la habitación. Presentaba un enorme paisaje espacial que ocupaba una sección considerable del Borde Interior, al igual que al principal enemigo del tránsito hiperespacial en el área, la nebulosa de Byrnum Maw. Resplandeciente en su centro, y conduciendo directamente a través de la nebulosa, estaba una delgada línea azul que señalaba un camino que era desconocido para Qui-Gon. La línea se conocía como el CORREDOR HIPERSPACIAL DE PIJAL. Un pequeño símbolo debajo de esa etiqueta indicaba que estaba protegido por las naves y los sensores de la Corporación Czerka, como casi toda otra vía hiperespacial complicada.

—Encontraron una ruta por Byrnum Maw —conjeturó Qui-Gon—. Esa ha sido una meta desde hace, ¿qué será?, ¿varias décadas?

—Más bien siglos. —Kaj indicó con un ademán hacia la extensión del corredor hiperespecial—. Desde que una estrella se convirtió en nebulosa y alteró las antiguas rutas. Pero los científicos determinaron que dos anclas hiperespaciales, una en el planeta

Pijal y la otra en su luna, podrían generar en conjunto un campo de energía capaz de estabilizar su sección central. Una vez que quedó estabilizada, se hicieron posibles varios caminos para el tránsito. Los mundos en esas rutas habían quedado olvidados, sin capacidad de alcanzar un progreso por demasiado tiempo. Ahora, todo eso puede cambiar.

Qui-Gon asintió.

—Su petición de ayuda sugiere que algo amenaza al nuevo corredor.

—En efecto.

El droide asistente de la canciller amplió rápidamente el holograma para mostrar el planeta alrededor del que se torcía el corredor hiperespacial. Cubos con información flotaban cerca de él e indicaban que Pijal era un planeta templado con varias cordilleras montañosas y cuevas, y con una población demasiado pequeña para un sitio con un clima relativamente benigno. Su luna era casi tan grande como Pijal mismo. Hacia ahí señalaba la canciller.

—Pijal está emergiendo apenas de cientos de años de aislamiento —dijo Kaj—. Pero el terrorismo amenaza todo su progreso. Un grupo disidente en la luna, conocido como la Oposición, está saboteando los trabajos agrícolas y mineros del lugar. Están bombardeando las naves Czerka y haciendo todo lo posible por socavar la estabilidad de Pijal.

—¿Con qué finalidad? —preguntó Obi-Wan. Luego, sus ojos se abrieron como platos al darse cuenta de que se atrevió a cuestionar a la canciller de la República. Qui-Gon apagó una sonrisa.

Kaj, que no era de las que se molestaba por que un padawan le dirigiera la palabra, simplemente se encogió de hombros.

—Tendrán que encontrarle la lógica a esto, porque nadie más pudo hacerlo. La Oposición no empezó como un grupo terrorista. En apariencia originalmente eran una compañía de arte performativo.

Ni Qui-Gon ni su padawan dijeron nada durante un buen rato hasta que el maestro logró decir:

—¿Habla en serio?

—La galaxia es grande y extraña —dijo Kaj con un suspiro—. En cualquier caso, la Oposición ponía en escena obras políticas o erigía estatuas ligeramente ofensivas durante la noche, ese tipo de cosas. Al parecer, su lideresa, una mujer conocida como Halin Azucca, se especializaba en danza interpretativa antes de empezar a manejar explosivos. La Oposición no tiene una ideología específica, aparte de tener el deseo de cambiar el orden establecido y algunas expresiones vagas sobre más representación para los ciudadanos lunares. Sin embargo, después de que se aclaró el potencial del corredor hiperespacial, la Oposición se mostró más furiosa. Más audaz. Empezaron a hacer estallar lugares que en un principio eran puramente simbólicos. Su violencia ha crecido a medida que se acerca la activación. En el último mes se enfocaron en importantes edificios de gobierno, estructuras de Czerka e incluso en algunos de los templos. Todavía no se pierde

ninguna vida, pero es solo cuestión de tiempo. Además, si decide ponerse como objetivo el corredor hiperespacial en sí, el daño podría ser tremendo.

—¿Qué es lo que quieren específicamente? —preguntó Qui-Gon.

—Para ser franca, es un poco misterioso. Al principio hacían grandes pronunciamientos, a veces en verso. Pero cuando los ataques se volvieron más violentos, Halin Azucca llevó a la Oposición a la clandestinidad. Se están volviendo cada vez peores, y están amenazando la estabilidad del planeta y la ceremonia para el tratado. Los líderes de Pijal piensan que debería intervenir un tercero, alguien neutral con una perspectiva nueva y ayudarles a sacar de su escondite a la Oposición.

—¿Los líderes de Pijal? ¿Creía que tenían una princesa coronada? —indicó Qui-Gon.

—Eso no es exacto —replicó Kaj—. Hace ocho años, la Princesa Fanry heredó el trono cuando tenía apenas seis años. Su regente ha gobernado desde entonces. Él negoció el Tratado de Gobernanza que cambiará la monarquía de absoluta a constitucional, con un parlamento de representantes que se encargarán de todos los asuntos de gobierno. Ese tratado también terminará con el aislacionismo de Pijal y permitirá el establecimiento de contratos con individuos de otros planetas, como los funcionarios de la República encargados del nuevo corredor. La Princesa Fanry firmará el tratado en su decimocuarto cumpleaños, para el que faltan solo unos cuantos días. Tienen planeado todo tipo de festividades: conciertos, actos públicos e incluso algo que llaman la Gran Cacería. Sin embargo, los ataques de los disidentes incrementaron en frecuencia y gravedad entre más se acerca la firma. Así que no sé cuántas fiestas llegarán a disfrutar.

—Entonces los disidentes quieren impedir la firma del tratado —comentó Obi-Wan, atreviéndose finalmente a hablar. Por desgracia, también estaba haciendo suposiciones.

—Es posible —dijo Qui-Gon—. Pero hay otras explicaciones. Quizá solo consideren que este es un momento vulnerable para el gobierno y, en consecuencia, que es tiempo de dar un golpe.

—Tiene el potencial de convertirse en un desastre —admitió la canciller—. La vía hiperespacial no puede abrirse hasta que se firme el tratado. Al parecer, estos disidentes de la Oposición quieren impedir que eso suceda. Necesitamos que vayan a Pijal, que ayuden a prevenir cualquier pérdida de vidas y que se aseguren de que el Tratado de Gobernanza se firme el día señalado. De ser posible, también querríamos que llevaran ante la justicia a los miembros de la Oposición. Si dejamos que el gobierno de Pijal se ocupe de ello más tarde, nos parece excelente. Pero por el bien de Pijal y de multitud de sistemas vecinos, el corredor espacial debe abrirse y el Tratado de Gobernanza tiene que firmarse.

Era una tarea importante y desafiante. El tipo de misión que Qui-Gon podría haber esperado en cualquier momento. Bueno, en cualquiera excepto este.

—¿Puedo saber por qué nos eligieron para esta misión? —preguntó a la canciller, pero mantuvo un tono neutro en la voz.

—Se les solicitó específicamente y, por supuesto, pensamos que lo mejor sería que alguien que conoce a uno de los principales participantes vaya…

—Nunca estuve en Pijal. —A Qui-Gon no le importaba interrumpir incluso a la canciller cuando no iba al grano.

De manera consciente o inconsciente, Kaj entendió la intención.

—Verá usted, cuando la princesa heredó el trono siendo una niña, era obvio que se necesitaba de un regente que gobernara en su nombre. Sin embargo, las luchas intestinas en la corte imposibilitaron que hubiera un candidato pijalí para regir que fuera aceptable para todas las partes. En consecuencia, se envió a un Caballero Jedi para que ocupara ese puesto. Se trata de alguien que usted conoce: Rael Averross. —La canciller miró de Qui-Gon a Obi-Wan y de regreso—. Sé que es una figura, como diré, un tanto polémica entre los Jedi. Pero es su amigo ¿o no?

—Fuimos buenos amigos hace tiempo —dijo Qui-Gon. No estaba seguro de cómo podría definirse ahora su relación, pero *polémico* era poco decir sobre Rael.

—Pues bien, Averross pidió específicamente que usted fuera. Me doy cuenta de que el momento no es ideal, Maestro Jinn —indicó Kaj—, en vista de que se le acaba de pedir que se integre al Consejo Jedi. Es un gran paso y sin duda preferiría concentrarse.

«Maldición. Maldición. Maldición». Qui-Gon cerró los ojos por un instante, pero no pudo bloquear nada; la onda de choque que atravesó a Obi-Wan fue tan grande que se sintió por toda la Fuerza. El maestro no pensó que Kirames Kaj pudiera mencionar la invitación del Consejo Jedi. Le parecía posible que, como estaba a punto de retirarse de su puesto como canciller de la República, ni siquiera se hubiera ocupado gran cosa de la información sobre un nuevo miembro del consejo.

Pero sí lo tenía en cuenta y ahora la cuestión era no solo que Obi-Wan se hubiera enterado, sino que además lo hizo a través de otra persona. Definitivamente, Qui-Gon había cometido un grave error.

«¿Cómo puedo suponer que cumpliré bien con mis deberes en el consejo si estoy fallando como maestro?».

CAPÍTULO SIETE



Obi-Wan sintió que no podía hablar, que no podía oír. No estaba consciente de nada más que de su propia respiración y de su pulso. La conmoción lo dejó anestesiado para cualquier cosa, excepto para sentir vergüenza.

La mirada de Qui-Gon se cruzó con la suya por un instante, lo suficiente como para que el joven viera el dolor en los ojos de su maestro. No le ayudó darse cuenta de que Qui-Gon sabía que había obrado mal, de hecho empeoró las cosas.

Cuando la Canciller Kaj terminó con la reunión oficial, Obi-Wan se levantó de inmediato y fue hacia la puerta. Se detuvo allí un instante, esperando seguir a su maestro según la costumbre, pero en lugar de ello, Kaj le pidió a Qui-Gon que regresara.

—Ah, por cierto, ¿puedo pedirle un consejo? Es un asunto personal. Quiero darle algún regalo al Maestro Yoda cuando me vaya, como agradecimiento por todo el trabajo que hicimos juntos, pero es tan difícil elegir algo para…

Qui-Gon estaba atascado en la situación, lo cual significaba que Obi-Wan podía hacer lo que más quería: irse. Lo difícil era averiguar qué debía hacer después.

—

«¿Ni siquiera me *dijo* que ya no sería mi maestro? ¿No soy digno siquiera de que me informe?».

Obi-Wan se obligó a controlarse. Abrió los ojos y absorbió el sereno interior de una de las recámaras de meditación del templo: las paredes esféricas de azul cristalino, los suaves cojines en el suelo para sentarse o recostarse, el dulce sonido de los carrillones en el fondo. Pacífico, relajante y absolutamente inútil para su estado mental actual. Si no podía tranquilizar su ánimo meditando en ese lugar, no podría lograrlo en ninguna parte. A veces el enojo se niega a abandonar el alma, excepto a través del cuerpo.

Era muy noche. Había pasado un buen rato de la hora en que los iniciados se retiran a sus habitaciones y concluyen todas las reuniones oficiales, por lo que los pocos Jedi que deambulaban por los salones pertenecían a las especies nocturnas. Los pasos de Obi-Wan hacían eco por los pasillos cóncavos y sonaban antinaturalmente fuertes en el silencio del templo. Se preguntó si sentía que su presencia era demasiado evidente por el sonido o porque no tenía idea de cuánto sabían los demás.

¿Fue el último en descubrir que su maestro lo dejaría sin decirle ni una palabra? ¿O tendría que explicarles a todos por qué era un padawan de diecisiete años que buscaba un nuevo maestro? Nunca había sabido de algo similar. ¿Era el primer padawan desechable en los diez mil años de historia de los Jedi?

Obi-Wan se contuvo. No podía ser cierto. Por lo menos, probablemente no lo era. No tenía caso ver su situación como algo peor de lo que era, que ya de por sí era bastante mala.

Su camino lo llevó por el túnel que atravesaba los niveles acuáticos del templo donde, al menos parte del tiempo, vivían y se entrenaban los Jedi y padawans de los mundos submarinos. Pequeñas ondas de luz azul iluminaban el cielo abovedado y translúcido, a través del cual pudo discernir las formas de dos iniciados, un Mon Calamari y un Selkath, que nadaban arriba. ¿Salieron después de la hora permitida o los ciclos diurnos eran diferentes en los niveles acuáticos?

Todavía le quedaba tanto por descubrir sobre el templo y sobre los Jedi. Por el momento le parecía como si ni siquiera pudiera llegar a tener la oportunidad de aprender.

Finalmente llegó al *dojo* de los padawans. Allí, los Jedi más jóvenes podían entrenar y practicar juntos, tanto para pasar un tiempo con sus amigos como para aprender de sus compañeros. «Capaces de enseñarse mucho los padawans son», había explicado Yoda. «Y mucho más capaces son cuando sus maestros no miran».

Atravesó toda la extensión del piso hexagonal y se centró lo mejor que pudo antes de sacar su sable de luz del cinturón. El zumbido llenó el silencio y su sujeción del mango se fortaleció por instinto en respuesta a la leve vibración. Respiró profundamente y adoptó la posición de combate para empezar las cadencias.

Todos comenzaban con las básicas. Los movimientos primarios, las defensas clave y los ataques potenciales. Con los años, Obi-Wan había adquirido gran fortaleza en las iniciales. Como la mayoría de los padawans, esperaba que se le enseñaran otras formas de combate para elegir alguna en la que entrenar y empezar a establecer su destreza individual, pero Qui-Gon seguía pidiéndole que practicara los movimientos básicos.

«¿Por qué? Tuvimos malentendidos en combate, pero no puede poner en duda mi técnica de pelea». Obi-Wan cruzó el aire con su sable, lo giró y se deleitó con la forma en que su zumbido se torcía con cada movimiento. «Por lo menos en eso no le fallé».

Mientras practicaba, los recuerdos de batallas pasadas y de éxitos anteriores despejaron la niebla del resentimiento de su mente. El futuro se entrometía poco en sus pensamientos y, cuando lo hacía, imaginaba que los maestros potenciales le observarían practicar, se impresionarían y decidirían hacer un mejor trabajo con este padawan que…

—Muy bien —la profunda voz de Qui-Gon hizo eco en el *dojo*—. Eres incluso más rápido de lo que pensaba.

Obi-Wan logró detenerse sin estremecerse ni mostrar sorpresa. Sostuvo su sable en posición horizontal sobre su pecho y la luz azul iluminó todo el entorno, incluyendo la figura en blanco y negro de su maestro.

—Este es el *dojo* de los padawans —dijo el chico.

—Como sabrás, algún día fui padawan. —Qui-Gon caminó por el *dojo* y volteó hacia el techo abovedado en el que diversas huellas de manos y pies eran testimonio de padawans que practicaban estilos más atléticos de combate con el sable de luz.

—No me refería a que no supiera dónde está.

Qui-Gon levantó una ceja.

—¿Quisiste decir que qué estoy haciendo en este lugar al que no pertenezco?

Parecía tan tranquilo. Incluso divertido. La poca generosidad que Obi-Wan había tratado de sentir hacia su maestro se debilitó.

—De hecho, no estaba haciendo una pregunta.

El mudo reproche se le resbaló a Qui-Gon como si fuera agua. Podría ser que en muchos sentidos fuera un Jedi imperfecto y poco ortodoxo, pero lo que sí le envidiaba Obi-Wan era su apariencia relajada. En lugar de discutir con su aprendiz sobre su derecho a estar allí o simplemente irse, le respondió:

—Quería disculparme por lo que pasó esta mañana. Esa no es la manera en que deberías haberte enterado de mi invitación al consejo. Reflexioné sobre si debía decirte, pero pensé que era mejor esperar hasta tomar mi última decisión.

Obi-Wan se mordió los labios para reprimir una sonrisa amarga.

—¿En serio está considerando declinarla? ¿Alguna vez lo haría? Lo dudo.

Qui-Gon suspiró.

—Es justo lo que dices y tu reacción es comprensible. Pero sí tengo reservas. Preocupaciones que debo resolver conmigo mismo antes de comprometerme a un puesto de tanta responsabilidad.

—Preocupaciones que ni en sueños discutiría conmigo.

Ese comentario finalmente logró penetrar la maldita serenidad de Qui-Gon y había cierto enojo en su voz cuando respondió.

—Supuse que estarías demasiado molesto como para discutirlo en forma racional. Aparentemente tenía razón.

—Creí oírle decir que mi reacción era comprensible —replicó Obi-Wan—. Entonces, ¿por qué eso me descalifica de enterarme de la verdad?

Qui-Gon colocó las manos en su ancho cinturón del modo en que lo hacía cuando empezaba a retraerse.

—Deberíamos discutirlo en otro momento. Ninguno de los dos está en su mejor estado ahora.

A pesar de su mal humor, Obi-Wan sabía que por lo menos en eso tenía razón su maestro, pero no podía tolerar que el asunto quedara así.

—Me estaba preguntando por qué nunca me entrenó en otros movimientos más allá de las cadencias básicas. —Giró su sable de luz en el aire y lo bajó a una posición inferior—. No es posible que haya pensado que mis habilidades eran inadecuadas. Entonces, ¿por qué no avanzar? Pero ahora creo saber la respuesta.

—Ilústrame —respondió Qui-Gon con frialdad.

—Porque hace largo tiempo que decidió librarse de mí de uno u otro modo. Que no funcionaríamos como maestro y padawan, así que ¿para qué tomarse la molestia de planear por anticipado? ¿Para qué intentarlo? Sabía que alguien más terminaría mi entrenamiento. —Apagó su sable—. Después de todo, maestro, terminó siendo un profeta.

Qui-Gon se quedó en silencio tanto tiempo que al principio el joven pensó que había ganado el debate, pero finalmente respondió.

—Te mantuve en las cadencias básicas por una razón, Obi-Wan. Si alguna vez hubieras entendido el porqué, podrías haberme comprendido lo suficientemente bien como para que sobresaliéramos como maestro y aprendiz. Como han resultado las cosas, supongo que a veces la Fuerza se asegura de que se llegue a lo que resulte mejor.

El maestro se retiró. Obi-Wan se quedó un largo rato en el *dojo* combatiendo con sus emociones oscuras y preguntándose repetidas veces por qué Qui-Gon era un misterio tan grande.

«Como él lo dijo, es lo mejor», pensó sombríamente, pero no sentía que fuera así.

—

Había algunas cosas que nunca le habían gustado a Averross de Pijal, incluso después de ocho años de vivir en ese planeta. Por suerte, la comida no era una de ellas. Esa gente sí que sabía comer.

—¿Invitó al Jedi? —le dijo Meritt Col, la supervisora del sector de la Corporación Czerka, mientras levantaba la ceja y le indicaba a la mesera que le trajera otra orden de shaak. El perfil sobresaliente del chip de rastreo de la joven se veía apenas en el dorso de su mano izquierda y los breves milímetros de metal eran indicación de su estado como esclava. En el palacio se cenaba con estilo—. Es obvio que se requiere ayuda, pero pudo llamar a las empresas de seguridad privada.

—A los sicarios no les importa nada más que su paga —respondió Rael Averross mientras deshuesaba de un mordisco su pierna de shaak y la salsa resbalaba por sus dedos—. No ven otra cosa que lo que sus procedimientos les han entrenado a ver. ¿Pero un Caballero Jedi? Un Jedi puede resolver esto en una quinta parte del tiempo que le llevaría a cualquier mercenario.

Averross estaba sentado en una de las cabeceras de la mesa de madera oscura con incrustaciones de oro; la Princesa Fanry estaba en la otra y la luz del candelabro de droides vela brillaba en las fibras iridiscentes de la pañoleta que le cubría el pelo. La supervisora Col estaba sentada a la derecha del regente con su almidonado uniforme blanco de siempre. Las normas de etiqueta del palacio declaraban que el asiento junto a Fanry fuera el de mayor honor, pero a Averross siempre le había importado un comino la etiqueta. Aparte, esta comida era más que un banquete formal. Era una reunión de negocios; tan solo una más de las interminables tareas de las que él se ocupaba para que Fanry no tuviera que hacerlo.

Sin embargo, Fanry, que se mantenía serena y encantadora como deben hacerlo todas las princesas, obviamente lo escuchaba con gran atención. Hacía justo lo que se le enseñó a hacer: escuchar siempre, aprender siempre y penetrar siempre por debajo de las capas del protocolo de la corte.

Averross sonrió para sí y pensó: «buena chica».

La supervisora Col también sonreía, pero seguía poco impresionada.

—Lord Regente, eso hace surgir una pregunta: Si un Jedi puede resolver este problema con tanta facilidad, ¿por qué *usted* todavía no lo controla?

—Porque la situación requiere de… nuevos ojos. —Averross tomó otro gran trago de vino lunar con la esperanza de que eso desvaneciera un poco la dificultad de lo que tenía que decir. No existía ocasión en la que le gustara admitir su debilidad y menos en lo referente a proteger a Fanry—. Llevo ocho años viviendo en Pijal. No solo eso, vivo en el *palacio real*. Los problemas de la princesa se convirtieron en mis problemas. Su mundo se volvió mi mundo y mi punto de vista es el paisaje que miro desde las ventanas del castillo. Usted lo sabe tan bien como yo: esa vista no lo muestra todo. Alguien nuevo detectará cosas que yo no puedo.

Pero había tanto de Pijal que un extranjero nunca entendería del todo. Por mucho que Averross anhelara la coronación de Fanry, apenas podía imaginar su propia vida después de eso. Se imaginaba que la princesa le pediría quedarse como asesor y estaba muy deseoso de aceptarlo, pero también sabía que el consejo insistiría en que hiciera algo nuevo para probar que no estaba demasiado aferrado a un solo sitio y a una sola misión. Averross coincidía con ello como principio general, pero su trabajo en Pijal era diferente. Sentía que estaba haciendo un verdadero bien. Que su influencia era importante. Su conocimiento del planeta hacía que tuviera más que ofrecer en él que en cualquier otro sitio.

Por supuesto que el consejo nunca lo admitiría siendo el conjunto de burócratas que era. Si quedarse en Pijal implicaba dejar a los Jedi… Averross no tenía la menor idea de qué elegiría.

La supervisora Col asintió pensativa, aunque en sus oscuros ojos revelaba que seguía teniendo dudas. El regente sabía que había sido supervisora durante más de dos décadas y que con los años había ganado autoridad sobre el comercio en cada vez más sistemas. Era cuidadosa, astuta y controlada.

—Entiendo lo que dice, Lord Regente. Sin embargo, en Czerka nos preocupa que un nuevo Jedi no entienda nuestro arreglo con este planeta. Incluso a usted le llevó un tiempo darse cuenta de lo apropiado de lo que hacemos aquí.

—Cuando era joven e ingenuo —contestó Averross con una sonrisa—. Pero ahora quizá ya no lo soy tanto.

También había estado padeciendo el tipo de dolor que nubla la mente, ese que nunca se supera, sin importar cuánto se intente, pero eso era algo que Meritt Col no necesitaba saber.

Col sonrió amablemente, pero insistió.

—¿Qué pasa si la orden envía a alguien que también sea «joven e ingenuo»?

—Pedí a alguien específico. Es el Jedi más perspicaz con el que haya trabajado. Nunca nos decepcionará. —Averross pensó que era una sensación muy agradable saber con certeza en quién confiar—. Estoy más seguro de Qui-Gon Jinn que de cualquier otra persona que conozca.

—

Qui-Gon permanecía despierto a altas horas de la noche con una datapad como única iluminación. Ya antes había revisado este registro. Justo después de que pasó, lo vio repetidamente, al igual que otros en la Orden Jedi. Al final, el consejo había reivindicado a Rael Averross, pero Qui-Gon nunca estuvo seguro de que fuera la decisión correcta.

El carguero *Advent* transportaba alimento a un sistema que sufría una hambruna desesperada; Rael Averross y su padawan lo supervisaban. Las preocupaciones sobre la actividad de piratas en el sector implicaban que cada sensor externo se verificara constantemente. Eso impidió que la atención se enfocara en los problemas internos y que nadie reconociera el peligro real: un motín sangriento y violento.

Los procedimientos estándar para un motín a bordo de un carguero hubieran demandado que el Jedi encargado priorizara retomar el puente de mando. Desde allí, se podían controlar todas las demás funciones de la nave y convocar ayuda de otras naves de la República.

Pero Rael tenía otras ideas. Según los informes de la audiencia oficial, sospechó que los amotinados podrían hacer un trato con los piratas: armas y ayuda a cambio de suministros de comida. Con su apoyo, los amotinados hubieran sido mucho más difíciles de vencer y se convertirían en una amenaza para cualquier nave republicana que fuera al rescate. Así que Rael llevó a su padawan a la principal bodega de carga para apoderarse primero de esa área.

Los Jedi podían ignorar los protocolos a su juicio, siempre y cuando fuera algo que estuviera dentro de sus obligaciones para esa misión. Es posible que la decisión de Rael no hubiera atraído mayor atención, a no ser por la tragedia que ocurrió como consecuencia.

Qui-Gon observó las grabaciones del *Advent* acerca del momento en que los amotinados ingresaron por la fuerza en la principal bodega de carga, asesinando a diestra y siniestra a los miembros leales de la tripulación con ayuda de droides reprogramados. Ni siquiera los gritos de los moribundos los detuvieron, pero sí la vista de dos sables de luz.

Averross y su padawan, una tholothiana en su primer año de entrenamiento, entraron a la refriega. «Nim Pianna», recordó Qui-Gon. «Se llamaba Nim Pianna y era algo más que simplemente su padawan». A pesar de su juventud, la chica se preparó para el combate encendiendo su sable de luz verde al mismo tiempo que se prendía la luz azul del sable de Rael. Juntos lucharon con tanta fluidez como lo harían dos partes de un solo ser, mostrando la unidad que debían tener un maestro y su padawan. Una como la que Qui-Gon nunca había logrado alcanzar con Obi-Wan.

Qui-Gon puso en segundo plano sus propios remordimientos a medida que el verdadero horror empezó a revelarse en la pantalla. Rael y Pianna se abrían camino por una plataforma elevada a unos veinte metros sobre el piso de la bodega. Ella saltó hacia uno de los droides sin darse cuenta de que estaba equipado con un dardo cercenador

plateado que se incrustó directamente en su sien y Pianna se derrumbó a un lado. Tenía los ojos nublados en escalofriante señal de que su cerebro y su mente estaban temporalmente bajo el control de la nanotecnología.

Los hechos siguientes ocurrieron en unos cuantos segundos, pero para Qui-Gon parecieron desarrollarse en cámara lenta. Siempre sucedía, sin importar cuántas veces lo viera y qué tanto supiera lo que ocurrió después.

Él miró hacia su padawan. Ella levantó su sable de luz y se lanzó contra él. Rael dudó por un momento y luego tomó una decisión.

—El Maestro Averross tuvo que poner como prioridad salvar a los rehenes en lugar de a su padawan —dijo Mace Windu en la declaración oficial del consejo—. Los duelos con sables de luz, aunque muy poco comunes, también son mortales. No podía salvarla y tener el tiempo suficiente para salvar al *Advent*. Averross priorizó la seguridad de la nave por encima de la de su aprendiz. Esa es la decisión que ella hubiera querido que tomara. Cualquier Jedi aceptaría más el riesgo que poner en peligro a otros.

Todo eso era muy cierto. Pero Qui-Gon nunca pudo olvidar la mirada de absoluto terror y abandono en el rostro de Pianna cuando cayó. No podía controlar sus actos, pero sus emociones seguían siendo suyas. Su maestro, la persona en la que se suponía que pudiera confiar más que en cualquier otro ser en la galaxia, la había matado. Esa fue la última cosa que supo antes de morir.

Nunca hubiera estado expuesta a un ataque con un dardo cercenador si Rael hubiera obedecido los protocolos. Si se hubiera tratado de un Caballero Jedi con antecedentes más convencionales, es posible que no lo hubieran absuelto con tanta facilidad, pero Rael había llegado al templo con una edad muy superior a la acostumbrada, ya que tenía cinco años cumplidos antes de que se le identificara en Ringo Vinda. Esos años hicieron una profunda diferencia. Nunca había dominado por completo los controles inconscientes que se entrenan en la mayoría de los Jedi desde la lactancia. Además, extrañaba demasiado a su familia. La gran mayoría de los Jedi no conocía en absoluto a sus familias de origen y las excepciones no iban más allá de hablar en raras ocasiones con parientes que apenas eran un poco más que desconocidos. Los modales de Rael eran ariscos y más parecidos a los del chiquillo de estación espacial que había sido que a los del Jedi que esperaba en convertirse. Nunca perdió su acento de Ringo Vinda.

Algunos niños se hubieran avergonzado de eso y otros se hubieran esforzado lo más posible por conformarse al modo de actuar de sus compañeros, pero él no. Había tomado la dirección contraria, utilizando su jerga de cría de estación espacial, siendo informal en todas las situaciones y vistiendo con ropa que un trabajador hubiera tirado por considerarla demasiado vieja. A su modo, intentaba cubrir la herida de su infancia perdida, pero no era algo que llegaría a sanar algún día.

La resistencia de Rael no engañaba a nadie en el templo, ni siquiera a él mismo, por lo que se le trataba con compasión. Incluso Dooku, que en otros sentidos era un maestro estricto, le hacía concesiones. Se convirtió en un brillante piloto y era un experto en el uso del sable de luz, además de que había servido noblemente a la orden durante muchos

años. Así que después del incidente del *Advent*, los Jedi de nuevo fueron permisivos con él. Qui-Gon pensaba que por primera vez esas concesiones habían ido demasiado lejos.

Lo conocía mejor que la mayoría de los demás miembros de la orden y por esa razón dudaba de la explicación oficial de por qué se había atacado la bodega de carga antes que el puente de mando. En su opinión, había arriesgado y perdido la vida de Nim Pianna principalmente porque Rael quería enfrentar una pelea directa, en lugar de enfocarse en el tedioso objetivo de tomar los controles del puente.

Eso no quería decir que fuera completamente imprudente. Después de cuatro años de instruir a Obi-Wan, Qui-Gon podía entender que la pérdida de un padawan podía ser una de las experiencias más profundamente dolorosas que puede soportar un maestro, así que no había puesto en duda las conclusiones. Cuando se enteró que el consejo le dio a Rael una misión a largo plazo y en un lugar muy lejano, a Qui-Gon le había agradado pensar que su viejo amigo estaría en un sitio donde tendría tiempo para meditar y hacer el bien de manera humilde como un medio de penitencia. Así podría encontrar la paz. Pero no. Estos últimos ocho años, Rael Averross había estado en un palacio gobernando un planeta.

Obi-Wan apenas era un iniciado cuando eso sucedió y probablemente nunca escuchó de la tragedia a bordo del *Advent*. En la oficina de la Canciller Kaj, el joven no había demostrado ningún reconocimiento del nombre de Rael Averross.

Le parecía como el peor momento posible para hablar con Obi-Wan sobre un maestro que mató a su padawan, pero sí le contaría la historia completa en cuanto fuera posible. Quizá no sería el maestro de Obi-Wan durante mucho más tiempo, pero, mientras tanto, no le demostraría otra cosa que sinceridad. Era lo menos que se merecía.

Recibió un mensaje y después de hacer a un lado los registros, tomó el intercomunicador y se sorprendió al ver lo que había en él. Al encenderlo, se formó la imagen de un holograma en sus habitaciones.

—Maestro Yoda. ¿En qué puedo servirle?

—Hablar contigo quiero yo.

—¿Sobre la misión en Pijal?

—Entre otras cosas. —Yoda observó con cuidado a Qui-Gon—. Un vínculo fuerte con Averross tienes tú. Pero esa conexión no siempre fue para los dos lo mejor.

—Rael siempre fue mi amigo. —La defensa fue casi automática—. Aunque sea un poco rebelde, no creo que eso sea malo.

Yoda agachó las orejas en clara señal de molestia.

—¿Piensas tú que tan triviales cosas juzgamos?

—Por supuesto que no —admitió Qui-Gon—. Si lo hicieran, no me habrían elegido para el consejo, ¿no es cierto?

—Elegirte yo no hice. Inadecuado eres en muchos sentidos. Pero el consejo se pronunció y esa decisión apoyar debo.

Le llevó un momento procesar lo que acababa de decirle. ¿Yoda no lo quería en el consejo? Es posible que no debiera importarle en vista de que Yoda ya no se estaba oponiendo a la invitación, pero sí lo sintió como una patada en el estómago.

—Me llamó solo para adularme.

Como era de esperarse, Yoda no mordió el anzuelo.

—Entre tú y Averross, Dooku el vínculo es. De Dooku debemos hablar. Ominosa su ausencia de los Jedi es. Más comprensión de sus razones para irse necesitamos tener.

En ese momento, resultó fácil para Qui-Gon imaginarse las razones para no entablar una discusión con Yoda.

—Preguntaré —le prometió—. Averiguaré lo que pueda.

Yoda asintió y el holograma desapareció, dejándole con la duda de las razones por las que el resto del consejo lo había aceptado y Yoda no.

CAPÍTULO OCHO



Obi-Wan tenía muchas obligaciones a bordo del transporte a Pijal. Primero ofreció su ayuda a la tripulación para verificar el manifiesto de carga, lo cual era un trabajo tedioso, pero importante, ya que estos materiales ayudarían a construir los modernos puertos espaciales necesarios para el nuevo corredor hiperespacial. Luego pensó que debería discutir con el piloto los detalles del manejo del crucero de clase *Consular*; después de todo, le encantaba volar y quería convertirse en un mejor piloto, así que debía aprender sobre la mayor cantidad de naves que le fuera posible. Cuando ya estaban en camino, se unió a los ingenieros para verificar el plato sensor del crucero, tan solo en caso de que se requiriera de asistencia en la reparación.

Entre una cosa u otra, se las arregló para evitar a Qui-Gon hasta la última hora de su viaje a Pijal.

—Padawan —dijo Qui-Gon mientras se agachaba para entrar al túnel de servicio donde Obi-Wan inspeccionaba por tercera ocasión algunas lecturas que nadie le pidió que revisara—, la tripulación parece tener la nave bajo control.

—Solo quería ayudar —protestó Obi-Wan, luego se detuvo. Tal vez Qui-Gon no había sido sincero con él, pero esa no era razón para que le pagara con insinceridad—. No sabía qué decirle, así que lo estaba evitando. Sé que no fue nada maduro de mi parte.

—Eres extremadamente maduro para un joven de diecisiete años. Mientras que yo tengo cuarenta y te dejé seguir con eso durante horas.

Qui-Gon siempre había estado presto a reconocer sus propias fallas y errores con un tipo de humildad menos común entre los Jedi de lo que debería haber sido. Obi-Wan siempre había respetado esa característica de su maestro.

—Debí decirlo antes: felicidades por la invitación para que se integre al consejo. Es un honor muy grande y serán afortunados de tenerlo entre ellos.

—¿De verdad lo piensas? —La idea provocó la risa de Qui-Gon—. Gracias, Obi-Wan. Pensé que probablemente los compadecerías.

—Por supuesto que no. —Por difícil que hubiera sido a veces su trabajo juntos, el chico se daba cuenta de que lo extrañaría. Sin importar lo que hubiera salido mal entre ellos, no todo era culpa de Qui-Gon y ese hombre tenía muchas cosas que enseñarle que ya nunca sabría.

—Quería hablarte de Rael Averross —dijo el maestro y adquirió un tono grave—. Es probable que tengas algunas preguntas.

—De hecho, luego de que la Canciller Kaj lo describió como «polémico», estuve indagando mis propias respuestas. —El ánimo de Obi-Wan se ensombreció al recordar la grabación que había visto sobre un motín ocurrido hacía mucho tiempo en el *Advent*—. ¿Qué pensó usted después… de la muerte de Nim Pianna?

No dijo nada al principio y simplemente le hizo una indicación a su discípulo para que salieran de la estrecha área de servicio y lo siguiera hacia uno de los corredores principales del crucero. Eran los únicos pasajeros aparte de la tripulación, así que el corredor estaba vacío, excepto por un astromecánico muy concentrado en un panel distante. ¿Su maestro buscaba un sitio privado para que hablaran?, se preguntó, o tal vez sus preguntas fueron demasiado lejos.

Luego Qui-Gon se inclinó hacia la pared para mirar el azul eléctrico del hiperespacio que se podía ver por un largo mirador ovalado. Su voz era seria cuando le respondió.

—Rael fue temerario. Si ya de por sí es malo ser imprudente con tu propia vida, es criminal serlo con la vida de otro, y peor es la imprudencia con la vida de tu padawan.

—¿Qué? —Obi-Wan se contuvo—. Es decir, ¿no acepta la razón que dio para ir a la bodega de carga?

—Es probable que Rael haya creído en su propia justificación, pero creyó lo que *quiso* creer. A veces, todos lo hacemos. —La mirada de Qui-Gon se enfocó en la distancia por un momento como si estuviera pensando en algo más, pero regresó al tema—. Rael Averross nunca tuvo la paciencia para tareas complejas, como atravesar los niveles de seguridad de una computadora para llegar hasta un puente de mando. Violó los protocolos establecidos para un motín a favor de hacer algo que le agradaba más, ya fuera que se diera cuenta de ello consciente o inconscientemente. Y su padawan fue quien pagó el precio.

Eso puso en perspectiva los problemas que tenían ellos dos.

—La Canciller Kaj dijo que usted era la mejor persona para tratar con Rael Averross. Que se conocieron antes. ¿Fueron amigos?

—Podría decirse. —Empezó a caminar lentamente de regreso al puente de mando. Obi-Wan lo siguió a un paso de distancia—. Compartimos al mismo maestro. Él fue aprendiz de Dooku antes que yo y, por azares del destino, estuvimos juntos en varias misiones en esos primeros años. De modo que llegamos a conocernos bastante bien. Ayudó a enseñarme y, de hecho, incluso me introdujo a las profecías. No fuimos íntimos amigos, pero forjamos un lazo de confianza que creo que sobrevive.

Si tan solo hubiera habido alguien que le dijera a Obi-Wan cómo manejar a Qui-Gon.

—¿Cómo puede considerarlo un amigo cuando juzga sus actos con tanta dureza?

Esto logró que el maestro volteara hacia él.

—*Fuimos* amigos, mi padawan, y creo que hasta cierto grado lo seguimos siendo, pero eso no cambia las cosas. Nunca supongas que tus amigos están más allá de cometer un acto inmoral. Incluso las buenas personas pueden cometer errores terribles. Pero creo que se les tendría que ayudar a entenderlos y dar cuenta de ellos; punto de vista que el consejo no comparte. Por lo menos no en el caso de Rael Averross.

Eso despertó más la curiosidad del chico.

—¿Por qué? ¿Hay alguna razón en particular para que el consejo no le pidiera cuentas a Averross?

—Rael fue, cómo decirlo, un caso poco común. Los buscadores no lo encontraron cuando era un bebé, como ocurre con la mayoría de los niños sensibles a la Fuerza. Se le identificó cuando tenía cinco años.

«¿Cinco?». Obi-Wan pensó primero que había oído mal.

—Yo ingresé tarde y ya tenía tres años.

Qui-Gon asintió.

—Dudo que el consejo llegue a aceptar de nuevo a un padawan tan grande. Esos años hicieron la diferencia en cuanto a que Rael pensara que su hogar era Ringo Vinda en lugar del templo. Moldeó sus actitudes y su progreso, incluso su manera de hablar, como ya te enterarás por ti mismo. Por esa circunstancia, Rael Averross siempre fue un tanto extraño y se hicieron concesiones poco comunes con él, desde la niñez hasta las audiencias sobre el destino de Nim Pianna. Siempre es mejor errar a favor de la indulgencia, pero supongo que siempre me lo preguntaré.

—Me imagino que eso es algo con lo que tendrá que lidiar cuando esté en el consejo —respondió Obi-Wan. El consejo debe haber llegado a entender que algunas de las críticas de Qui-Gon eran válidas y quizá Obi-Wan debió haber buscado con más esfuerzo esa validez desde mucho tiempo atrás.

El maestro no respondió directamente.

—Mi invitación al consejo no es pertinente en este momento. Y lo que hizo Rael Averross en el pasado no debe ensombrecer nuestra misión. Nuestra atención debe centrarse en Pijal y en la princesa. No pierdas de vista el presente.

—No lo haré —prometió el joven. Era una de esas promesas que no estaba seguro de cumplir, pero de todos modos la hizo.

—

Según las leyendas locales, miles de años atrás, Pijal fue uno de los primeros mundos en adoptar la tecnología de escudo planetario. Qui-Gon sospechaba que no se había actualizado desde aquel entonces.

Él y Obi-Wan estaban de pie sobre la pequeña plataforma de observación de su crucero corelliano y observaban el vasto panorama espacial frente a ellos, tanto el planeta mismo (con sus enormes océanos azules y sus diminutos continentes verdes y dorados), como su luna (de verde más oscuro y densamente arbolada). Ni Pijal ni su satélite parecían especialmente dignos de mención, pero la tecnología del escudo era otro asunto. Los antiguos generadores, color arcilla, eran doce en total, orbitaban lentamente a Pijal y proyectaban relucientes rayos dorados casi invisibles que giraban en forma de espiral para formar el escudo.

—Ese no puede ser un escudo completamente funcional —protestó Obi-Wan—. Generadores tan antiguos no pueden producir la suficiente energía.

Qui-Gon inclinó la cabeza.

—Eso depende de tu definición de *completamente funcional*. El escudo de Pijal no impide que las naves entren y salgan de la atmósfera. Nunca lo hicieron ni se diseñaron para ese fin. Están para proteger al planeta de las erupciones solares extremas que llegan más o menos cada diez años.

—Ya veo, maestro —respondió el chico—. Pero seguramente los generadores más nuevos y eficientes serían más confiables. Parece que estos podrían caerse a pedazos si los golpea un microasteroide.

—Reemplazar la tecnología es costoso y la prosperidad del planeta menguó hace mucho tiempo. —Qui-Gon entrelazó los brazos dentro de las anchas mangas de su túnica—. Pero parecería como si Czerka tuviera planes de intervenir.

A la distancia se veía una enorme nave de esa corporación, un vehículo de clase *Branch* que serviría como centro de fabricación, transporte de personal y complejo de oficinas. La pantalla de información del puente de mando del crucero lo identificó como el *Leverage* y estaba bajo el mando de la Supervisora de Sector Meritt Col.

—Parece que Czerka está en todas partes —comentó Obi-Wan.

—Lo ha estado durante miles de años. —La corporación era tan antigua que algunos creían que incluso podría existir desde antes de la República, pero los datos se perdieron con el tiempo—. Si se abre pronto el corredor hiperespacial, es posible que Pijal no tenga que depender tanto de Czerka. Podrían hacer sus propias reparaciones.

—Al parecer, justo a tiempo. —Obi-Wan sacudió la cabeza, incrédulo—. Es difícil creer que alguien del planeta pueda dormir de noche, con un escudo solar tan débil.

«Qué crianza tan protegida ha tenido», pensó el maestro. Algunas de sus misiones los habían llevado a mundos menos desarrollados, pero Obi-Wan insistía en considerarlos como excepciones, más que como la regla. Para él, la «norma» era Coruscant.

¿Por qué los Jedi criaban a tantos de sus iniciados en el planeta más próspero y concurrido de la galaxia? Tenía sentido que el Consejo Jedi estuviera localizado allí, en el centro del gobierno. Pero sus miembros no tenían que estar en contacto constante con los iniciados.

«Quizá podríamos mudar más escuelas, o por lo menos las guarderías», pensó Qui-Gon. «Existen numerosos mundos lo bastante seguros como para que protejamos a los iniciados y donde la vida sea más sencilla, de maneras más familiares para toda la galaxia. Donde los niños pudieran estar rodeados de tierras de cultivo o de seres pescadores. Donde interactuemos más con las comunidades que nos rodean, donde podamos entrenar a los nuevos Jedi tanto para formar parte de los mundos como para separarse de ellos».

Se contuvo. Estaba enfocándose en el futuro en lugar de en el presente. Hubiera sido mejor que el sermón que le había dado a Obi-Wan se lo diera a sí mismo.

—Por todos los mundos, ¿qué es eso? —Obi-Wan señaló a una pequeña nave esférica que se elevaba lentamente del planeta en dirección al generador más cercano. Probablemente la cerámica protectora de su exterior había sido muy blanca hacía mucho

tiempo, pero los continuos reingresos y salidas de la atmósfera habían dejado señales grises de quemaduras en sus uniones y bordes.

—¿No revisaste el informe planetario? —Eso no era común en Obi-Wan, pensó su maestro—. Son naves de almas. Embarcaciones que provienen de los primeros pobladores del planeta hace miles de años. En apariencia, en algún momento la forma local de veneración de la Fuerza empezó a pedir a los peregrinos que viajaran de manera periódica al espacio para experimentar la oscuridad y la gravedad cero en carne propia, de modo que pudieran adquirir una verdadera gratitud por el planeta que tenían. Por alguna razón, los círculos y las esferas son figuras sagradas en Pijal.

—¿*Esa* es una nave de almas? —Obi-Wan estaba casi escupiendo—. Pero, por supuesto que leí el informe, maestro, simplemente no puedo creer que sigan usando naves así de antiguas.

—Creo que con el tiempo las naves de almas adquirieron una cierta calidad de talismanes. Se les valora porque son antiguas, no a pesar de ello. —Aunque Qui-Gon se preguntaba cuánto les durarían esas creencias cuando una de esas naves fallara, cosa que, con toda seguridad, ocurriría.

Como si su pensamiento lo hubiera convocado, un resplandor azul de energía de plasma brotó del lado de la nave de almas.

—¡Maldición! —Qui-Gon giró hacia la terminal de datos. Los niveles de radiación eran demasiado altos y el plasma se emitía hacia al espacio, pero no dentro de la nave en sí, por lo menos no todavía.

—Está explotando. —Obi-Wan se apresuró a la silla del navegante—. ¿La nave falló finalmente?

—La explosión es externa —indicó el navegante del crucero e hizo un ademán hacia la bruma azul claro de energía que salía hacia el espacio en forma de ondas alrededor de la nave de almas—. Ese es un dispositivo incendiario.

¿Una bomba de plasma? Qui-Gon respiró profundamente. Esas eran armas rudimentarias, pero potentes, y las usaban atacantes con pocos recursos y sin ningún límite a su crueldad. Si el plasma penetraba por completo la pequeña nave, las muertes que sufrirían los ocupantes serían…

—¿La explosión del plasma sigue siendo externa? —preguntó. Cuando la respuesta fue un asentimiento, señaló hacia la nave de almas—. Llévenos de inmediato a una distancia de diez klicks.

—No puede acercarse más a esa cosa —protestó el navegante, lo cual quería decir no puedo—. ¡Se derretirá usted y todos los demás en esta nave!

—No si actuamos con rapidez. —Qui-Gon se despojó de su túnica, preparándose para lo que vendría. Cuando sus vestiduras caían al suelo, las de Obi-Wan cayeron al lado de ellas. Algunos padawans habrían dudado, pero no el suyo.

—Ya escuchó a mi maestro —dijo el chico al navegante—. Llévenos allí.

ANTES

«Soy un padawan de los Jedi», se dijo Qui-Gon mientras su nave se acercaba a la imponente superficie negra de Shurrupak. «Soy bueno con mi sable de luz. Dooku lleva instruyéndome durante cuatro meses y estoy listo para el combate».

Con toda seguridad, el consejo estaba de acuerdo. De lo contrario, no lo hubieran enviado con su maestro.

Sin embargo, se aferró a la empuñadura de su sable con más firmeza al momento en que la nave se sacudió de nuevo. Habían estado bajo fuego de artillería intenso desde hacía cuatro punto tres minutos, según el cronómetro de la nave. Sospechaba, sin embargo, que estaba descompuesto porque le parecía mucho más tiempo.

—¡Estamos a punto de aterrizar! —gritó el Maestro Elio al momento en que la nave empezó a mostrar las sacudidas que evidenciaban que había ingresado a la atmósfera—. ¡Llegaremos a la Base Primus en cinco minutos!

Desde la sesión informativa antes de la misión, el chico sabía que esa base no iba a la vanguardia de la batalla, sino a trescientos kilómetros de distancia. Pero trescientos kilómetros le parecieron una distancia más grande durante la sesión informativa que ahora.

Junto a él, el Maestro Dooku parecía tan alto y estoico como un árbol. Era realmente valiente de un modo en que la mayoría de los Jedi solo aparentaban serlo. En lugar de dar apoyo explícito a su aprendiz, le mostraba un ejemplo al cual aspirar. Qui-Gon decidió estar a la altura del ejemplo, si podía. Siempre y cuando no volaran en pedazos.

La nave recibió otro estallido de fuego cuando estaba a punto de tocar tierra. Se meció de un lado a otro de forma tan pronunciada que incluso el Jedi más experimentado perdió el equilibrio. Qui-Gon logró no caer, pero apenas había recobrado el equilibrio cuando la nave volvió a sacudirse al aterrizar.

En el momento en que se abrió la puerta, todos se lanzaron a la salida, salpicando entre la marea baja de una playa que aún tenía un poco de agua remanente. La arena húmeda se adhería a las botas de Qui-Gon, pero se esforzó para seguir el paso de las largas zancadas de su maestro. Cada dos o tres segundos resonaba el eco de los estallidos de la batalla y el horizonte se encendía, pero intentó con todas sus fuerzas ni escuchar ni ver.

Llegó a la puerta limítrofe de la Base Primus al mismo tiempo que Dooku. Su maestro era un veterano de muchas campañas militares, así que Qui-Gon esperaba que luciera tranquilo; sin embargo, y para su asombro, al levantar la vista vio que… ¿sonreía?

—¡Rael! —gritó Dooku con su sonora voz. Avanzó al frente con su capa verde oscura, que ondeaba debido a los fuertes vientos de Shurrupak y saludó al joven frente a él. Era bajo en estatura para ser un adulto, con el cabello negro revuelto en todas direcciones, y vestía una túnica raída y unas botas que parecían más viejas que el mismo Dooku. Por supuesto que Qui-Gon conocía el nombre de Rael Averross, un famoso

duelista con el sable de luz y el primer padawan de su maestro, pero no podía ser el mismo. Ese hombre tenía que ser un refugiado.

Sin embargo, Rael contestó alegremente.

—¡Maestro! Ya era el momento de que llegaran aquí. ¡Estuvo a punto de perderse toda la diversión!

—Siempre disfrutaste más del combate de lo que deberías —comentó Dooku con una alegría que eclipsaba su desaprobación.

Cuando llegó con él, Rael abrazó al instante a su maestro y eso asombró casi tanto a Qui-Gon como el hecho de que Dooku se lo permitiera.

—Parecieran más de cinco meses desde que nos vimos —dijo Rael.

—Pasaste diez años viéndome todos los días. Hubiera pensado que con eso te habría bastado. —Ese tipo de comentarios era lo que Dooku pretendía hacer pasar como un chiste—. Mientras tanto, ya tomé un nuevo aprendiz: Qui-Gon Jinn.

El chico asintió en señal de saludo y la sonrisa de Rael se amplió mientras se inclinaba para inspeccionar a su sucesor.

—¡Al fin soy más alto que alguien! Ya era hora. —Pero antes de que Qui-Gon se pudiera sentir avergonzado, Rael puso su pie junto al del chico—. Bueno, ahora lo veo. Crecerás más que yo en un abrir y cerrar de ojos. Cuando el resto de tu cuerpo alcance a tus pies, serás tan alto como tu maestro. Quizá más. Dooku, algún día tendrás que acostumbrarte a no ser el tipo más alto del salón.

El maestro sacudió la cabeza, tolerando las bromas de Rael a un grado que Qui-Gon no hubiera creído posible. O tal vez solo se estaba enfocando en la batalla próxima, porque avanzó a grandes pasos sobre la arena verde oscuro de Shurrupak para hablar con los generales cercanos. A la distancia, entre la niebla, Qui-Gon podía ver los tanques de aturdimiento y los transportes de tropas. El horizonte se encendió de nuevo con el fuego de las armas y Qui-Gon se estremeció.

Rael le puso una mano en el hombro. Si consolaba al chico, la vergüenza podría ser más que el temor, de modo que, en lugar de ello, le habló.

—El Maestro Dooku puede parecer tieso a veces. ¿Sabes por qué? —Qui-Gon negó con la cabeza y lentamente se amplió la sonrisa de Rael—. Porque *es* tieso. Como una plancha. Incluso en sueños. Me pregunto cómo lo logra.

Qui-Gon no pudo evitar la risa.

—No sé.

—Yo tampoco lo pude averiguar. —Rael se enderezó y ahora se dirigió al chico como su igual—. Es un tipo difícil de conocer. A la larga sentirás que puedes contarle todo, pero pasará algún tiempo, ¿me entiendes? Bueno, escúchame. A veces los padawans anteriores de un maestro, si pueden, ayudan a los más nuevos y parece ser nuestro caso. Si tienes alguna pregunta y no te sientes cómodo todavía de hacérsela a Dooku, házmela a mí. También podemos entrenar con el sable, si quieres.

La perspectiva de pelear con un experto duelista como Rael Averross hubiera parecido intimidante en cualquier otro momento, pero con la inminencia de su primera batalla, Qui-Gon no podía preocuparse de muchas otras cosas.

—Eso me gustaría.

—Bien. Entonces vamos, hablemos con los generales. —Rael lo hizo sonar como la cosa más natural para un niño de doce años.

Qui-Gon se sintió como si Rael Averross fuera el puente, el vínculo entre el padawan que era y el Caballero Jedi que deseaba ser con tanta desesperación. El viaje sería más fácil ahora que tenía un amigo que le podía mostrar el camino.

CAPÍTULO NUEVE



La Princesa Fanry se quedó paralizada en su trono. No toleraba el espectáculo horrendo que se mostraba en la pantalla frente a ella, pero tampoco podía desviar la vista. No merecía mirar a otro lado mientras su pueblo sufría. Mientras moría.

—Esto se está convirtiendo en una pesadilla —dijo con la garganta cerrada por las lágrimas—. Nunca pensé que llegaría a tal grado.

—¿Por qué no? —gritó furiosa la Ministra Orth, una mujer alta y flaca con rizos salpicados de canas atados de manera caótica sobre su cabeza. Era lo único caótico de Orth, cuyo vestido oscuro de brocado la ceñía estrechamente de los tobillos al cuello—. ¿Por qué Halin Azucca no llevaría las cosas a su conclusión natural? Esto era inevitable. No hay nada a lo que no se rebaje la Oposición.

Fanry respiró hondo. «Serás la reina», pensó. «No debes ser débil. Pijal no necesita una reina débil».

Miró al alto y serio Capitán Deren, que no se había ido de su lado desde el último reporte. Su expresión permanecía en calma y solo su mirada revelaba su tristeza.

—El *Leverage* informa que estará pronto en el lugar —dijo a la princesa—. La supervisora Col se ocupó personalmente y es posible que todavía podamos evitar la pérdida de vidas.

«¿Czerka será la que nos salve?», se preguntó Fanry. «Debería haber ordenado más patrullas, para que fueran mis fuerzas las que rescataran a esa gente».

—Su Alteza Serenísima, mire —apuntó tímidamente uno de los técnicos hacia un objeto borroso al borde de la pantalla—. Parece que una o dos naves adicionales ya se dirigen a darles ayuda. Allí hay un transporte, uno grande, un crucero de clase *Consular*.

Al instante, Fanry supo lo que significaba. Su pulso se aceleró cuando volteó hacia Deren y le susurró:

—¡Los Jedi!

—

—No temas. —La voz de Dooku resonaba incluso sobre el rugido del viento de Shurrupak. Qui-Gon se aferró a la encordadura de fibra de carbón del barco shurrupaquense mientras la espuma salada le pinchaba el rostro y las manos al momento de dar vuelta al cabo para llegar a la batalla desde un flanco que el enemigo no esperaría—. Se cubrieron contra las naves aéreas y las armas de energía. ¡No contra las embarcaciones marítimas!

Lo hizo sonar como algo majestuoso, valeroso y brillante, en nada parecido al intento desesperado y de último minuto que era en realidad. Qui-Gon respiró

profundamente y miró hacia las estrellas. Gran error. Las estrellas no se estaban moviendo, pero su estómago sí, y el mareo que lo recorrió por completo le hizo sentirse débil. Era como si el temor de aferrarse a la encordadura estuviera haciendo el esfuerzo por él, más que su propia voluntad.

—Vamos, sostente —gritó Rael, quien estaba tomado de la encordadura justo atrás de él—. Estarás bien, chico. La primera batalla siempre es la peor.

—¡No es la batalla lo que me da miedo! —protestó Qui-Gon—. Es el agua.

—¿El agua?

A pesar del frío de las aguas que empapaban su ropa y su pelo, el rostro de Qui-Gon se sonrojó por la pena.

—¡No sé nadar!

Ahora Rael Averross, el padawan anterior a él, el más fuerte, el mejor, se reiría de él y no habría cantidad de bravura en combate que eclipsara la vergüenza de Qui-Gon. Pero Rael no rio.

—No te preocupes —gritó por encima del rugir de las olas—. Si te caes, te levitaré. Y mañana, después de que ganemos esta cosa, te enseñaré a nadar.

Hizo parecer que la victoria era inevitable. Esa noche sería la batalla y luego vendría mañana. Eso le quitó a Qui-Gon más rápido el temor que cualquier otra cosa que pudiera haber hecho.

—

—Nunca te enseñé a nadar, ¿verdad Obi-Wan?

Su aprendiz levantó la vista del equipamiento de su traje espacial y lo miró confundido.

—No, maestro. Pero sí sé nadar. Bueno, un poco.

—Practicaremos —insistió Qui-Gon mientras abrochaba su propio traje—. Todo Jedi debe ser capaz de nadar como un mon calamari.

Obi-Wan se quedó callado un momento y Qui-Gon casi pudo escuchar los pensamientos de su padawan: «Entonces, ¿por qué no me enseñó antes y cuándo exactamente vamos a practicar? ¿Después de que entre al consejo?». Esas eran excelentes preguntas, pero el discípulo era demasiado bueno como para hacerlas en voz alta.

—Nos acercamos a la nave de almas, maestro.

«Ya está haciendo la transición para no pensar en mí como maestro», se dijo Qui-Gon. «Antes de que te unas al consejo, lo mejor será que tú también lo hagas».

—Muy bien. Sellen el compartimento.

Una vez que estuvieron cubiertos con sus trajes espaciales, Qui-Gon apretó el panel que abría la compuerta. Al despresurizarse la habitación, volvió a verificar el campo de energía y los propulsores individuales de su cinturón. Estaban completamente cargados. Él y Obi-Wan intercambiaron miradas que decían: «llegó el momento» antes de que se desactivara el escudo exterior, exponiéndolos a ambos al espacio profundo.

El escudo de energía brillaba con un tono verde que los rodeaba al momento en que el maestro se impulsó hacia el espacio de manera más parecida a una nave, o un misil, que a un hombre. La mayoría de los seres conscientes no podían dominar el control muscular que les permitiera seguir funcionando dentro de un escudo acelerador de propulsión e incluso era difícil para muchos Jedi. Sin embargo, Qui-Gon le había encontrado el modo.

Obi-Wan lo había dominado en apenas unas cuantas semanas. Existían ciertas habilidades que nadie podía enseñar con facilidad; una persona las poseía o no, y él tenía esta.

En esencia, un escudo acelerador protegía a su usuario dentro de un estallido de energía y, en general, la parte difícil era desactivar la aceleración a tiempo para evitar una colisión que sería destructiva para el usuario al igual que para su objetivo. Sin embargo, la descarga de plasma interactuaba de maneras poco comunes con los escudos aceleradores y en ese momento resultaban muy útiles para Qui-Gon Jinn.

La interacción también sería muy dolorosa, pero no por mucho tiempo; eso era irrelevante. Solamente necesitaba prepararse mentalmente para ello.

A medida que se acercaban a la nave de almas, su tamaño parecía crecer en el campo de visión de Qui-Gon hasta casi borrar el espacio que la rodeaba. En el instante en que la oscuridad circundante desapareció, se preparó para el impacto, pidiendo que la Fuerza le concediera el coraje necesario para lograrlo.

Sintió el golpe que lo dominó por completo. Cada hueso, célula y átomo de su ser pareció resonar a una frecuencia diferente, de un modo doloroso y extraño. Pero solo duró un momento y luego pudo afianzarse al casco de la nave de almas. Levantó la vista y vio que Obi-Wan también estaba en posición. El fuego del plasma los rodeaba en ondas con una niebla verduzca que parecía retorcerse. Por horrible que pareciera, ese movimiento era una buena señal. Los escudos aceleradores pusieron en marcha una reacción en cadena que finalmente apagaría el plasma hasta disiparlo por completo.

Mientras tanto, él y su discípulo podían ayudar a que avanzara el proceso. Su aprendiz ya tenía en la mano su láser de campo. Un rayo blanco y delgado abría el plasma como gelatina, dispersando pequeñas gotas hacia el espacio donde pronto se disiparían sin causar daño. Qui-Gon se puso también a trabajar, despejando el material con la mayor rapidez posible. La nave de almas había iniciado un aterrizaje de urgencia en Pijal, pero a esa velocidad terminarían con su labor mucho antes de que la nave tocara la abrasadora resistencia de la atmósfera.

«Si estamos tan lejos de la atmósfera, ¿por qué la nave de almas ya está rodeada de luz?».

El débil resplandor alrededor del horizonte de la nave esférica provocó que el horror lo sacudiera como un rayo. «Otro fuego de plasma», pensó Qui-Gon y su piel empezó a hormiguear a medida que se le erizaba el vello. «Un segundo dispositivo incendiario. Diferente del primero, pero todavía completamente activo».

¿Qué tanto serviría su láser de campo contra eso? No importaba, Qui-Gon tenía que manejarlo por sí solo si era posible, porque había un riesgo demasiado grande en que

Obi-Wan se expusiera a ello. Primero intentó responder a través de la Fuerza, pero el plasma obedecía poco a tales órdenes. Después trató de alcanzar las correas magnéticas que le permitirían desplazarse por el casco hacia el segundo fuego de plasma.

Mientras lo hacía, una pequeña figura distante entró a gran velocidad a su campo de visión y lanzó una sola carga antiplasma hacia la nave de almas. La carga chocó con el segundo fuego de plasma, extinguiéndolo por completo. Las vibraciones se propagaron en ondas por la nave al momento del impacto, pero las correas magnéticas lo mantuvieron firme. El alivio de Qui-Gon se convirtió en curiosidad cuando la nave desconocida, al parecer un carguero ligero, salió disparada.

¿Quiénes podrían haber sido sus salvadores? ¿Por qué no querían asumir el crédito de lo que habían hecho? Quizá sus misteriosos rescatadores solo querían lo mismo que él y Obi-Wan: la seguridad de los pasajeros de la pequeña nave de almas.

—

La voz de Pax Maripher era lo suficientemente aguda como para penetrar un escudo mandaloriano.

—Por todos los fuegos de Lola Sayu, ¿qué fue eso?

—Una carga antiplasma. —Desde su puesto en el asiento del piloto, Rahara Wick llevó los motores al máximo, asegurándose de ocultarse tras la seguridad de la luna mucho antes de que cualquier otra nave pudiera darse cuenta—. Hubiera creído que reconocerías una carga antiplasma al momento de verla.

—No estoy *confundido*. Por supuesto que puedo hacerlo. Lo que no entiendo es por qué insistes en el anonimato como protección contra la Corporación Czerka, y luego haces algo que casi es garantía de que llamará la atención. Algo arriesgado y *totalmente* innecesario.

Rahara inhaló profundamente y recordó que el *Meryx* era la nave de Pax, no suya, así que por el tiempo que estuviera a bordo, tenía que tratar de llevarse bien con él. Pero eso no quería decir que no hiciera lo correcto.

—Mira —dijo mientras golpeaba la pantalla con un dedo—. Su manifiesto no estaba protegido, así que está a disposición de todo el mundo.

La pantalla decía: 15 pasajeros, 37 elementos de propiedad sensibles.

—Eso significa propiedad de Czerka. —Rahara sintió que la garganta empezaba a cerrársele y no, no podía decirle esto otra vez a Pax y esperar que ahora sí lo entendiera. Simplemente rompería en llanto y las muestras de emocionalidad no eran la manera de convencer a Pax—. Vamos a dejar las cosas claras. Si veo a gente como aquella, con ese tipo de problemas, y puedo hacer algo para ayudarlas, lo voy a hacer. Si no puedes aceptarlo, entonces búscate a otro piloto.

—Por Elath. Cuánto drama. —Levantó las manos con angustia sarcástica—. No es como si fuera a lanzarte por la compuerta más cercana. Solo quería saber por qué lo hiciste. Ya me dijiste. Por ende, nuestra conversación llegó a una conclusión satisfactoria.

Rahara sabía que Pax tenía la capacidad para sentir compasión y una profunda bondad, a pesar de que le resultara difícil expresar su mejor lado. Sin embargo, a veces carecía de la destreza emocional para ver más allá de los aspectos prácticos de cualquier situación. La pregunta era si sentía una genuina afinidad por lo que ella hizo o simplemente no le importaba, siempre y cuando ambos estuvieran bien.

En cualquier caso, a ella no le importaba. O por lo menos, *no debería* importarle. Le había salvado la vida a quince personas libres y a treinta y siete «elementos de propiedad sensibles». Eso era bastante bueno por hoy.

—

Obi-Wan pensó que sería un alivio pasar por la compuerta de la nave de almas. En ese momento, la nave de la Corporación Czerka parecía estar a punto de llegar al rescate antes de que la nave de almas tuviera que probar su casco dañado al momento de su reingreso. Aun así, no le gustaba quedarse aislado en el espacio profundo sin una nave alrededor.

Pero luego entró a la nave de almas y por primera vez se dio cuenta de cómo se sentía estar con docenas de personas y *sin* gravedad.

—¡Perdón! —dijo una mujer al chocar con las piernas de Obi-Wan—. Trataré de empujarme para allá. —En cuanto se fue, un hombre todavía más grande que Qui-Gon chocó con él y provocó que golpeara su casco contra la pared.

El maestro y su aprendiz estaban afianzados al casco interior con cables cortos, pero el resto de los peregrinos flotaban libremente. Llevaban sencillos uniformes blancos y overoles grises diseñados aparentemente para este propósito, y los que tenían el cabello más largo habían tomado la precaución de trenzarlo o atarlo en una cola de caballo, o llevaban gorras ajustadas. Sin embargo, al parecer parte del elemento religioso de su peregrinaje les impedía asegurarse a sus asientos en cualquier otro momento que no fuera el ascenso o el descenso. El resto del tiempo, sin importar cualquier crisis o la presencia de rescatistas inesperados que entraran por la compuerta, se sentían espiritualmente obligados a flotar por los aires.

Nunca se había mareado estando en gravedad cero, pero solo lo había hecho en la oscuridad del espacio mirando naves distantes o los planetas y estrellas que estaban fijos. Pero ahora, con cuerpos flotando y retorciéndose en todas direcciones, se le revolvió el estómago.

Un estremecimiento recorrió la nave, seguido del sonido metálico seco y pesado de los motores al apagarse. Se relajó al reconocer el arrastre del rayo de remolque que sin duda los jalaba hacia el navío *Leverage* de Czerka. Allí habría gravedad. La maravillosa, tranquilizadora y poco valorada gravedad.

—Respira con calma —le dijo Qui-Gon. Parecía ligeramente divertido y no presentaba señal alguna de mareo. Quizá cuando uno se convertía en Caballero Jedi, las

nimiedades, como la «falta de gravedad», ya no te preocupaban. Esperaba alcanzar pronto esa etapa.

La gravedad se apoderó lentamente de la nave y cuando la gente bajó dentro de la esfera, ambos Jedi desataron sus cables y descendieron al suelo junto con los demás. Algunos de los habitantes de Pijal parecían tan aliviados como él, aunque la mayoría parecían extrañamente decepcionados. Incluso tristes. Tal vez no habían conseguido la experiencia religiosa completa que esperaban.

Luego notó que las personas más silenciosas vestían overoles grises en lugar de los unitardos blancos. También tenían unos bultos extraños en el dorso de su mano izquierda. Parecía como si algo plano y rectangular se hubiera insertado entre la piel y el músculo. Volteó hacia Qui-Gon y le murmuró.

—Sus manos.

—Para escanearlos como parte del manifiesto de la nave —respondió su maestro en voz baja.

Ah. Son esclavos. Por supuesto que ya antes los había visto. Aunque la República había abolido la esclavitud, seguía siendo generalizada en la galaxia. Sin embargo, la mayoría formaban parte de grupos más pequeños: el personal de una casa, los labradores de una granja o los trabajadores adicionales en un puerto. Nunca había visto que ninguno de ellos estuviera etiquetado como parte de una enorme corporación. O simplemente no se había fijado. Tal vez Qui-Gon tampoco lo había notado. Su maestro estudió los rostros desconsolados que lo rodeaban y su mirada parecía tan triste como la de ellos.

Con un ruido seco, la nave de almas se asentó sobre una superficie dura: el suelo de la plataforma de atraque de la nave de Czerka. La compuerta se abrió y una columna de intensa luz brillante entró hacia el espacio que estaba entre sombras.

—Muy bien —vociferó un empleado de Czerka—. Salgan todos. Vamos a clasificarlos. —Como Qui-Gon y Obi-Wan eran los más cercanos a la compuerta, el empleado volteó primero hacia ellos—. No reconozco ese traje. ¿Esclavo o libre?

—Libre —respondió Qui-Gon con su profunda y sonora voz—. De hecho, Jedi libres. El Lord Regente nos convocó a Pijal.

El empleado se enderezó con tanta prisa que se golpeó la cabeza contra el borde de la compuerta. Obi-Wan vio que algunos de los esclavos ahogaban una risa.

—¡Señor! Sí, por supuesto. El Lord Regente está a bordo. Los llevaremos con él de inmediato.

—Ocúpese de que todos pasen por una revisión con un droide médico —le ordenó Qui-Gon—. El fuego del plasma podría haberles provocado un daño pulmonar que no se detecte con facilidad.

—¡Por supuesto, señor! De inmediato.

Después de que ambos se quitaron los trajes espaciales y se quedaron con sus sencillos trajes interiores grises, un droide plateado de protocolo los condujo por los pasillos de la nave de Czerka. Cada panel de control indicaba que la nave tenía el equipo de la mejor calidad y todas las superficies estaban relucientes. La sensación que

provocaba el lugar era tanto de mucha eficiencia como de gran frialdad. No era el tipo de sitio donde Obi-Wan se sintiera cómodo vistiendo ese delgado y ajustado traje interior.

Para distraerse, le preguntó a su maestro.

—¿Qué daño pulmonar pudieron sufrir por el fuego del plasma? Seguramente, los vapores no pudieron entrar a la nave.

—No es posible que sufrieran ningún daño. —Qui-Gon le lanzó una mirada maliciosa—. Pero una revisión médica garantiza que los esclavos tengan un momento para tranquilizarse antes de que los pongan a trabajar.

—Por supuesto.

Esa era otra cosa que siempre había respetado de su maestro: su compasión. Obi-Wan no era insensible, o por lo menos esperaba no serlo, pero a veces le llevaba más tiempo darse cuenta del dolor ajeno o de lo que otra persona podría necesitar en realidad. Qui-Gon parecía entender esas cosas por instinto.

«Supongo que de todos modos no pudo haberme enseñado eso», se dijo. Era una cualidad que tendría que cultivar por sí solo.

El droide de protocolo los llevó hasta un arco dorado y más ornamentado que cualquier otra cosa que Obi-Wan hubiera visto a bordo. Cuando las puertas se deslizaron, pudo observar un espacio lujoso: una cubierta de observación amueblada con largos sofás forrados en ricas telas. Las más hermosas flores de una docena de mundos brotaban de plantas en bellísimas macetas de cerámica. El débil aroma del incienso tranquilizaba el ambiente mientras una banda de músicos cereanos tocaba una rítmica balada. Al centro del salón, sentado en el sillón más mullido, un hombre bebía vino Toniray en un elegante cáliz de cristal. Estaba vestido básicamente en harapos. La ropa era tan andrajosa que difícilmente merecía considerarla como tal. Sus botas sucias estaban sobre otro sillón y ya había manchado el terciopelo. El rostro barbado del hombre mostró una enorme sonrisa al momento de ver a sus visitantes.

«Supongo que será uno de los funcionarios de Czerka», pensó el chico. «Aunque jamás habría pensado que un funcionario de una empresa grande fuera tan informal y extravagante».

—Rael Averross —le dijo Qui-Gon al hombre que no era posible que fuera un Jedi, pero que sí lo era—. Qué bueno volverte a ver.

CAPÍTULO DIEZ



Qui-Gon sonrió antes de poder evitarlo. Sin importar lo que hubiese sucedido o cuánto cambiase, este seguía siendo *Rael*. No se había dado cuenta de lo mucho que lo conmovería esta reunión, por lo menos no hasta ahora cuando, finalmente, estuvo de nuevo frente a él.

—¡Qui-Gon Jinn! —exclamó Rael, extendiendo las manos al frente mientras avanzaba. Su vieja túnica café estaba forrada de shimmersilk según la costumbre de Pijal, aunque era evidente que con el tiempo se había desgastado tanto como la mayoría de sus vestimentas—. Ha pasado mucho tiempo.

—Cierto. —Qui-Gon accedió a un abrazo de bienvenida antes de dar unos cuantos pasos hacia atrás para ver mejor a su interlocutor—. Creo que te sienta bien la vida palaciega.

—Tiende a ocurrirle así a la mayoría de la gente —respondió Rael con una risa—. ¿Qué no puede gustarte? Pero, déjame adivinar, este debe ser tu padawan, ¿no? No puedo creer que te hayan confiado a un aprendiz. ¡Seguramente la orden está en decadencia! —Su sonrisa adquirió un aspecto siniestro—. Su deterioro comenzó más o menos cuando me aceptaron. No puede ser coincidencia.

—Obi-Wan Kenobi, Rael Averross —dijo Qui-Gon señalando hacia ambos. El padawan hizo una leve inclinación amable. A veces era difícil interpretar la intención de su aprendiz, pero en general parecía tan desconcertado por Rael como casi cualquier otra persona lo estaría al principio.

Rael Averross no era alto; apenas le llegaba al hombro a Qui-Gon. El tiempo había salpicado su cabello negro y grueso con unas cuantas canas, lo cual hacía destacar el oscuro bronceado de su piel y los rasgos enérgicos de su rostro. Seguía siendo musculoso y fuerte a pesar de sus años. Sin embargo, el aspecto más notable era esa calidez, ese carisma, que seguía irradiando de él como una luz. Y obviamente, la conformidad le importaba tan poco ahora como en el pasado.

—Me burlaría de tu versión de vestimentas reales —dijo Qui-Gon—, pero en mi estado actual, difícilmente puedo comentar sobre la ropa de nadie más.

—Por lo menos yo *sí* traigo ropa. —Los oscuros ojos de Rael brillaron con humor al tiempo que miraba directamente sus trajes interiores—. Por muy divertido que fuera que se presentaran en Pijal vestidos en paños menores, no le haría eso a Fanry. Oye tú, Cady. ¿Así te llamas?

Una niña que estaba limpiando en una esquina se apuró a acudir y le hizo una rápida reverencia.

—Sí, Lord Regente.

—¿Me harías el favor de ir a las tiendas de la nave? Unas túnicas y pantalones básicos nos servirán por el momento. Luego mandaré por sus cosas al crucero corelliano para que las lleven al palacio. —Rael despidió a la joven con un movimiento rápido de la mano.

Qui-Gon observó a Cady mientras se apresuraba a cumplir la orden. Probablemente era un año o dos menor que Obi-Wan, pero ya estaba haciendo trabajos de adulta. Llevaba el pelo negro atado con una tira simple de tela y su overol gris tenía un emblema real. La reveladora forma rectangular se adivinaba en el dorso de su mano.

—¿Esa treta que hicieron en la nave de almas? —indicó Rael mientras los llevaba hacia el sofá más cercano—. Valió la pena verla. ¡Bueno, no está a la altura de lo que hicimos aquella vez en Riosa! Pero, de todos modos, nada mal.

—Necesitaríamos que todo un escuadrón estuviera en peligro para igualar nuestra aventura en Riosa —respondió Qui-Gon. Pudo ver que el interés de su discípulo se había despertado. Quizá podría contarle unas cuantas más de sus viejas historias de combate. Es posible que los Jedi adultos pudieran saber lo poco válida que era la guerra, pero los jóvenes siempre se sentían fascinados por ella, a pesar de sí mismos.

—Dooku estaría orgulloso. —La sonrisa de Rael se desdibujó ligeramente. Qui-Gon siempre lo recordaba sonriendo, pero, de algún modo, ese sutil tono melancólico parecía ser más su estado verdadero—. Me enteré de que abandonó la orden. ¿Puedes creerlo? Traté de contactarlo en Serenno, pero no tuve suerte.

El comentario tomó desprevenido a Qui-Gon.

—¿No te respondió?

—Bueno, ahora es un gobernante —dijo Rael con un encogimiento de hombros—. Probablemente está rodeado de cortesanos y de burocracia, así como de todo ese forraje de bantha con el que hemos tenido que lidiar aquí en los últimos ocho años. Te apuesto a que uno de sus nuevos lacayos tiró mi mensaje con el resto de la basura que la gente le manda a un conde de Serenno. Aunque al parecer sí habló contigo.

—No. No traté de comunicarme con él en absoluto. —Qui-Gon lanzó un gran suspiro—. Creo que se fue en parte para ayudar a Serenno después de heredar el título de conde, pero también porque ya no coincide con la labor de los Jedi. Es una discusión que no estoy dispuesto a tener.

Rael lo vio con mirada de complicidad.

—Lo que quieres decir es que es una discusión que no estás dispuesto a perder. Siempre fuiste un rebelde. Si Dooku hablara contigo el tiempo suficiente, probablemente seguirías sus pasos y saldrías de los Jedi.

—Ya no —se atrevió a decir Obi-Wan—. Me refiero a que en realidad el Maestro Jinn no es un rebelde. Ya no puede serlo ahora que ingresará al Consejo Jedi.

Qui-Gon contuvo una mueca de vergüenza, aunque se le dificultaba saber la razón. Los ojos de Rael se abrieron mientras se dejaba caer sobre los cojines con un asombro que no parecía exagerado.

—¿Está bromeando? ¿O el Consejo Jedi se puso más interesante de pronto?

—No está bromeando. En cuanto al consejo, bueno, finalmente parecen abiertos a otros puntos de vista. —Qui-Gon sacudió la cabeza como muestra de incredulidad—. Mi sorpresa es incluso mayor que la tuya.

—*Tenemos* que ponernos en contacto de nuevo con Dooku —dijo Rael entre risas—. Si se entera él solo de la noticia y no está preparado, caerá muerto al instante. Un planeta perderá a su gobernante. De modo que la política galáctica está en riesgo, ¿no crees?

Obi-Wan también rio. El encanto de Rael había rodeado la habitación como un terciopelo suave y cálido que los envolvía, protegiéndolos de cualquier incomodidad y cualquier sonido. Pero dentro de Qui-Gon seguía habiendo una vaga sensación de intranquilidad y seguiría allí hasta que tuviera oportunidad de hablar a solas con Rael.

—

Cuando el padawan se fue para observar a los pilotos mientras aterrizaban la nave, Averross pudo hablar libremente. Quizá ahora podría lograr que Qui-Gon se relajara.

—Creciste cuando menos siete centímetros más que yo. Tal vez más. ¿Cómo te atreves? —Averross sacudió la cabeza fingiendo consternación—. Pasé diez años aguantando que Dooku fuera más alto que yo hasta que llegaste tú. Finalmente tenía a alguien al que superaba en estatura, pero ya se acabó mi suerte.

—No lo hice a propósito —respondió Qui-Gon. Parecía divertido, aunque no reía. Incluso cuando era niño, nunca fue del tipo que bromea libremente. Al principio, Rael se preguntó si tenía algún problema que Dooku no hubiera comprendido. En efecto, Dooku era bueno, pero era alto, oscuro, imponente y estricto. Averross apostaría que la última vez que su viejo maestro rio, las estrellas todavía no se habían enfriado. Eso lo convertía en una figura imponente, en especial para un niño. No era el tipo de persona con la que un chico pudiera relajarse o hablar de sus secretos.

Pero Averross llegó a entender que Qui-Gon tenía esa especie de temple natural semejante a una roca que era tan parte de él como su carne y sus huesos. No era alguien que se fuera a los extremos. En contraste, era en los extremos donde Averross prefería moverse. Aun así, se entendían y estaba seguro de que su lazo persistía.

—Deberíamos discutir sobre la Oposición y su lideresa, Halin Azucca —dijo Qui-Gon—. Los artistas interpretativos convertidos en terroristas. Ahora sí ya vi todo lo que pude haber visto en mi vida.

Averross levantó la mano.

—No digas eso hasta que hayas ido a una despedida de soltera en Kashyyyk.

—Un momento. De verdad estuviste en…

—Tal vez algún día lo averigües, pero no hoy. —Averross sonrió—. Y vamos a esperar al informe completo hasta que Fanry también pueda formar parte. Tiene que empezar a manejar estas cosas por sí sola.

—Sabia decisión —respondió Qui-Gon, asintiendo.

Muy bien. No estaba siendo poco amigable, pero seguía distante. ¿Qué demonios le había pasado a Qui-Gon?

«Es por Nim. No, no es por ella. Qui-Gon, más que cualquier otra persona, entendería lo que sucedió. No me culpa».

Por un instante, Averross pudo ver el rostro de Nim como la vio la última vez, con los ojos enormes ensombrecidos por la confusión del dardo rebañador y sus lágrimas.

«Pasa a otra cosa».

—Como te dije, ahora podrás comunicarte con Dooku —indicó Rael mientras caminaba hacia el largo ventanal de la plataforma de observación donde se veía el color azul brillante de Pijal sobre la oscuridad del espacio.

—Quisiera estar tan seguro —contestó Qui-Gon mientras sacudía la cabeza—. A Yoda le preocupa la partida de Dooku de la orden. Cree que puede haber algo más en ello de lo que todo el mundo sabe.

Averross se encogió de hombros.

—A ese tipo le preocupan todo tipo de cosas absurdas. —Cambió su voz en imitación a Yoda—. *La boca con un demonio callarse debería*. —Qui-Gon trató de no reír, pero no pudo evitarlo, lo cual simplemente logró que la sonrisa de Averross se volviera más amplia—. De verdad, ¿me vas a decir que *eso* te preocupa? Es el mejor gancho que puedes tener. Cuando le digas a Dooku que te invitaron al Consejo Jedi, querrá soltarte la sopa de cómo es en realidad.

—¿Crees que debería ser cauto? —Qui-Gon levantó la copa de Toniray, pero aún no le daba un sorbo—. ¿Crees que debería hablar con Dooku antes de tomar una decisión?

—¿Cuál decisión? Vamos, ¿en serio me vas a decir que estás considerando *no* integrarte al consejo?

Qui-Gon se encogió de hombros.

—Mi intención es aceptar, pero sé que eso significa… un cambio. Para mí, para el consejo e incluso para Obi-Wan. No es algo que deba tomar a la ligera.

—La responsabilidad puede ser pesada —admitió Averross—. Mi trabajo aquí en Pijal no es ni con mucho tan importante como servir en el consejo y, sin embargo, a veces me parece abrumador, por decir lo menos.

Eso consiguió atraerle una mirada sarcástica.

—Desde donde lo miro, no parece nada abrumador.

Averross volteó como si acabara de notar su túnica vieja.

—¿Piensas que debo pavonearme por todos lados vestido en shimmersilk y satín? ¿Con medallas brillantes o algo por el estilo?

—Como si alguna vez lo hubieras hecho. Me refería a lo cómodo que estás con la Corporación Czerka —dijo Qui-Gon mientras hacía un ademán con el brazo hacia el lujoso interior de la plataforma de observación—. Claramente parecen sentirse cómodos contigo.

Averross sacudió la cabeza con actitud arrepentida.

—Escucha, hay momentos de negociaciones directas y hay otros en que se sigue el juego. Estoy siguiéndole el juego a Czerka porque pueden ayudar a Fanry. Pueden ayudar a todo el planeta si manejo las cosas como se debe.

Finalmente, Qui-Gon se relajó.

—A veces yo también uso, cómo decirlo, métodos menos directos.

—Sí, lo sé. ¿O tenías la esperanza de que se me olvidara Riosa?

—Me gustaría que *yo mismo* pudiera olvidar Riosa. —Finalmente Qui-Gon tomó un poco de vino y se relajó por un instante.

Averross se sintió aliviado. Ahora podrían pasar un buen rato, por lo menos hasta que llegara el momento de resolver el asunto de la Oposición.

—Hombre, eso me hace pensar. ¿Te acuerdas de las antiguas profecías? —le preguntó mientras se servía más vino.

Qui-Gon lo miró sorprendido.

—Por supuesto. De hecho, empecé a estudiarlas de nuevo en el último par de años.

—¿Por qué? —Ambos las estudiaron cuando fueron aprendices de Dooku, que consideraba a las profecías como un elemento importante de la historia Jedi. Para Averross, eran una curiosidad entretenida, pero recordaba que a Qui-Gon le fascinaban y se preocupaba por ellas a un grado que nunca pudo entender.

—Me puse a pensar que tengo una mayor comprensión de ellas cuando tengo una mayor comprensión de mí mismo —respondió Qui-Gon—. Pero ¿por qué lo preguntas?

—Porque, ¿no había una que…? —Averross tronó los dedos—. Iba más o menos así: «Habrá uno que ascenderá a lo más alto de los Jedi a pesar de las premoniciones de aquellos que cumplen con su deber a su lado». Esa era, ¿no?

—Más o menos. —Qui-Gon negó con la cabeza—. ¿Piensas que la profecía se refiere a mí? ¿Qué el consejo está receloso de mí?

—Bueno, lo estaban, ¿o no? —respondió Rael—. Pero obviamente lo superaron.

—Las profecías no deben tomarse literalmente.

—Eso es lo que dije siempre. ¿Recuerdas que fui yo quien tuvo esa plática contigo en aquellos tiempos? Estabas a punto de convertirte en un adivino de algún puerto espacial que ofreciera predicciones del futuro a cambio de uno o dos créditos. Aun así, es raro, ¿no te parece? Estuviste obsesionado con ese tipo de cosas desde que eras un adolescente y luego terminas viviendo en carne propia una de las profecías.

—Supongo que sí es raro —contestó.

—Y que lo digas —coincidió Averross. Su amigo parecía distraído de nuevo, pero esta vez se dio cuenta de que sus pensamientos no tenían nada que ver con él, así que pensó que sería seguro ignorarlos.

CAPÍTULO ONCE



Tanto la nave de almas como los Jedi pasaron del *Leverage* a una nave de carga de menor tamaño que aterrizaría con mayor facilidad sobre la superficie del planeta. A medida que se acercaban a la ciudad capital, el carguero sobrevoló hileras de coníferas altas y delgadas que cubrían las escabrosas colinas debajo de ellos. La luz del atardecer brillaba sobre un enorme océano mientras la nave giraba hacia la costa. Gigantescos acantilados sobresalían hacia el agua con sus blancas rocas que se destacaban sobre el paisaje marino.

Qui-Gon caminó hacia Obi-Wan cuando la nave inició su aproximación final.

—¿Aprendiste a pilotar otro tipo de nave? Antes de que pase mucho tiempo, podrás volar a cualquier sitio de la galaxia.

Sin embargo, la atención del joven estaba en otra parte.

—Maestro, la ciudad capital está cerca, pero seguimos estando sobre terreno silvestre. Las lecturas dicen que estamos prácticamente arriba del palacio real cuando no hay ninguna otra cosa a kilómetros a la redonda.

—Mira con más atención —dijo Qui-Gon con una risita.

Vio cómo Obi-Wan abría los ojos al darse cuenta de que los acantilados habían sido excavados. Ventanas con diversas figuras geométricas se habían labrado en la roca y el atardecer revelaba las transparencias en diversos colores. Lo que tenían ante ellos no solo era el palacio, sino todo el complejo real. Los únicos indicios desde las alturas era el templo circular conocido como el Cáliz Celestial. Los terrenos estaban tan cubiertos de bosque que era fácil pasar por alto los prados cuidadosamente podados y las antiguas verjas de hierro.

—Por las noches, el complejo del palacio reluce como una linterna —dijo Qui-Gon.

—Es extraordinario. ¿Por qué lo hicieron? ¿Para protegerse de las erupciones solares?

Qui-Gon negó con la cabeza.

—No, la cultura pijalí cree en enfocarse más en lo interno que en lo externo.

—Admirable —comentó el chico—. Por no mencionar que es poco común en una corte real.

—Muy cierto. —El maestro no pudo reprimir una sonrisa al pensar en algunas de las muestras de boato real que se había visto obligado a tolerar en el pasado.

Mientras caminaban por la pasarela con el silbido del vapor alrededor, las tropas de la guardia de honor marchaban en su dirección. Sus capas eran de un sencillo color café y de una tela evidentemente áspera, pero a medida que avanzaban, el aleteo de las túnicas revelaba un forro brillante de shimmersilk verde.

Los guardias se detuvieron y giraron unos frente a otros a cada lado de un sendero de piedra lisa que conducía hacia una puerta alta con forma de arco. Al momento en que lo hicieron, Rael salió del interior de la nave, listo para escoltarlos el resto del camino.

—Así que ya estamos aquí —dijo, y pasó por delante de ellos hacia el sendero indicándoles el camino con un ademán. Una extraña especie de felicidad lo rodeaba y a Qui-Gon le tomó un instante reconocerla como orgullo. Averross carraspeó para aclararse la garganta—. Permítanme presentarles a su Alteza Serenísima Fanry, la Princesa Coronada de Pijal.

De la puerta del palacio emergió la figura de una joven con piel pálida. Su atuendo y el pañuelo que llevaba sobre la cabeza como un turbante eran blancos, pero con franjas en las mangas y la falda que revelaban la exquisita shimmersilk dorada del vestido que llevaba debajo.

—Nos sentimos muy honradas de recibir a otros Caballeros Jedi en nuestro reino —dijo Fanry con voz serena y formal, pero luego hizo un gesto de incomodidad—. Se supone que hable de mí misma en plural cuando hablo de manera oficial. No tengo idea de por qué. Me hace querer voltear a buscar a mi clon.

Eso provocó la risa de Qui-Gon. Obi-Wan también sonrió.

—Cuando la coronen como reina, ¿podrá cambiarlo? —preguntó Obi-Wan.

—No seré una monarca absoluta, así que no. —Fanry suspiró exageradamente, con la clara intención de divertirlos—. Pero tal vez la nueva Asamblea tenga la amabilidad de promulgar los cambios en mi nombre. Bueno, debo decir en *nuestro* nombre.

«Es ingeniosa», pensó Qui-Gon. «Lista y muy independiente. Justo el tipo de alumna que Rael debería tener. Nada parecida a Nim».

Nim murió cuando tenía casi la misma edad que ahora tenía Fanry.

Durante el tiempo que llevaba como padawan, Obi-Wan había visitado docenas de palacios reales, desde la simple fortaleza de un jefe tribal en Lah'mu, hasta el espectacular y gigantesco complejo de la reina en Alderaan. Se consideraba demasiado mundano como para sentirse asombrado o siquiera sorprendido.

Sin embargo, la estética que rodeaba por todas partes a Pijal lo impresionó. Cada mesa estaba recubierta de oro en su base en lugar de en la superficie; cada silla era simple, excepto por los cojines ricamente bordados que quedaban ocultos cuando alguien se sentaba. Incluso las lámparas que colgaban de los altos techos estaban hechas de metal negro sencillo, pero estaban recubiertas de azulejos brillantes que reflejaban brillos de luz alrededor.

Obi-Wan decidió que había algo fascinante en la idea de tener tal grandeza y ocultarla, dándola a conocer sólo a aquellos que estuvieran dispuestos a descubrir lo que había en el interior.

—Está empezando a gustarles el lugar —comentó Averross mientras se adelantaba a Obi-Wan debido a sus largas piernas—. Sabía que sería así. Si me lo preguntan, es el mejor palacio de la galaxia.

—Por supuesto que sería el mejor en tu opinión —interrumpió Qui-Gon. Se mantuvo a unos cuantos pasos por detrás de ellos, sin preocuparse en ponerse a la par de Averross—. Esta ha sido tu casa desde hace casi diez años y lo natural es que le tomaras afecto.

Esto no quería decir que las palabras de Qui-Gon implicaran que no le gustara el palacio. Incluso lo había alabado antes. Sin embargo, Obi-Wan percibió que su maestro… estaba bajándole el orgullo a Averross. Se negaba a dejarse envolver por su punto de vista.

«Supongo que debería darme gusto que Qui-Gon no esté demasiado impresionado con un maestro que fue responsable de matar a su padawan», pensó Obi-Wan, pero el lúgubre chiste era algo demasiado cercano a su situación como para reírse.

Llegaron a la cámara central, donde Fanry apresuró el paso para adelantarse y tomar asiento en su trono. Obi-Wan notó divertido que los pies cubiertos de zapatillas de la chica apenas tocaban el suelo. La princesa hizo un ademán hacia los cortesanos y los guardias alrededor de ella.

—Nuestros invitados Jedi llegaron —proclamó mientras levantaba la barbilla—. Este es el Maestro Jedi Qui-Gon Jinn y su padawan, Obi-Wan Kenobi. Acérquense para presentarse.

Una mujer alta y enjuta que llevaba el cabello áspero peinado en rizos amontonados sobre la coronilla caminó hacia ellos con movimientos tambaleantes debido a su estrecho vestido café. Tenía los labios pálidos cerrados en una línea delgada.

—Soy la Ministra Orth. —Su tono autoritario implicaba que ella esperaba que sus interlocutores hubieran ya oído hablar de ella—. Soy consejera de su Alteza Serenísima y, por supuesto, del Lord Regente, en cuanto a los asuntos internos del planeta.

Ese «por supuesto» salía sobrando. Obi-Wan estaba seguro de que a la mayoría de los políticos no se les olvidaría el título de un funcionario importante al que le hubieran estado rindiendo cuentas durante casi diez años. «Resiente a Averross», se dijo al darse cuenta de ello. Quizá no fuera importante para su misión, pero se lo mencionaría a Qui-Gon, aunque sea para que su maestro notara que estaba suficientemente alerta como para detectarlo.

Otra presentación también llamó su atención: la del capitán de la guardia de Fanry. Era un hombre delgado con piel oscura y pómulos llamativamente altos que llevaba la cabeza rapada.

—Soy el Capitán Deren —dijo con una voz tan grave y resonante que hacía que la voz de Qui-Gon pareciera la de un iniciado—. Juré lealtad a la princesa, ahora y para siempre. —Era una frase formal que cualquier guardia podrían haber enunciado, pero el padawan pudo sentir lo mucho que significaba para Deren.

—Con ayuda de estos amigos, finalmente pondremos a la Oposición donde pertenece: en la cárcel —indicó Averross mientras tomaba su sitio sobre la tarima al lado derecho de Fanry, aunque un poco detrás de ella. Esto, seguramente, pretendía indicar su deferencia hacia ella. Sin embargo, su apariencia andrajosa y su rostro sin afeitar sugerían que Rael Averross no sentía deferencia por nadie.

«¿Se acostumbró demasiado al poder?», se preguntó el joven aprendiz. «Ningún Jedi debería caer alguna vez en esa trampa. No parece como si le importara gran cosa la autoridad, aunque definitivamente le gusta el hecho de que nadie le dé órdenes». El brillo en los estrechos ojos de la Ministra Orth sugería que le gustaría darle un par de órdenes al regente.

—¿Cuánto pueden decirnos sobre la Oposición? —preguntó Qui-Gon.

—Eran una especie de actores antes de cambiar al terrorismo —comentó Fanry y levantó las manos en actitud de indefensión—. Se dedicaban al arte performativo, lo que sea que eso signifique.

La ministra interrumpió.

—Halin Azucca tenía un espectáculo donde se ponía una especie de cosa blanca y esponjosa, como de cuatro metros de ancho, e invitaba al público a cortar trozos de ella para formar nubes en un cielo que estaba pintando. Al parecer, consideraba eso como arte.

—Se refería a la paradoja de encontrar la serenidad por medio de la destrucción —comentó Averross con un resoplido—. ¿Qué *piensan* de ello?

La Ministra Orth parecía como si estuviera a punto de lamer a un sapo de río. Probablemente el entusiasmo de Averross por el arte performativo tenía más que ver con molestar a Orth. Sin embargo, Obi-Wan había oído una vez sobre un Hutt que coleccionaba elegantes porcelanas, así que no podía saberse lo que la gente llevaba dentro.

Fanry continuó como si ni su regente ni su ministra hubieran hablado.

—Nuestras audiencias reales están abiertas a cualquiera. Además, hemos pedido repetidamente una reunión con Halin Azucca u otros líderes de la Oposición, con la promesa de absoluta inmunidad. Pero nadie se presenta. Nadie habla. En lugar de ello, lo que recibimos son burlas, trucos llamativos y luego violentos ataques. —La holopantalla cercana mostraba la destrucción de una estatua, desde cuyo interior salían droides voladores diminutos y relucientes que enunciaban varias palabras. Luego una explosión que destruía una bodega de Czerka. El contraste era incluso más discordante de lo que Obi-Wan hubiera esperado.

—Los terroristas siempre buscan razones para lastimar a otras personas —indicó Averross—. No les gusta el tratado y en efecto dan todo tipo de razones de por qué, pero ninguna de ellas justifica las cosas que hicieron. ¡A pesar de que la luna esté obteniendo finalmente cierta representación en la Asamblea! Nunca tuvieron eso.

—Suena desconcertante —afirmó Qui-Gon. Su aprendiz se preguntó si alguien más se había dado cuenta de que eso no era lo mismo que coincidir con cualquier cosa que se hubiera dicho.

—Bueno, esa es la razón por la que te trajimos, Qui-Gon —dijo Averross—. Eres el mejor para evaluar la situación en comparación con casi cualquier otra persona. Necesitaba a alguien en quien pudiera confiar. No al típico que apuesta a lo seguro. Hay demasiados así en la orden. Sin embargo, tú sí puedes llegar al fondo del asunto.

—Me han engañado un par de veces —respondió Qui-Gon con tono moderado.

—Pero no con mucha frecuencia, ni por largo tiempo. —El orgullo que sentía Averross por Qui-Gon parecía casi tan grande y tan paternal como el que sentía por la Princesa Fanry.

—Si me lo permite… —El Capitán Deren esperó a que el Jedi asintiera antes de proseguir—, en mi opinión, «llegar al fondo del asunto» es irrelevante en comparación con la importancia de salvaguardar la ceremonia del tratado. Después de que se lleve a cabo, tendremos todo el tiempo que necesitamos para hacer investigaciones.

—Tal vez *tú* pienses que podemos proteger al tratado y a la princesa sin conseguir esas respuestas —espetó la Ministra Orth—, pero *yo* no. Lo único que espero es que el nuevo Jedi que vino a nuestro planeta sea capaz de conseguir la información más rápido que el que ya tenemos aquí.

—¿Proteger a la princesa? —preguntó Qui-Gon—. ¿Existe alguna razón en particular para pensar que pudiera estar en peligro? ¿Se hizo algún atentado contra su vida?

Fanry se mordió el labio inferior y miró al suelo. Averross intervino.

—No le ha pasado nada a Fanry. No durante el tiempo que yo he estado a cargo y tampoco en el tiempo que lleva Deren. El hombre sabe su trabajo. Pero al final, si la Oposición está empecinada en prevenir la firma del tratado, podría ir tras la única persona que tiene el poder de firmarlo.

Aunque era evidente que coincidir con Averross era difícil para Orth, asintió.

—Y los próximos eventos la expondrán a mayor peligro. Apariciones públicas, la Gran Cacería…

—Quizá la cacería podría posponerse —se atrevió a decir Obi-Wan.

Todos los ciudadanos pijalíes que estaban en la habitación se le quedaron viendo como si se hubiera quitado los pantalones. Para cuando respondió el Capitán Deren, el chico se había sonrojado.

—La Gran Cacería es un rito tradicional en Pijal. Todo futuro monarca debe probar su valía en los terrenos de caza.

Averross asintió.

—Es como si el gobernante tuviera que demostrar que puede proveer alimento para el planeta.

—Si su Alteza Serenísima no cazara —dijo Deren—, muchos pijalíes considerarían anulada su coronación. Al firmar el tratado, eso provocaría una crisis todavía más grave que los ataques de la Oposición.

—No hay manera de convencerlos, compañeros —afirmó Averross—. Créanme, lo intenté.

Orth entrecerró los ojos.

—Quizá debería haber pasado más tiempo encontrando a la Oposición que tratando de destruir nuestras tradiciones.

—Rael Averross es un siervo tan inteligente y dedicado como podría desearlo su Alteza Serenísima —dijo Qui-Gon. Se mantuvo de pie con las manos entrelazadas dentro de las mangas de su túnica—. Pero lo que sea que pueda aportar para una nueva perspectiva está a disposición de la corte.

Obi-Wan notó que, como ocurría con frecuencia, Qui-Gon se las arregló para sonar muy tranquilizador al mismo tiempo que, de hecho, decía muy poco.

—

Más tarde esa noche, y luego de una suntuosa cena y de un poco de música cortesana, los Jedi fueron llevados a la suite de los huéspedes. Era un espacio amplio con dormitorios para cada uno y una habitación central con altas ventanas que daban al mar. La problemática luna iluminaba el agua, revelando cada ola y cada rizo de la espuma. Mientras observaban la marea, Obi-Wan se aventuró a decir:

—Deren es el único del que me siento completamente seguro.

—Ese tipo de personas son las que en general provocan problemas. —La sonrisa de Qui-Gon era triste—. Entonces, *¿no* te sientes completamente seguro de Rael Averross?

Obi-Wan había aprendido una cosa de su maestro: cuando tengas dudas, responde una pregunta con otra.

—¿Usted sí?

El maestro se encogió de hombros y aprovechó el movimiento para quitarse su pesada túnica.

—Estoy seguro de que le importan la princesa Fanry y su compromiso con el tratado. Por ahora eso me basta.

De nuevo era críptico. Para ese momento, Obi-Wan debió haberse acostumbrado a ello y, en efecto, así había ocurrido, pero el final abrupto y no anunciado de su formación como aprendiz había dejado sus sentimientos en carne viva. Quería explotar y decirle algo como: «Simplemente dígame lo que está pensando, no podría, aunque fuera por una sola vez…».

—¿Cómo debemos comenzar? —lo dijo en un tono tan calmado como pudo—. ¿Visitamos la luna?

—Sí. —Qui-Gon lanzó sus botas a un lado. Normalmente las dejaba en el centro de la habitación y Obi-Wan se ocupaba de cuidar sus cosas. Sin embargo, esta noche las recogió bajo uno de sus brazos. En apariencia, le estaba quitando lentamente sus deberes de padawan—. Volaremos a la luna por la mañana en una pequeña nave de corta

distancia, de preferencia sin escolta militar. Es menos formal y mucho mejor para husmear por el lugar.

A pesar de su mal humor, Obi-Wan le sonrió apenas cuando utilizó la palabra «husmear»; el tono de su maestro le dejaba claro cuánto ansiaba hacerlo. Aun así, tuvo que preguntar.

—¿En serio espera que podamos descubrir a la Oposición simplemente volando por la luna? ¿Cuando nunca estuvimos allí y difícilmente sabemos qué buscamos?

—Por supuesto que no. —Qui-Gon se soltó el pelo que llevaba atado con una tira de cuero y le cayó sobre los hombros—. Eso sería absurdo.

—Entonces, ¿por qué lo haremos?

—No es a la Oposición a la que vamos a buscar —respondió Qui-Gon y, al terminar, se dirigió a su propio dormitorio.

«Es críptico. Y de nuevo lo hace a propósito». A veces este hábito de su maestro le parecía encantador, pero no esa noche. Como sea, no pudo evitar sentir curiosidad sobre lo que fuera que Qui-Gon tuviera planeado.

CAPÍTULO DOCE



Naves de enorme tamaño y dignidad se pusieron a disposición de los Caballeros Jedi, al igual que los mejores pilotos de la flota estelar real, pero Qui-Gon los rechazó todos, excepto por un pequeño crucero que pilotearía Obi-Wan. No necesitaba nada más grande. El joven disfrutaría de la experiencia y, además, era de mala educación pedir demasiados favores al inicio de una misión. Lo mejor era reservarlos para después. Era muy pronto para poner a prueba la hospitalidad de Rael.

«No es Rael», se dijo Qui-Gon mientras su aprendiz sacaba el crucero de la atmósfera de Pijal. «Es el "Lord Regente". Ese es Rael Averross en este lugar».

No le sorprendía que el Consejo Jedi hubiera elegido a Rael para esa misión. De todos los Jedi que Qui-Gon había conocido, él era el que tenía menos probabilidad de impresionarse con las riquezas, las ropas elegantes y la majestuosidad. Llevaba ocho años en el palacio y seguía vistiéndose como un buscador de conchas en Drexel.

Pero las tentaciones del poder eran sutilmente diferentes y mucho más peligrosas. ¿Rael había caído presa de ellas? Solo el tiempo lo diría.

—La gravedad lunar está empezando a afectarnos —dijo Obi-Wan y, al mismo momento en que lo decía, Qui-Gon sintió el débil tirón sobre el crucero—. Si quisiera iluminarme sobre nuestro destino específico, maestro, este podría ser el mejor momento para hacerlo.

—Llévanos hacia una órbita baja mientras hago unos escaneos. Cuando encuentre lo que estoy buscando, aterrizaremos.

—¿Cuándo? —El chico le lanzó una mirada de curiosidad—. ¿No quiere decir *si* lo encuentra?

—Están aquí —murmuró Qui-Gon—. Simplemente tenemos que encontrarlos donde quiera que estén.

Obi-Wan abrió la boca, obviamente para preguntarle a quiénes se refería, pero la cerró de nuevo. Qui-Gon pensó que estaba aprendiendo a tener paciencia y descubriendo cuándo tenía que esperar y dejar que el misterio se revelara por sí solo.

Era eso, o estaba completamente harto de lidiar con un maestro deliberadamente necio. Si ese era el caso, no podía culparlo.

El maestro insertó una tarjeta de datos que había solicitado el día anterior de la nave de Czerka. Empezó a reproducirse un holograma que mostraba el ataque de plasma sobre la nave de almas sucedido el día anterior. Ignoró las imágenes y empezó a buscar en los datos del escaneo que estaban abajo.

—¿Está reviviendo nuestros triunfos pasados? —preguntó el joven. Ahora estaba bromeando en un intento de aligerar el ánimo que había entre ambos—. Si es así, quisiera pedir que se borre de los registros lo que pasó en el palacio Hutt de Teth.

Qui-Gon simplemente señaló a los datos a medida que subían por la pantalla.

—No son nuestros triunfos lo que estoy reviviendo. Ah… allí está.

La misteriosa nave en sombras apareció al borde del holograma, apenas visible, en el momento en que efectuó el disparo para detener el fuego del plasma. Qui-Gon detuvo el holograma para estudiar la información que decía abajo.

—Ayer conseguimos unos amigos nuevos y sugiero que los busquemos.

Obi-Wan frunció el ceño.

—Son literalmente las únicas personas en esta luna que podemos suponer que no pertenecen a la Oposición.

—Coincido contigo. Por eso podrían ser útiles para nosotros. —El maestro apuntó a un conjunto particular de datos que flotaban en el borde inferior del holograma—. Y esa es otra.

—Eso es… un campo bloqueador de escáneres. Bastante poderoso, pero pequeño. —Obi-Wan empezó a hablar más rápido mientras más crecía su curiosidad—. El campo está limitado a una sola sección de la nave que no es tan grande para empezar. Pero tal vez podría ampliarse para abarcar la nave completa, así de potente es. Maestro, no pensé que las naves pequeñas pudieran proyectar campos bloqueadores de escáneres, y mucho menos así de intensos.

—Estamos tratando con alguien muy ingenioso. —Qui-Gon borró la mayoría de las frecuencias de los escáneres del crucero, programándolas para buscar solo los subproductos energéticos de ese campo bloqueador tan poco común.

—Y bastante sigiloso —apuntó Obi-Wan—. ¿Está seguro de que puede lograr que nos ayuden?

Qui-Gon sonrió al momento en que apareció una débil señal en los escaneos.

—Vamos a averiguarlo.

—

Obi-Wan los llevó a una altura baja y el crucero sobrevoló los espesos bosques con árboles de troncos y ramas nudosos. El terreno era irregular y estaba lleno tanto de precipicios como de cavernas. A partir de sus escaneos, parecía que el campo bloqueador estaba en funcionamiento dentro de una de esas cuevas.

«Un escondite dentro de un escondite», pensó Obi-Wan mientras él y Qui-Gon empezaban a caminar sobre la luna. «No estoy seguro de que esa gente esté dispuesta a colaborar con nosotros».

No obstante, siguió a Qui-Gon mientras se abrían camino hacia la cueva. Era importante mantenerse atentos, porque la belleza del lugar podía distraer fácilmente su vigilancia. Una luz suave se filtraba a través de las hojas arriba de ellos, y sinuosas enredaderas se entrelazaban en los retoños bajos y en los troncos de los árboles, con fruta que brillaba con diferentes matices de púrpura oscuro y un verde tan pálido que casi parecía oro. Las brisas templadas le acariciaban la piel y agitaban el pelo de su maestro.

Convocar a la Fuerza en ese lugar sería fácil, ya que seguramente algunos instantes de serenidad conectarían a cualquier Jedi con la abundante vida en esa luna.

«Pijal labra su belleza con la piedra», pensó Obi-Wan. «Pero ese tipo de esfuerzo no se requiere aquí».

El terreno irregular iba descendiendo y pudieron ver las colinas rocosas, al igual que la entrada de la cueva que estaba casi oculta entre las enredaderas. La aguda vista de Obi-Wan se vio atraída hacia las hojas rotas en un sitio, así como a una que otra rama torcida que revelaban que, no hacía mucho, se habían roto esas enredaderas y luego se habían vuelto a acomodar desde el interior.

Qui-Gon volteó hacia él y Obi-Wan asintió. Entonces ambos sacaron sus sables de luz sin activarlos. En silencio, se deslizaron entre las enredaderas y empezaron a entrar a la cueva.

La luz del sol se iba desvaneciendo a medida que avanzaban. Justo cuando Obi-Wan pensó que pronto se quedarían en total oscuridad, se percató de un resplandor tenue más adelante que resaltaba una pequeña nave de marca desconocida. Prosiguieron teniendo cuidado de pisar lo más silenciosamente posible sobre la superficie llena de grava cuando de pronto pudieron escuchar sonidos nuevos.

—No puedo creerlo —dijo una voz humana atiplada con un acento de Coruscant más cerrado que el de la mayoría—. ¿Cada uno de ellos? Esto es indignante.

La voz femenina que respondió parecía más divertida que molesta.

—¿Te vas a indignar de que unas piedras no hagan lo que quieres?

—Y más de que tengan el descaro de ser otra cosa que lo que fingieron ser. —Obi-Wan pudo observar la silueta de un hombre contra el resplandor pálido y sonrosado de los droides vela—. Nunca en la historia de la mineralogía alguien fue tan traicionado.

La mujer desconocida rio.

—Si te parece, luego les lanzamos una maldición. Pero ahora deberíamos… espera un momento. ¿Oíste eso?

Tenía el oído agudo; Obi-Wan todavía no habría detectado nada en ese punto. Por primera vez, su reacción y la de Qui-Gon estuvieron en perfecta sincronía y al instante ambos se lanzaron al frente y encendieron sus sables de luz. Las dos personas dentro de la cueva saltaron detrás de su nave, tal vez para ir por armas. Pero… ¿qué era eso que brillaba en los muros de la cueva?

—No queremos hacerles daño —dijo Qui-Gon con su tono más amable—. Solo hacerles unas cuantas preguntas.

—Malditas sean sus preguntas —gritó el hombre que asomaba a medias por el borde de la nave y que sostenía algo largo y negro en una mano.

La mujer murmuró.

—Pax, son *Jedi*. No van a…

—No van a detenernos —dijo el hombre, que evidentemente se llamaba Pax—. Van a darse la vuelta y a salir de aquí si saben lo que les conviene. Y si no, bueno, estoy listo para pelear.

Qui-Gon suspiró.

—Baja tu arma.

—¿Rendirme? —dijo Pax—. ¿Que ceda antes de que siquiera empiece la batalla? ¿Por qué lo haría?

—Porque no tienes un bláster en la mano, es solo una pala —indicó con paciencia Qui-Gon—. También, porque tenemos sables de luz.

Se hizo una pequeña pausa antes de que Pax respondiera.

—Tienes razón. Déjame felicitarte por tus brillantes técnicas de persuasión.

—No puedo creer que trataras de engañar a dos Caballeros Jedi con una pala. —La mujer apareció con las manos en alto—. Nos rendimos.

—No es necesario que lo hagan —les indicó el Jedi—. Pero sí necesitamos hablar.

—

«“Solo queremos hablar”, sí, claro».

Pax Maripher se mantuvo firme, con los brazos cruzados sobre el pecho y mirando con rabia al Caballero Jedi y a su aprendiz que se atrevieron a interrumpir su trabajo. Si bien era cierto que este había resultado totalmente infructuoso y una pérdida de tiempo, eso no les daba el derecho de entrar de manera intempestiva agitando sus sables de luz por todas partes.

Mientras tanto, Rahara se había presentado con ellos y ahora platicaba con esos dos como si fueran viejos amigos.

—¿Pueden creerlo? —les dijo mientras señalaba hacia el cristal de color naranja brillante que el tipo alto llamado Qui-Gon tenía en la mano.

—Se ve exactamente igual al kyber —comentó el Jedi mientras giraba el cristal de un lado a otro—. Tiene el mismo peso e incluso vibra hasta cierto grado con la Fuerza. Las diferencias son muy sutiles. Puedo ver por qué se equivocaron.

El joven que tenía el estúpido corte de pelo, y que quién sabe cómo se llamaba, sacudió la cabeza sin poder dar crédito.

—¿Están seguros de que no es kyber? ¿No es alguna nueva forma, un tipo diferente de cristalización?

Eso ya era demasiado como para aguantarlo.

—Sí. Estoy seguro —dijo Pax con un tono de voz que esperaba que se pudiera describir como *despectivo*. Mostró su escáner como evidencia—. Al nivel macro, esta cosa es idéntica al kyber, pero si se analiza a nivel microscópico tienen tanto en común como Coruscant y Ceiran.

—Creo que se conocen como cristales kohlen —explicó Rahara. Los acabamos de buscar. Resulta que no son desconocidos, sino simplemente poco comunes, incluso más que el kyber real. Pero no sirven para los sables de luz y son tan inusuales que ni siquiera existe un mercado para ellos en la joyería, lo cual quiere decir que todo este viaje equivale casi a una persecución de mynocks salvajes—. La forma en que se encogió de

hombros provocó que su sedoso pelo cayera sobre uno de ellos. Pax pensó si lo hacía a propósito sin recordar que los Jedi supuestamente eran célibes. Luego se preguntó si solo era que, con demasiada frecuencia, ponía mucha atención en el pelo de Rahara.

—No solo eso —comentó Qui-Gon y le sonrió a Rahara mientras seguía haciendo de cuenta que Pax era la persona menos importante en el lugar—. También les dio la oportunidad de salvar muchas vidas.

La mirada de Pax se topó con la de Rahara. Le pareció que debía sentirse indignado con ella por el truquito que les había atraído justo la atención que esperaban evitar, pero en lugar de ello, pudo ver el dolor que ella se esforzaba tanto en ocultar con mucho éxito en la mayor parte de las ocasiones. Con voz suave, la chica respondió.

—No había ninguna razón para no ayudarlos.

—Tampoco había razón para salir huyendo después —dijo el joven de peinado raro, Obbie o como se llame—. ¿Por qué lo hicieron?

Pax estaba listo para intervenir con una de sus muchas explicaciones posibles que, en su opinión, eran cada una más engañosa que la otra, pero Rahara, después de años de no hablar de ello, simplemente levantó la mano izquierda.

—Vean. Esta es la razón.

En el dorso de la mano estaba la leve cicatriz de una etiqueta de Czerka que se había extraído hacía mucho tiempo.

—Las cicatrices no sanan —dijo en voz baja—. Tratan las etiquetas con una sustancia que quema a tal grado que ni el bacta puede curarlo. Así que tienes que llevarla para siempre como prueba de que eres esclavo o que lo fuiste antes de que te liberaran.

—¿Tu antiguo dueño te liberó? —preguntó Qui-Gon.

La expresión de la chica se tornó dura.

—Yo me liberé.

Eso era más de lo que Pax podía tolerar.

—Si por un instante creen que la van a repatriar a Czerka, permítanme que les deje muy en claro que esos sables de luz no van a impedirme detenerlos.

Qui-Gon levantó una mano.

—No tengo intención de regresar a la señorita Wick a Czerka. —Había algo en su voz que produjo que Pax quisiera confiar en él, lo cual era inusual ya que no confiaba en nadie—. Tan solo necesito su ayuda.

—Lo sabía. Pax tenía razón. —Rahara rodeó su cuerpo con sus brazos en un ademán de temor que no tenía nada que ver con la ira pura que reflejaba su voz—. Van a obligarme a hacer algo o, si no, me regresarán a Czerka para…

—Señorita Wick —dijo de nuevo Qui-Gon—. Se lo repito: no tengo intención de regresarla a Czerka, sea que coopere o no. Sin embargo, soy más solidario con aquellos que escaparon de la esclavitud que con los ladrones de joyas.

—¿Quién dijo que somos ladrones de joyas? —exigió Pax—. No es posible que pruebe una cosa así.

Obi, el del pelo raro, levantó una datapad con su inventario pasado y sus registros de ventas, que obviamente no se había guardado en lugar seguro.

—Creo que sí podemos.

Rahara levantó los ojos al techo.

—Pax, es obvio lo que hacemos. No perdamos tiempo negándolo. —Su mirada se enfocó entonces en Qui-Gon—. Entonces, ¿qué favor quieren de nosotros?

Pax pensó que estaba listo para escuchar cualquier respuesta que diera, hasta que el Jedi sonrió tranquilamente y les dijo:

—Necesito su ayuda para encontrar a unos terroristas.

CAPÍTULO TRECE



—¿Dicen que se llama el *Meryx*? —Qui-Gon tomó asiento en la nave, estudiando sus partes internas que eran una combinación única de tecnología de vanguardia y materiales tan antiguos que podrían ser anteriores incluso a la República—. Es un nombre interesante. ¿Encontraron algo de meryx a bordo?

—No, por desgracia —comentó el hombre de cabello áspero y despeinado que se llamaba Pax Maripher. Su resentimiento hacia el Jedi era evidente, pero no tanto como el orgullo que sentía por su nave. Pasó la mano por una de las paredes brillantes y añadió—. Si alguna vez consiguiéramos echarle la mano a un poco de meryx, bueno, lo primero que haría sería mejorar la nave.

Desde su sitio junto al campo bloqueador de escáneres, Obi-Wan volteó y entrecerró las cejas en actitud de incomprensión.

—¿Qué es meryx?

—Probablemente la gema menos común en toda la galaxia —respondió Rahara Wick, que estaba poniendo los cristales kohlen de color naranja en un cilindro de análisis—. Es un tipo de ámbar; específicamente es el ámbar fosilizado de los wroshyr blancos de Kashyyyk, que son árboles que se extinguieron hace miles de años.

—El meryx parece blanquecino y turbio hasta que la luz le da *en el punto preciso*. —El rostro de Pax era bastante atractivo cuando sonreía. Qui-Gon sospechaba que poca gente se había dado cuenta de ello—. Luego brilla con el dorado más resplandeciente que puedas imaginar.

A Obi-Wan le interesaban tanto las joyas como a cualquier padawan de diecisiete años; es decir, nada en absoluto.

—¿Por qué le pusiste a tu nave el nombre de una gema que nunca encontraste?

—Se refiere a la esperanza —dijo Rahara, y Pax la miró de una manera que hizo evidente para Qui-Gon que esa no era la respuesta que él hubiera dado. Pero tampoco la contradijo.

«Ese hombre tiene un alma», pensó Qui-Gon. «Pero hace que sea ella quien la cargue».

—Su nave tiene el nombre de su meta última —dijo a Obi-Wan—. Es una aspiración. El recordatorio para esforzarse en lograr cosas más grandes. Es algo con lo que puede identificarse cualquier padawan.

El joven miró al piso mientras asentía.

—Quizá debería explicarles a nuestros nuevos amigos…

—Más bien rehenes —indicó Pax con un resoplido de descontento. Eso provocó que Rahara le diera un codazo en las costillas.

—Debería decirles exactamente qué necesitamos del *Meryx* —concluyó Obi-Wan.

Eso quería decir que a su padawan todavía le faltaba averiguarlo. Había estado distraído en los últimos días, herido aún porque Qui-Gon no le hubiera informado sobre el consejo. Incluso el comentario inocente sobre tener metas a las que aspirar lo hizo sentirse mal. Qui-Gon se preguntaba cómo era posible que la situación se hubiera vuelto tan incómoda en tan poco tiempo.

La respuesta probable era que así habían sido por un tiempo, pero él no se había percatado. Estaba tan ocupado juzgando a Obi-Wan que no se había juzgado a sí mismo con mayor cuidado. Sin perder la oportunidad, Qui-Gon respondió.

—Necesitamos explorar esta luna con mucho detalle, sin indicarle a nadie que lo estamos haciendo. Con las naves de Pijal atraeríamos la atención y provocaríamos la alarma. Por otro lado, el *Meryx* fue adaptado de manera experta para evitar la detección.

El hecho de que dijera «de manera experta» tranquilizó a Pax, que era justo la intención. Su tono era levemente menos mordaz cuando preguntó:

—En otras palabras, lo que quieren es que los acompañemos por toda esta luna mientras buscan… ¿qué exactamente?

Qui-Gon señaló hacia arriba, al espacio entre Pijal y la luna donde se encontraron inicialmente.

—A cualquiera que haya saboteado a esa nave de almas y que casi mató a todos los ocupantes.

—A la Oposición, ¿no? Leí sobre eso en las transmisiones. —Rahara se inclinó contra la pared y la estática del campo bloqueador de escáneres levantó hebras de su pelo casi como si estuviera parada contra el viento—. Míralo de esta forma, Pax. Vamos a volar por esta luna tan protegidos como la princesa misma, con dos Jedi a nuestro lado. Y no iremos a la cárcel. No le veo la desventaja.

—La desventaja es que no me gusta. Pero debo admitir que estamos atrapados. —Pax volteó hacia Qui-Gon como si estuviera haciendo una gran concesión—. Muy bien, danos los patrones de búsqueda que quieres y podemos comenzar.

Qui-Gon levantó un dedo.

—Empezaremos mañana. Es posible que los centinelas hayan visto nuestra nave y que estén alerta. Si tienen informantes en el palacio, definitivamente lo sabrán. Mañana temprano, cuando ustedes nos recojan en Pijal, nadie se enterará.

Pax volteó los ojos al techo ante la idea de tener que ir por ellos a Pijal, pero ya no le rebatió. Cuando se levantó para tomar un descanso, Qui-Gon comentó con tono amable.

—Tu socio es un tipo interesante.

—No tiene que ser tan diplomático. Puede ser muy difícil de tratar. Pero tienen que entender de dónde viene. —Rahara los miró a ambos—. Cuando Pax era apenas un niño de unos cuatro o cinco años, estaba en una nave en la frontera del espacio salvaje cuando los atacaron unos piratas delphidianos. Se escondió en una escotilla para el equipo porque era todavía lo bastante pequeño para caber allí. Pero nadie más pudo hacerlo. Eso significó que mataron a todos los demás seres vivos, incluyendo a sus padres, y Pax se quedó solo.

—Eso es terrible —comentó Obi-Wan, a lo cual Rahara asintió.

—Sí, pero no creo que esa sea la razón principal por la que es así. Tiene más que ver con el hecho de que la nave quedó a la deriva; no la encontraron por largo tiempo y aunque almacenaba toneladas de raciones de emergencia, no tenía el combustible para llegar por sí sola a ninguna otra parte. Además, el único equipo que dejaron los piratas era un embarque de droides de protocolo, principalmente unidades 3PO. Ellos educaron a Pax durante los siguientes quince años, hasta que redescubrieron finalmente a la nave. Fueron también los que le enseñaron a comportarse exactamente como ellos.

Qui-Gon consideró a las unidades 3PO que conocía.

—Eso debe haber sido un verdadero reto.

—Sería una manera de describirlo —comentó ella entre risas—. Pero cuando uno se da cuenta de cómo lidiar con él, sinceramente Pax es una persona fantástica.

Obi-Wan volteó hacia su maestro con una mirada que claramente significaba: «Tendremos que aceptar su palabra».

Pero tenían algo más que la palabra de Rahara Wick. Qui-Gon podía sentir el sutil flujo de la Fuerza alrededor de ambos, la sensación de que se sentían atraídos a cosas más grandes. A pesar de los traumas del pasado de Rahara y la mala actitud de Pax, había muy poca oscuridad allí.

«Algunas personas se sienten atraídas a la luz como las flores que se inclinan hacia el sol», pensó.

Pax regresó justo cuando Qui-Gon empezaba a introducir una cuadrícula inicial de búsqueda. Rahara lo llamó hacia la mesa de equipos y le susurró en voz muy baja.

—Parece que hay unos cuantos ópalos de torbellino.

—Son semipreciosas cuando mucho —resopló Pax.

—Muy bien, tal vez no paguen mucho por ellas, pero *sí algo*. En todo caso, podríamos recolectar las que podamos y este viaje resultaría rentable para nosotros, o por lo menos saldríamos a mano.

—Suponiendo que no nos vuelen en mil pedazos hasta convertirnos en átomos —dijo Pax.

—Sí, eso sería bueno.

Reprimiendo una sonrisa, Qui-Gon se dispuso a trabajar.

—

Aunque no existen referencias específicas en los antiguos decretos reales, la mayoría de los cortesanos de Pijal creían que, por lo menos en las últimas cien coronaciones, Czerka había hecho una celebración preliminar para el heredero al trono. No eran los actos que la corporación promovía, ni los eventos con orquestas que patrocinaban, sino una pequeña fiesta privada. Algo personal para el heredero y el supervisor del sector que estuviera en funciones, y esa era la razón por la que Fanry pasaba la tarde en un yate con Meritt Col.

—Su Alteza Serenísima —dijo Col mientras se sentaba en la silla elevadora acojinada al lado de Fanry, cerca de la proa—. Cuando asuma su cargo, tendremos muchos temas importantes que discutir. Pero hoy es por simple…

—¿Cuáles temas? —preguntó Fanry con inocencia.

Meritt Col calló un momento. Aunque llevaba una túnica plateada y vaporosa, es decir, el tipo de cosa que se usa en un yate, se veía tan incómoda en ella como se habría visto su rígido uniforme de Czerka en cualquier otra persona. Su pálido cabello se agitaba con la brisa del mar.

—Bueno, por supuesto, querremos negociar diversos términos y permisos. Por ejemplo, debemos tener más autoridad sobre la luna, porque evidentemente necesitamos tanto las anclas en Pijal como en la luna para que el corredor hiperespacial se mantenga intacto. Además, están los puertos reservados para las naves de almas que en algunos casos se podrían utilizar para otros fines más comerciales. Pero como le dije, ya habrá tiempo para eso más tarde.

Rael Averross había sido tutor de la Princesa Fanry en cuanto a la estructura corporativa de Czerka, aunque esa no era proeza fácil, ya que la estructura era tan laberíntica como el gobierno de cualquier planeta que hubiera estudiado. Podía prever algunas de las peticiones que tendría Col, pero las peticiones específicas eran irrelevantes.

—En realidad no necesitarán de mí. —Fanry le dio un sorbo al ponche de frutas de su copa rosa—. Ya que no seré gobernante absoluta, sino solo constitucional.

—¡Eso no significa que no tenga poder! —dijo Col entre risas alegres—. Sigue importándole a la gente. Se preocupan por usted. ¿No le pidieron que bendijera una nave de almas la semana que viene? Su autoridad simbólica es mayor de lo que podrá llegar a ser cualquier autoridad real.

«Autoridad simbólica», pensó Fanry. Eso sonaba muy bien, algo más amigable que *monarca absoluta*, ¿no? Más afectuoso. Más en contacto con la galaxia en general y no afincado en las tradiciones del pasado. Era algo completamente nuevo. Le devolvió la sonrisa a Col.

—Entonces, supongo que tendremos mucho que platicar después de la ceremonia.

—¡Sí, multitud de cosas! —Col sostuvo su copa para que brindaran juntas como si lo hicieran por el futuro más brillante que tenían por delante.

—

A lo largo del tiempo que trabajaron con la tripulación del *Meryx*, Qui-Gon observó que Obi-Wan se mantenía principalmente callado. No era conducta peculiar en el caso de un padawan, pero sí era poco común en Obi-Wan, que generalmente intervenía en lo que consideraba apropiado o no. El maestro no lo reconoció hasta mucho después, luego de que se despidieron de Pax y Rahara, y regresaban a Pijal en su nave crucero.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Qui-Gon.

A veces, Obi-Wan intentaba fingir que no estaba preocupado, pero ahora no se tomó la molestia.

—Estamos haciendo un trato con ladrones.

—Ladrones de joyas —añadió Qui-Gon—. Cuando lo dices así tiene un poco más de estilo, ¿no te parece?

«¿Estilo?». Oh, lo rojas que se ponían las mejillas de Obi-Wan cuando estaba a punto de tener un ataque de indignación ética.

—Estas personas se ganan la vida robando. ¡Y dejamos que se salgan con la suya! Y… ¿qué? ¿Se está riendo de mí?

—Me río del absolutismo moral y casualmente es lo que estás demostrando en este momento.

A Obi-Wan no le pareció en absoluto divertido.

—Hicimos un trato con los Hutt porque teníamos que hacerlo si queríamos salir vivos de Teth. ¿Pero esto? ¿No podemos encontrar una mejor manera de ocultar nuestros movimientos? Seguramente hay algo más clandestino que la llamativa nave de unos ladrones… perdón, *ladrones de joyas*.

—Sin duda es cierto —respondió el maestro mientras se acomodaba en su asiento a medida que la atracción gravitacional de la luna los soltaba con una ligera sacudida. En muy poco tiempo entrarían en la gravedad de Pijal—. Pero tenía curiosidad sobre ellos. Asumieron un gran riesgo al exponerse para salvar a la gente a bordo de la nave de almas.

Era como si pudiera ver cómo se achicaba Obi-Wan al momento en que la conciencia de esos hechos lo inundaba.

—Son más que simples ladrones. Debería haberlo recordado.

—Creo que en este momento estás un poco harto de mí —le respondió amablemente—. En estas circunstancias nadie te culparía. Pax y Rahara nunca fueron los que realmente te perturbaron.

Obi-Wan no lo reconoció en voz alta, pero su mal humor había mejorado.

—Entonces los investigamos. Eso no quería decir que tuviéramos que asociarnos con ellos. ¿También tiene que ver con la curiosidad que usted siente?

—En parte, pero también porque son una excelente forma de ocultarnos para movernos por la luna sin exponernos. Y en parte porque quería darles la oportunidad de ser mejores, en un sentido espiritual. Ese rescate me sugiere que tienen esa posibilidad dentro de ellos.

—La gente es más que sus peores actos —recitó Obi-Wan. Era algo que Qui-Gon le había repetido muchas veces. Al fin parecía encontrarle sentido—. Por lo menos, en el caso de la mayoría de la gente. Y también son más que lo peor que les hayan hecho.

La cicatriz oscura en la mano izquierda de Rahara Wick le vino a la mente a Qui-Gon.

—A ambos también nos convendría tenerlo en mente en nuestros tratos con Rael Averross.

Obi-Wan no levantó la vista de los controles a pesar de que casi no tenía nada que hacer hasta que se acercaran mucho más a Pijal.

—¿Sigue teniendo dudas sobre él?

«Las tengo», quiso responder Qui-Gon, pero no pudo.

—A pesar de todo lo que sucedió, Rael es un Caballero Jedi. Un hombre comprometido con su deber. No puedes haber dejado de notar su devoción por la princesa.

—No lo noté —respondió Obi-Wan en voz baja—. Pero tal vez deberíamos evaluar a los Jedi mediante otros criterios aparte de su dedicación a los jóvenes que protegen.

El golpe bajo de ese comentario le dolió a Qui-Gon y mucho más por el elemento sorpresa. No era que nunca hubiera tratado de decirle algo hiriente, solo que nunca le afectó de manera tan frontal. Lo peor era que Qui-Gon ni siquiera estaba seguro de que el chico tuviera la intención de herirlo. Simplemente quería decir lo que dijo. *Eso* fue lo que en realidad le hizo daño.

—Estás más enfocado en los ideales que en la realidad, Obi-Wan —respondió Qui-Gon. Odiaba el tono mordaz de su respuesta, pero no pudo resistirse—. Y lo haces al grado de sacrificar tus principios.

—Pensé que los miembros del Consejo Jedi debían representar el ideal —contestó su aprendiz con una voz que no revelaba ninguna emoción.

—El consejo se ocupa todo el tiempo de los aspectos más desagradables de la realidad. —La conversación había llegado demasiado lejos—. Obi-Wan, ¿por qué no verificas los amortiguadores aluviales? Las lecturas en ellos son un poco raras. —Estaban a unas cuantas fracciones de un punto por encima del rango óptimo, pero fue la primera distracción que se le ocurrió.

Rara vez era tan evidente en sus intenciones y Obi-Wan le hizo la cortesía de no aprovecharse de la situación. En lugar de ello, se ocupó de verificar los amortiguadores aluviales que evidentemente operaban perfectamente. Se detuvo un momento en el arco de la cabina de mando y respondió.

—Supongo que ese es otro punto a favor de las antiguas profecías.

—¿A qué te refieres?

—Acabo de recordar, ¿no había una que hablaba sobre el kyber que no es kyber? —Obi-Wan frunció el ceño—. En todo caso, creo que decía algo así.

—Tienes razón. —La curiosidad de Qui-Gon venció cualquier sensación de incomodidad—. La buscaré.

Mientras Obi-Wan se ponía a trabajar, el maestro también lo hizo. Usó su datapad para buscar los textos traducidos que estaba estudiando. Lo encontró: *Cuando resplandezca el kyber que no es kyber, el tiempo de la profecía estará próximo*.

«Es solo una metáfora», pensó, como siempre lo hacía. «Incluso es probable que los antiguos místicos no hayan pretendido que se tomara de modo literal. No es como si estuviera por venir algún "tiempo de la profecía" y hacer que todas sus predicciones se volvieran realidad».

Eso es lo que Qui-Gon había creído, por lo menos desde que tenía trece años. Se lo hubiera dicho a cualquiera que se lo preguntara y se lo diría a Obi-Wan si su padawan sacaba de nuevo a relucir ese tema. Sin embargo, no pudo negar la extraña emoción que lo embargó. El resplandor anaranjado de los cristales kohlen. El kyber que no es kyber. *El tiempo de la profecía estará próximo*.

CAPÍTULO CATORCE



Qui-Gon estaba de pie en la cueva y los cristales anaranjados brillaban alrededor como reflejo de una fuente de luz que no podía ver.

Luego los cristales se oscurecieron y tomaron un tono rojo, como de fuego Sith.

Escuchó un grito. No, varios. Ya no podía ver los cristales porque la cueva se volvió blanca. Se volvió gloriosa, con paredes cubiertas de oro y un techo de cristal que daba al cielo. Bajo sus pies había mosaicos de color azul marino.

Delante de él, pudo entrever la imagen incolora de un sable de fuego que centelleaba y se superponía al rostro de la Princesa Fanry.

—¡El Guardián del Cielo! —gritó alguien. Qui-Gon buscó el origen de esa voz y cualquier cosa que pudiera reconocer o comprender, pero era en vano.

Otra voz gritó aterrorizada mientras el sable de luz cortó de tajo. Muy lejos se oye que alguien dice tranquilamente:

—Incluso los Jedi pueden caer.

—

Qui-Gon despertó sobresaltado. Por medio de los ejercicios tradicionales, volvió más lentos sus latidos y su respiración, reafirmando la calma sobre su forma física. La mayoría de los sueños se van desvaneciendo al despertar, pero este se volvió todavía más vívido.

No había razón para soñar con los Sith, tampoco para temer que alguien con un sable de luz pudiera interferir con la ceremonia del tratado. Seguramente el sable de Rael protegería siempre a Fanry. Tampoco tenía motivo alguno para pensar que la Orden Jedi llegara a caer algún día.

Sin embargo, este sueño lo perturbó como casi ningún otro lo había hecho. Se sentía más que real. Era «incuestionable».

Los antiguos místicos buscaron las visiones sobre el futuro y en cambio los visitaron sueños como este; sueños que escribieron en crípticas «predicciones», que en realidad no lo eran en absoluto. Eso era lo que Rael siempre había creído y lo que Dooku había decidido. Era también lo que Qui-Gon se había dicho durante un cuarto de siglo.

Pero ahora, sentado en su amplia cama, no podía creer esa interpretación conveniente y racional. En lugar de ello, sintió que podía percibir apenas algo que en realidad ocurriría. ¿Pero qué?

—

Averross estaba acostado en su cama, mirando al techo suntuosamente decorado. Con el tiempo, todo lo demás en su recámara se había vuelto cada vez más cómodo: las viejas sillas regulares, sus cosas amontonadas en pilas razonables, ese tipo de cosas. Con el techo, sin embargo, no podía hacer nada. Siempre le recordaba que estaba en un palacio.

Debería haber pedido que en su habitación le pusieran una botella de algo bueno, cerveza corelliana o tal vez Puerto en la Tormenta. Pero no podía pedirlo ahora, sin importar cuánto quisiera tomarse una o dos copas. Bueno, tampoco era como si no hubiera pasado una noche agradable.

—¿Rael? —La voz de Qui-Gon se escuchó desde la entrada—. ¿Puedo hablar contigo?

—¿Qui-Gon? —Averross se levantó rápidamente de la cama y tomó su bata—. ¡Dame un momento!

Para aquellos que habían vivido en el Templo Jedi, que era un espacio comunitario, la privacidad era más un concepto que una realidad y Averross recordaba la época en que así había sido también para él, por lo que no pudo enojarse cuando Qui-Gon entró sin esperar. Simplemente se sintió avergonzado.

—Ah —dijo Qui-Gon al ver a la mujer en la cama de Averross—. Disculpa la intromisión.

—Selbie estaba a punto de irse —le indicó Averross. Casualmente era cierto. La mujer ya se había puesto la túnica interior a pesar de que él había tratado de persuadirla de que no lo hiciera. Sin embargo, su comentario provocó que Selbie lo mirara con enojo, en vista de que hubiera preferido una presentación más amable.

«Ella sabe por qué esta es una situación incómoda», se recordó Rael mientras le ponía la capa sobre los hombros y la acompañaba hasta la puerta. «Lo superará pronto». Si no lo hacía, pues bueno, esto no era más que una cuestión de conveniencia para ambos. Ella conseguiría a otros y él, a otras.

Una vez que Selbie salió con la cabeza muy en alto, Averross no tuvo otra excusa para evitar la mirada de Qui-Gon. Su rostro era inescrutable como siempre, pero al momento en que se cerró la puerta, su viejo compañero dijo:

—¿Perdiste por completo el control de ti mismo?

Averross rio.

—Por favor, como si tú nunca…

—Esto no tiene nada que ver con lo que sucedió en mi pasado —respondió Qui-Gon.

—¿No? Entonces supongo que tiene que ver con la hipocresía.

—Hay una diferencia —insistió, sintiéndose más justificado que nunca en su desaprobación— entre enamorarse y simplemente darse permiso de hacer lo que uno quiera.

—Sí, claro que la hay. —Caray, cuánto deseaba tener una cerveza cerca—. Lo que el Código Jedi prohíbe es enamorarse. Acostarse con alguien, no tanto. No si es algo casual, como lo que ocurre con Selbie y conmigo. Eso no compromete mis emociones, no divide

mis lealtades ni nada por el estilo. Es posible que no haya respetado la letra de la ley, pero sí su espíritu. En Felucia tú quebrantaste en mil pedazos el espíritu de la ley.

Qui-Gon se tensó. Averross se preguntó si fueron sus palabras las que le hirieron profundamente o lo que le dolía eran los recuerdos. Más bien lo último, supuso. No lamentaba haberle devuelto el golpe al moralismo hueco de su amigo, pero no era como si hubiera querido provocarle dolor. Así que en lugar de sacar a relucir de nuevo las historias del pasado, o pronunciar nombres no dichos desde largo tiempo atrás, decidió cambiar de tema.

—Supongo que no irrumpiste aquí para tratar de descubrir en mi cama a la tabernera local.

—Ya veo, la tabernera local —murmuró Qui-Gon. Pero ya estaba pasando a lo siguiente—. Vine para platicarte sobre un sueño que tuve.

Averross rio burlón y encendió un cigarrillo.

—¿En serio? ¿Viniste corriendo porque tuviste una pesadilla?

La mirada de Qui-Gon era sombría.

—No fue una simple pesadilla, Rael. Fue perturbador, pero más que eso, fue un sueño vívido. Sorprendentemente vívido. Y parecía ocurrir durante la coronación de la princesa.

—Muy bien, sigue. —Averross esperaba que fuera una historia que valiera la pena. Seguramente no ameritaría perderse otros minutos con Selbie, pero tenía que adaptarse a lo que tuviera enfrente.

—La secuencia de acontecimientos no era clara. Pero era tan fuerte, tan urgente.

—A ver, espera un momento. ¿Me vas a decir que te convertiste en profeta?

Qui-Gon lanzó un quejido.

—Cuando lo dices así suena absurdo.

—Suena así porque lo es —respondió antes de darle otra larga fumada a su cigarrillo.

—Pero tú estudiaste las profecías. Sabes que los místicos realmente veían cosas y que la Fuerza obraba a través de ellos.

—Sí, pero no es lo mismo que saber realmente el futuro. Una visión es mucho menos que una profecía en sí. Esos tipos se pasaron toda la vida buscando tener visiones. ¿Seriamente piensas que aprendiste más acerca del futuro que ellos? —suspiró.

Qui-Gon seguía intranquilo, alterado. «Debe haber sido un sueño realmente intenso», conjeturó Averross.

—Tranquilízate —añadió de manera más amable—. Lo más probable es que solo estés preocupado por la misión.

Averross era firme creyente en que guardarse las preocupaciones y ansiedades entorpecía el espíritu y, por ello, actuaba según sus deseos, de manera inmediata e inocua, antes de que se hundieran profundamente dentro de él y empezaran a emponzoñarlo. Qué pena que Qui-Gon no hiciera lo mismo.

—Es obvio que la misión me preocupa, pero en realidad estoy más perturbado por Obi-Wan.

—¿Por qué? —preguntó mientras hacía a un lado la ropa sucia y se sentaba en el sillón junto al fuego—. ¿Qué pasa?

—Desaprueba mis métodos. Siempre ha sido así, pero ahora es peor. —Qui-Gon se pasó una mano por su largo pelo—. Se enteró de mi invitación al consejo por alguien más —admitió—. Y, como es de suponer, eso lo hirió. Pero ahora se está volviendo más rígido. Menos comprensivo.

—A la Fuerza le gusta hacer bromas, ¿no te parece? —dijo sacudiendo la cabeza—. La historia se repite. Tú eras un chico que quería hacer todo de acuerdo con las normas, hasta que terminaste con un maestro que tenía una mentalidad propia. Parece que Obi-Wan sigue el mismo camino.

—Nunca fui tan reprimido como él. Por lo menos, no lo creo. —Se inclinó hacia delante y colocó los brazos sobre sus rodillas. El fuego iluminaba su largo cabello y revelaba algunas canas. Pensar que el pequeño Qui-Gon se volviera canoso irritó a Averross. ¿Qué tan viejo lo volvía eso a él?

—¿Qué pasa exactamente? —preguntó—. Supongo que *tú* no tienes un acuerdo con tu tabernera local, a menos que Selbie sea mejor en manejo de tiempo de lo que pensé.

La molestia en los ojos de su amigo significaba que no le parecía divertido el comentario. Averross no coincidía, pero qué importaba.

—Los detalles no interesan mucho —respondió—. Me estaba preguntando cómo lograr que se relaje. Que piense por sí mismo.

—¿Al mismo tiempo que me regañas por no cumplir con las reglas? —Averross sacudió la cabeza—. Mira —dijo apuntando hacia la cama desecha—, esto no importa. En realidad, no. Ser Lord Regente no me deja mucho tiempo para relajarme. Como tampoco cuidar de Fanry, tratar de ayudarle a convertirse en líder, como lo hubiera sido Nim.

Averross calló. Se había jurado que no hablaría de Nim con Qui-Gon. En realidad, no lo quería hacer con nadie. Le había hablado de ella a Fanry en multitud de ocasiones, pero para ese momento había pasado más tiempo con ella que con cualquier otra persona, excepto Dooku, su viejo maestro.

Sin embargo, Qui-Gon siempre había tenido algo, incluso cuando era apenas un poco más que un niño, que provocaba que la gente quisiera decirle la verdad.

—Piensas que si tienes éxito con Fanry, eso compensará lo que pasó con Nim —murmuró su amigo.

—Nada puede compensar eso. —La voz de Averross ya se había puesto ronca—. No habrá nada que pueda hacerlo. Pero cuando menos no me hará sentir como si fuera un veneno para cualquiera que se me acerque.

Eso provocó que Qui-Gon hiciera una mueca.

—He estado sintiendo como si fuera… bueno, no un veneno para Obi-Wan, pero totalmente incapaz de ayudarle.

—No estoy de acuerdo. No estarían juntos después de todo este tiempo si no lo hubieras ayudado.

—Antes de esto consideré terminar con nuestra asociación —confesó Qui-Gon—. Solo la invitación del consejo me impidió que tomara ese paso de manera directa.

—¿Y qué? Ahora ambos tienen una salida fácil y no se hieren los sentimientos de nadie.

—Es un poco tarde para eso.

Qui-Gon no quiso explayarse más, lo cual fue un alivio para Averross. Era difícil escucharlo pretender que estaba tan preocupado por un padawan que evidentemente era inteligente y capaz, que estaba destinado a un futuro brillante sin importar lo que su maestro hubiera hecho bien o mal.

Tenía que seguir tragándose sus palabras: «Cuando menos Obi-Wan saldrá vivo de esto. Nim no tuvo tanta suerte porque me tuvo a mí como maestro».

—Mira —dijo Averross mientras hacía a un lado sus pensamientos más oscuros—. Lo que está haciendo tu padawan es completamente normal. Los adolescentes tienen dos posibilidades: o son absolutos rebeldes o se vuelven todavía más estrictos que sus mayores. Obi-Wan es de estos últimos. Se relajará después de un tiempo. ¿Y sabes qué? Si su nuevo maestro es más estricto que tú, te apuesto que se volverá menos rígido de inmediato, tan solo para llevar la contraria.

—Interesante —respondió Qui-Gon, que parecía absorto.

—Muy bien. Ya te di consejo de media noche y ahora regresaré a la cama. —Se levantó y eso impulsó a Qui-Gon a imitarlo—. Aunque regresar a la cama será mucho menos divertido de lo que planeaba, ya que Selbie se fue temprano.

La broma no consiguió hacer reír a su amigo, aunque sí le arrancó una sonrisa. Tal vez después de todo podría volverse un poco menos mojigato. Dooku estaría muy decepcionado si alguna vez llegaran a hablar de eso.

Había pasado mucho tiempo desde que Rael Averross sintió la necesidad de justificarse con cualquier persona en Pijal, pero mientras acompañaba a Qui-Gon hasta la puerta, se descubrió diciéndole:

—Sabes qué, siempre ha habido unos cuantos Jedi, y seamos francos, más de unos cuantos, que consideran al celibato como un ideal y no como una norma.

—He llegado a creer que todos debemos interpretar el Código según nosotros mismos —dijo Qui-Gon—. De otro modo, deja de ser un pacto viviente y se convierte en algo que no es más que la celda de una prisión. —Eso sonaba bonito, pero estaba lejos de significar que Averross se pudiera sentir exonerado.

—Duerme un poco —refunfuñó— y si tienes otras pesadillas, no…

Un grito alteró el silencio de la noche y de inmediato reconoció la voz.

«Fanry».

—

Cuando Qui-Gon escuchó los gritos, pensó: «Se está volviendo realidad. Se está volviendo realidad justo en este momento».

El sentido del deber lo dominó y lo impulsó a salir por la puerta. Rael corrió al primer grito sin siquiera mirar atrás. Cuando Qui-Gon vio que Obi-Wan también estaba delante de él, se sintió orgulloso y decepcionado al mismo tiempo; para cuando llegaron al umbral de los aposentos reales ya lo había alcanzado, así que juntos vieron cuando la Princesa Fanry aparecía en la puerta, respirando con agitación. Su pequeño cuerpo tembloroso era tan lastimero que parecía a punto de desvanecerse. Su gorro de dormir estaba de lado y dejaba escapar unos cuantos rizos pelirrojos.

—Fanry —Rael rodeó los hombros de la princesa con sus manos. Según pudo ver Qui-Gon, toda la indiferencia que había mostrado antes quedó olvidada. El terror que demostraba por la seguridad de la niña era muy real—. ¿Qué pasó?

—La alarma se disparó y me dirigí hacia la ventana. Vi que alguien estaba allí. —Fanry volteó de golpe y se topó con Cady, la joven sierva que parecía ser la principal asistente real a pesar de ser propiedad de Czerka—. ¿Tú viste algo?

—No, su Alteza Serenísima. —Cady agachó la cabeza, y su cabello largo y castaño cayó delante de sus hombros. Eso ocultaba su expresión, pero no sus ojos muy abiertos—. Pero encontré esto encajado en el alféizar de la ventana.

Cady levantó un pequeño dispositivo plateado y puntiagudo. Al principio, Qui-Gon no lo reconoció hasta que Rael contuvo el aliento de manera tan brusca que parecía haber sufrido un golpe.

—Es un dardo cercenador —murmuró Qui-Gon. Su aprendiz volteó de inmediato hacia Rael en un gesto que demostraba poco tacto, pero que era comprensible; sin embargo, Rael estaba demasiado preocupado como para notarlo. Se había puesto tan pálido que parecía en peligro de desmayarse.

Los dardos cercenadores se utilizaban en muy pocas ocasiones. Los ciudadanos obedientes de las leyes no tenían posibilidad de utilizarlos, porque estaban prohibidos en casi todos los mundos civilizados y los delincuentes rara vez se preocupaban de usarlos porque tenían resultados tan impredecibles. Cuando se llegaban a emplear, en general representaban un acto de crueldad deliberada y Qui-Gon no tenía ninguna duda de que esa era la situación en este caso.

—¿Qué querían hacerme? —gritó Fanry, alejándose instintivamente del objeto puntiagudo, incluso cuando Rael se lo quitó a la sierva—. ¿Querían volverme loca justo antes de la ceremonia?

—Podría haber estado dirigido a mí, su Alteza Serenísima —dijo Cady en voz baja—. Con la esperanza de que yo la asesinara. —Fanry se tapó la boca ante la mera idea.

Pero Qui-Gon sabía cuáles eran las intenciones del atacante: herir a Rael Averross. Asustarlo. Darle aviso de que la princesa estaba en peligro y que no podía hacer más para protegerla de lo que había hecho con Nim hacia tantos años.

Y seguramente Rael también lo sabía.

CAPÍTULO QUINCE



La sensibilidad que tenían algunos Caballeros Jedi hacia la Fuerza les permitía sondear con gran destreza las emociones de todos los que les rodeaban para discernir y analizar los sentimientos de un modo que les permitiera evaluar a la perfección sus respuestas hacia todos ellos, pero este no era un talento que Qui-Gon compartiera. En general tenía que sopesar el estado de ánimo y el temperamento como cualquiera que no utilizara la Fuerza: a través del tono de voz, de la expresión, y de las cosas que se decían y dejaban de decir.

Pero la vergüenza y tristeza del Capitán Deren eran tan enormes que el Maestro Jedi no solo las sintió, sino que las compartió como si el dolor fuera suyo.

—Verifiqué yo mismo el perímetro del complejo del palacio —dijo Deren. Aunque hablaba bajo, su profunda voz seguía dominando la habitación, que en específico era la cámara de audiencias del regente, una suite ricamente decorada. Era un lugar suntuoso e impecable, lo cual hizo sospechar a Qui-Gon que Rael se aparecía por allí en muy raras ocasiones. Nadie había regresado a dormir luego del incidente con el dardo cercenador unas cuantas horas antes e incluso la luna se había ocultado. A pesar de eso, Rael y Qui-Gon acordaron que las entrevistas deberían realizarse de inmediato porque los recuerdos de los testigos potenciales se desvanecerían si se iban a dormir y se dejaba pasar el tiempo. Requerían de toda la información que pudieran conseguir. Sin embargo, pocos eran capaces de decir algo útil, incluyendo a Deren—. Personalmente hice una revisión completa de las habitaciones de la Princesa Fanry. Mi droide astromecánico analizó todos los datos de los centinelas y yo verifiqué esos análisis. Sin embargo, la responsabilidad debe ser mía.

—Estamos lidiando con gente muy peligrosa —comentó Rael—. Algunos de ustedes siguen diciéndome que esta tal Halin no es tan mala. Que los ataques graves fueron cosas que se salieron de control. Pero ahora mostraron su verdadera cara. Son asesinos. Criminales. Y van por Fanry. Así que nunca más quiero volver a ver que ocurra un error de seguridad. ¿Me entienden?

Deren inclinó la cabeza como si lo hubieran condenado.

—Sí, Lord Regente.

Otra funcionaria a la que entrevistaron ambos cerca del amanecer estaba menos sumisa.

—Esto es *indignante* —soltó la Ministra Orth—. Que alguien culpe a una niña de catorce años por un cambio político, por muy indeseado que sea. En especial si ella no tiene nada que ver con esto…

—¿Qué? —Rael levantó una ceja.

—*Usted* es el arquitecto de este cambio —dijo Orth, levantando su afilado mentón en actitud desafiante y orgullosa—. No la Princesa Fanry, no el pueblo y definitivamente yo tampoco. Usted es el que quiere hacer que Czerka se sienta cada vez más cómoda de lo que ya lo está. Todos, tanto en el planeta como en la luna, lo saben.

—¿Usted querría que Pijal siga siendo un lugar aislado? —Sin importar lo enojado que pareciera Rael, Qui-Gon se daba cuenta de que esa discusión era algo que ya había ocurrido antes; ambos participantes parecían muy seguros de lo que tenían que decir, y la mirada que Obi-Wan le lanzó de reojo le sugería que su aprendiz también lo había notado—. Este planeta no se pondrá al mismo nivel que el resto de la galaxia así como se manejan las cosas actualmente. Todo este planeta carece de futuro si no sucede un cambio.

—No habrá futuro para Pijal sin su líder —insistió Orth—. Su *verdadera* líder. Y esa es Fanry, no una… una… *asamblea constitucional*.

—Ministra, usted nunca vivió en una democracia —se atrevió a decir Qui-Gon—. En efecto, las grandes juntas de gobierno tienen sus problemas implícitos, pero pueden lograr cosas.

Orth rio.

—¡Dígaselo al Senado Galáctico! A menos que estén demasiado ocupados posando para sus hologramas de las reelecciones.

Qui-Gon no habló más. No quería discutir con ella, sobre todo por los muchos senadores que se ajustaban a la descripción que daba.

Después de terminar las reuniones y de que Rael se hubiera despedido de ellos, Qui-Gon caminó una buena distancia por el corredor del palacio antes de pedirle a Obi-Wan que le diera su opinión.

—Están más enojados uno con otro que con la Oposición. Es posible que se culpen entre sí por el surgimiento de ese movimiento. —Obi-Wan sacudió la cabeza—. Esas demostraciones de rabia me parecen contraproducentes.

—Muy cierto. Sin embargo, anoche ese enojo tomó otro giro, al igual que nuestra misión.

—¿Por qué lo dice? —respondió el chico mientras fruncía el ceño.

—El destino de Nim Pianna no es algo que se conozca en general más allá de la orden —le indicó Qui-Gon—. Gracias a la Fuerza, los dardos cercenadores son armas poco confiables; de otro modo, los veríamos con más frecuencia. El atacante de anoche se acercó lo suficiente como para lanzar un detonador térmico o disparar un bláster. Pudo haber atacado a Fanry en múltiples formas que hubieran tenido bastante más probabilidad de matarla.

La comprensión iluminó la mirada de Obi-Wan.

—Quiere decir que el arma se eligió de manera deliberada. Tenía el propósito de darle un mensaje a Averross.

—Y a cualquiera que conozca lo suficiente a Rael como para saber exactamente cómo lastimarlo —respondió el maestro con un asentimiento—. No se trata solo de un intento de asesinato. También fue un ataque contra Rael Averross.

—

El sol todavía no había salido cuando Qui-Gon finalmente pudo ir a la cama, pero el horizonte se había vuelto levemente grisáceo, lo que indicaba que el amanecer estaba a punto de llegar. Un trance de meditación le hubiera permitido reanimar su mente, con lo cual se reduciría en gran medida la cantidad de sueño que necesitaba, pero todavía no había logrado tranquilizarse lo suficiente para intentarlo. Ningún elemento específico de la situación actual le perturbaba bastante como para imposibilitarle el descanso, pero todos se arremolinaban y luchaban entre sí dentro de su cerebro.

—

«Alguien desea lastimar a la princesa y, a través de ella, también a Rael Averross. Rael desea tanto proteger a la princesa que quizá eso nuble su juicio. Rael está desesperado por compensar su falla con Nim. Yo le fallé a Obi-Wan. Los esfuerzos de la Oposición por interrumpir la firma del tratado se aceleraron rápidamente en las últimas semanas, incluso desde nuestra llegada a Pijal. Ambas vidas y el tratado están en peligro inminente».

—

Todas estas preocupaciones eran ciertas y perturbadoras. Pero, para disgusto de Qui-Gon, ninguno de estos problemas críticos capturaba tanto su mente como el susurro suave y constante en su memoria: *el kyber que no es kyber*. Así como su sueño, que presagiaba dificultades para la princesa coronada de Pijal que ya estaban ocurriendo…

Seguramente esto era solo su inconsciente, que trabajaba más rápido que su mente consciente, lo cual no es en absoluto un fenómeno desconocido. Debe haber captado las discrepancias en el comportamiento de quienes le rodeaban y eso le hizo intuir un problema inminente. Sí, eso explicaría el sueño. Anoche, Rael debe haber tenido razón de no sobrerreaccionar a lo que había visto. Pero, aunque las advertencias de su inconsciente justificaran el sueño, *no* explicaban los cristales kohlen. El kyber que no era kyber.

Gimió exasperado. Qué tranquilo había discutido este tema con Obi-Wan, explicando que la atracción que sentía hacia las antiguas profecías no era más que curiosidad intelectual. No le había dicho lo diferente que había sido cuando era un niño, en los tiempos en que había creído todo eso, cuando él y Dooku compartían su fascinación con estas visiones de lo que llegaría a suceder.

No había sido franco con Obi-Wan principalmente porque no lo había sido consigo mismo. Tal vez Yoda había adivinado desde siempre este indicio de fanatismo en él. En ese caso, no le sorprendía que desaprobara la invitación que le hicieron al consejo.

—

Qui-Gon durmió tanto como pudo, lo cual no le bastó para el tipo de búsqueda que él y Obi-Wan necesitaban realizar ese día. Sin embargo, podría meditar lo suficiente como para compensar la falta de sueño y por ello se dirigió a uno de los balcones que daban hacia el mar. El suave estruendo de las olas sería ideal para calmarlo hasta lograr un estado profundo de meditación, pero en cuanto salió, escuchó un sonido todavía más encantador y diferente: cientos de voces que se elevaban en un canto.

Se acercó a la barandilla y miró hacia las aguas. Allí, dispuestos sobre plataformas flotantes, había coros de cantantes principalmente humanos, como la generalidad de los ciudadanos de Pijal, pero también había unos cuantos twi'leks y pantoranos, e incluso un pequeño ugnaught en la primera fila. Vestían túnicas grises sencillas que estaban abiertas al frente y que revelaban las vestimentas doradas que llevaban debajo. La atención de los coros se dirigía hacia otro balcón más lejano en el palacio labrado en el acantilado. Qui-Gon siguió sus miradas y vio que la Princesa Fanry estaba parada allí, escuchándolos con aparente deleite.

«¿A quién demonios se le ocurrió permitirle que saliera unas horas después de un intento de asesinato?», pensó Qui-Gon. Sin embargo, antes de poder llamar a Deren, detectó el leve brillo de un escudo alrededor del vestido café de la princesa y del pañuelo que llevaba sobre la cabeza. Se relajó y recordó que Rael había mencionado antes este evento, que era una especie de tradición asociada con la coronación. Probablemente el equipo de seguridad del reino había planeado la protección adecuada para Fanry antes del incidente con el dardo cercenador.

Pero no habían sondeado el mar. Un burbujeo en las aguas alteró las olas y la voz de los cantantes vaciló al tener que esforzarse por mantenerse en pie sobre las plataformas. Qui-Gon se preparó para lanzarse al agua a ayudar a cualquier persona que pudiera caer; sería un salto desde mucha altura, pero lo sobreviviría. Sin embargo, las burbujas explotaron al momento en que una enorme esfera negra emergió de las olas y se elevó en el aire.

El sobresalto de Qui-Gon se transformó en desconcierto. La fuerza invasora era… *¿un globo*?

El viaje del globo se detuvo cuando el cable que lo detenía llegó a su límite. El jalón provocó que la superficie negra centelleara y luego se hizo añicos hasta convertirse en polvo que voló con la brisa del océano. Ahora era blanco y tenía un mensaje pintado en letras rojas que medía casi dos metros de altura:

¡ACABEN CON LA TIRANÍA! ¡ACABEN CON CZERKA!

Después de eso, nada. El globo voló hasta el extremo de su cable, lanzando sombras sobre los confusos, aunque estables, cantantes que estaban debajo. Fanry, a la que habían retirado sus guardias a la primera señal de problemas, caminó al frente de manera tentativa. No fue más que una inocua broma como protesta; el tipo de cosa por la que la Oposición se dio a conocer en el inicio.

Qui-Gon se preguntó por qué los terroristas cambiarían de un intento de asesinato a un simple truco político. Esa sería otra respuesta más que tendría que buscar en la luna.

ANTES

Después de que Qui-Gon había sido padawan de Dooku durante casi un año, lograron una especie de compenetración. No era una amistad, ni siquiera informalidad, pero el chico entendía ahora cuáles eran las expectativas de su maestro, qué apoyo se le daría y qué necesitaría manejar por sí solo.

Por ejemplo, Dooku nunca, ni en mil años, le ayudaría con sus tareas. Sin embargo, sí le permitía hacerlas en las habitaciones que su maestro tenía en la sección de los Caballeros Jedi, donde podía comerse las sobras.

Mientras trabajaba en su último informe de investigación, Qui-Gon se sobresaltó al escuchar que la puerta se abría. Su maestro nunca llegaba temprano.

—Y aquí está el niño. —Rael Averross entró a grandes pasos y con una amplia sonrisa en el rostro.

—¡Rael! —El chico se levantó para saludarlo; no lo abrazó, aunque hubiera deseado hacerlo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Terminé en Shurrupak, así que regresé a la base para que me dieran una nueva misión. —Se dejó caer en el sofá de Dooku, donde parecía absurdamente fuera de lugar. El maestro mantenía impecables sus habitaciones y todo, fuera vidrio o metal, parecía liso y brillante como si nunca nadie lo hubiera tocado. ¿Cómo era posible que Rael Averross se llevara con Dooku, mucho menos durante años? Cuando estuvieron en Shurrupak, Qui-Gon supuso que Rael se vestía así por las dificultades de la guerra, pero allí estaba, en Coruscant, viéndose todavía más andrajoso que antes—. Pensándolo bien, ¿qué haces *tú* aquí? El programa dice que Dooku estará todavía unas cuantas horas en una conferencia con algún tipo importante de Badtibira.

—Me deja hacer mi tarea aquí, si no lo molesto.

—La tarea. —Rael hizo un gesto de asco—. ¿Qué te tienen haciendo?

—Un informe sobre las diferentes escuelas de teosofía de hace un siglo.

La mueca de Rael cambió de ser de broma a volverse real.

—¿Teosofía? Eso es lo peor. ¿Hiciste enojar a tu maestro o algo?

—Yo elegí el tema —admitió Qui-Gon—. Sabía que sería interesante, pero… parecía más fácil de lo que es.

—¿Es muy tarde para cambiar de tema?

—No, ¿por?

Con una sonrisa, Rael se levantó del sofá y le indicó al chico que lo siguiera.

—Déjame que te enseñe una historia que sí vale la pena estudiar.

Varios minutos más tarde, Qui-Gon estaba sentado al lado de Rael en los archivos Jedi y veían el único holograma que le interesó alguna vez: el que tenía las profecías antiguas. Algunas eran majestuosas y otras llenas de misterio; unas más eran risibles. Pero todas eran fascinantes. Qui-Gon siguió leyendo, incapaz de detenerse.

—

Solo a través del sacrificio de muchos Jedi, la orden se librará del pecado cometido contra el que no tiene nombre.

El peligro del pasado no está en el pasado, sino que duerme en un huevo. Cuando el huevo se rompa, amenazará a toda la galaxia.

Cuando enferme la Fuerza, pasado y futuro deben partirse y combinarse.

Vendrá un Elegido, nacido sin padre, y a través de él se restaurará el equilibrio último de la Fuerza.

—

—¿Los antiguos místicos tuvieron estas visiones durante trances? —preguntó Qui-Gon.

Rael asintió. Se sentó al otro lado de la larga mesa mientras revisaba los archivos de los holocrones tan extasiado como Qui-Gon mismo.

—Ni siquiera quiero saber el tipo de especia que se fumaban.

Qui-Gon se preguntó si podría aprender más sobre eso o cómo podría hacerlo, pero era algo de lo que se preocuparía después. Por el momento, su cabeza retumbaba con todas las profecías que había leído, con todas las posibilidades del futuro que insinuaban. Todo el universo parecía haberse vuelto más grande en un instante y estaba lleno de posibilidades increíbles.

Pero ¿debería confiar en ellas?

—Dooku aconsejó no prestarle atención a este holocrón —dijo Qui-Gon—. No cree en las profecías.

—¿Desde cuándo? —La confusión de Rael era totalmente sincera—. Él fue el que me guio a ellas. Solía creerles y sacar este holocrón de sus habitaciones era muy difícil.

—No sé cuándo ni por qué. No me lo explicó.

—Voy a tener que preguntarle sobre eso. Si cambió, vaya. Entonces hay muchas cosas que cambiaron en Dooku.

—¡Todavía no le preguntes! —protestó Qui-Gon. Cuando Rael lo miró sorprendido, se encogió de hombros—. En todo caso, no lo hagas hasta que termine mi informe.

Rael se rio a tal volumen que Jocasta Nu le lanzó una mirada severa.

CAPÍTULO DIECISÉIS



«Algún día», le dijo Rahara Wick a su yo del pasado, «guiarás a dos Caballeros Jedi por una luna en el rincón más lejano de la galaxia».

Su yo más joven no podía creerlo. No hubiera podido creer casi nada de lo que le sucedió en los últimos quince años de su vida, comenzando con su escape de la esclavitud. Sin embargo, Rahara repetía con frecuencia ese ejercicio mental porque intentaba convencer a la niña que alguna vez fue de que una de las pocas formas en que podría llegar a ser su yo actual era creyendo cualquier cosa acerca de su vida.

El Jedi más viejo, que se llamaba Qui-Gon, era un hombre alto con pelo castaño largo y ojos inteligentes. Se paró detrás de ella, asintiendo mientras ella ingresaba la ruta de vuelo que él le sugirió. Mientras tanto, Obi-Wan, el «padawan» o como sea que se le dijera, estaba enfrascado en una discusión con Pax.

—Pero si puedes ampliar tu campo bloqueador de escáneres para que abarque toda tu nave —le preguntó Obi-Wan—, ¿por qué no lo haces?

—Déjame enumerar las razones. —Pax empezó a contar con los dedos—. Primero, requiere un exceso de energía de manera innecesaria. En general, tenemos suficiente potencia para él, pero poseer lo suficiente de una cosa no es excusa para desperdiciarla. Uno nunca sabe cuándo ocurrirá una emergencia. Segundo, no buscamos disfrazar por completo nuestros viajes, sino solo su verdadero propósito. Si se nos descubre intentando ocultar por completo nuestro viaje, entonces crearíamos la presunción de la comisión de un delito. Sin embargo, si viajamos de manera abierta mientras solo actuamos clandestinamente, nadie tiene una razón en particular para sospechar de nosotros. Lo que es más…

—Pax. —Rahara volteó sobre su hombro y lo miró con exasperación—. Ya dejaste en claro tu posición.

Aunque a Pax le hubiera gustado seguir poniendo al joven Jedi en su lugar, bajó las manos y se quedó callado, con una expresión que sugería su gran paciencia hacia los caprichos de Rahara. Ella resistió la necesidad de suspirar y simplemente encendió la nave.

El *Meryx* se elevó entre los árboles que se mecían con el viento y salió hacia un cielo nublado. Los vientos azotaban la nave y eso provocó que Rahara sintiera la urgencia de ascender más, pero el Jedi necesitaba que volaran más bajo y ella no quería ser arrestada, así que tendría que conformarse con el mareo.

—Qué dichosa forma de pasar una mañana —comentó Pax. Había empezado a preparar un poco de té chandrilano para ella y propositivamente no les preguntó a los Jedi si también querían—. Buscando terroristas. Y ¿por qué no, esta tarde, y solo por diversión, nos prendemos fuego?

Sabiamente, Qui-Gon no respondió, pero tampoco lo ignoró.

—No queremos poner a ninguno de los dos en peligro —le indicó a ella—. Pero la situación se está volviendo más amenazante para la princesa coronada y para otras personas.

Pax rio burlón.

—Ah, ¿de pronto se volvió un poco inconveniente ser una monarca y vivir en un castillo?

Eso molestó al Jedi más joven.

—Alguien trató de asesinarla en su propia recámara.

Había llegado el momento de hablar antes de que Pax pasara de actuar como un patán a comportarse como un patán sin remedio.

—Es una niña —le dijo Rahara y al mismo tiempo le lanzó una mirada desaprobatoria—. Sí, es una niña absurdamente privilegiada, pero eso no le da derecho a nadie para matarla.

—No estoy seguro de qué tan privilegiado puede ser que el propio futuro ya está predeterminado por el accidente de donde se nació —señaló Qui-Gon.

Muy bien, Rahara necesitaría ser más diplomática con el Jedi, pero no pudo evitarlo y soltó una risita burlona.

Pax la miró con admiración, probablemente complacido de que le ayudara a obtener su cuota diaria de sarcasmo. Eso lo esperaba, pero lo que no pudo esperar era que Obi-Wan le frunciera el ceño a su maestro.

—Sí importa cuál que es el futuro, ¿no? Fanry nació princesa y eso es un privilegio.

—De todos modos, es algo que eligieron por ella —insistió el maestro—. No algo que ella misma decidió.

—*Nadie* elige cómo nace. —La chica ingresó unas cuantas líneas más con los parámetros de búsqueda, principalmente para darse algo que hacer con las manos y que no le temblaran—. Todos recibimos lo que recibimos. Y la mayoría no tiene tronos ni coronas y… olvídelo.

A esto le siguieron unos cuantos instantes de silencio, durante los cuales ella mantuvo intencionalmente la vista en la pantalla. Ese sería un gran momento para localizar algunos terroristas, pero no tuvo tanta suerte.

Los Jedi parecían tener todo tipo de poderes gracias a la Fuerza, pero el «tacto» no era uno de ellos.

—Entonces, tú naciste esclava —le dijo Qui-Gon.

Pax se puso rígido. Lo único más desagradable que Pax de mal humor era Pax como protector. Tendría que mantenerlo callado, aunque la única manera de lograrlo fuera responder.

—Sí. Fui esclava en Hosnian Prime.

—Pero… no hay esclavitud en Hosnian Prime —dijo confundido Obi-Wan.

—Por supuesto que no. La República no permite la esclavitud —indicó Pax levantando un dedo—. Pero sí permiten que la Corporación Czerka haga negocios y,

como es natural, Czerka puede llevar a los trabajadores que quiera. Si son propiedad de la empresa en lugar de recibir un salario, pues bueno, esos ya son asuntos de política de la empresa, ¿no? Nada que ver con los gobiernos de los planetas a los que envían a trabajar a su «propiedad sensible».

—Pudo ser peor —dijo Rahara. Siempre se recordaba ese hecho. La alternativa era olvidarse de tanta gente con la que había crecido—. Cuando era niña, mi trabajo era de un nivel bastante bajo, clasificando minerales que traían a las instalaciones en Hosnian para su procesamiento. Luego me enseñaron sobre mineralogía, y apuesto que más de lo que aprenden la mayoría de los alumnos en las universidades. Pero eso solo significó que tuviera que trabajar en minas que cada vez eran peores, y a niveles cada vez más profundos. Y mientras más bajas, más peligroso se vuelve.

Derrumbes. Salidas de lava. Gases venenosos. Había muchas formas de morir en el subsuelo y Rahara había sido testigo de todas ellas. Cuando tenía trece años, la nave de excavación de Czerka a la que se le asignó se incendió en Ord Mantell. El caos dominó todo el puerto espacial y Rahara lo aprovechó para escaparse y robar un pequeño cuchillo de un vendedor de nuna frita.

Extraerse la etiqueta le dolió muchísimo, pero no se quejó ni una vez. Al instante en que el objeto cayó al suelo bañado con su sangre, Rahara empezó a correr y nunca miró atrás.

—No estabas hablando en absoluto acerca de la princesa, ¿verdad? —dijo Pax, y eso la sacó de su ensimismamiento. El silencio había durado más de lo que pensó. La mirada de su compañero estaba fija en Qui-Gon—. Estabas hablando de *ti mismo*. Porque los Jedi tampoco tienen opción, ¿no es cierto? Me refiero a que supuestamente se les permite irse, tomar sus propias decisiones y todas esas tonterías, pero se los roban cuando son recién nacidos y después les entrenan las mentes. ¿Qué tipo de libertad es esa?

Obi-Wan parecía como si se hubiera tragado un gundark.

—Ser un Jedi es un *honor*. Una responsabilidad. Es una noble vocación.

—Sí, padawan —respondió Qui-Gon en voz baja—. Es todas esas cosas. Pero también es muy difícil para la mayoría de nosotros determinar si lo elegimos libremente, en vista de cómo nos criaron. Dicho eso, *sí* tengo una opción. Dooku me ayudó a darme cuenta de ello. Y yo elegí a la orden.

—Así como Dooku eligió otra cosa —afirmó Obi-Wan con actitud rígida.

Para ese momento, Rahara sabía que el nivel de tensión en el *Meryx* había aumentado notablemente, pero Obi-Wan Kenobi parecía más incómodo que todos los demás cuando preguntó:

—Maestro, ¿cuándo decidió que conocer el futuro era algo malo?

Qui-Gon no respondió.

Mientras tanto, Pax empezaba a divertirse.

—¿Esta persona con el desafortunado nombre de «Dooku» renunció realmente a los Jedi? Suena como alguien que valdría la pena conocer. Supongo que no llegará el momento en que disfrutaremos del placer de su compañía…

—Localizamos algo. —Rahara señaló a un destello en la orilla de sus sensores y luego empezó a enfocarlo—. Los niveles de energía sugieren presencia sensible, aunque no hay señal de Czerka en kilómetros a la redonda. Veamos qué otra cosa podemos averiguar cuando nos acerquemos.

—¿Acercarnos? —dijo Pax—. Eso suena peligroso. No me gusta.

Rahara quería voltear los ojos al techo con actitud de exasperación, pero se resistió.

—¿Qué parte de esto te gustó alguna vez? Sabemos que estás angustiado, Pax. Deja de ser redundante.

Los droides que criaron a Pax no sabían nada de los detalles finos del comportamiento humano, pero lo que sí sabían, por estar muy arraigado dentro de su programación, era que ser «redundante» significaba algo terrible. Como era de esperarse, eso le calló la boca a Pax.

Con tono conciliador, Qui-Gon añadió.

—No aterrizaremos hoy. Tan solo mapearemos las áreas que vale la pena investigar para que Obi-Wan y yo las exploremos a pie más tarde.

—Miren esto —dijo Rahara al momento en que los resultados que arrojaba su sensor alcanzaron un mayor detalle—. Las lecturas de energía parecen como señales de la presencia de armas.

Obi-Wan se asomó por encima de su hombro.

—Coincido, maestro. Deberíamos dar una mirada más de cerca.

—Con cuidado —insistió Pax.

Qui-Gon tomó los controles y guio al *Meryx* con tanta habilidad que ni siquiera Pax protestó. Sin desviarse de los sensores, bajó el nivel de vuelo arriba de los árboles. La nave permaneció a suficiente distancia como para no dar aviso de su presencia a nadie, pero lo bastante cerca como para obtener datos.

—No hay edificaciones —indicó Rahara, que entrecerraba los ojos para mirar más de cerca los escaneos—. Hay algunas señales de vida, pero parecen… borrosas. Quizá dentro de las cuevas o en el subsuelo.

—¿En el subsuelo? —preguntó Obi-Wan.

Complacido de saber más que el Jedi, Pax intervino.

—Los taladros de Czerka están en todas partes de esta luna, además de que tienen muy poco interés en conservar la estabilidad geológica. Cuando menos tuvieron la relativa decencia de alejarse de áreas habitadas hasta el momento. Pero ¿aquí? Encontrarán todo tipo de túneles y cámaras que no esperarían. —Con voz más baja, añadió—. Pero ni un solo cristal kyber. Eso, para nada.

Con prudencia, Qui-Gon ignoró lo último y verificó las lecturas de Rahara.

—En mi opinión, esto parece como veinte o quizá treinta individuos. ¿Coincide?

La chica asintió.

—Pero ¿no estaba buscando un grupo más grande?

—Sí —respondió el Jedi de manera distante—. Y no quedan restos de tráfico espacial o siquiera aéreo que haya transitado por esta área durante días.

—¿Eso significa que no podrían haber estado detrás de lo que pasó anoche en el palacio? —preguntó Obi-Wan.

«Eso suena interesante», pensó Rahara.

El maestro negó con la cabeza.

—No. La Oposición puede tener operativos posicionados de manera permanente en Pijal. —Se enderezó para mirar a Rahara y a Pax—. Sería útil que ambos entiendan los peligros contra los que nos enfrentamos. Percibo que puedo confiar en los dos, pero debo enfatizar que debe guardarse el más estricto secreto.

—Por supuesto —respondió la chica.

—Intrigas de palacio —dijo Pax encantado—. Esto es más divertido de lo que pensé.

—

A Obi-Wan le hubiera gustado prepararse durante la tarde para la Gran Cacería. Montaría en lugar de volar una nave, lo cual era algo que rara vez había hecho antes; confiaba poder adaptarse, pero hubiera sido bueno ver cuando menos por unos minutos a los animales antes de tener que subirse en uno. Como alternativa hubiera tomado una siesta. Ya había superado el tener que interrumpir su sueño de la noche anterior, pero tenía la idea de que con frecuencia la Gran Cacería duraba hasta bien pasado el anochecer y quería estar en la mejor condición posible. La tercera opción era sentarse a hablar con Qui-Gon para preguntarle qué quiso decir cuando dijo que los Jedi no tenían opciones o si Rael Averross era confiable, o cualquiera de los miles de temas sobre los que su maestro se estaba comportando de manera extraña. Obi-Wan había dejado de creer que algún día llegaría a entender a Qui-Gon, mucho menos en el poco tiempo que les quedaba como maestro y aprendiz, pero no podía aplacar el deseo de por lo menos hacer el intento.

En lugar de ello, Averross se había llevado rápidamente a Qui-Gon para discutir el extraño ardid de la Oposición y lo que podría significar. Mientras tanto, asignaron a Obi-Wan para que ayudara al Capitán Deren a proteger a la princesa.

Eso sonaba muy emocionante, pero, en la práctica, en realidad significaba entretener a la Princesa Fanry. Lo que ella quería principalmente era platicar.

—No puedo creer que siguieran cantando después de eso —comentó, sonriendo como una niña todavía menor de lo que era—. Pensé que saltarían al mar y que nadarían para llegar a la costa, pero se quedaron.

La Ministra Orth casi resplandecía de orgullo, como si ella fuera la responsable de mantener a los cantantes en su sitio.

—Las ceremonias y tradiciones de la monarquía siguen teniendo un tremendo significado para nuestro pueblo. Nada de todas estas tonterías constitucionales puede impedirles que rindan tributo a su futura reina. Y ninguna de las tonterías de la Oposición impedirá su coronación.

Obi-Wan no estaba seguro de si su posición le permitía hablar, pero decidió que era mejor equivocarse mostrando curiosidad que no haciéndolo.

—Se me hizo raro que el lema no se refiriera ni a su Alteza Serenísima ni al tratado. Solo a la Corporación Czerka.

—Fue un truco barato para ganarse simpatías —dijo la ministra con un tono despectivo—. La princesa coronada es una figura popular y esta moda del «gobierno representativo» todavía no pierde la gracia. Sin embargo, Czerka no gusta mucho. —Su tono de voz dejaba en claro que a ella tampoco le gustaba Czerka.

—Escuché que Czerka está taladrando por todas partes en la luna —comentó Obi-Wan— al grado en que están causando un daño geológico. ¿No es una de las razones por la que la gente está enojada con esa corporación?

El Capitán Deren, que había estado de pie junto a la puerta en vigilancia solemne, habló por primera vez en muchos minutos.

—¿Dónde escuchó eso?

—Es algo que se sabe comúnmente allá. —Obi-Wan se encogió de hombros como si no estuviera protegiendo a unos ladrones de joyas. En apariencia, su actitud relajada resultó tranquilizadora, porque Deren regresó a su posición anterior.

Sin embargo, Orth pareció alarmada.

—¿Por qué están entrevistando a los ciudadanos lunares? No sería raro que la Oposición plantara a alguien que les convenciera de lo malos que somos todos aquí. Cuando menos unos cuantos de ellos son actores.

El padawan pensó que lo mejor era esquivar al asunto.

—No estamos haciendo entrevistas detalladas, sino simplemente enterándonos sobre el terreno que debemos explorar. El Maestro Jinn y yo necesitamos estar preparados para cualquier confrontación que podamos encontrar.

La distracción funcionó.

—Pero ustedes son Jedi —dijo Fanry—. ¿Cómo podrían no salir victoriosos? Tienen sus sables de luz.

—Así es —respondió Obi-Wan, señalando a su sable que colgaba de su cinturón—, pero los sables de luz no son muy útiles contra las bombas.

—¿No? —preguntó Fanry arrugando la nariz—. Después de todos estos años, el Lord Regente sigue sin mostrarme cómo funciona exactamente su sable de luz, así que pensé que quizá había algún secreto sobre cómo operan.

—Para nada, su Alteza Serenísima. —¿Debió decirle eso? Quizá Averross le había mentido para impedir que tratara su arma como un juguete, pero Fanry tenía la edad suficiente como para saber la verdad—. La construcción de un sable de luz no es misteriosa, aunque tiene elementos que garantizan que las armas sigan siendo únicas de los Jedi.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la joven.

—Bueno… —Obi-Wan se quedó pensando durante un segundo y luego colocó su sable de luz sobre una pequeña mesa cerca de la princesa y empezó a desarmarla—. Le mostraré su interior y le iré explicando a partir de allí.

Fanry se mordió el labio inferior.

—¿No lo descompondrás?

Obi-Wan sofocó una sonrisa.

—No, su Alteza Serenísima. Tenemos la obligación de saber cómo desarmar y volver a armar nuestros sables de luz en la oscuridad. El sable de un Jedi es su vida.

Mientras Fanry y sus ministros se inclinaban con gran atención y de pronto Deren apareció a su lado. El chico desatornilló con cuidado la tapa del pomo y el mango, y entonces abrió el núcleo del sable de luz.

—Aquí puede ver los controles y la empuñadura principal.

—¿Qué es eso? —La princesa señaló directamente al corazón resplandeciente del sable—. ¿Es una joya?

—En efecto. Es un cristal kyber, que enfoca la potencia del rayo del sable de luz. —Entre todas las piezas de metal que lo rodeaban, el kyber brillaba de manera seductora. Mientras que el resto era una máquina, el cristal parecía algo más semejante a la magia. No podía culpar a Fanry por su fascinación. Él se sintió igual cuando aprendió a armar un sable de luz y a veces todavía se sentía así.

—Es azul, ¿no es cierto? —dijo Fanry con curiosidad—. ¿Todos los sables de luz son azules?

—Los cristales kyber determinan el color de la hoja, pero solo toman su color después de formar un vínculo con el Jedi que los eligió.

Los ojos de Fanry se abrieron con asombro.

—¿Los cristales kyber se *vinculan* con los Jedi? ¿Eso quiere decir que ustedes se comunican con ellos?

Con una sonrisa, respondió.

—No. Simplemente que sus propiedades específicas se ven afectadas por su proximidad con un usuario de la Fuerza. Se forma un vínculo con mucha rapidez y luego los cristales cambian. La mayoría se vuelven azules o verdes, que es la razón por la que muchos de los sables de luz de los Jedi son de esos colores. Algunos cristales incluso se vuelven morados.

—¿Morados? —La princesa rio—. ¿Eso fue lo que quisiste? ¿Alguno de los colores significa algo?

Las leyendas contaban que la verdadera oscuridad, como la que ejercían los antiguos Sith, volvía rojos los cristales, pero Obi-Wan no tenía intención de discutir historia antigua con la princesa.

—Yo simplemente estoy feliz al menos de que un cristal kyber se haya vinculado conmigo, su Alteza Serenísima.

—Los sables de luz son la única arma de los Jedi —intervino la Ministra Orth—. ¿No es cierto?

Obi-Wan sacudió la cabeza.

—Están lejos de ser la única herramienta que tenemos a nuestra disposición, pero para el combate un sable de luz es un arma que no tiene comparación tanto en el ataque como en la defensa. Y como el sable requiere de inmensa concentración y agudos reflejos, nadie más que un usuario de la Fuerza puede blandirlo con destreza y eficiencia.

—¿El sable de luz de un usuario que sea más potente en la Fuerza también se vuelve más potente? —preguntó Fanry—. ¿Qué pasa cuando dos Jedi pelean entre sí?

—La hoja no es más potente. Solo la habilidad que tenga el usuario de la Fuerza para blandirlo —contestó Obi-Wan—. Por supuesto, cuando se trata de combates ceremoniales, demostramos formas que ponen a prueba la fortaleza.

—Pero ¿qué pasa en los combates no ceremoniales? —insistió la princesa—. Cuando dos Jedi están en lados opuestos de un conflicto. ¿Qué sucede ahí?

—Eso… eso no ocurre. —La idea tenía tan poco sentido que Obi-Wan apenas podía analizarla—. Somos miembros de una orden. Servimos al Consejo Jedi y, por medio del consejo, a la República. Los Jedi están unidos de esa forma.

—Bueno, eso suena aburrido. —Con mala cara, Fanry sacudió sus pequeños pies debajo de su trono—. ¿Y nadie llega a usar los sables de luz más que los Jedi? ¿No pelearías con nadie más que lo tuviera? En serio, me refiero en una situación no *ceremonial*.

—Los antiguos Sith usaban sables de luz —dijo Obi-Wan—. Pero se extinguieron hace mil años. Así que no. Un Jedi no se involucraría en un duelo a muerte con un sable de luz. Eso no puede pasar.

Fanry pareció darse cuenta de que parecía un poco sanguinaria, porque sonrió traviesa e hizo su siguiente pregunta en tono de broma.

—¿Nunca?

Obi-Wan le devolvió la sonrisa y sacudió la cabeza.

—Jamás.

CAPÍTULO DIECISIETE



Una de las naves reales no pudo despegar cuando una docena de personas vestidas de verde se montaron en su casco y luego fijaron su posición con ataduras magnéticas. Una de ellas era Halin Azucca; su pelo estaba trenzado en nudos cerrados que llevaba dispuestos como una corona. Los droides de seguridad llegaron rápidamente, pero, cuando aparecieron, los manifestantes activaron sus dispositivos personales de vuelo y lograron escapar.

—

Pijal estaba construyendo una magnífica Sala de Asambleas para albergar a su nuevo gobierno representativo. Era una estructura completamente esférica que parecería casi invisible hasta el anochecer, cuando los últimos rayos de luz provocarían que brillara como una estrella. Las cámaras de seguridad captaron el momento, a últimas horas de la noche, cuando los espejos se enturbiaron y luego se pusieron completamente grises, para finalmente estallar y convertirse en polvo. Fue después de que los investigadores determinaron que se había plantado nanotecnología en el interior y que eso había devorado desde dentro la estructura del edificio.

—

El pánico estalló una noche cuando la luna de Pijal se elevó en el cielo y su color ya no era verde dorado, sino un rojo intenso y ominoso. Se descubrió que la Oposición había sembrado en gran parte de la atmósfera de la luna una sustancia química inocua que se dispersaría en pocos días, pero que garantizaba que la luna conservara ese color carmesí todo el tiempo. A la mañana siguiente, se encontró un mensaje pintado en uno de los templos más grandes de la capital: ¿PUEDEN PERDONARNOS AHORA?

—

Varias cámaras de seguridad detectaron el ingreso de un droide a una de las instalaciones de Czerka y siguieron su marcha hasta que explotó de pronto. Las llamas resultantes ardieron con tal intensidad que se veían azules en la noche. Si cualquier ser viviente hubiera estado dentro del edificio a esas altas horas, seguramente habría muerto.

—

—Y no pudieron haber sabido que la fábrica estaría completamente vacía —dijo Qui-Gon mientras apagaba los hologramas acerca de las acciones conocidas de la Oposición. Deren estuvo renuente de mostrárselas debido a que había aumentado su paranoia sobre proteger a Fanry, pero Qui-Gon insistió en tenerlos y esperó hasta muy tarde para revisarlos con Obi-Wan cuando pudieran estar a solas.

Su padawan parecía reflexivo.

—No, no podían saberlo. Cualquiera pudo decidir regresar a trabajar o haber obligado a un sirviente a quedarse por alguna razón. Cualquiera que haya hecho esto estaba dispuesto a cobrar vidas.

—Eso parecería —respondió Qui-Gon. Se acarició la barba mientras consideraba las posibilidades.

—La Canciller Kaj nos dijo que la violencia de la Oposición estaba escalando —dijo Obi-Wan—, pero el comportamiento me parece más bien errático. No como algo que podría trazarse sobre una línea.

—Los diversos incidentes son muy discordantes y tampoco siguen una cronología ordenada. Algunos de los incidentes más inocuos ocurrieron después de iniciar el uso de bombas.

—Tal vez algunas de las «inocentadas» se programaron antes de que escalara la violencia —comentó Obi-Wan. De pronto se le ocurrió una idea—. O tal vez no haya un líder único de la Oposición, sino muchos. Halin Azucca podría ser la líder que conocemos, pero podría haber otras células, más o menos violentas. Todos trabajan para una causa, pero de modos muy distintos.

—Esa es una teoría válida, mi padawan. —Qui-Gon seguía pensando que ese acertijo implicaba algo más, pero estaba convencido de que el cambio en el patrón era importante—. Rael considera que todo esto es violencia insensata. Terrorismo puro. Yo sospecho que esa es la razón por la que no reconoció este patrón.

Obi-Wan se quedó callado y eso le provocó alivio a Qui-Gon. Cada vez que el chico dudaba de Rael, se fortalecía su impulso de defender a su viejo amigo, cosa que nublaba su juicio.

—

Rahara no estaba de acuerdo con el plan de Pax. A veces su compañero sentía que ella se oponía a cualquier forma de diversión, simplemente como una cuestión de principios, pero esta vez entendía su preocupación. Sin embargo, seguía teniendo la intención de ignorarla.

—Quieres hacer un trato con Czerka —afirmó ella con los brazos cruzados mientras él se vestía para la gran reunión que estaba próxima—. Son escoria. No, algo peor. Tendrían que esforzarse para llegar a ser escoria.

Pax examinó su mejor saco, que era azul, demasiado grande y con solapas de terciopelo, y luego lo hizo a un lado con mirada de tristeza. Los ciudadanos pijalíes eran tan aburridos en su vestimenta.

—Es triste para la galaxia, pero la escoria es la que termina con gran cantidad de dinero.

—Dinero mal habido —insistió Rahara—. Ganaron incontables billones a lo largo de incontables siglos, principalmente gracias al trabajo de los esclavos. El dinero de Czerka está manchado para siempre.

—Puedo entender tu punto de vista.

—Entonces, ¿por qué… cómo puedes estar dispuesto a tratar con la empresa que…?

La chica dejó la frase en el aire, pero no importaba; Pax sabía a qué se refería.

—Czerka te trató de manera abominable —dijo mientras se decidía por una capa negra que, en su opinión, se veía muy elegante—. Sus prácticas de esclavitud son dignas del más profundo desprecio y la corporación no merece ni una pizca de su colosal fortuna. Esa es la razón por la que considero que mi deber moral es privarlos de tanta de esa fortuna como pueda.

—¿Quieres decir que vas a estafarlos? —dijo Rahara inclinando la cabeza.

—Parecerá como un error sin intención. —Pax señaló al montón de cristales kohlen que habían recolectado—. Hay tan pocas personas que pueden distinguir entre estos y el verdadero kyber, además de que les llevaría un tiempo bastante largo averiguarlo. Incluso el suficiente para que nos hayamos ido de Pijal. Así que no preveo repercusiones negativas para nosotros, solo para las sierpes de la Corporación Czerka.

—Supongo que puedo ver lo bueno que tiene eso. —La comisura de su boca se elevó, aunque sin llegar a formar una sonrisa. Como sea, ese gesto le levantó el ánimo a su compañero de forma considerable—. Pero ten cuidado.

—Por supuesto. —Pax reunió los cristales dentro de una pequeña caja antigravedad que podría llevar a bordo de su nave individual—. Sé perfectamente de lo que son capaces en Czerka.

Eso dijo y siguió creyéndolo todo el camino hasta la oficina más cercana de Czerka. Como es natural, no podía llevar al *Meryx* a esa aventura. Sin embargo, para situaciones como esta, tenía en la bodega una nave individual, un caza al que llamó *Facet*. Pensó que en realidad debería sacarla más y mejorar sus habilidades de vuelo, así fuera solamente para mantenerse a la par de Rahara.

Luego de aterrizar el *Facet* y de llegar hasta la estación de los guardias, donde logró que le dieran acceso, lo llevaron hasta el patio de labores donde vio a un grupo de esclavos vestidos con sus overoles grises y realizando trabajos forzados.

Ese trabajo estaba lejos de ser el peor que se les podía asignar. Tampoco era lo peor que hubiera visto Pax en su vida. Simplemente pulían y limpiaban una elegante nave personal, probablemente de la supervisora, de modo que no fue la naturaleza del trabajo lo que le molestó, sino el hecho de que todos los trabajadores eran niños.

El humano más grande debe haber sido menor a nueve años. Pax no era muy bueno para estimar las edades de los ithorianos, pero el que más esfuerzo hacía para restregar con una tela era el más pequeño que hubiera visto. El wookiee parecía mayor, aunque era difícil determinar su estatura ya que tenía la cabeza baja en una actitud de mucha tristeza. Le habían rasurado una de las manos para insertar la etiqueta de Czerka y el pelo todavía no le crecía. Ese niño era esclavo desde hacía apenas unos cuantos días.

«Rahara era incluso más pequeña», pensó Pax, mientras seguía al guardia de seguridad que iba conduciendo su caja. De pronto no estuvo seguro de poder fingir una sonrisa para cualquiera de los funcionarios de Czerka, aunque fuera por la noble causa de robarles su dinero.

Sospechaba que no había hecho su actuación más convincente con la supervisora del sector, pero eso no importaba gran cosa. En cuanto Meritt Col vio los cristales dentro de la caja, que, según lo poco que podía saber, era un cofre de tesoro lleno de kyber, su atención se enfocó solamente en ellos.

—¿Dice que se encuentran ampliamente en toda esta región de la luna? —Col sostenía uno de los cristales a contraluz. Brillaba con un anaranjado tan reluciente como los cielos de Abafar.

—Así es, Supervisora Col. —«Mantén la calma. Mantente firme. Finge que eres G-3PO»—. Al principio estaba muy emocionado, pero un comerciante independiente como yo… ¿cómo se supone que haga negocios con la Orden Jedi?

—Muy perspicaz de su parte —respondió Col, lanzándole una sonrisa que iba más dirigida a los cristales que a Pax—. Pocos comerciantes independientes estarían tan dispuestos a reconocer sus propias incapacidades.

«¿Incapacidades?». Pax controló su enojo, pero apenas. Una mitad de él quería explicar todas las maneras ingeniosas que ya había ideado para trabajar con la Orden Jedi, en el caso de que esto hubiera sido verdadero kyber. Por fortuna, la otra mitad ganó la discusión.

Al final consiguió un trato por una gran suma. No lo suficiente como para que él y Rahara se retiraran, pero más que adecuada para actualizar su nave y tomarse unas largas vacaciones. Pax consideró negociar por más, pero mientras más grande fuera la paga de Czerka, más sospechas tendrían de la persona que les vendió una caja inútil de kohlen.

«¿Lo ves?», pensó mientras se alejaba en el *Facet*. «Valió la pena quedarse un rato, sea por los Jedi o no. Sacaste una mayor ganancia de esto de lo que conseguirás del botín de Alderaan».

Todo eso era muy cierto. Sin embargo, no podía mirar los créditos sin escuchar que la voz de Rahara susurraba en su mente: *dinero mal habido*.

—

—¿No llevaremos intercomunicadores, maestro? —Obi-Wan se sentía desnudo sin el intercomunicador que había llevado en su cinturón desde que tenía memoria—. ¿Qué pasa si alguien necesita comunicarse con nosotros?

—Los únicos individuos que podrían necesitar hablarnos urgentemente también estarán en la Gran Cacería —respondió Qui-Gon—. Además, la costumbre es dejar todo tipo de dispositivos tecnológicos avanzados. En apariencia, hace siglos la gente los usaba para hacer trampa.

Eso le sonaba primitivo, casi como la barbarie. Sin embargo, como lo habían alentado a obedecer las tradiciones y hábitos locales, resistió su deseo de regresar por el intercomunicador. En lugar de ello, él y Qui-Gon caminaron por los ondulados terrenos hacia los establos. Los altos pastos se mecían y se abrían a su paso, y a la distancia pudo ver las antorchas encendidas, verdaderas antorchas, contra el púrpura profundo de la caída del sol. Los músicos habían empezado a tocar y cada vez más personas se dirigían hacia el lugar de salida de la carrera.

Qui-Gon lo miró para evaluarlo.

—No has montado mucho hasta ahora, ¿verdad, mi padawan?

—No, maestro. Pero no parece tan difícil.

—Depende de tu montura. —Qui-Gon parecía divertido—. Tan solo recuerda que montar un ser vivo es diferente a una nave o un speeder. La Fuerza establece un lazo entre ambos y puedes aprovecharlo.

A pesar de que había investigado de antemano sobre esas criaturas, le tomó por sorpresa ver por primera vez a un varáctilo. Sus plumas color escarlata brillaban con iridiscencias bajo la luz de las antorchas. El animal pateaba el suelo, ansioso de empezar. Eran enormes y, cuando pensó en tratar de subirse a uno, le pareció todavía más grande.

—Aquí la tienes —dijo su maestro con una sonrisa pícara. Dio una palmada a uno de los varáctilos en el costado y el animal gorjeó—. Está listo para ti, ¿no es cierto? —Cuando el asistente asintió, Qui-Gon señaló a la silla—. ¿Por qué no ves si puedes subirte aquí?

El maestro disfrutaba de su confusión. Si bien no de manera cruel, porque no era así, eso no le quitaba lo molesto. Obi-Wan intentó ignorarlo, así como a cualquier otra persona que lo estuviera viendo, para pensar solo en el varáctilo.

Luego lo sintió. El alma del animal, más sencilla y pura que la de un ser sensible, pero inteligente a su modo. Cuando el varáctilo inclinó la cabeza para mirarlo atentamente, Obi-Wan se dio cuenta de que esto no podía tratarse de que lo dominara, sino de encontrarse como iguales.

Puso una mano sobre el cuello del animal y acarició sus plumas. Este chirrió de nuevo y el extremo de su cola se sacudió una vez. Por la emoción, pensó. Tal vez anhelaba la cacería tanto como cualquiera de los humanos que estaban allí y por medio de la Fuerza le transmitió su propio entusiasmo creciente acerca del evento.

El varáctilo sacudió sus plumas y luego se agachó, hasta que su panza tocó el césped. Eso permitió que Obi-Wan saltara con facilidad sobre la silla y tomara las riendas. El

animal se levantó y chirrió alegremente. El joven padawan se dio cuenta de que ahora eran amigos y que estaban a punto de divertirse mucho juntos.

—Bien hecho —dijo Qui-Gon. Su expresión era una mezcla de diversión y asombro—. Muy bien hecho.

Obi-Wan se inclinó para susurrar en el oído del varáctilo.

—Dice que lo hiciste muy bien. —El animal golpeó el suelo con su cola y Obi-Wan supo instintivamente que esa era una buena señal.

¿Era posible que montar fuera incluso más divertido que volar?

Los aplausos, amortiguados por los guantes de shimmersilk y terciopelo, lo hicieron voltear. Dos entrenadores estaban sacando a un droide inusual: un droide cangrejo modificado, según podía ver. ¿Lo había fabricado Czerka? Su superficie oscura lo volvía casi invisible en el crepúsculo que los empezaba a rodear, y pronto las luces azules y blancas en sus muchas patas articuladas serían lo único que revelaría su ubicación.

—Esa es la presa —dijo Obi-Wan.

Qui-Gon, que se las arregló para montar en su propio varáctilo, aunque no con tanta gracia, asintió.

—Por supuesto, hace miles de años cazaban presas vivas. Esa práctica se abandonó hace mucho tiempo.

—Qué alivio —indicó el chico—. No sé si hubiera podido matar a una criatura viviente simplemente por deporte, ni tampoco si hubiera ayudado a alguien a hacerlo.

—No te sientas tan aliviado. —Qui-Gon sonaba entretenido—. La principal motivación para cazar a un droide en lugar de un animal fue aumentar el nivel del desafío. Un droide tiene defensas y recursos que no podrá tener jamás una espécimen vivo.

Más aplausos anunciaron la llegada de la Princesa Fanry. Las plumas de su varáctilo eran blancas en la punta, lo cual lo hacía parecer el más hermoso de todos. Obi-Wan se preguntó si lo eligieron únicamente por su apariencia o si también era veloz. Para ese momento, ya deseaba que su varáctilo ganara.

El hábito para montar que vestía Fanry seguía el estilo pijalí y era de un tono arenoso que no merecía mayor mención, pero tenía amplias mangas y un dobladillo más corto que revelaba el vestido interior verde brillante que llevaba debajo. La sierva Cady caminaba junto a ella con una canasta que parecía llena hasta los topes de cualquier lujo que pudiera desear la princesa durante el curso de la noche. La expresión de la princesa era más seria de lo que nunca había visto, incluso cuando discutían los ataques de la Oposición.

«¿Eso es señal de que es frívola y no le importa más que su propia diversión?», se preguntó el padawan. «¿O es señal de qué tan importante es esta cacería en Pijal?».

Se escucharon más aplausos y vítores cuando Rael Averross salió montado en su varáctilo. Levantó una mano, reconociendo a la multitud al mismo tiempo que les indicaba que se callaran. El áspero equipo de montar contrastaba menos con su pelo despeinado y su rostro sin rasurar que la túnica del regente. Fue la primera vez que Obi-

Wan pensó que veía a Rael totalmente en su elemento. Su sonrisa torcida sugería que lo disfrutaba más de lo que dejaba saber, aunque de por sí lo demostraba de manera bastante obvia.

El varáctilo de Obi-Wan sacudió su plumaje.

—Sé que los otros son más grandes que tú —murmuró—. Pero eso significa que eres más rápido. Ya verás, capturaremos la presa.

Pero allí estaban ocurriendo otras cosas además de la Gran Cacería. La Princesa Fanry estaba en peligro por alguien que estaba dentro de palacio y que podría estar en la cacería. Si alguien trataba de lastimarla, ese alguien se volvería su nueva presa.

—¡Congréguense! —anunció el heraldo. Los jinetes y varáctilos tomaron sus puestos. Sin decir palabra, Obi-Wan se alejó de Qui-Gon hasta el otro extremo de la multitud; mientras más separados estuvieran, más terreno podrían cubrir. Para ese momento, el cielo estaba casi totalmente oscuro y las antorchas parecían brillar todavía más. El olor del pasto recién cortado y del suelo mojado llenaba el aire. Obi-Wan sintió que su varáctilo se tensaba bajo sus piernas y la energía era contagiosa. Podía verlo en todos los que lo rodeaban. El Capitán Deren, que flanqueaba a la princesa, tenía una gran sonrisa. Esa fue la primera vez que lo vio sonreír. Incluso el pelo de la Ministra Orth estaba suelto y llevaba un pañuelo alrededor del cuello, quizá para que ondeara detrás de ella con el viento.

Las trompetas sonaron una vez y Obi-Wan se aferró con más fuerza a las riendas al momento en que su montura pateó el suelo.

Cuando sonaron de nuevo, todos se inclinaron hacia delante en sus sillas. Debajo del murmullo de la actividad, Obi-Wan pudo escuchar que Averross reía calladamente por la anticipación.

A la tercera ocasión, todos salieron.

El varáctilo se lanzó al frente en el momento en que Obi-Wan lo quiso; no creyó haber hecho ningún movimiento. La Fuerza ya había formado un lazo entre ambos y ahora sabía que, para el animal, correr era la mayor alegría imaginable, así que se inclinó al frente y dejó que este decidiera la velocidad, pero manteniéndose cerca de la princesa.

—¡Allí esta! —gritó Fanry. Un resplandor luminoso había revelado la localización del droide en un matorral sobre la siguiente colina. El varáctilo de la princesa se despegó del resto del contingente y galopó sobre una zanja. Algunos de los otros varáctilos se plantaron, pero el de Obi-Wan saltó con facilidad. No vio que Qui-Gon ni Averross lograran pasar, pero en unos minutos los detectó encima de sus varáctilos en el extremo más lejano de la partida de caza.

Al aumentar la oscuridad, los sensores automáticos sobre los arneses de los animales comenzaron a mostrar una sombra pálida de color púrpura que destacaba sus figuras, haciendo relucir más brillantes sus plumas y lanzando una inquietante luz sobre los jinetes. El chico pensó que era como estar en un simulador primitivo, excepto que ningún simulador podría equipararse con esto. El aire frío que olía a coníferas, el movimiento de

la musculatura del varáctilo que podía sentirse incluso a través de la silla y la mayor parte de la emoción no podían experimentarse en la mera fantasía. Solo en la realidad.

Encontraron otra zanja, esta vez más profunda y lodosa que la anterior y, de nuevo, Fanry la saltó sin dificultad. Otros varáctilos más se plantaron frente a la abertura, mostrándose asustadizos desde mucho antes de siquiera llegar a ella, pero Obi-Wan se comunicó con su montura a través de la Fuerza: «Si no puedes dar el salto, no te obligaré. Pero si puedes, no te frenes».

Obtuvo la respuesta de su varáctilo al momento en que se lanzó sobre la zanja sin siquiera detenerse un instante. Obi-Wan rio a carcajadas. Finalmente sería él quien compartiera aventuras con sus amigos.

En tiempos primitivos esto debe haber sido tremendo. Saber que la supervivencia dependía de esto, de cabalgar sobre animales bastante menos domesticados que el que ahora montaba y ver que los monarcas estaban genuinamente desesperados por proteger su derecho al trono.

Si Fanry hubiera sido princesa en aquellos tiempos, pensó Obi-Wan, no le habría ido tan mal. Solo un puñado de jinetes había logrado llegar hasta ese punto y ella era la primera entre ellos. La joven impulsó a su montura para que saltara hacia las débiles luces del droide cangrejo que parpadeaban entre los altos pastos. Encontrar a la presa era solo la primera parte de la cacería; el siguiente paso, más difícil aún, era aventajar al droide, pero estaba seguro de que la presa se la llevaría ella, no por cuestiones de la ceremonia, sino por derecho propio. Obi-Wan estaba impresionado. No había nada que obstaculizara el camino entre ella y la victoria…

… hasta que la oscura maleza se encendió con los disparos de bláster dirigidos a la princesa.

CAPÍTULO DIECIOCHO



Qui-Gon se aferró con todas sus fuerzas a la silla de montar para impedir que su varáctilo lo lanzara cuando se plantó y reparó frente a la segunda zanja. «Alguna vez fui un buen jinete», pensó mientras se enderezaba y recordaba una carrera que habían corrido él y Dooku hacía largo tiempo. Sus recuerdos se desvanecieron cuando escuchó el grito de Fanry.

—¡La princesa! —gritó Deren, y volteó su propia montura hacia la zanja, obligándola a saltar. Qui-Gon siguió con el contingente, o por lo menos intentó hacerlo, pero lo bloqueaba la Ministra Orth, que había perdido por completo el control de su varáctilo. Las plumas del animal se erizaron como una gorguera alrededor de su cabeza y bufó furioso. Orth, pálida, simplemente se prendió de su silla con apariencia de ser incapaz de manejar cualquier otra cosa.

«¡Maldición!», se dijo el Jedi mientras se paraba sobre los estribos para ver mejor la batalla. En la pradera, pudo ver los disparos de bláster que venían desde la maleza que crecía más espesa sobre las colinas de los terrenos de caza. En la oscuridad de la noche, no podía detectar quién o qué estaba disparando. Cada rayo iluminaba otra fracción de segundo de la escena: Rael salió disparado a toda velocidad hacia la princesa y Fanry se agachaba sobre su montura, protegiéndose. Obi-Wan se lanzó hacia la maleza, con su sable de luz que resplandecía en la noche.

A pesar de su temor, Qui-Gon se sintió orgulloso. *Ese* era el aprendiz que sabía que sería Obi-Wan, la sombra del gran Caballero Jedi en el que aún estaba por convertirse.

«Suponiendo que primero no muramos los dos aquí. ¡Muévete!».

Cuando su montura frenó de nuevo, Qui-Gon dejó de luchar contra ella, soltó las riendas e hizo un llamado a la Fuerza para ejecutar un salto que superaba con mucho cualquier cosa que un humano hubiera hecho por sus propias fuerzas. Sus botas se asentaron en el suelo, pero se lanzó al instante y su salto lo llevó bastante más allá de la zanja, a la mitad del camino hacia Fanry.

Al aterrizar, el resplandor del fuego del bláster que venía de la maleza iluminó al atacante, que era la misma presa. El droide cangrejo había dado una vuelta de 180 grados a la cacería.

La princesa estaba acurrucada detrás de su varáctilo, pero había sacado su arco de energía y disparaba por encima del hombro del animal. Sin embargo, el espíritu de Fanry era más fuerte que su puntería y el droide permaneció intacto. La chica seguía en peligro. Qui-Gon corrió a su máxima velocidad hacia la pelea que había incendiado la maleza.

Ahora se veían dos sables de luz brillando en la noche, tanto el de Obi-Wan como el de Rael. El sable de este último giraba como remolino y bloqueaba casi todos los disparos. Estaba luchando a la defensiva, protegiendo a Fanry en lugar de atacar. Era una

movida inteligente, en vista de que Obi-Wan ya estaba dos metros por delante de él, despejando la maleza con cada movimiento de su sable y abriendo camino hacia el atacante. Qui-Gon estableció contacto mental con la situación, percibiendo los patrones de la Fuerza y del fuego, para poder llegar lo más rápido posible al lado de su padawan.

—¡Ya era tiempo de que llegara aquí, maestro! —gritó el chico sin alejar la vista del ataque.

—Pensé que podría darte una mano. —Luego de decir esto, Qui-Gon se agachó y encendió su propio sable de luz para cortar el pastizal casi al nivel del suelo. Al menos el droide no podía volar, por lo que, si le destruía las patas, la pelea habría concluido.

Juntos fueron penetrando entre la maleza y, para ese momento, Qui-Gon podía ver entre las zarzas y tener ante sus propios ojos al droide presa. No se dio cuenta de su presencia porque estaba programado con una implacable determinación e incluso cuando él y Obi-Wan se acercaron, no les disparó directamente más de una docena de veces.

«Quien sea que hiciera esto quería que el droide ejecutara una tarea», pensó Qui-Gon. «Matar a la princesa».

Finalmente, el maestro se acercó lo suficiente para clavar su sable más allá de la última capa de arbustos y dentro de dos de las patas del droide cangrejo, directamente hasta su base. El droide emitió un estridente chirrido de interferencia electrónica antes de lanzar al aire un rocío de chispas y apagarse por completo. Cayó de costado con un fuerte golpe.

Algunas personas vitorearon, pero la mayoría seguía gritando y llorando. Fanry ya había salido trastabillando de atrás de su varáctilo, pero estaba sana y salva, y Rael la consolaba. A la distancia, la Ministra Orth seguía luchando con su varáctilo para controlarlo.

A Obi-Wan ni siquiera le faltaba el aire.

—Entonces, maestro —dijo mientras guardaba su sable—. ¿Hay más eventos futuros relacionados con la coronación que sean así de emocionantes?

—Lo dudo. —Qui-Gon no aprobaba la arrogancia de su padawan, pero dejó que disfrutara del momento mientras pudiera. Era algo poco importante en vista de que, si cualquiera de esos disparos le hubiera dado a la princesa, estaría muerta para ese momento.

«Animales. Monstruos». Averross se obligó a pensar en esos términos porque se había esforzado mucho en quitarse el hábito de lanzar groserías desde el momento en que llegó a ayudar a Fanry, que en aquel entonces tenía seis años. Pero las vulgaridades de una docena de mundos amenazaban con brotar en cualquier instante.

¿Qué tenían el tratado, la coronación o *cualquier cosa* relacionada con Fanry que pudieran hacer que la Oposición quisiera asesinar a una niña?

Averross colocó las manos sobre los hombros de la princesa y endulzó su voz lo más que pudo.

—Óyeme, pequeña. ¿Estás segura de que estás bien?

Con valentía, ella asintió.

—Solo me raspé la rodilla cuando me deslicé de mi varáctilo.

—No estaba hablando de tu piel. —Rael se refería a su alma, aunque agradecía no haberlo dicho en voz alta. Era probable que Fanry conociera más del lado cariñoso de Averross que cualquier otra persona viva, pero no quería anunciarlo ni siguiera frente a ella.

Como era obvio, ella entendió.

—Estoy bien. Creo que deberíamos haber esperado esto.

—No deberías tener que esperar que la gente te ataque en medio de un ritual sagrado —respondió Averross, aunque sabía que la chica tenía razón. Ahora no podían permitirse dar nada por sentado. No había nada a lo que la Oposición no se rebajara. Ningún momento en que pudiera siquiera relajarse y suponer que Fanry estaba segura.

Qui-Gon los alcanzó. Su expresión era seria.

—Supongo que está bien, su Alteza Serenísima. —Cuando Fanry asintió, el Jedi continuó—. Esto es mucho peor de lo que pensábamos.

—Sí, porque esos desgraciados no se detendrán ante nada… —Averross se obligó a callar antes de que empezara a lanzar groserías que le derretirían los inocentes oídos a la princesa.

—Sí, son implacables —coincidió Qui-Gon— pero no es eso a lo que me refiero. Revisé las medidas de seguridad junto contigo, Rael. Los establos y los terrenos de caza se protegieron ampliamente con droides, centinelas automatizados y guardias humanos.

—Incluso contratamos a unos cuantos mercenarios rodianos y los ubicamos en los bosques lejanos —dijo Rael—. Pero de cualquier modo, alguien tuvo acceso al droide presa.

Qui-Gon bajó la voz.

—Por lo tanto, solo pudo ser alguien dentro de palacio quien lo saboteó.

Esa verdad golpeó a Rael con la fuerza de un puñetazo. No podía respirar ni moverse, porque el mayor peligro para Fanry venía de alguno de sus propios cortesanos o guardias.

De un traidor.

—¿Piensa que es alguien de mi propia gente? —le preguntó Fanry a Qui-Gon mientras sacudía la cabeza, incapaz de dar crédito—. Todos han estado conmigo toda mi vida. Ninguno de ellos intentaría matarme; nunca lo harían.

—Le lanzaron un dardo cercenador —afirmó Rael— y cualquiera que lo haya hecho, sabía lo que significa esa arma para mí. No me gusta más que a usted, princesa, pero tenemos que afrontar los hechos. Hay un traidor entre nosotros.

Un traidor que iba a estar muy, pero muy, arrepentido durante el breve periodo que le quedaba de vida.

Fanry parecía como si no supiera si reír o llorar. Cady le colocó un grueso chal sobre los hombros y la alejó de allí, sin duda para que tomara un poco de agua, se tranquilizara y descansara.

Averross se quedó mirando al grupo que los rodeaba, preguntándose cuál de esos individuos podría ser lo bastante frío como para traicionar a la niña que colocó su confianza en todos ellos.

La escena era casi patéticamente cómica. Orth seguía bamboleándose arriba de su varáctilo, demostrando la pésima jinete que era. Uno de los nobles se quejaba de que su camisola se había roto y revelaba todo el forro de satín dorado que ahora era demasiado ordinario como para ponérselo en cualquier lado porque era grotesco. Por lo menos el Capitán Deren hacía algo útil al desarmar por completo el droide, incluyendo sus engranajes, alambres y paneles, pero el resto de la corte de Pijal se distinguía principalmente por su absoluta estupidez.

«Cuando menos sé que hay dos personas aquí que no la traicionarían», pensó Averross mientras seguía a Qui-Gon hasta donde estaba Obi-Wan.

—Tal vez deberíamos examinar los mecanismos del droide —le estaba diciendo el chico a Qui-Gon, pero se calló al ver que Averross se acercaba—. ¿Cómo está la princesa?

Averross soltó un profundo suspiro y se limpió el sudor de la frente con el dorso de su sucia mano.

—Quiere demostrar valentía, pero esto la conmocionó.

—No es sorpresivo —dijo Qui-Gon—. Tendremos que revisar de inmediato las grabaciones de seguridad.

—Cualquiera que sea lo bastante listo como para reprogramar al droide presa es suficientemente inteligente como para reprogramar las terminales de seguridad —murmuró Averross—. Pero de todos modos vamos a revisarlas. Si vemos siquiera una sombra, juro por el Templo que la seguiré hasta dar con el desgraciado que trató de lastimarla.

Qui-Gon permanecía casi endemoniadamente calmado. Era fácil estar tranquilo cuando no te importaba casi ninguno de los involucrados.

—¿Pudiste ver a alguien cuya presencia no pudieras explicar? ¿Tal vez alguien que creíste un centinela, pero que estaba en un lugar que no estuviera aprobado de antemano?

—¿Piensas que no lo habría mencionado si así fuera? Estaba demasiado ocupado salvando a Fanry como para contar cabezas.

Averross notó que Qui-Gon y Obi-Wan intercambiaban miradas. La mayoría de los Caballeros Jedi considerarían su deber recordar todos los detalles posibles de una importante batalla o escaramuza, para analizarlos y extraer la máxima información. Pero cuando Rael Averross estaba en una pelea, se dedicaba a pelear. Y tampoco iba a permitir que ningún padawan se burlara de él. Entonces volteó hacia el chico.

—¿Eso te parece bien?

Los ojos azules de Obi-Wan se abrieron al máximo.

—Este, yo… lo único que pensaba… bueno, obviamente protegió con mucha habilidad a la princesa.

Recordaba que solía divertirle desconcertar a los padawans de ese modo. Hubo un tiempo en que bromeaba así con Nim, pero quizá ese no era el tipo diversión que necesitaba repetir.

Entonces gritó a todos los asistentes.

—¡La Gran Cacería terminó! Ahora regresen a sus habitaciones y estén disponibles para que los interroguemos. *Nadie* sale del complejo del palacio sin mi permiso expreso. ¿Me entienden?

Los diversos nobles asintieron, murmurando entre ellos mientras arrastraban los pies hacia sus varáctilos, obviamente alterados y decepcionados en la misma medida. Qui-Gon y Obi-Wan ya estaban regresando y conversaban. Y a la distancia, el Capitán Deren hacía un valiente esfuerzo por bajar a la Ministra Orth de su silla.

—

—¿Segura de que no está herida, su Alteza Serenísima? —preguntó Cady.

Fanry asintió, aunque uno de sus tobillos le punzaba cada vez que se paraba en él. Sin importar que tuviera allí, no era lo bastante malo como para requerir la ayuda de un droide médico. Además, quería estar sola para pensar.

La expresión del rostro de Rael Averross permanecería con ella durante un tiempo. Ya antes había visto asomos de ese tipo de culpa y melancolía, pero solo cuando hablaba de Nim Pianna, la padawan que murió. Fanry nunca espero verlo así de asustado por *ella*.

Pero no había nada que temer. En ese momento, la princesa se negaba a ceder a las distracciones o a las dudas. La ceremonia ocurriría muy pronto y Deren estaría allí para protegerla, Orth y Col la vigilarían, e incluso Cady la ayudaría. Todo seguiría de acuerdo con el plan.

Un pequeño estremecimiento de incertidumbre recorrió su cuerpo, pero Fanry lo reprimió. Era posible que la timidez fuera algo adecuado para las pequeñas princesas que seguían cubriéndose el pelo, pero no para una reina.

—

Qui-Gon ayudó a los diversos jinetes a recobrar la calma después de la cacería, perdiéndole el rastro a Obi-Wan durante ese tiempo. Al final lo encontró en los establos, parado en el pesebre de su varáctilo y rascándole distraídamente el cuello.

—Creo que te estás convirtiendo en un jinete —le dijo.

—¿Maestro? —Obi-Wan levantó rápidamente la vista—. No creo… bueno, sí, me gusta montar mucho más de lo que esperaba, pero… necesita ver esto.

«Dejó que Rael lo alterara», pensó Qui-Gon mientras entraba en el pesebre del varáctilo. «Necesita defenderse mejor que eso».

Luego vio que su aprendiz sostenía una datapad y que en la pantalla había imágenes del droide cangrejo saboteado, o de lo que quedaba de él. *Eso* era lo que lo había perturbado.

—¿Descubriste algo?

—Me temo que no gran cosa. Pero quería que viera esto. —Amplió un área donde se podía ver una especie de dispositivo de escudo que era totalmente desconocido para el maestro—. ¿Sabe de algún escudo como este?

—No, nunca vi nada parecido. No soy experto en armas, pero eso definitivamente no es común. —Tomó la datapad—. El escudo no se conecta con la fuente principal de energía. ¿Qué había en su celdilla?

—Según Deren, se destruyó. Su equipo no encontró nada más que cenizas. —Obi-Wan parecía avergonzado—. Yo, mmm, tal vez lo atravesé con mi sable cuando se cayó.

Qui-Gon le tocó brevemente un hombro.

—Está bien. No pudiste haberlo sabido. —El escudo debió estar centrado en el cuerpo del droide, no en sus patas, donde Qui-Gon lo había penetrado. Cuando empezaron a fallar los sistemas, el escudo perdió potencia y, claro, con el tiempo un sable de luz acabaría penetrando cualquier escudo.

—También hay otra cosa. Deren sigue revisando las grabaciones de seguridad, pero hasta el momento solo encontraron una imagen de interés. —Obi-Wan la abrió en la pantalla.

Allí, en medio de un matorral en una estrecha quebrada, se veía el perfil de un humano, agachado y sosteniendo algo que podría ser una conexión remota con el droide. La imagen revelaba poco, pero Qui-Gon pensó que un elemento de la imagen no era un truco de la oscuridad nocturna.

Lo único que sabían sobre el atacante era que estaba totalmente vestido de negro.

CAPÍTULO DIECINUEVE



—No entiendo por qué simplemente no nos vamos —se quejó Pax mientras se estiraba sobre la larga banca acojinada en la sala de descanso del *Meryx*—. A partir de ayer, y gracias a mis ejemplares habilidades de negociación, logramos una ganancia en nuestro viaje a Pijal. Además, si dejáramos el sistema, ¿crees realmente que los Jedi van a desperdiciar el tiempo persiguiendo a dos ladrones de joyas en lugar de dar con los terroristas? —Desde donde estaba sirviéndose una taza de té chandrilano, Rahara le lanzó una mirada fulminante. Pax suspiró—. Bueno, está bien, dos «comerciantes independientes de gemas no registradas».

Esperaba tener una conversación duradera y algo acalorada que les salvara del aburrimiento durante el tiempo que tenían que esperar a los Jedi. Eso también haría que las mejillas de ella se sonrojaran, si la hacía enojar lo suficiente. Él sabía que lo que había dicho no era tanto como para irritarla, pero al parecer era frecuente que, quisiera o no, lo acabara haciendo. Así que no había razón para no disfrutar del efecto estético que eso creaba. Pax pensaba que las discusiones eran un pasatiempo.

Rahara solo se encogió de hombros.

—Les hicimos una promesa a los Jedi y a mí me gusta cumplir con mis promesas. Además, si Czerka está en alerta máxima, preferiría no movernos por el momento. Lo mejor será irnos cuando estén desprevenidos.

Era decepcionante. Había declinado su invitación a una discusión vigorosa. En apariencia, «disgustarse» era un mal hábito que se suponía que él debería evitar, así que se resistió a la necesidad. No pudo evitar, sin embargo, acordarse con cariño de la nave donde se crio y donde todo tenía mucho más sentido.

—

—Por todos los cielos —dijo Z-3PO cuando encontró a Pax, que tenía cinco años, oculto en el casillero de equipaje—. ¡Es un niño! Un humano y ¡está vivo! ¿Qué hemos de hacer?

El droide G-3PO que tenía el revestimiento de cobre, se inclinó para estudiar a Pax. El niño estaba demasiado aterrorizado todavía como para hablar.

—¿Estás segura de que es humano? Se ve muy pálido.

Z-3PO giró su tronco articulado y mostró más de sus alambres internos.

—¿Estoy segura? Debes saber que me programaron para reconocer a más de treinta mil especies conscientes. ¡Por supuesto que puedo identificar a un ser humano!

Eso provocó que G-3PO se tambaleara unos cuantos pasos hacia atrás.

—¡Qué grosera! ¿Así me agradeces que trate de ayudarte a identificar un polizón?

—¿De qué están discutiendo ustedes dos? —preguntó B-3PO, el droide azul y plateado, mientras caminaba hasta la pequeña bodega—. ¡Válgame, es un humano!

—Te lo dije —dijo Z-3PO.

—

… y así fue más o menos la vida diaria de Pax desde que tenía cinco años hasta que cumplió veinte, cuando finalmente los encontró una nave crucero de la República. Se volvió el centro del universo de los droides, el único humano a bordo en medio de ochenta y tres droides programados para servir a los humanos y a otros seres sensibles. Lo que le desconcertaba era el hecho de que ahora no parecía ser el centro del universo de nadie más. Excepto, por supuesto, del suyo propio. Los droides estaban encantados de que los hubieran rescatado porque estaban listos para volver a trabajar y eso convenció a Pax de que tampoco debería sentirse triste. En realidad, según su opinión, todos los seres debían comportarse más como los droides de protocolo. ¿Qué tenía eso de malo?

En apariencia, tenía muchas cosas malas, pero Pax no tenía la intención de cambiar su modo de ser para adaptarse al universo. Si el universo quería que congeniara más, tendría que cambiar para adaptarse a él.

El golpeteo en la escotilla del *Meryx* lo asustó. Luego le provocó enojo. Fue a abrir la puerta murmurando entre dientes.

—Si tan solo alguien hubiera inventado los intercomunicadores, nadie tendría que tocar como un primitivo.

La escotilla se deslizó y aparecieron Qui-Gon Jinn (firme y afable) y Obi-Wan Kenobi (pequeño, enjuto y curioso).

—Perfecto —dijo Pax—. Justo lo que necesitaba esta mañana.

—Ayer hicimos el arreglo de regresar al origen de esas extrañas señales de vida —le indicó Qui-Gon, de manera odiosa según opinión de Pax, aunque el Jedi tenía razón—. ¿Usted y la señorita Wick están listos para el viaje?

—¿Listos? No. ¿Tenemos opción? Tampoco —contestó y luego suspiró.

—Muy bien, entonces vámonos.

—

«El dardo cercenador. El droide cangrejo».

Alguien quería matar a Fanry. Alguien quería arruinar el futuro de todo el planeta de Pijal y ese alguien también quería asegurarse, qué duda cabe, de dañar a Averross al mismo tiempo.

«Halin Azucca debe suponer que no me preocupan Pijal o Fanry», meditó Averross mientras caminaba por los terrenos del castillo al amanecer, con sus viejas botas cubiertas de lodo. «O sí me concede el suficiente crédito como para creer que me preocupan y está

tan furiosa que no le importa. Quiere convertirlo en un asunto *personal* y solo la Fuerza sabrá por qué».

Bueno, si Azucca quería una revancha, la tendría. Tomó su intercomunicador y llamó:

—¡Deren! —Era obvio que el capitán ya estaba despierto—. Necesitamos revisar los procedimientos.

—A sus órdenes, Lord Regente —respondió, pero su voz no venía del intercomunicador, sino de unos cuantos metros y ahora caminaba directamente hacia él. La capacidad que ese hombre tenía para estar disponible en el momento oportuno era asombrosa, exactamente como debería ser para un capitán de la guardia. Pero, entonces, ¿por qué no estaba aplicando esa previsión cuando se trataba de los atacantes de Fanry?

Averross refrenó su irritación.

—Pudiste haberme dicho que ibas a venir aquí para examinar el lugar.

—Perdón, Lord Regente. Creí que eso era lo que usted esperaría. —Inclinó la cabeza—. *Sí* le avisé al Maestro Jinn, para que él y su aprendiz pudieran regresar a sus investigaciones en la luna. Pero de todos modos debí avisarle a usted, aunque sea para que no sintiera la necesidad de explorar los terrenos usted mismo.

—El que ambos hagamos el mismo trabajo no necesariamente le sirve a Fanry —respondió Averross—. A menos de que uno de los dos lo esté haciendo mal.

Deren se enderezó y asumió una postura tan firmemente rígida y correcta como siempre, pero Averross podía detectar el dolor en sus ojos.

—Si considera que ya no debería estar al servicio de su Alteza Serenísima…

—Vamos, eso no es lo que quise decir. —Con un suspiro, el Lord Regente guardó su intercomunicador—. Eres la única persona en todo el planeta que puedo asegurar que no quiere ver muerta a Fanry. Confío en *ti* simplemente porque si la quisieras matar, a estas alturas ya lo habrías hecho más de veinte veces.

—Su vida es más sagrada que la mía —respondió solemnemente, del modo en que se hacen los juramentos. Su expresión y comportamiento seguían tan rígidos como si estuviera labrado en un árbol de corteza negra. ¿El tipo llegaba a usar túnicas casuales, trajes de baño o incluso piyama? Averross llevaba viviendo ocho años en el mismo castillo que Deren y ni una vez lo había visto sin el uniforme. Tampoco había visto nunca que ese uniforme no estuviera inmaculado. Jamás escuchó que Deren se dirigiera a él sin llamarle Lord Regente.

La mayoría de las personas que vivían o trabajaban juntas en un espacio tan reducido se habrían vuelto amigas para ese momento. Eso, o enemigos mortales. Deren se mantenía a distancia.

«No, no es Deren», pensó Averross. «Yo. Yo soy el que se mantiene distanciado. Todos los seres humanos en el palacio además de Fanry se aseguraron de ello. Justo como era en el Templo. Como siempre ha sido».

En muchas ocasiones, Dooku le señaló a Rael que su aislamiento era una profecía autocumplida.

—¿No conservas tus propias costumbres en lugar de adoptar las de los Jedi que te rodean? ¿No es más frecuente que te niegues a dar explicaciones? ¿Por qué te sorprende que estés distanciado del resto? —le había dicho. Le gustaba eso de su padawan y siempre lo había alentado, así que Rael había cultivado esa cualidad en sí mismo. Su aislamiento era, cuando menos en parte, obra propia. Sin embargo, la soledad siempre tuvo un lado doloroso.

—No estaba seguro, señor —dijo Deren y levantó el escáner que llevaba en la mano—, sobre qué tipo de búsquedas estaba realizando usted. Yo estaba buscando señales de un elevador de repulsión que revelaran la actividad de un speeder, en caso de que así fuera como estaban entrando y saliendo. Pero si usted estaba haciendo lo mismo, podría…

—Ya hice eso. Revisé los droides de seguridad e incluso lancé sondas para verificar la costa, en caso de que hubieran llegado por medio de sumergibles. Pero nada. Ni siquiera una imagen, excepto esa con el tipo borroso en los arbustos. —Averross estaba intranquilo y sentía tenso cada uno de sus músculos. Nada estaba bien y no lo estaría hasta la firma del tratado, además de que nada era seguro.

Deren inclinó de nuevo la cabeza.

—Le juro, Lord Regente, que ya hice todas las búsquedas antes y lo haré de nuevo, personalmente.

—¿Qué sientes que está sucediendo aquí? —Sus ojos se encontraron con los de Deren tratando de discernir cómo era el hombre que estaba dentro de ese uniforme—. ¿Qué te dicen tus corazonadas? Olvídate de la evidencia, de la política o de cualquier otra cosa. Lo que quiero es tu *instinto*.

Luego de una larga pausa, Deren respondió.

—Señor, yo obedezco a los procedimientos, no a los instintos.

«Como si me dieran en las narices con una puerta de madera de corteza negra».

—Muy bien, correcto. Simplemente… en fin, regresa a lo que estabas haciendo.

De inmediato, el Capitán Deren volvió a sus tareas. Quizá estaba agradecido de no tener que seguir hablando con Averross o tal vez simplemente no le importaba. Lo más probable era que fuera eso último.

Las aves marinas chillaron mientras iniciaban sus vuelos matutinos y planeaban en círculos encima de él. Averross recordó lo que se juró cuando llegó a Pijal y vio a la pequeña Fanry, de apenas seis años y recientemente huérfana, aferrada a su esclava, en completa soledad. La miró y se juró: «Nadie más importa. Nada más importa. Ni el Consejo Jedi, ni los políticos, ni la gloria, ni yo. Solo tú». Pero se estaba volviendo evidente que debería haber hecho más amigos en el palacio. De ese modo, quizá tendría una mejor idea de quiénes eran sus enemigos.

Miró hacia el horizonte. La luna se estaba poniendo y mostraba una delgada franja plateada contra el cielo que se iba iluminando por el sol. Qui-Gon estaba allá arriba, tratando de encontrar a Halin Azucca. Quizá esa perspectiva nueva le permitiría lograrlo.

Deseaba haberlo acompañado, porque la Oposición necesitaba un fuerte golpe. Más fuerte de lo que Qui-Gon sería capaz de permitir. Ese era el trabajo de Averross.

—

—Me gustaría tu opinión —dijo Qui-Gon.

Obi-Wan levantó la vista de los escáneres del *Meryx*.

—Vaya, qué milagro.

La mirada que le lanzó su maestro hizo que Obi-Wan se diera cuenta. «No debí haberlo dicho en voz alta, aunque sea cierto». Pero era posible que Qui-Gon viera que también era cierto, porque solo respondió:

—Tuve un extraño sueño sobre la ceremonia del tratado.

—Espero que no sea una profecía —bromeó el chico, pero luego se le hundió el estómago al ver la expresión de Qui-Gon. No había sido una broma en absoluto.

—Obviamente… obviamente no es una profecía literal —respondió inusualmente tentativo—. Pero me preguntaba si no valdría la pena analizar mi sueño. Tal vez mi inconsciente detectó algunos indicios de los que no me percaté de manera consciente.

El joven padawan pensó que, si finalmente su maestro le pedía su opinión, podría dársela.

—Con toda seguridad tenemos preocupaciones más apremiantes y mejores formas de encontrar una respuesta. El análisis de sueños serían conjeturas, en el mejor de los casos.

Qui-Gon frunció el ceño. Tal vez este sería el inicio de una discusión, así que Obi-Wan se preparó para ella. Luego se sobresaltó al escuchar que los sensores empezaban a sonar.

—Parece que ya llegamos.

—Es el mismo lugar de ayer. —Rahara Wick se deslizó al asiento junto a él y empezó a verificar las lecturas—. Y estoy captando niveles todavía superiores de protones concentrados.

¿Protones? Obi-Wan y Qui-Gon se miraron y su desacuerdo quedó en el pasado. Eso indicaba la presencia de un arsenal: torpedos o misiles, probablemente. Cualquiera que tuviera misiles también tenía otras armas.

¿Habían encontrado finalmente a la Oposición?

—Muy bien, aterricemos —le ordenó Qui-Gon.

Mientras Rahara obedecía, Pax Maripher volteó los ojos al techo. Obi-Wan se preguntó si esa costumbre se debía a que tuviera algún problema médico, pero entonces Pax anunció:

—Lo único peor que te obliguen a buscar a unos guerrilleros es que te obliguen a enfrentarlos.

—No vas a enfrentar a nadie, Pax —dijo Qui-Gon—. Te quedarás en la nave, al igual que Rahara. Eso nos corresponde a mí y a mi aprendiz.

A pesar de todo, Obi-Wan sintió un pequeño asomo de orgullo. «Qui-Gon confía en mí, aunque sea para algunas cosas. Por lo menos me gané eso».

Rahara hizo descender al *Meryx* hasta que la parte inferior del casco rozó sobre las copas de algunos de los árboles. Obi-Wan siguió a su maestro hasta la escotilla, que Rahara ya había soltado. En silencio, Qui-Gon abrió la puerta y los fuertes vientos azotaron la plataforma, por lo que Obi-Wan tuvo que entrecerrar los ojos.

—¿Listo, padawan? —dijo el maestro. ¿Cuántas veces más oiría decirle eso?

Miró a la gruesa nube verde de las copas de los árboles que se mecían abajo. En algún lugar debajo de esas hojas se ocultaba un ejército terrorista que tal vez los estaba esperando.

—Estoy listo, maestro. —Mientras lo decía, saltó de la nave hacia lo desconocido.

CAPÍTULO VEINTE



Qui-Gon saltó junto con Obi-Wan y estableció contacto con la Fuerza para sentir los árboles, cada una de sus ramas y hojas. Intuyó los vientos y el suelo, y se ancló a ellos para frenar su caída. Obi-Wan hacía lo mismo y sus esfuerzos se sentían como una segunda nota en el enorme coro de la Fuerza que los rodeaba a ellos y a otros. A muchos otros.

«Estamos saltando directamente en medio de una unidad militar», se percató Qui-Gon. «Bien».

El sonido de la avalancha de hojas señaló los últimos instantes de la caída. Qui-Gon se posicionó para aterrizar de pie, con las rodillas ligeramente dobladas. No necesitó que la Fuerza le dijera que Obi-Wan estaba haciendo lo mismo.

Luego vino el impacto. El latigazo fue menor y Qui-Gon apenas lo sintió. En ese instante activó su sable de luz y exploró el sitio con sus sentidos para detectar a sus enemigos.

Y sí que eran enemigos. A esa distancia, sus propósitos hostiles los rodeaban con la frialdad de Cadomai.

«Son catorce adversarios: cuatro a la derecha, tres a la izquierda, uno detrás y seis por delante». El maestro se lanzó al frente, al centro de la refriega. Detrás de él, Obi-Wan volteó para enfrentar al enemigo que estaba solo.

«No es lo que yo hubiera hecho», pensó Qui-Gon mientras blandía su sable de luz para bloquear el fuego dirigido hacia él. «Pero sí fue una decisión inteligente. Cuando termine con el atacante, solo nos quedarán tres direcciones de las que preocuparnos, en lugar de cuatro».

Mientras los rayos de los blásteres chisporroteaban alrededor, el maestro atravesó entre la maleza y decidió en silencio que después haría una meditación curativa en el bosque. Alcanzó a su primer atacante vestido de negro y no percibió que hubiera oportunidad de que se rindiera; entonces su sable de luz rebotó contra el hombre.

«¿Qué demonios?».

Qui-Gon compensó el rebote casi al instante y blandió su sable desde una dirección diferente, pero rebotó de nuevo.

Su atacante se rio.

«Tienen escudos», comprendió. Ahora que buscaba percibirlos, pudo detectar un leve destello rojizo que rodeaba los contornos de los soldados vestidos de negro. Pocos combatientes utilizaban escudos individuales porque eran incómodos y consumían mucha energía, además de que tenían un uso limitado contra los sables de luz. Como sea, un golpe del sable conmocionaría y aturdiría a quien lo llevara. Después de eso, en general desarmarlos y eliminar el escudo no tomaba nada de tiempo. Nunca se había topado con

uno tan poderoso como para impedir que el sable de luz tuviera efecto y que, en lugar de ello, empujara al Caballero Jedi hacia atrás.

Un oponente inmune a los sables de luz podía luchar indefinidamente, esperando hasta que uno de los Jedi cometiera un error y se abriera a un ataque. Incluso el mejor Jedi se cansaría a la larga, por lo que era inevitable cometer un error.

—Maestro —gritó Obi-Wan entre el sonido sibilante de los blásteres—. ¡Mi sable de luz tiene algo mal!

—No es tu sable —le respondió Qui-Gon a gritos—. Emprende la retirada de inmediato y corre al sur. —Esa era la dirección más libre posible.

—¡No! Puedo pelear.

—¡Es una orden!

La oleada de decepción y temor que pasó a su lado le hizo saber que Obi-Wan estaba obedeciendo y ahora tenía que asegurarse de que dirigirse al sur le sirviera de algo a su aprendiz. El maestro volteó para que su espalda estuviera contra el árbol más grueso y cercano, de ese modo podría usar un brazo para blandir su sable como arma defensiva y el otro para tomar su intercomunicador y llamar al *Meryx*.

—Necesitamos que regresen.

—Disculpa. ¿Qué dijiste? —De algún modo, la voz de Pax incluso sonaba como la de un droide de protocolo—. ¿Nos están llamando de regreso hacia la pelea? ¿Esa que aparentemente es demasiado feroz como para que la manejen dos Caballeros Jedi?

—No vamos a dejar a nadie, Pax —insistió Rahara Wick—. ¿Dónde necesitan que los encontremos?

—Al sur de donde nos dejaron. Tan cerca como puedan sin ponerse en peligro. Obi-Wan se encontrará con ustedes en un momento.

Qui-Gon dejó caer su unidad de intercomunicación dentro de su túnica, aunque no la apagó antes de poder escuchar que Pax decía:

—No estaba diciendo que los dejáramos, sólo que no deberían suponer que nosotros…

Se volvió a enfocar en el ataque. Era uno contra catorce y sin un arma ofensiva. En consecuencia, la mejor táctica de Qui-Gon era poner a esos combatientes unos contra otros.

Había un árbol cercano muy antiguo y seco, a punto de morir. Qui-Gon se lanzó en picada y rodó por el suelo mientras atacaba su tronco; se disculpó mentalmente con el árbol y lo cercenó con su sable. Con un fuerte crujido, el árbol se derrumbó, lo cual provocó gritos y sorpresa en los atacantes. Solo golpeó a uno y apenas de lado, pero Qui-Gon pudo percibir que abandonaba la pelea con ayuda de otro guardia.

Cayeron dos, nada más faltaban doce.

Se agachó para cubrirse detrás del tronco del árbol caído y colocó una mano sobre el tocón para acompañarlo amorosamente en su muerte. Había aterrizado en medio de sus atacantes, dividiéndolos en dos grupos. «Ahora tendrán que dispararle a alguien que está en medio…».

Avanzó a gatas y usó su sable de luz para desviar los disparos más bajos y sugerir que el blanco estaba en el centro. Escuchó un grito cuando uno de los rayos dirigidos a un sitio más alto hirió a otro guardia. Quedaban once y si no adaptaban su formación, otros también caerían pronto. El fuego amigo podía ser más mortal que cualquier ataque enemigo. ¿Tendrían la inteligencia de detenerse ahora?

—¡Por acá! —gritó alguien, y el maestro pudo escuchar que la voz venía del sur.

Se escondió en la bifurcación de una rama grande y eso le concedió unos instantes para mirar su entorno. El *Meryx* descendía entre los árboles y encontró un estrecho claro, hacia el cual parecía correr Obi-Wan. Pero para entonces los guardias lo perseguían a él y también a la nave, ignorando a Qui-Gon en favor de objetivos más fáciles. Normalmente, su padawan hubiera sido más que capaz de manejar una situación así, ¿pero contra enemigos protegidos contra los sables de luz?

—Maldición —murmuró Qui-Gon mientras se lanzaba en persecución detrás de Obi-Wan.

—

«¿Qué le pasa a mi sable?», pensó Obi-Wan mientras intentaba correr en zigzag entre la maleza del bosque. Qui-Gon afirmó que ese no era el problema, pero no había visto lo ridículo que fue que su sable de luz rebotara contra un combatiente que llevaba un escudo de energía común y corriente.

«Eso es si el escudo *es* común».

No tuvo tiempo para analizar ese pensamiento. El *Meryx* descendía para recogerlo, ejecutando una peligrosa maniobra para todos los involucrados, así que la labor de Obi-Wan era subir de inmediato a la nave y luego averiguar cómo rescatar a su maestro.

Desde su bolsillo pudo escuchar en su intercomunicador la voz de Rahara:

—Nos disparan. Esperen un momento, encontraremos un modo de…

La estática rompió la transmisión cuando un disparo de bláster le dio al casco del *Meryx*. No representó peligro, pero ahora estaban expuestos al fuego enemigo y el ataque solo empeoraría.

Obi-Wan buscó a tientas el intercomunicador y entonces habló.

—Están demasiado expuestos. Olvídense de mí, encontraré un refugio. Vean si pueden cubrir a Qui-Gon.

—¿Cubrir a Qui-Gon? —protestó Pax—. ¿Y nosotros qué? —Pero simplemente se estaba quejando o Rahara lo ignoró, porque el *Meryx* se elevó de inmediato sobre las copas de los árboles y se dirigió al norte.

Pronto su maestro estaría a salvo y ahora tenía que buscar un lugar seguro para sí mismo. Obi-Wan corrió hacia lo profundo de la maleza, con la esperanza de encontrar un sitio de la espesura que le proporcionara barreras reales contra el fuego de los blásteres. El crujido de las hojas y ramitas debajo de sus pies parecía tan fuerte, como si quisiera

indicarles su ubicación a sus atacantes para su conveniencia. «No, no, a ti te suena más fuerte que a nadie más, simplemente sigue».

La arboleda frente a él era más oscura y casi bloqueaba por completo la luz, así que corrió hacía allá pensando que eso le daría la seguridad que necesitaba. Sintió la leve inestabilidad bajo sus pies apenas un instante antes de que el suelo cediera.

Trató de asirse y con una mano rodeó una gruesa rama que salía de un voluminoso tronco. Eso impidió que se precipitara junto con la tierra bajo sus pies, el suelo desprendido y las pequeñas piedras y raíces, todos los cuales caían en un remolino hacia un…

«Es un socavón», pensó. «Y muy profundo. Del tipo de los que nos advirtió Rahara».

El tronco se sacudió en la boca del socavón que se iba ensanchando y el suelo debajo de él empezó a vibrar y aflojarse, amenazando ceder. Cuando eso pasara, el tronco caería llevándoselo también a él.

CAPÍTULO VEINTIUNO



Qui-Gon vio que el *Meryx* se elevaba por encima de los disparos y también pudo observar un extraño temblor entre las hojas y árboles en un trozo distante y oscuro del bosque. Por medio de la Fuerza sintió la caída de Obi-Wan a través del absoluto sobresalto de alarma que pasó directamente desde el corazón de su padawan hasta el suyo.

—¡Es un socavón! —gritó uno de los soldados que los atacaban. Estaban atemorizados y, por lo menos durante un momento, se desorganizaron. Eso le dio oportunidad de comunicarse mentalmente con Obi-Wan.

Se mentalizó y convocó de nuevo a la Fuerza para saltar hasta las ramas más elevadas de un árbol cercano que se meció bajo su peso y que luego se inclinó en dirección opuesta, acercándolo a su padawan. En silencio le agradeció y saltó de nuevo, empleando todo su poder para librar los cinco metros hasta otro de los árboles.

—¡Regresen aquí! —ordenó otro de los soldados, tal vez su comandante—. ¡El socavón tiene un límite! ¡Tenemos al Jedi donde lo queríamos!

Eso era irrelevante. Qui-Gon llegaría hasta su aprendiz y le ayudaría. Después de eso se preocuparía del ataque, no antes.

Por medio de la Fuerza intentó enviar una oleada de tranquilidad y de aliento a su padawan para que se sostuviera, pero no sintió que respondiera con una sensación de alivio. O el chico no lo había percibido o la situación era demasiado extrema como para que su temor se aliviara con tanta facilidad.

A través de las ramas y desde su posición, a varios metros sobre el suelo, Qui-Gon pudo entrever el aprieto en el que estaba su padawan: era la abertura de un socavón tan grande como las fauces de una terrible bestia, con un árbol caído que se estremecía por la turbulencia al borde del hundimiento. Obi Wan estaba colgado de una de las ramas rotas. La tierra y las piedras que se agitaban al fondo del hueco provocaron que un escalofrío recorriera su cuerpo. Si su aprendiz caía allí, el fondo lo devoraría en segundos y lo hundiría de manera inexorable cada vez más profundo bajo el subsuelo, y cada vez más lejos del aire. Por el mero peso y la velocidad del deslizamiento de tierra debajo de él, Qui-Gon no estaba seguro de que ni siquiera Yoda pudiera haberse librado.

«¡Maldita sea una y mil veces!». Se lanzó desde los árboles para impulsarse más cerca del chico. Las hojas sueltas debajo de él lo obligaron a deslizarse hasta que se detuvo, pero cuando menos ahora podía ver directamente el hundimiento. Corrió hacia allí mientras desactivaba su sable de luz. Cuando empezaron a disparar contra él, estableció contacto con los rayos de los blásteres a través de sus sentimientos para evitarlos, sin preocuparse de desviarlos. No necesitaba preocuparse en ese momento de

sus atacantes, excepto para mantenerse vivo el tiempo suficiente hasta llegar al lado de Obi-Wan.

Finalmente se lanzó hacia el claro que se formó cuando los árboles empezaron a resbalar hacia el fondo del socavón. A una distancia de cerca de dos metros, Obi-Wan había logrado subirse hasta la mitad del tronco, lo cual no le servía de mucho ya que ahora el tronco mismo se estaba derrumbando.

Cuando el chico lo vio, sus azules ojos se abrieron azorados.

—¡Maestro! —gritó—. ¡No! ¡Sálvese!

«Este es el chico que creyó que para mí no era digno de ser un aprendiz. El mismo al que le fallé cuando no le hablé sobre el cambio más importante de mi vida y tal vez de la suya. No lo merezco. Nunca lo merecí».

Qui-Gon ignoró las protestas y se tiró de estómago para estabilizarse mejor sobre el suelo tembloroso.

—Voy a jalar el tronco. Simplemente aférrate.

—Pero, maestro…

Qui-Gon alejó su mente de eso y se deslizó lo suficiente como para alcanzar las raíces expuestas del tronco que estaba muerto desde hacía mucho tiempo. Una de ellas había adquirido una textura marchita, muy semejante a una cuerda, pero seguía fuerte. La envolvió alrededor de su brazo izquierdo, desde el hombro hasta la muñeca, y luego enterró los pies lo mejor que pudo en el suelo frágil. Entonces empezó a reptar hacia atrás, arrastrándose con rapidez como una lagartija del desierto sobre la arena y dejando un rastro con sus codos, rodillas y estómago. El tronco protestó con un crujido, pero empezó a deslizarse fuera de la entrada del socavón.

¿El hundimiento se volvería todavía más grande? En ese caso, todos los esfuerzos de Qui-Gon serían inútiles. Sin embargo, percibió que más bien se estaba profundizando, lo cual sugería que los árboles más antiguos y altos que estaban cerca tenían raíces tan profundas que estabilizaban el suelo debajo de ellos. Si podía llegar hasta el límite del bosque, estarían fuera de peligro.

«Bueno», pensó al escuchar que se acercaban las tropas enemigas. «Por lo menos nos libraremos de uno de los peligros».

—¡Está funcionando! —gritó Obi-Wan. El maestro sintió que el ángulo del árbol estaba cambiando y que cada vez estaba menos vertical, hasta que finalmente se colocó en posición horizontal. Siguió tirando de él y arrastrándose sin descanso hasta que llegó al borde del claro. El suelo debajo de ellos era firme y fuerte.

Se levantó sobre sus codos para asomarse por encima del árbol y, del otro lado, se asomó también el rostro cubierto de tierra de Obi-Wan. Cuando sus miradas se encontraron, el chico le sonrió. Qui-Gon no pudo evitar devolverle la sonrisa.

Entonces, un disparo de bláster chocó con un arbusto cercano y le prendió fuego.

—Pasamos de la sartén al fuego —murmuró el maestro.

Obi-Wan se incorporó con dificultades, ignorando los raspones y la sangre que tenía en sus manos y brazos, y encendió su sable de luz, a pesar de que no les servirían de nada para pelear con enemigos protegidos contra ellos.

Sin embargo, ¿qué escudos portátiles habían sido inmunes alguna vez contra los sables de luz? A veces, los droides tenían la capacidad de proporcionarle energía a ese tipo de escudos, pero nunca había visto ningún escudo individual con ese tipo de capacidad. Qui-Gon estaba parcialmente dudoso de lo que había visto antes. Tal vez el desconcierto producido por la batalla lo había confundido. No había cantidad suficiente de experiencia que impidiera que eso sucediera a veces.

—El *Meryx* no es… no puede… —Sin aliento, Obi-Wan simplemente hizo un ademán en dirección a la nave. Debía reconocérseles a Rahara y Pax que siguieran intentando aproximarse para recogerlos, pero los guardias continuaban disparándole a la nave lo suficiente como para mantenerla a distancia. Su vehículo era demasiado chico como para estar en grave riesgo frente al fuego con blásteres.

—Los veo —respondió Qui-Gon. Logró avanzar hasta estar junto al chico, espalda contra espalda para defenderse mejor. No era más que una maniobra dilatoria, porque incluso los mejores Caballeros Jedi solo podían bloquear el fuego enemigo durante una cantidad finita de tiempo. Si los atacantes estaban tan bien protegidos por sus escudos como lo temía el maestro, podían seguir disparándoles a los dos Jedi durante horas, o incluso días, hasta que finalmente uno de ellos no pudiera desviar los disparos y sufriera una herida fatal. El otro no podría sostener la situación por mucho más tiempo.

Obi-Wan lo percibía tan bien como él.

—Maestro —le dijo con un tono de voz que intentaba ser ligero—, supongo que no me dirá por qué impidió pasar de las formas iniciales de duelo con sable, ¿verdad? Es probable que esta sea mi última oportunidad de averiguarlo.

Qui-Gon respiró profundamente.

—Verás, padawan…

Un rayo de bláster voló por el aire, pero desde la dirección contraria a sus atacantes, y luego apareció otro. Los gritos de alarma se generalizaron entre los soldados, junto con exclamaciones de otras personas desconocidas que se acercaban a toda velocidad. Qui-Gon y Obi-Wan intercambiaron miradas y luego se lanzaron simultáneamente al suelo para cubrirse.

—O tenemos nuevos amigos —gritó Qui-Gon en medio del escándalo— o el doble de enemigos.

Obi-Wan logró sonreír.

—Mírele el lado amable. No es como si nuestra situación pudiera volverse peor.

A través de la Fuerza, el maestro percibió que la determinación de sus atacantes se debilitaba y que luego se daban por vencidos. Rompieron filas y corrieron, mientras la furia en sus mentes se iba volviendo cada vez más distante, como nubes de tormenta alejadas por un fuerte viento primaveral.

Los otros que se acercaban a ellos no estaban tan furiosos. Qui-Gon se dio cuenta de que no solo no era así, sino que no estaban enojados en absoluto, sino sorprendidos y asustados, e incluso confundidos.

—¡Nuestros droides cámara nos mostraron la presencia de Caballeros Jedi en esta área! —vociferó una voz humana—. ¿Los mataron o siguen allí?

Qui-Gon miró a su aprendiz, que se encogió de hombros.

«Tiene razón. La situación no es peor».

—Estamos aquí —gritó en respuesta—. ¿Me pueden decir quién nos está buscando?

—¡Primero, entreguen sus armas! —exigió la mujer. Había algo en su voz que le hizo pensar que no había hecho demandas como esas con mucha frecuencia.

—No, no lo haremos. —Qui-Gon mantuvo su tono razonable, pero decidido—. Ni pretendemos rendirnos como sus prisioneros, ni tenemos la intención de tomarlos como nuestros. O salen a donde los podamos ver y hablamos como seres civilizados, o luchamos contra ustedes. Prefiero lo primero, pero la decisión es suya.

Durante unos breves segundos, nadie habló y los únicos sonidos eran los que producían las hojas al agitarse en la brisa y el lejano zumbido de los motores del *Meryx*, donde Rahara y Pax aparentemente trataban de descubrir si era seguro aterrizar. Qui-Gon también intentaba averiguarlo.

Finalmente, la mujer habló, ahora más tranquila.

—Muy bien. Bajaremos nuestras armas y ustedes hagan lo mismo.

Obi-Wan parecía escéptico, pero Qui-Gon asintió. Podía percibir la sinceridad de la mujer.

El maestro deslizó su sable dentro de su cinturón y se incorporó, con Obi-Wan detrás de él. A través de los arbustos, pudo ver a varios humanos que se acercaban. Todos estaban vestidos con ropas en diversas tonalidades de verde. No llevaban overoles prácticos ni uniformes; algunos incluso habían decorado sus vestimentas con trozos de encaje y parches de terciopelo. Se les podría confundir con actores de teatro, si no fuera por las cartucheras que portaban, pesadas por los blásteres y otras armas que llevaban en las fundas.

Después de todo, sí eran actores. Probablemente la única compañía teatral de la galaxia que se convirtió al terrorismo.

Su líder parecía ser la mujer que caminaba hacia él. Dada su resonante voz, le sorprendió darse cuenta de que en realidad era bastante pequeña de estatura, de unos cuantos centímetros menos que Obi-Wan. Tenía la piel morena, con un tono rojizo profundo, y llevaba atado el cabello negro en pequeños chongos que cubrían toda su cabeza. Las líneas de expresión sugerían que sonreía ampliamente, cuando llegaba a hacerlo, y que, cuando menos en el pasado, lo hacía con frecuencia. En ese momento, la principal emoción que percibía en ella era desconcierto.

Cuando finalmente entró en el claro, estaban apenas a dos metros de distancia. Mientras se sacudía la tierra del pelo, Qui-Gon se dirigió a ella.

—¿Podemos saber a quién le debemos nuestra salvación?

La mujer soltó un resoplido burlón que no era una risa propiamente dicha, pero tampoco una negación. Si podía lograr que asumiera el crédito del rescate, eso acercaría la situación a convertirse en un *verdadero* rescate.

—Me llamo Halin Azucca —respondió señalando a la gente que la rodeaba—. Somos la Oposición y querríamos saber por qué nos están incriminando.

CAPÍTULO VEINTIDÓS



—Síganme —dijo Halin Azucca, y apuntó hacia el bosque.

Eso quería decir que probablemente la base de su grupo estaba justo en la dirección contraria. Qui-Gon tomó nota mental de ello para más tarde.

Manejarse en una situación turbia como esa siempre era complicado. Entendía que él y su aprendiz no eran realmente prisioneros, pero que necesitaban comportarse como si lo fueran.

Ambos caminaron a unos pasos detrás de Halin, con una actitud tan indiferente como si simplemente estuvieran de paseo, pero siempre alertas de los demás miembros de la Oposición que marchaban a su lado y detrás de ellos. El maestro notó que varias personas del grupo sostenían sus armas con torpeza, como si nunca las hubieran entrenado a utilizarlas o como si se sintieran profundamente incómodas de estar armadas. «Qué raro para un ejército guerrillero, aunque sus comienzos hayan sido como un grupo de actores. Tal vez Halin Azucca está diciendo la verdad sobre que los están incriminando».

Se requerían más de unos cuantos blásteres mal empuñados para convencer a Qui-Gon de la inocencia de la Oposición. Sin embargo, el contraste entre estos improbables soldados y las figuras vestidas de negro que los atacaron era evidente.

El intercomunicador de Qui-Gon sonó con la voz de Rahara Wick.

—Oigan, ¿están bien?

Varios miembros de la Oposición se quedaron inmóviles con evidente alarma, pero Halin Azucca lo miró a los ojos sin exhibir ninguna emoción.

—¿Es una nave de palacio? ¿Son tropas oficiales?

—No —respondió Qui-Gon—. De hecho, son ladrones de joyas.

El instante de incredulidad en sus ojos se convirtió en diversión.

—Deben estar diciendo la verdad, porque es demasiado raro como para ser mentira —asintió y le indicó con la mano que tenía permiso de contestar, así que el Jedi tomó su intercomunicador.

—Estamos bien.

—Qué bueno —contestó Rahara—. Estábamos preocupados por ustedes.

Pax se metió en la conversación.

—Como podrán ver, si los matan a los dos aquí, seremos los principales sospechosos.

—Sin duda —respondió Qui-Gon—. Por el momento, manténganse en posición y estaremos en contracto en el momento en que necesitemos que nos recojan.

—Entendido —dijo Rahara y con eso se despidió.

—Recuérdeme por qué no trajimos una nave de palacio —le murmuró Obi-Wan, pero Halin le respondió antes de que su maestro pudiera hacerlo.

—Si hubieran llegado en una nave de palacio, no podríamos haber sabido si pertenecían a las tropas de Deren o incluso si eran operativos de Czerka que venían a capturarnos. Hubiéramos tenido que dispararle a la nave de palacio o hacer el intento. Pero, si son ladrones de joyas, no van a informar de nuestra ubicación, ¿no es cierto? No podrían entregarnos sin entregarse al mismo tiempo.

Obi-Wan parpadeó y Qui-Gon sonrió levemente. Tal vez su padawan estaba empezando a darse cuenta finalmente de las ventajas de no seguir las reglas al pie de la letra.

Después de varios minutos, su grupo llegó a un área más escabrosa e irregular al lado de una colina. La entrada de una de las muchas cavernas de la luna estaba casi oculta entre las enredaderas. Halin les indicó con una seña que entraran.

—Los guardias de negro todavía no encuentran esta, pero solo es cuestión de tiempo.

—¿Guardias de negro? —preguntó Obi-Wan mientras fruncía el ceño.

—Así les decimos; son las tropas con uniforme negro que los atacaron —respondió la mujer.

Los Jedi compartieron una mirada. Ambos recordaban la figura oscura que habían detectado la noche de la Gran Cacería.

—También nos atacaron. Al principio pensamos que podrían ser operativos de Czerka, pero los guardias de negro igual derribaron un par de naves de la corporación. Nadie sabe quiénes son o de dónde vinieron, pero apostaría un millón de créditos que son los que están detrás de todo esto. Bueno, en todo caso, de los sucesos más recientes.

Qui-Gon detectó la confesión que había dejado escapar.

—Lo más reciente —repitió—. ¿Pero no todo?

Los miembros de la Oposición se miraron entre sí y Halin suspiró.

—Vamos. Déjenme mostrarles lo que tenemos.

—

La caverna no tenía luces ni almacenes de equipo, nada que contradijera la idea de Qui-Gon de que esta no era una de sus bases. Sin embargo, un par de cantimploras y unas cuantas colchonetas se habían juntado en un semicírculo lo bastante cerca de la entrada de la cueva como para tener un poco de luz. Entonces era un escondite; un lugar para reunirse en caso de urgencia. Unas cuantas velas de meditación gatalentanas estaban colocadas en un nicho. Eso significaba que alguien había tratado de encontrar un poco de paz en ese lugar.

Él y Obi-Wan se sentaron en un par de las colchonetas mientras Halin manipulaba un antiguo droide astromecánico. Finalmente logró que reprodujera hologramas de una función de danza en las afueras de un templo y en la que Halin Azucca hacía piruetas en medio de la escena. Otros varios miembros bailaban junto con ella frente a una multitud.

—Este es el tipo de cosas por las que nos unimos —dijo Halin. Su expresión era nostálgica—. Arte político. Actos que elevaran el espíritu al mismo tiempo que

informaban al público. Escenificábamos presentaciones en sitios públicos, hacíamos inocentadas o lo que fuera para atraer la atención. Pero jamás lastimamos a nadie. Eso es lo último que querría cualquiera de nosotros.

—Y, sin embargo, la violencia escaló hasta la colocación de bombas —indicó Obi-Wan.

—¡No fuimos nosotros! —dijo en tono de sorna uno de los miembros más jóvenes de la Oposición—. Vean, él es Reckly, es baterista; él, Bajjo, enfoca las lentes de sus ojos para crear hologramas abstractos; yo me entrené como titiritero. ¿De verdad creen que sé cómo construir una bomba? ¿Que alguno de nosotros lo sabría? Somos artistas.

—Artistas con armas —añadió Qui-Gon.

—Juntamos algunos blásteres después de que tuvimos que huir, pero solo para protegernos —insistió Halin—. Los primeros ataques violentos nos asustaron tanto como a ustedes. Cuando las fuerzas de seguridad dijeron que éramos responsables fue tan absurdo. Algunos quisieron entregarse, simplemente para probar su inocencia, pero yo no lo permití. Pensé que Czerka podría presionar al gobierno para declararnos culpables aunque no tuvieran evidencias. Pero mientras más tiempo nos quedamos ocultos, más atrocidades se acumularon. Entonces probar nuestra inocencia pasó de difícil a imposible. Además, quien sea que esté haciendo esto, ni siquiera está bajo sospecha porque el gobierno está totalmente seguro de que somos terroristas.

Qui-Gon podía sentir su sinceridad. Incluso sin la Fuerza, hubiera sabido que sus palabras se ajustaban mejor al patrón de ataques que cualquier otra teoría que pudieran haber enunciado hasta el momento. Las operaciones iniciales, bien enfocadas y sin derramamiento de sangre, contrastaban ostensiblemente con los ataques más mortales que ocurrieron después. Tenía lógica que fueran obra de dos grupos independientes en lugar de uno solo.

Sin embargo, había algunos elementos que no quedaban claros.

—Continuaron con sus bromas pesadas después de iniciar los ataques terroristas, incluso después de que se culpó a la Oposición. Eso simplemente alentaría la idea de una relación entre ustedes y los llamados guardias de negro.

—Acaban de hacer una de sus jugarretas apenas hace un par de días —interpuso Obi-Wan—. ¿Creyeron que el globo afuera del palacio le haría algún bien a su causa?

Todos los miembros de la Oposición sonrieron, se rieron, o ambas cosas. El titiritero le estrechó la mano a Halin cuando dijo:

—¿Eso funcionó? Vaya, fantástico.

Pero ahora Qui-Gon entendió.

—Arreglaron muchas de esas inocentadas con semanas o incluso meses de anticipación.

Halin asintió.

—Es más fácil colocar las cosas cuando los de seguridad no están mirando. Exploraron las áreas en busca de armas, pero no del tipo de cosas que plantamos, como hologramas y anuncios.

—Y globos —añadió Qui-Gon con un suspiro. Ahora tenía que probar la inocencia de un grupo de artistas interpretativos y recordó las palabras de la Canciller Kaj: *La galaxia es grande y extraña*.

Obi-Wan seguía receloso.

—Para ser un grupo político, no hicieron muy buen trabajo en cuanto a transmitir su mensaje, porque es bastante confuso.

—¡No lo es! —insistió la líder—. Si observan nuestra obra, pero solo a nuestra verdadera obra por sí sola, es perfectamente claro que protestamos contra el Tratado de Gobernanza. No les da una representación justa a los ciudadanos lunares y cede todavía más del poder del gobierno a la Corporación Czerka. Pero juntaron nuestro trabajo con el de los guardias de negro, lo cual hace que nadie entienda lo que queremos decir.

Se le ocurrió a Qui-Gon que Halin Azucca había analizado con más precisión los ataques de los guardias de negro de lo que incluso lo había hecho el palacio, porque era la única que sabía los actos que la Oposición sí había cometido.

—¿Detectó algún patrón en los ataques de los guardias de negro? —preguntó—. Este es su mundo, su sistema. Es posible que haya visto un significado que nosotros no podemos ver.

—Lamento decepcionarlo —dijo Halin con un fuerte suspiro mientras se sentaba en otra de las colchonetas—. No podemos encontrarle ninguna lógica. A veces, sus objetivos lucen deliberados, otras, aleatorios. La única cosa que notamos es que, al parecer, no están atacando las naves de palacio. Eso es extraño, en vista de que el palacio es la autoridad última en este planeta, por lo menos hasta la maldita ceremonia del tratado. Pero, de nuevo, eso solo pasa aquí en la luna, donde los guardias reales tienen menor presencia. Hasta donde sabemos, bien podría ser que los guardias de negro estén atacándolos constantemente en Pijal y que el palacio lo mantenga oculto, si así fuera.

—Sí atacaron el palacio —respondió Obi-Wan—. De hecho, hicieron dos intentos por asesinar a la Princesa Fanry.

Los murmullos de consternación se generalizaron entre los miembros de la Oposición, despertando con ello la curiosidad de Qui-Gon.

—Se notan preocupados por el bienestar de su Alteza Serenísima —dijo—. Además, expresaron su desagrado con el próximo Tratado de Gobernanza, pero sospecho que no son monárquicos.

Halin se sentó más derecha, con un asomo de algo parecido a la esperanza en su mirada. Qui-Gon se preguntó cuánto había estado esperando a que alguien le preguntara cuál era su lado de la historia o de encontrar a alguien que pudiera estar dispuesto a creerle.

—No, no somos monárquicos —comenzó—. La mayoría no nos oponemos a la idea de una monarquía constitucional, pero quisiéramos representación democrática.

—Entonces, ¿por qué se oponen a la idea de una Asamblea? —preguntó Obi-Wan.

—No nos oponemos a la idea —dijo Halin—. Nos oponemos a la realidad, según queda establecida en el Tratado de Gobernanza. ¿Ya leyeron el documento completo?

—Por supuesto —contestó Qui-Gon—. Al igual que mi aprendiz y el equipo de la canciller en Coruscant, y todo parece en orden.

La expresión de Halin se ensombreció.

—No todo es lo que parece.

La terminología legal era difícil de recordar con exactitud y, en tales asuntos, la precisión era importante.

—Por favor, explíqueme.

—La Asamblea suena como una fantástica idea, pero cuando se analizan los detalles, uno se da cuenta de lo chapucero que es en realidad este Tratado de Gobernanza. Solo se da una representatividad simbólica a los ciudadanos de la luna de Pijal, aunque constituyen un cuarto de la población del sistema.

En efecto, los documentos decían que la luna estaba «escasamente poblada» y los registros del censo parecían respaldarlo. Sin embargo, Pijal, con sus dispersos continentes islas, sin duda tenía menos habitantes que el promedio de los planetas del mismo tamaño.

—¿Por qué se ocultaría la población real de la luna? ¿Y quién tendría el poder para hacerlo?

—Czerka —respondió Halin sin ofrecer mayor explicación, pero no necesitaba hacerlo. Qui-Gon había visto por sí mismo la influencia que tenía Czerka en ese planeta. Los esfuerzos mineros de Czerka afectaban mucho más a la luna que a Pijal mismo, y la corporación se había asegurado de que los líderes del planeta, y más recientemente, Rael, nunca tuvieran que ver cara a cara los peores aspectos del daño que causaban. Para ese momento, los ciudadanos lunares estaban mejor enterados. Esa era precisamente la razón por la que Czerka se esforzaría en impedir que adquirieran mayor representatividad.

—Entonces quieren la representación adecuada —dijo Obi-Wan—. ¿No trataron de seguir los canales políticos normales para sus protestas? Es decir, ¿antes de recurrir a… la danza?

—Lo intentamos —respondió Halin—, y de lo mucho que nos sirvió. El Lord Regente no quiso siquiera escucharnos. Piensa que cualquier oposición al tratado es un ataque personal contra la princesa. Es eso, o es demasiado arrogante como para admitir que podría haber cometido un error. Es la típica arbitrariedad de los…

Dejó la frase en suspenso de un modo que a Qui-Gon le hizo sospechar que la palabra que estaba a punto de salir de su boca sería *Jedi*.

—Rael Averross es fiel a la princesa —dijo—. Es posible que eso afecte su juicio. —Qui-Gon no tenía ninguna duda de que el ego de Rael también podría tener un papel en su obstinación, pero no era un asunto que se pudiera discutir con personas ajenas.

Halin asintió, agradecida de tener una salida discreta.

—Claro. Eso sería lógico. Pero lo que no tiene sentido es el hecho de que este tratado no beneficia a la luna *ni* al planeta tanto como beneficia a la Corporación Czerka.

Obi-Wan parecía confundido.

—Aunque la corporación no se menciona en el tratado.

—Claro que no —respondió ella—. Pero existen cláusulas que le conceden autoridad a la Asamblea para «renovar todos los contratos relacionados con industrias privatizadas, así como con el uso de suelo de dichas industrias». Tal vez eso no parezca tan ominoso hasta que uno se da cuenta de que *todos* esos contratos son para Czerka. Así ha sido por siglos, aunque Czerka afianzó su dominio durante la Regencia. Luego dice: «Esto se preservará como el sol preserva a la luna».

—Pensé que eso era simplemente lenguaje ritual —admitió Qui-Gon.

—Sí lo es —contestó Halin—, pero no tiene nada de «simple». Solo un nativo de Pijal lo entendería; en nuestras leyes, esa frase significa «por siempre jamás». Lo cual quiere decir que es absolutamente irrevocable, sin importar cuáles leyes se aprueben después. En otras palabras, aunque la Asamblea puede renovar los contratos, no tiene el poder para cancelarlos.

Obi-Wan entendía mejor los detalles legales de lo que Qui-Gon pudo hacerlo alguna vez, y ya había llegado a una conclusión.

—Lo que quiere decir es que, si el tratado se firma, la presencia de Czerka en el sistema de Pijal quedará inscrita dentro de la ley de manera permanente.

—Exactamente. —Halin exhaló con fuerza, demostrando su aparente alivio de que alguien cercano a las autoridades hubiera entendido—. Eso sería abominable para nosotros, aunque Czerka no estuviera abusando en forma masiva de su poder.

—¿En qué sentido? —preguntó Qui-Gon—. Mientras más detalles nos den, mejor.

—Una de las «industrias privatizadas» de las que Averross dejó a cargo a Czerka es el sistema penal —indicó Halin—. Hace una generación, el sistema de Pijal rara vez recurría a sentencias prolongadas de cárcel. Ahora son obligatorias para una larga lista de delitos, incluso menores. El mayor número de delitos se castigan ahora con sentencias de por vida a trabajos forzados.

—Esclavos —afirmó Qui-Gon al momento en que captó por completo la idea—. Quiere decir que Czerka se lleva a esa gente y la esclaviza.

Uno de los miembros de la Oposición que estaba vigilando en la entrada de la caverna añadió.

—Y si tienen hijos durante el tiempo que sean esclavos, esos niños también son propiedad legal de Czerka.

—¿Rael Averross ayudó a redactar esto? —Los sentimientos de Qui-Gon acerca de Rael habían sido contradictorios por mucho tiempo, pero nunca imaginó una falta ética tan grande como esa—. ¿Lo aprobó?

—Tiene que ver menos con lo que hizo personalmente que con el hecho de que deja que Czerka haga lo que quiera y no hace ninguna pregunta inconveniente —respondió Halin—. Czerka es poderosa y usa ese poder para apoyar a la princesa. Incluso después del Tratado de Gobernanza, Fanry tendrá la suficiente autoridad para garantizar que Czerka no se tope con ninguna dificultad. Además, *creció* con Czerka. Sus supervisores van a cenar al palacio por lo menos una vez por semana. Sí, Fanry es nuestra princesa

coronada, pero sigue siendo una niña que no tiene la perspectiva de comprender con exactitud lo malo que tiene todo esto.

Obi-Wan asumió una actitud reflexiva.

—Aunque lo averigüe cuando sea mayor, no servirá de nada. Para entonces, los contratos de Czerka serán permanentes de acuerdo con el tratado.

Era posible que Halin Azucca estuviera exagerando parte de esto o que no entendiera por completo ciertos elementos. Sin embargo, Qui-Gon estaba convencido de que la mayor parte de lo que decía era cierto. Había observado con sus propios ojos la omnipresencia de Czerka en el sistema, al igual que lo mucho que el palacio dependía del trabajo de los esclavos. Sin duda, una inspección más detallada del Tratado de Gobernanza confirmaría los peligros mayores.

Rael se esforzaba tanto en proteger a Fanry, y en compensar su falla con Nim, que le estaba fallando a un sistema completo.

—Voy a tratar esto directamente con Averross —le prometió a Halin—. Y con el Consejo Jedi. Posiblemente con la misma Canciller Kaj. Seguramente podemos cambiar esto.

La expresión de la mujer era difícil de interpretar debido a la hololuz parpadeante. Parecía esperanzada, pero también insegura.

—Si alguien puede hacerlo, esos son los Jedi.

—La canciller y el consejo querrán enterarse también de los guardias de negro —añadió Obi-Wan—. Pero no estamos más cerca de descubrir quiénes son.

—Si tratan de interferir con el proceso del tratado, podemos entender mucho sobre ellos si el tratado se demora o cancela. —Qui-Gon recordó algo que Halin le había dicho antes—. Cuando llegamos a esta cueva, usted mencionó que «todavía no encontraban esta» o algo parecido. ¿A qué se refería?

Halin se encogió de hombros.

—A los guardias de negro parece encantarles asaltar las varias cavernas. Al principio pensamos que debían ser sus escondites, pero eso no tiene sentido. Quizá están tratando de rastrear la actividad subterránea de Czerka, pero ¿por qué? Eso es todo lo que sabemos de esa gente. Asaltan las cuevas y están dispuestos a matar en beneficio de un propósito que nadie conoce. —Con una sonrisa torcida, añadió—. ¿Ese es un misterio digno de un Jedi?

—Absolutamente —respondió Qui-Gon.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



Rahara golpeteó con los dedos sobre su asiento mientras observaba el cronómetro. No le gustaba que los Jedi se hubieran ido por tanto tiempo.

—Escucha bien mis palabras —dijo Pax—, si están muertos, nos culparán a nosotros.

—Es apenas la milésima vez que dices lo mismo. —Hubiera sido más fácil desechar las preocupaciones de su compañero si no las compartiera, pero dos Jedi perdidos o muertos atraerían cuando menos una considerable atención de las autoridades, y por lo menos una de esas autoridades notaría seguramente la cicatriz de su mano, lo cual llevaría a…

El intercomunicador emitió un chasquido de estática antes de que se escuchara la voz profunda de Qui-Gon Jinn.

—¿*Meryx*? ¿Me escuchan?

—Fuerte y claro —respondió Rahara. El alivio que la recorrió fue tan profundo que casi se podría describir como alegría—. ¿Listos para su paseo?

—Listos. Los esperaremos en estas coordenadas.

Los datos aparecieron en pantalla y de inmediato Pax se puso a trabajar para programarlos.

—¿Así que estuvieron bien todo este tiempo? Nos pasamos todo el rato preocupándonos por nada. Preocupándonos y sin hacer nada, cuando pudimos haber recolectado ópalos…

—Por lo menos nos libramos de perder a dos Jedi, así que deja el asunto en paz. —Rahara se dejó caer en el asiento del piloto, lista para marchar.

Un sobrevuelo a baja altura entre algunas de las colinas cercanas reveló a Qui-Gon y a Obi-Wan de pie en un pequeño claro. Estaban increíblemente polvosos y, cuando el Jedi mayor abordó el *Meryx*, Rahara notó que llevaba una ramita enredada en el pelo. Aparte de eso, no parecían muy afectados.

—¿Cómo lograron librarse de esa?

—Con frecuencia tengo que hacerme la misma pregunta —respondió Qui-Gon—, pero esta vez una organización secreta nos libró de otra organización paramilitar secreta.

—Una suerte asombrosa, ¿no? —comentó Pax mientras levantaba una ceja—. Supongo que la diplomacia o el protocolo de los Jedi impiden que exista cualquier oportunidad de que nos lo expliquen.

Para sorpresa de Rahara, el Jedi se quedó pensativo. Él y su aprendiz compartieron una mirada. El segundo se encogió de hombros. Entonces Qui-Gon continuó.

—No existe ninguna regla contra ello. Además, los dos han estado buscando en esta luna durante un tiempo, así que es posible que hayan detectado indicios que pudieran aclarar un poco la situación.

Pax suspiró.

—Ah, ¿entonces ahora también estamos obligados a ser asesores de la misión?

Al parecer, los droides de protocolo proferían una queja cada dos oraciones. Rahara supuso que esa era la razón por la que Pax hacía lo mismo, lo que no quería decir que le agradara.

—Pax, literalmente le acabas de pedir información.

—No pedí tener que opinar acerca de ella —respondió Pax con altanería mientras viraba la nave en dirección a sus terrenos de aterrizaje.

—Perdóname —dijo Qui-Gon—, pero sospecho que nos dirás tu opinión sobre este y cualquier otro tema, sin importar si lo pedimos o no.

Lentamente el chico empezó a sonreír. Cuando la gente hería su vanidad, empezaba a respetarla.

—Muy perceptivo de tu parte.

—

Qui-Gon estudió los rostros de Rahara y Pax cuando terminó de contarles. Al principio, se preguntó si se guardarían cualquier cosa que supieran. Era posible que estuvieran cometiendo actos ilegales además de los que ya habían admitido y, en ese caso, tendrían la motivación para ocultar algunos hechos. Por otro lado, no percibía engaño ni reticencia de parte de ninguno de los dos. Pax simplemente parecía curioso.

No obstante, Rahara se había retraído, como lo hace la gente que sufre un dolor.

—¿Y por qué estos guardias de negro están practicando espeleología en las cavernas? —les preguntó Pax—. No hay nada más que ópalos torbellino, que no tienen el suficiente valor como para motivar una operación paramilitar. Ni siquiera son tan valiosos como para motivarme a *mí*, y yo me gano la vida con eso. Y también están los cristales kohlen, pero esos son absolutamente inútiles. ¿A menos que los hayan confundido con kyber?

—Los escudos —apuntó Obi-Wan—. Sus escudos parecen inmunes a nuestros sables de luz. ¿Los cristales kohlen pueden tener ese tipo de poder?

—No que yo sepa, aunque es un concepto interesante. —Pax pareció meditarlo—. Mmm. Debo considerarlo.

Qui-Gon ponderó la información que tenían.

—Ese parece el escenario más probable, que utilicen los cristales kohlen en esos escudos y que esa sea la razón por la que los guardias de negro invadieron diversas cavernas.

No obstante, Obi-Wan no estaba satisfecho.

—Pero ¿por qué molestarse con una operación a tal escala? En este momento, hay exactamente tres personas en este sistema que tienen sables de luz. Diseñar un escudo solo para defenderse de tres personas… ¿no es una exageración?

—Obviamente planean distribuirlos —añadió Pax.

Qui-Gon acababa de llegar a la misma conclusión, aunque no podía decirlo con tanta calma como Pax Maripher.

—Un medio de protección completa contra un sable de luz. Eso podría ser una defensa poderosa. Y peligrosa, si cae en las manos incorrectas.

—No tan peligrosa —dijo Obi-Wan mientras tomaba una toalla limpiadora y empezaba a quitarse la suciedad de la cara—. Tenemos otras armas, aunque no sean exclusivas de nosotros como lo son los sables. Además, los escudos no pueden afectar nuestra conexión con la Fuerza. Teniendo como aliada a la Fuerza, siempre somos fuertes.

—Cierto, padawan. Por desgracia, también es cierto que hoy nos acorralaron y sin posibilidad de escape. Sobrevivimos únicamente porque intervino la Oposición. Algunos Jedi se vuelven complacientes, e incluso arrogantes, en cuanto al poder que nos da la Fuerza. Ese poder es grande y profundo, pero no absoluto. Que nunca se te olvide.

Después de esa llamada de atención, Obi-Wan asintió.

—No lo olvidaré. Pero, de todos modos, no puedo entender que se intente distribuir un arma que solo funciona contra los Jedi y que, de todos modos, no proporciona gran ventaja contra ellos. Si no nos hubieran superado tanto en número, no habrían tenido tanta ventaja.

—Tienes razón —concedió el maestro.

Obi-Wan, que ahora estaba metido en sus pensamientos, empezó a asearse. Probablemente Qui-Gon debería hacer lo mismo. Si su rostro tenía tanta tierra como sus manos, estaba totalmente asqueroso. Sin embargo, no podía ignorar las oleadas de emoción que detectaba dentro de Rahara. Percibió su pena y también su rabia.

Aunque Pax era más incapaz de conectarse con la Fuerza que casi cualquier otro humano con el que Qui-Gon se hubiera topado, sí podía darse cuenta de que algo le sucedía a la chica.

—¿Qué te pasa? —preguntó, y su voz era notablemente amable—. ¿Rahara?

—Los esclavos —dijo sin demostrar emoción. Cuando levantó su rostro de sus rodillas, las lágrimas brotaban de sus ojos—. Quieren tener todavía más. No es suficiente para Czerka, cuando ya son dueños de millones y millones de seres sensibles, y de los hijos que tengan, y de los hijos que tengan esos hijos. Czerka todavía quiere más. A veces pienso que quieren ser dueños de todos los habitantes de la galaxia.

—Permitir la esclavitud como sentencia por un delito es la máxima degradación. —Qui-Gon sacudió la cabeza—. Ese será el primer tema que trataré con Rael Averross.

Esto no sirvió para calmar a Rahara en absoluto.

—Claro. La máxima degradación. ¿Pero adueñarse de gente que nació en los trabajos forzados? ¿Eso está bien?

Qui-Gon le respondió con suavidad.

—Por supuesto que no. La República abolió la esclavitud.

—Pero la República no obliga a Czerka a dejar de usarlos, aun dentro de su propio espacio. No controlan agresivamente el tráfico dentro de sus fronteras. ¿Por qué?

El Jedi se sentó largo rato a considerar la pregunta para asegurarse de responder con sinceridad.

—Los Jedi no obligan a la República a hacer nada. Servimos a la República, no a la inversa. En cuanto a la razón por la que la República no actúa, no tengo una buena respuesta para eso.

Rahara se limpió ásperamente la mejilla con el dorso de una mano.

—Si no puede hacer algo tan decente y básico como atacar la esclavitud, ¿de qué sirve tener a la República?

—No tengo una buena respuesta para eso —repitió Qui-Gon.

La esclavitud era uno de los males que existía fuera de la República; un hecho desagradable de la vida que habían tratado de erradicar. Algunos planetas nunca habían funcionado con ningún otro sistema de mano de obra y las diversas especies interpretaban la esclavitud de formas diferentes. El concepto implicaba algo diferente para los humanos que para los t'zaki, por ejemplo, que eran seres parecidos a los insectos que compartían una mentalidad de colmena. En el idioma t'zaki, la palabra *libertad* se traducía más o menos como «sin propósito».

Pero, para la abrumadora mayoría de los sensibles, la esclavitud era muy dolorosa y su operación, extremadamente corrupta. Qui-Gon entendía que los poderes de la República terminaban en sus fronteras, pero no era así con su influencia. Con toda seguridad, esa influencia podría aplicarse con más frecuencia para ayudar a las personas esclavizadas. ¿Por qué eso nunca había ocurrido?

«Esta podredumbre está enconada dentro de nosotros desde el principio», pensó. «No es sorpresa que Czerka haya abusado de ella». ¿Había algo que Qui-Gon tuviera el poder de cambiar?

Rahara había logrado controlarse hasta cierto grado.

—Bueno, ¿estoy en lo correcto al pensar que ustedes van detrás de Czerka?

—En términos de darle fin a esa influencia exagerada en este planeta —dijo Qui-Gon—, sí.

—Entonces quiero participar. —Su sonrisa era tan incisiva como cualquier navaja—. Porque no hay nada que disfrute más en este mundo que obligar a Czerka a salir corriendo.

Qui-Gon esperaba que Pax protestara de algún modo acerca de su seguridad, o de la dificultad de enfrentarse con una corporación de ese tamaño, o simplemente solo por protestar. Pero, en lugar de ello, le sonrió a Rahara.

—Me suena espléndidamente divertido.

—

Después de que el *Meryx* los dejó en Pijal, Obi-Wan y Qui-Gon corrieron por la planicie cubierta de pasto hasta donde les esperaba su nave personal. Pax y Rahara eran pilotos adecuados, pero Obi-Wan anhelaba volver a volar, por lo menos un simple recorrido

dentro de la atmósfera. Si bien es cierto que un vuelo como este no sería tan divertido como lo había sido montar en el varáctilo.

—Muy bien —dijo Qui-Gon cuando subieron al vehículo—. Salgamos de aquí.

Obi-Wan voló bajo, rozando las filas de árboles y descendiendo cada vez que aparecía un claro grande. Dejó los escáneres en funcionamiento automático y asumió el control solo para asegurarse de cubrir por completo cualquier colina que pareciera contener cuevas, lo cual, en esta luna, quería decir casi la mayoría. Qui-Gon se quedó en silencio por largo rato y Obi-Wan lo tomó como señal de confirmación de que lo que hacía era adecuado. Sin embargo, había vuelto a malinterpretar la actitud de su maestro.

Después de un largo tiempo, casi cuando estaban por regresar a Pijal, Qui-Gon habló.

—Padawan, ¿recuerdas lo que te dije sobre mi sueño?

«Oh, no. ¿Estaba obsesionándose con las profecías?», se dijo el chico, pero estaba decidido a escucharle.

—Sí, lo recuerdo, aunque no compartió muchos detalles.

—Vi la ceremonia del tratado. —La voz de Qui-Gon era baja, contemplativa—. Era tan vívido como si estuviera allí, o incluso más. Sin embargo, había ciertos elementos irreales, como los gritos y la sangre. Una visión de mi sable de luz que se elevaba como para bloquear un ataque. Pero quizás era el tratado mismo el que pretendía bloquear.

Obi-Wan pensó con cuidado en su respuesta.

—Eso suena muy… simbólico. —Estaba seguro de que decir eso era lo adecuado. Muchos sueños eran simbólicos, pero a juzgar por el fuerte suspiro, Qui-Gon debió haber percibido la incertidumbre de su padawan, aunque no parecía culparlo.

—Tal vez esto es una locura, o por lo menos una muestra de soberbia. Creer que la Fuerza está obrando en todo esto. Que está obrando en mí.

—La Fuerza está en todas las cosas, maestro —le respondió. Por lo menos de eso sí estaba seguro—. No sé si tiene nada que ver con su sueño, pero sé que *está* presente, guiándonos, si le ponemos atención.

—Muy cierto. Pero ¿a quién, o a qué, le estoy prestando atención? ¿No puede ser que deba atender a mi sueño?

El padawan se armó de valor.

—En este momento, su sueño coincide con su mente consciente. Así que en realidad no le veo el conflicto.

Qui-Gon sacudió la cabeza, no por lo que había dicho su aprendiz, sino quizá por algún diálogo silencioso dentro de su propia mente.

—Las visiones de la Fuerza siempre tienen un significado más profundo que el que aparentan a primera vista. Si esta es una visión, entonces debo encontrar lo que está oculto en ella.

ANTES

Qui-Gon estaba sentado en las habitaciones de Dooku, solo en la oscuridad que se iluminaba únicamente con la luz del holocrón.

Habían pasado muchos meses desde aquella fatídica tarea de historia. Recibir altas calificaciones en su ensayo solo había alimentado su fascinación. Las profecías se habían convertido casi en una fijación para él.

Sin embargo, era una obsesión que no se asemejaba a las de los demás padawans de su edad, que revisaban hologramas de sables de luz durante horas interminables o seguían a sus pilotos favoritos y presumían de sus victorias. Qui-Gon nunca hablaba de ello, no por ninguna sensación de vergüenza o por sentir que cometía algo incorrecto, sino solo porque Rael le había sugerido que las opiniones del Maestro Dooku acerca de las profecías y los místicos eran complicadas.

De haber temido que lo descubrieran, habría sido más cauteloso. No se hubiera llevado el holocrón a las habitaciones de Dooku para estudiarlo en privado. Seguramente, tampoco se habría embelesado con las profecías tanto como para perder toda noción del tiempo hasta quedarse allí cuando su maestro regresara a casa. Cuando la puerta se deslizó, el chico volteó para saludar a Dooku como siempre y la sola expresión de su rostro le demostró que había sido un error.

—¿Qué significa todo esto? —dijo Dooku, enunciando cada palabra por separado.

Para ese momento, Qui-Gon sabía que lo mejor era admitir de inmediato cualquier error o duda, porque su maestro respetaba la franqueza, además de que al final siempre lo averiguaba.

—Es el holocrón de las profecías, maestro. Lo estudié para un proyecto de clase y desde entonces he estado, ¿cómo decirlo?, interesado.

Dooku entró en la habitación y se quitó su túnica oscura. Se quedó mirando al holocrón sin enojo, sino más bien con una fascinación que Qui-Gon reconoció.

—Padawan, un conocimiento así es tentador, pero también peligroso.

—¿Por qué? Sé que me dijo que el deseo de ver el futuro puede conducir al Lado Oscuro, pero no creo que eso sea lo que me está causando. —Como con cualquier otro adolescente que tiene una obsesión, Qui-Gon insistió—. ¡Incluso me volvió un mejor estudiante! Puede preguntarles a mis maestros de historia, tanto de la historia Jedi como de la galáctica.

—Las opiniones de tus maestros son irrelevantes en este asunto. No conocen las profecías como yo. No las estudiaron como yo y no pueden saber los riesgos.

A pesar de que Dooku pronunciaba tal juicio extremo, siguió caminando hacia el holocrón. Su resplandor lo cubría mientras miraba fijamente el contenido. Qui-Gon no pudo interpretar esa mirada. ¿Su maestro estaba apenado? ¿Estaba asombrado? En él, esas reacciones no se diferenciaban mucho.

—Regresaré el holocrón —le prometió Qui-Gon porque eso fue lo único que le vino a la mente—. No lo traeré de nuevo, se lo juro.

—Mi preocupación no es que estudies el holocrón aquí, sino que lo estudies —le respondió. Sin embargo, ya no sonaba tan molesto. Tal vez se estaba calmando. Esa era la esperanza de Qui-Gon—. Seguirás viéndolo, ¿no es cierto? Sin importar lo que te diga.

La decepción provocó que el chico se dejara caer en su asiento.

—No lo desobedeceré, maestro. Si me dice que no estudie el holocrón, lo dejaré en paz durante el tiempo que sea su padawan.

Dooku se enderezó y cruzó los brazos.

—¿Eso significa que lo estudiarás después?

Qui-Gon no había pensado a tan largo plazo, pero ahora lo hizo.

—Puede ser —admitió—. Si sigo interesado.

—Lo estarás. —Dooku se alejó de él y miró por la ventana al bullicio de Coruscant.

Después de una larga pausa, Qui-Gon se dio cuenta de que su maestro no le diría más. Cerró el holocrón y salió decidido a ir directamente a los archivos y nunca volver a decepcionar a su maestro.

—

Sin embargo, esa noche, el chico no pudo descansar.

«El holocrón contiene las profecías y ellas nos hablan del futuro». ¿Cómo podría a alguien no interesarle conocer el futuro si podía hacerlo? Se revolvió en su cama y lanzó un quejido, «Eso no es el Lado Oscuro. Simplemente es estar despierto, ¿no?».

Qui-Gon ya había hecho muchas conexiones que según él podían confirmarse. Pensó que era un error suponer que las profecías seguían refiriéndose al futuro. Habían sido hechas hacía diez mil años, por lo que seguramente algunas ya se habrían vuelto realidad. La profecía sobre la mujer que nacería de la oscuridad y que a su vez pariría oscuridad podría referirse a una antigua duquesa de Malastare, cuyo padre había librado guerras que fueron despiadadas, incluso según los estándares de ese planeta, y cuya hija se convirtió en una Jedi oscura. Otra decía que los Sith desaparecerían, pero volverían. La mayoría de las notas acerca de esa profecía la interpretaban como la potencial reencarnación de la Orden Sith, pero Qui-Gon se preguntaba si no más bien se referiría a un Sith específico, a un legendario Darth Wrend al que se creyó muerto, pero que regresó para librar de nuevo una guerra contra los Jedi.

Pero no debería siquiera pensar en eso, no si quería ser un buen aprendiz de Dooku. Se tapó la cabeza con la cobija y trató de dormir.

—

A la mañana siguiente, soñoliento y malhumorado, Qui-Gon se obligó a ponerse presentable y acudió a las habitaciones de Dooku. Esperaba otro sermón; quizá incluso algunas obligaciones adicionales como penitencia. «Como lo disponga mi maestro», se dijo.

Sin embargo, cuando entró por la puerta, vio que Dooku estaba sentado en la misma mesa donde él había estado el día antes y con el holocrón de las profecías abierto frente a él. Bajo su luz dorada, el rostro de su maestro se veía más joven de lo que nunca lo hubiera visto.

—Padawan —le dijo—. Se me ocurre que, si de cualquier modo las estudiarás, lo más lógico es que lo hagas con la orientación adecuada. Con alguien que se asegure de que no llegues demasiado lejos.

Qui-Gon le sonrió.

—¿Quiere decir que usted me enseñará?

—Es mi responsabilidad como tu maestro —declaró sin desviar nunca la mirada del holocrón.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



—¡Salve, su Alteza Serenísima! —gritó el tribuno.

Los vítores se alzaron de la multitud dentro del domo metropolitano central de la ciudad capital. Era una concentración tan grande y alegre de personas como ninguna que Rael Averross hubiera presenciado en sus ocho años en Pijal. Él personalmente se había ocupado de que fuera así.

El regente estaba de pie sobre la plataforma flotante junto con Fanry, viéndola saludar a sus súbditos. Se le había mantenido recluida dentro del complejo del palacio durante la mayor parte de su adolescencia, por lo que se seguía sintiendo un poco fuera de lugar frente a una concentración pública tan enorme. Tal vez el último deber de Averross como regente fuera ayudar a la joven a acostumbrarse a su papel de reina, porque incluso una monarca constitucional tenía que ser capaz de adueñarse de los reflectores.

Evidentemente, Fanry estaba a la altura. Su vestido y el pañuelo de su cabeza eran de un color pálido lo bastante verde como para cumplir con los estándares pijalíes de la sencillez externa, pero el exquisito bordado dorado resplandecía sutilmente bajo las luces del domo. Su postura era orgullosa y alta… bueno, tan alta como podía serlo una niña. Cady la ayudó a subir un escalón, donde las multitudes podrían verla mejor.

El acto fue promovido ampliamente porque Averross se ocupó de ello. Además, la Corporación Czerka tuvo la suficiente inteligencia como para ofrecer transporte gratuito a aquellos que venían de las provincias exteriores. Muchos de esos ciudadanos que aclamaban a la princesa y que agitaban banderas habían salido de las naves de Czerka apenas unas pocas horas antes, llenos de ansiedad por hacer su primer viaje al domo de la capital. Cada uno de ellos fue sometido a un registro y escaneo para impedir que algún dardo cercenador lograra entrar.

Los droides cámara sobrevolaban la plataforma, obteniendo buenas imágenes de la hermosa y joven princesa que pronto se convertiría en la reina de Pijal. Averross se había asegurado de que ninguno de ellos se enfocara en él por mucho tiempo. Hacía mucho que no recibía de buen grado la atención pública.

En su mente apareció el destello de un recuerdo: *Las cámaras del consejo y Yoda que sacudía la cabeza con pena. «La muerte de Nim Pianna lamentamos nosotros. Muy temprana e innecesaria fue». Recordó su posterior recorrido por los pasillos del Templo, con las miradas fijas en él como láseres, escuchando ecos de Nim en la voz de cada padawan, y con una angustia infinita que empeoraba todavía más por la conciencia de que cada una de las personas que lo rodeaban lo culpaban tanto como se culpaba él mismo. Nunca lo quisieron allí, nunca pensaron que perteneciera a ese lugar y su fracaso había probado que tenían razón…*

Averross despertó de su ensoñación. Esto ya no tenía que ver con Nim, sino con Fanry.

Las plataformas de los guardias sobrevolaban los extremos de la multitud mientras las orquestas reales empezaban a afinar sus instrumentos para el concierto de celebración. El Capitán Deren estaba arriba de la plataforma más grande, con sus ojos vigilantes que examinaban permanentemente los perímetros. Mientras Averross lo veía, Deren se enderezó de pronto, como si estuviera alarmado. Luego se relajó. El regente siguió la mirada del capitán hasta otra plataforma que acababa de ingresar a la arena. «Qué bien. Tan solo son Qui-Gon y Obi-Wan. Tal vez hayan tenido un poco de suerte en la luna y pudieron sacar de su escondite a la escoria de la Oposición».

Cuando guiaron a Fanry al palco real, con Cady detrás llevando la cola de su vestido, el regente hizo un ademán que indicaba que volvería después. Escuchar música sofisticada nunca fue uno de sus pasatiempos favoritos y lo que quería oír era lo que Qui-Gon había averiguado. O por lo menos eso pensó.

—

—¿Y te creíste eso? —le dijo Rael mientras caminaba de un lado a otro frente a Qui-Gon—. Un montón de rufianes que llevan blásteres los rodean en el bosque y luego te dicen que en realidad no son peligrosos, ¿y les crees cada una de sus palabras?

—No soy ingenuo —respondió Qui-Gon—. Es obvio que se necesita cuestionar detalladamente la historia de Halin Azucca, pero un grupo de artistas performativos no es lo que yo llamaría «rufianes» y todo lo que dice se ajusta al patrón de datos que observamos antes.

—Lo que estás diciendo es que esa señora sabe cómo contar una buena mentira —replicó Rael.

Qui-Gon sabía que esto sorprendería a su amigo, pero nunca imaginó que lo enfurecería. Se tomó un momento para agradecer haber enviado a Obi-Wan de regreso al palacio; aparentemente tendría que aprovechar la vieja amistad que tenían para que Rael comprendiera lo que le quería decir, cosa que podría lograr mejor en ausencia de su aprendiz.

Sin embargo, Obi-Wan lo había acompañado hasta el perímetro del domo, así que él también había visto la discordante artificialidad de la ceremonia. Los disidentes eran relativamente pocos y los habían acordonado fuera de allí, en un área que no les permitía el acceso al interior del domo. Cuando maestro y aprendiz llegaron, los últimos asistentes estaban entrando poco a poco, recogiendo las banderas, banderines y otros artículos preparados con anticipación para demostrar su apoyo a la princesa y al Tratado de Gobernanza. A juzgar por sus sonrisas, Qui-Gon sospechaba que realmente estaban felices por los cambios por venir, pero al mismo tiempo se les había seleccionado con cuidado para presentar una uniformidad de opinión que en verdad no existía.

«¿Cuántos de los pijalíes entienden el papel de Czerka en todo esto?», se preguntó. «¿Cuántos de ellos perdieron amigos o familiares que ahora son esclavos?». Probablemente muchos, ninguno de los cuales estaba dentro del domo.

Rael lo llevó a una antecámara a orillas del domo para que pudieran conversar. Era un espacio pequeño, estrecho y claustrofóbico. O tal vez esa sensación era solo suya, dado que la furia de Rael era tan enorme que parecía extraer todo el aire de la habitación.

—Admitieron que estaban detrás de parte de esto —dijo Rael, que seguía caminando de un lado a otro—. Lo admitieron y tú todavía quieres dejar que se salgan con la suya.

—Admitieron las bromas políticas. Ninguno de los actos de violencia. Además, según yo lo veo, el hecho de que hayan admitido algunas de las faltas hace que su negación de las otras sea más persuasiva, no menos —respondió Qui-Gon.

La primera respuesta de Rael fue una risa sardónica.

—Según tú lo ves. Tú siempre has tenido la debilidad de ver lo que quieres ver. Siempre tuviste un lado débil para las historias tristes. Halin Azucca te tomó el pelo.

Eso no era totalmente falso y Qui-Gon se negaba a avergonzarse de ello.

—Intento comprender los puntos de vista de todas las personas con las que trato. Esa no es una debilidad. Es mi forma de funcionar. Aprendí más de ese modo de lo que nunca hubiera aprendido si estuviera demasiado presto para asignar culpas.

—En el mejor escenario posible, siguen siendo unos delincuentes —contestó Rael—, y no creo en el mejor escenario que ella plantea. Entonces, ¿por qué estás defendiéndolos?

—Porque hice una revisión preliminar del tratado y me parece que muchas de las críticas de la Oposición están bien fundamentadas. Si la frase «se preservará como el sol preserva a la luna» implica lo que ella señala, es decir, que es para siempre y sin posibilidad de enmienda, entonces el tratado es profundamente fallido. —Para ese momento, Qui-Gon ya le había encargado a Obi-Wan que hiciera una revisión más minuciosa, para que al día siguiente pudiera presentar sus objeciones específicas. Por hoy, simplemente quería que Rael lo escuchara—. Los ciudadanos lunares no tienen mucha representación en la Asamblea propuesta.

—¡La luna está bajo el gobierno de Pijal! ¡Así ha sido siempre! —La voz de Rael había adquirido un pesado tono del desprecio—. ¿Desde cuándo nuestras obligaciones como Jedi nos permiten cambiar la manera en que se hacen las cosas en un planeta?

—Tú eres el Lord Regente, Rael. El consejo no te hubiera nombrado para ese puesto esperando que no hicieras nada. ¡Tu encomienda es ayudar a gobernar un mundo! Y si estás dispuesto a pasar de una monarquía absoluta a una constitucional, ¿por qué no debería reexaminarse también el estatus de los ciudadanos lunares?

—Porque así no es cómo funcionan las cosas aquí. Fanry seguirá siendo la reina, tanto de Pijal como de su luna.

Rael era más inteligente que lo que demostraba en ese momento, pero su celo por conservar el poder y el estatus de Fanry lo traicionaba. Qui-Gon tenía que encontrar una

manera de comunicarse con él más allá de su enojo, así tal vez lo escucharía. Necesitaba desviar la discusión hacia algo lejano a la princesa.

—El tratado concede tácitamente un enorme poder a la Corporación Czerka —empezó—. Y efectivamente, sus contratos quedarán consagrados dentro de la ley.

—¿Y qué? Es posible que Czerka sea más antigua incluso que la República. Tienen contratos en toda la galaxia y puede ser que eso nunca cambie, ni en Pijal ni en ningún otro sitio —respondió Rael.

—Sí, pero Czerka no está a cargo del sistema penal en toda la galaxia. No están adjudicándose a los ciudadanos de todos y cada uno de los planetas para obligarlos a trabajos forzados.

Rael soltó una risita burlona.

—No creo que Pijal sea el único planeta que castiga los delitos con largas condenas a trabajos forzados.

Eso no significa que sea algo correcto —dijo Qui-Gon—. Y no se trata simplemente de una larga condena, sino que es permanente.

Eso no causó ninguna impresión en su interlocutor.

—¿Es la primera vez que estás en los márgenes de la República? ¿De verdad me vas a decir que nunca habías visto pruebas de que eso existe? Porque, en caso contrario, no sé de dónde viene tu actitud.

Qui-Gon calló por un momento.

—Castigar los delitos con trabajos forzados no es una tradición de Pijal y tú mismo dijiste que no estás aquí para cambiar cómo se han hecho las cosas desde siempre.

—¡Tú acabas de tratar de convencerme de cambiarlas! —El rostro de Rael estaba encendido con un rojo tan intenso como el que tenía en batalla—. Escucha, Qui-Gon, no estás aquí para ayudar a redactar el tratado. Eso ya se hizo, y se hizo bien, sin tu ayuda. Viniste para asegurarte de que el tratado se firme, porque hasta que eso ocurra, Fanry no tiene autoridad para hacer acuerdos permanentes con otros planetas. Cuando la nueva Asamblea tenga esa autoridad, podrá establecer el corredor hiperespacial y, una vez hecho eso, Pijal tendrá un nuevo futuro. Fanry podrá gobernar un mundo seguro, estable y próspero. Hice todo lo que estuvo en mis manos para crear eso para ella y no entiendo por qué quieres interferir con ello.

Qui-Gon esperó varios segundos antes de contestar.

—Como dijiste, el tratado ya se redactó, pero ¿quién lo redactó, Rael?

Eso finalmente logró que su viejo amigo se tomara un momento.

—Muy bien, tuvimos un poco de ayuda de la supervisora local de Czerka. Pero Meritt Col es una persona de fiar. Le ha hecho mucho bien a Pijal.

—Quizá por casualidad —dijo Qui-Gon—. Porque te aseguro que solo trabaja en beneficio de la Corporación Czerka y no por el bien de este planeta.

—En este caso, son una y la misma cosa —insistió el regente.

—Eso no es posible —respondió Qui-Gon, haciendo su máximo esfuerzo por contener su rabia.

La música empezó a filtrarse desde el domo. La orquesta había empezado a tocar una sinfonía triunfal compuesta para la coronación de Fanry y los delicados compases de la obertura parecían burlarse del enojo de Qui-Gon.

—La autoridad de Czerka ayuda al tratado —concluyó Rael—. Y el tratado ayuda a Fanry a conservar las partes más importantes de su poder real al mismo tiempo que le permitirá tener una vida parcialmente normal. Así que no voy a ceder.

—Tu papel como Lord Regente se refiere a algo más que proteger a la princesa. —Con gran pena, Qui-Gon sacudió la cabeza—. Tienes una responsabilidad con todos los ciudadanos de Pijal, incluyendo a los que viven en su luna.

—¿Sabes con quien no tengo una responsabilidad? Con los terroristas que ya lanzaron bombas contra múltiples edificios municipales y que van a tratar de interferir con el tratado, ese mismo tratado que garantizará un buen futuro para Fanry y para Pijal. —Rael levantó la mandíbula—. Y no tengo una responsabilidad con nadie que trate de bloquear el tratado.

Un golpeteo en la puerta los sobresaltó y, al voltear, Qui-Gon se topó con Meritt Col que venía entrando, vestida con su mejor traje y con una sonrisa servil.

—Lord Regente, la música ya comenzó. Lo estamos esperando en el palco de Czerka, ya que, después de todo, usted quería que Fanry tuviera el lugar más importante durante el concierto.

—Sí —respondió—. Se lo merece. Vamos.

Lo único que le quedó a Qui-Gon fue mirar cómo Rael le ofrecía el brazo a la supervisora de Czerka y se alejaba con ella.

CAPÍTULO VEINTICINCO



Después del evento en el domo de la capital, el palacio se volvió helado, pero de un modo que no tenía nada que ver con las corrientes de aire o los intensos vientos que venían del mar. La Princesa Fanry parecía ajena a cualquier conflicto, pero la ira de Rael Averross había dejado de ser acalorada para volverse fría. Por su larga experiencia con él, Qui-Gon sabía que ese era un cambio peligroso.

«Si no me necesitara para ratificar el Tratado de Gobernanza en dos días», pensó, «nos arrojaría del palacio esta misma noche». Y seguramente Rael sospechaba que ahora la esperanza de Qui-Gon era *no* ratificar ese tratado.

La reunión posterior con Obi-Wan en la biblioteca del palacio solo confirmó sus peores temores.

—Estos son los resultados «oficiales» del censo —le dijo su padawan mientras abría las gráficas en la pantalla de una datapad—. Pero al entrar en los datos de censo locales, pude obtener otros números, que sospecho son más precisos. Resulta ser que Halin Azucca estaba equivocada sobre que el veinticinco por ciento de los ciudadanos pijalíes viven en la luna, es más cercano al treinta por ciento.

Aunque Obi-Wan hablaba en voz baja, cada palabra hacía un ligero eco en la cavernosa biblioteca revestida de mármol. Con vidrios polvosos en las ventanas, con cubos de datos anticuados y sin presencia alguna de droides residentes, la habitación mostraba signos de un uso poco frecuente. Aun así, era difícil no sentir cierta paranoia de que alguien pudiera estar espiándolos. Rael Averross, Halin Azucca, los misteriosos guardias de negro: todos ellos tendrían razones para querer escuchar lo que decían los Jedi y para planear una intervención si no les gustaba lo que oían. Además, había un traidor en el palacio.

Qui-Gon se rascó la barba, como hacía con frecuencia cuando estaba profundamente concentrado.

—En otras palabras, este tratado le concede el voto a un setenta por ciento de las personas en el sistema de Pijal, en tanto que deja casi sin representación alguna al otro treinta por ciento.

—Exactamente. Y eso sin tomar en cuenta a los esclavos. —Obi-Wan presionó la datapad para que aparecieran los datos holográficos—. En cuanto al papel que tiene la Corporación Czerka en Pijal, todo lo que nos dijeron es cierto. Averross no comenzó el proceso de permitir que Czerka se apoderara de tantas partes del gobierno, porque han estado aquí durante generaciones, pero definitivamente sí lo aceleró. Y, en efecto, la frase acerca del sol que preserva a la luna resulta legalmente obligatoria en un sentido muy permanente. El Tratado de Gobernanza establecería el monopolio de Czerka de manera inamovible.

—Puedo comprender que Averross no haya sabido el poder tradicional de esa frase, pero lo que no puedo entender es por qué permitió que alguien más redactara la constitución y mucho menos que haya sido alguien de Czerka. Sin embargo, lo hizo por lealtad a la princesa. —Qui-Gon se seguía sintiendo culpable de las muchas fallas que había cometido como maestro de Obi-Wan, pero cuando menos no lo había asfixiado con mentiras, como Rael lo había hecho con Fanry. Los actos mismos que Rael pensaba que beneficiaban a la princesa eran los que enlodarían de corrupción a su gobierno y a su planeta.

La voz de Obi-Wan lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Cómo debemos proceder, maestro?

—Empezaremos comunicándonos con el Consejo Jedi —indicó Qui-Gon. Era extraño pensar que pronto llegaría el día en que él sería a quien contactaran otros Jedi para pedirle consejo. Que su juicio tomaría precedencia por encima del de los individuos que estaban en el lugar de los hechos y lidiando directamente con los problemas—. Yo me ocuparé de eso. Tú ve a descansar. Fue un día difícil para ti.

—Todavía me estoy sacudiendo el polvo de la ropa —le confesó Obi-Wan—. Nunca tuve tantas ganas de darme un baño.

Podía bromear sobre casi haber muerto en ese precipicio apenas seis horas después de ocurrido y Qui-Gon se dio cuenta de nuevo del buen padawan que había tenido y de la vergüenza que sentía de que no pudieran llevarse bien.

Justo antes de que el chico llegara a la puerta, el maestro lo llamó.

—¿Padawan? —Obi-Wan volteó para escucharlo—. Lamento haberte obligado de nuevo a otra tarea relacionada con una biblioteca.

—En comparación con estar colgado de un tronco con todas mis fuerzas —respondió con una amplia sonrisa—, la investigación no está nada mal.

—

Lo que eran las primeras horas de la noche en el palacio de Pijal era la mitad de la noche en el Templo Jedi y solo había un miembro disponible con el que se pudiera hablar de inmediato, pero era aquel cuyo juicio tenía más probabilidad de ser definitivo.

—Perturbador es —dijo Yoda—. Con la Canciller Kaj debo hablar.

Por supuesto. Kaj habría revisado el tratado, pero no habría entendido el significado pleno de esa frase ritual, de modo que no se hubiera dado cuenta del problema que causaría.

—¿Cree que se retractará del tratado? ¿O que cuando menos se asegurará de que se introduzcan enmiendas?

Yoda bajó las orejas.

—Difícil decirlo. Lista para retirarse la canciller está. Rodeada de ministros, intereses empresariales y otros que desean su influencia en los últimos días de su gobierno. Las complicaciones de este asunto de presentársele no fáciles serán.

—Es necesario hacer algo —indicó Qui-Gon—. Sinceramente no puedo representar a la República en la ceremonia, a menos de que se cambie el tratado.

—Cuidado, Qui-Gon. —La imagen holográfica de Yoda parpadeó un momento mientras el pequeño Maestro Jedi se acomodaba en su sillón *bowl*—. Poner en peligro el corredor hiperespacial no debes.

—¿El corredor? Maestro Yoda, perdóneme, pero ¿está dándole prioridad a los beneficios de las corporaciones por encima de la gente de Pijal? —Desde hacía mucho tiempo, Qui-Gon pensaba que el consejo estaba en peligro de perder de vista su propósito, pero esto demostraba mayor frialdad de la que pudo haber imaginado.

Yoda se irguió y levantó las orejas.

—A los planetas aislados desde mucho tiempo salvará el corredor. Pobreza y hambruna enfrentan esos planetas. ¿Aunque la vida les cueste, salvarás a Pijal? ¿A la Fuerza así servirás?

—Perdóneme. Me precipité. —Además, Qui-Gon sabía que lo había hecho por su enojo reprimido contra Yoda por votar en su contra. Esto era indigno de ambos y se esforzó en apartar ese sentimiento—. Sin embargo, sigue existiendo el problema esencial. No podemos descuidar a otros para salvar a Pijal, pero, al mismo tiempo, no podemos descuidar a Pijal para salvar a otros.

—Razonar con Averross no puedes —dijo Yoda en un tono que sugería su larga experiencia—. Esta tarea pensamos que le ayudaría. Siempre solo se sintió. Juzgado y considerado incapaz. Pensamos que como regente no lucharía más por lograr estatus. Su orgullo alimentaría, pero solo avivó sus debilidades.

Qui-Gon pensó de nuevo en el sonriente joven que se había parado ante él cuando entró a su primera batalla. En aquel entones, Rael Averross le había parecido el Caballero Jedi más valiente y mejor que podía producir la orden. Qui-Gon era demasiado joven como para ver las grietas que demostrara su bravuconería, el dolor que ni toda la guía de Dooku ni todos los logros de Rael habían sido capaces de borrar.

—Y que, en efecto, sería capaz de vender a los ciudadanos como esclavos.

—Lamentable esto es —coincidió Yoda.

Qui-Gon recordó las palabras de Rahara Wick: «¿De qué sirve tener a la República?».

—Debemos ponerle fin a esto —dijo.

Yoda negó con la cabeza.

—El destino del tratado no nos corresponde decidir.

—No hablo del tratado, sino de la esclavitud. —Qui-Gon entrelazó las manos al frente y dejó que su túnica las ocultara, a la manera más formal en que un Jedi se dirigía a otro—. ¿Por qué permitimos que florezca esta barbarie? La República puede usar su influencia para promover la abolición en los incontables sistemas donde prospera esta práctica. ¿Cómo podemos negarnos a hacerlo?

Yoda permaneció callado por unos instantes antes de continuar.

—¿El planeta Uro conoces tú? Devorar a sus niños débiles es su práctica.

—Son arácnidos y sus instintos son irrefrenables.

—¿Y qué dices de Byss? —Cuando Qui-Gon negó con la cabeza, Yoda prosiguió—. Cuando sus ancianos se vuelven demasiado viejos para regenerarse a golpes los matan los abyssin para sus recursos conservar.

La paciencia de Qui-Gon empezó a agotarse.

—Esto no se refiere a imponer la ética humana sobre las especies no humanas. Es algo que los humanos se hacen unos a otros y que es una atrocidad a la que deberíamos ponerle fin.

—¿Deberíamos? ¿Ni la canciller, ni el Senado Galáctico, ni siquiera los habitantes de la República, sino los Jedi? —Yoda golpeó el suelo con su bastón de gimer—. ¿Gobernar tú quieres? Peligroso esto es en aquel que entrará al consejo. Peligroso esto es en cualquier Jedi.

Qui-Gon lo sabía y en cierto grado lo aceptaba como una verdad. Pero, por el otro…

—Si no defendemos lo que es correcto, ¿qué es lo que hacemos? ¿Por qué existimos?

—Muchas maneras hay de servir a lo correcto —replicó Yoda—. Dentro de nuestras obligaciones trabajamos y hay mucho bien que hacer podemos. Hacer lo otro, reemplazar el juicio de la República con el nuestro, es los errores del pasado repetir.

«Así que mejor cometemos errores diferentes en el presente», pensó, pero se guardó de decirlo. Una cruzada galáctica contra la esclavitud más allá del alcance de la República necesitaría ser mayor que un solo Caballero Jedi furioso. Pero la esclavitud en Pijal… eso sí estaba dentro de sus obligaciones y no la toleraría.

—¿Hablará con la canciller lo más pronto posible? —fue lo único que respondió.

Yoda asintió.

—Bien tú hiciste en las deficiencias del tratado revelar.

Los elogios de Yoda eran escasos y Qui-Gon intentó derivar satisfacción de eso, pero de todos modos le resultó difícil dormir esa noche.

—

Estaba en el Cáliz Celestial, el anfiteatro curvo para los antiguos dioses dentro del palacio pijalí. Era el sitio para la ceremonia del tratado que estaba por comenzar.

Fanry caminaba hacia él con su resplandeciente vestido blanco y su brillante cabello rojo suelto, lo cual hacía que su ropa destacara más contra el azul oscuro del piso del Cáliz…

… y toda la situación se volvió una locura; un desorden que Qui-Gon no podía entender. La gente gritaba. La Ministra Orth trataba de cruzar a empujones entre la multitud en dirección al altar. Rael gritó «¡No, Fanry!». Qui-Gon elevó su sable de luz, dispuesto a atacar, pero ¿a qué? ¿A quién? Algo tenía que hacerse…

—

Qui-Gon abrió los ojos. Estaba acostado en su cama, lejos del Cáliz Celestial, y sintió como si hubiera viajado en el tiempo y de regreso. Los sucesos por venir eran más reales para él que las sábanas, el colchón y el sonido de su propia respiración.

«Es otra visión que me concedió la Fuerza», pensó. «No. Más de la misma visión. Otro ángulo. Una perspectiva más profunda».

Tal vez. O quizá solo estaba soñando. No había manera de saberlo, ¿o sí?

Se puso su túnica y caminó con prisa hacia los corredores del palacio. A estas horas de la noche estaban totalmente desiertos, excepto por un droide astromecánico que farfullaba de camino a sus tareas. Los pies de Qui-Gon, que llevaba todavía descalzos, estaban fríos por los pisos de mármol y, cuando pasó junto a las ventanas, pudo oír el suave correr de las olas.

Durante su primer día en Pijal, Rael les había informado a él y a Obi-Wan los detalles de la ceremonia, indicándoles dos puertas enormes, aunque sencillas, al final del salón de recepciones de palacio. Daban hacia un túnel que llevaba directamente al Cáliz Celestial. Se les abría solo cuando el monarca iba al Cáliz para una de las ceremonias importantes que ocurrían solo dos o tres veces durante el curso de un reinado. Por suerte, las bisagras se mantenían aceitadas.

Mientras caminaba por el túnel, dos droides centinelas que tenían logos de Czerka lo revisaron con un escáner. No estaban programados para hacer preguntas, sino solo para reconocer a los individuos previamente aprobados y atacar a los demás. Qui-Gon sintió alivio de que ya lo hubieran anotado dentro del sistema, y de que el mal carácter de Averross no lo hubiera llevado a borrar su nombre. Todavía.

El túnel era oscuro y lo iluminaban solo unos cuantos droides vela que estaban separados a bastante distancia unos de otros. Sin embargo, la carencia de visibilidad se compensaba con la audibilidad. Qui-Gon escuchó, delante de él, otros pasos que venían en su dirección y se alistó poniendo una mano en la empuñadura de su sable.

Una mujer gritó atemorizada y luego lanzó una grosería.

—Murciélagos sagrados, ¿qué hace usted aquí?

—¿Ministra Orth? —El maestro avanzó para poder verla. Todavía tenía puesto el mismo vestido color bronce que llevaba antes esa misma tarde—. Le podría hacer la misma pregunta.

—Estoy volviendo a revisar los procedimientos de seguridad —respondió molesta—. Es un trabajo demasiado importante como para dejárselo a los droides de Czerka.

—Coincido totalmente.

—Todavía no responde mi pregunta —dijo la mujer al mismo tiempo que cruzaba los brazos al frente de su pecho—. ¿Qué hace aquí?

—Quería ver por mí mismo el Cáliz Celestial antes de la ceremonia.

—Le pudo haber pedido a cualquiera que le diera un recorrido durante el día —respondió Orth—. Eso le permitiría darse una mejor idea y tener una mejor visibilidad. Pero como quiera.

Apresuró el paso para regresar a palacio, satisfecha en apariencia con la explicación del Jedi. Qui-Gon se preguntó si debería sentirse satisfecho con la respuesta que ella le dio, pero continuó hasta que llegó a otras puertas, labradas en la misma piedra blanca y lisa que había en los acantilados junto al mar. Se abrieron fácilmente al tocarlas y revelaron el Cáliz Celestial con toda su gloria. Qui-Gon lo había visto antes.

El dorado alrededor de los bordes inferiores del techo abovedado, el altar octogonal, la disposición de asientos alrededor: cada detalle coincidía. Al bajar la vista hacia sus propios pies descalzos, pudo ver las baldosas de color azul brillante.

«Era exactamente así en mi sueño», se dijo, y luego se dio cuenta. Lo que había experimentado no era un sueño: era una visión.

CAPÍTULO VEINTESÉIS



—No participaré en la ceremonia del tratado —dijo Qui-Gon—. La República no tendrá un representante y, por ende, el tratado no puede proceder.

Si lo que estaba en juego fuera menos importante, es posible que le hubiera divertido la reacción de todos los que estaban alrededor de la mesa de banquetes. Obi-Wan abrió los ojos, sorprendido. La Ministra Orth dejó caer su cuchillo. El Capitán Deren entrecerró los ojos para mirarlo, como si su visión se hubiera nublado de pronto, y la pequeña Fanry se mordió el labio, tal vez para no reírse ante los asombrados adultos que la rodeaban.

Como era de esperarse, Rael estaba furioso. Se levantó de la mesa y le dijo:

—Ayer dijiste cuáles eran tus objeciones, Qui-Gon, y entonces te expliqué que no es una decisión que tú puedas tomar.

—Esto no se refiere a mi opinión, sino a una visión del futuro, una advertencia que la Fuerza me concedió. —El recuerdo de las imágenes de su sueño junto con la franca sensación de terror que las ligaba unas con otras reafirmaron su postura contra cualquier oposición. Qui-Gon sabía lo que sabía.

—¿Por qué te mostré alguna vez esas profecías? —Rael sacudió la cabeza mientras caminaba a todo lo largo de la mesa—. Dooku tuvo el buen sentido de impedirte que las vieras, pero yo no sabía. Me imaginé que tenías la inteligencia suficiente como para distinguir las leyendas de la realidad y supuse que no eras un tonto que perdería la cabeza por las visiones de otros Jedi, y mucho menos por las tuyas. Pero, por lo que veo, me probaste lo contrario.

La Ministra Orth recargó la cabeza en una mano.

—¿Profecías? Esto empeora cada vez más.

¿Todavía era posible entablar algún tipo de comunicación con Rael a cualquier nivel? Qui-Gon sabía que, si eso era posible, sería a través de su pasado compartido.

—Me mostraste el trabajo de los antiguos místicos Jedi que recolectaste junto con tu maestro porque amplió tu entendimiento de la Fuerza, y también amplió el mío. Dooku creía en ellas. ¿Lo llamarías tonto?

—¿Quién es ese Dooky? —preguntó Orth.

Desde su lugar en una silla dorada y con la boca llena del desayuno, Fanry respondió:

—*Dooku*. Escuché muchas historias sobre él. Fue maestro de Rael y de Qui-Gon, pero no creo que siga siendo un Jedi.

Rael señaló a la niña.

—Es cierto. Dooku abandonó la orden porque se hartó de la hipocresía, de los juicios y de todo eso.

—No sé por qué abandonó la orden —indicó Qui-Gon—, y tú tampoco. Lo que sí sé es que tuve dos visiones diferentes que predicen un desastre en la ceremonia del tratado.

Finalmente, el Capitán Deren habló.

—¿Qué tipo de desastre?

—No lo tengo claro —admitió el Jedi.

—No lo tiene claro. —Con un puño, Rael golpeó sobre la mesa—. Quieres sabotear la coronación y el corredor hiperespacial por algo que «no tienes claro».

—Lo que sí tengo claro son los gritos que escuché en las visiones. —Qui-Gon miró a cada uno de los concurrentes en la mesa del banquete, que estaba atiborrada de más platillos de los que jamás podría comer una docena de cortes—. Al igual que la pelea con un sable de luz y la sangre en el suelo del Cáliz Celestial. Además, si cualquiera de ustedes sintiera el temor y la desesperación que acompañaban a esa visión, y que forman una parte igualmente importante que la imagen y el sonido, no dudarían de esto más de lo que puedo dudar yo.

La Ministra Orth colocó las manos sobre sus caderas.

—Anoche me topé con usted cuando iba al Cáliz Celestial. ¿Está seguro de que no estaba sonámbulo?

—No, ministra. Estaba verificando los detalles de mi visión contra la realidad del Cáliz. Aunque nunca estuve allí, lo había visto en su totalidad, precisamente como es, incluyendo las baldosas del suelo.

—Súper —dijo Fanry—. ¿Eso quiere decir que no podemos hacer la ceremonia del tratado?

—¡Firmaremos ese tratado! —insistió Rael—. Tal como se planeó y a la hora señalada. El Consejo Jedi corregirá pronto a Qui-Gon.

El maestro todavía no le había contado su visión al consejo y tampoco tenía intenciones de hacerlo. Se pasarían todo el tiempo discutiendo sobre la viabilidad del corredor hiperespacial. Estaban demasiado vinculados con Coruscant, demasiado obligados con la canciller. Estaban muy alejados de la Fuerza viva. Ya no eran el tipo de Jedi que puede confiar en una visión.

Le sorprendió *ser* ese Jedi y que todavía pudiera encontrar en sí mismo la posibilidad de creer de manera tan profunda e inquebrantable en el misticismo puro. A menudo, Qui-Gon se había sentido fuera de sintonía con la Orden en general, pero nunca a este grado. De igual manera, nunca se había sentido tan cercano a la Fuerza.

—

El día anterior, Rahara Wick había recibido instrucciones de Qui-Gon Jinn pidiéndole que el *Meryx* revisara las plataformas de aterrizaje de Czerka en toda esa sección de la luna. Lo hubiera hecho de cualquier modo. ¿Cómo podría arruinar los planes de la corporación en esa luna si no tuviera más información sobre cuáles eran esos planes?

Como lo esperaba, Pax estaba menos emocionado acerca de la tarea.

—No me gusta esto.

—¿Alguna vez te ha gustado algo desde que iniciamos nuestros viajes? Bueno, además de encontrar gemas.

—Lo dices como si encontrar gemas fuera algo incidental en nuestros viajes, en lugar de ser el asunto principal. Pero me desvío de la conversación. —A pesar de sus quejas, Pax ya había establecido el curso hacia las instalaciones más cercanas de Czerka y ya viraba la nave en esa dirección—. Acordamos ayudar a los Jedi, pero no dijimos que les haríamos el trabajo sucio.

—Eso fue antes de que ninguno de nosotros supiera que nos enfrentaríamos con Czerka —le indicó Rahara mientras se frotaba distraídamente el dorso de su mano izquierda—. Si vamos a enfrentarla, no puede darnos miedo un poco de trabajo sucio.

Al poco tiempo detectaron las instalaciones con sus escáneres y luego las tuvieron a la vista. Rahara empezó a trabajar con los instrumentos para captar la mayor cantidad de detalles que fuera posible.

—Parece que volvieron a dirigir casi toda la energía de los generadores solares de este hemisferio directamente a sus propios lugares —murmuró—. Y mira esas cajas de embarque. ¿Qué hay en ellas?

Pax examinó las lecturas antes de que ella pudiera hacerlo.

—Minerales, principalmente. Pero tampoco es el tipo de cosa que se encuentra cerca de la superficie. Esas minas son muy profundas; quizá llegan a la mitad de camino hacia el centro de la luna. Es bastante drástico.

Rahara asintió lentamente como si reconociera a algunos de los droides mineros que iban de un lado a otro y que eran modelos que conocía desde su infancia.

—Czerka está dispuesta a sacarle el corazón a todo un planeta siempre y cuando les gane uno o dos créditos. Los pozos se van volviendo más fríos entre más abajo perforan. Luego empiezan a calentarse de nuevo, por lo que sabes que alcanzaron demasiada profundidad y que, si debilitan un poco más la capa debajo, el magma brotará por allí y… —Se detuvo—. Obviamente, eso nunca me pasó, pero siempre supe que podría suceder.

Después de que se escapó, Rahara investigó con exactitud qué les pasaba a los trabajadores humanos en el tiro de una mina expuesto al magma. Pensó que conocer los detalles exorcizaría las pesadillas que siempre tenía al respecto, pero fue un error. Los detalles simplemente hicieron que sus sueños se volvieran más reales y más horrendos.

—Válgame. —Pax se inclinó y se interpuso entre ella y el tablero. Antes de que pudiera instruirlo de nuevo en el concepto del «espacio personal» y por qué la gente no debería invadirlo, el chico continuó—. Parece ser que están entrando nuevos trabajadores.

Rahara sintió como si estuviera de nuevo en el pozo helado, entumecida y rodeada de oscuridad.

—Querrás decir nuevos esclavos.

Pax asintió.

—No mires —dijo con el tono amable que usaba tan rara vez— si te sigue doliendo.

—Me dolerá —respondió Rahara—. Pero de todos modos voy a mirar.

El chico hizo una mueca.

—Causarse un dolor de manera voluntaria es irracional. Bueno, aparte de ciertos intereses fetichistas.

—Esta gente merece un testigo. Merecen que alguien interesado en ellos vea exactamente lo que está pasando.

Lentamente, Pax asintió y se enderezó para dejarle ver el perímetro de las instalaciones, donde un tren estaba estacionado. Droides centinelas conducían a docenas de personas hacia el almacén, que probablemente era donde les implantaban las etiquetas de Czerka. Algunos lloraban; los demás, la mayoría, parecían confusos y agotados, incapaces de procesar lo que les sucedía. Tenían puestos los conocidos overoles, todavía nuevos y planchados. Rahara desgastó casi todos los que tuvo hasta dejarlos en harapos.

«Son delincuentes», pensó Rahara. Le parecía más fácil culparlos de algún modo que revivir su propio pasado. «En realidad hicieron algo para meterse en ese lío. No nacieron allí, como tú». No importaba. Nadie merecía vivir así. Nadie.

—Ese transporte debe venir del pueblo más cercano —comentó Rahara. Su voz no le temblaba, lo cual la enorgullecía—. Debemos ir ahí para investigar. Aterriza y caminemos para hablar con algunas personas. Podríamos enterarnos de muchas cosas.

—Te compré un regalo —dijo Pax.

La joven se inclinó contra el respaldo de su asiento y cerró los ojos. Las transiciones extrañas en las conversaciones eran una de las especialidades de Pax, pero esta fue especialmente rara.

—¿Desde cuándo nos compramos regalos? —¿Acaso estaba reconsiderando todo el asunto de que los compañeros de trabajo racionales no se enredan en relaciones románticas? Eso no era algo de lo que quisiera ocuparse en ese momento.

—Propongo que nos compremos regalos —respondió Pax—, cuando veamos que el otro tiene una necesidad insatisfecha. —Después de hurgar un rato en el atestado compartimento de almacenamiento de la cabina, sacó una delgada caja rectangular y se la presentó. Ella la abrió con menos curiosidad que resignación y se encontró con un par de guantes.

Eran hermosos. Piel de gundark, pensó. Teñidos de un azul oscuro casi negro. Cuando se colocó uno en la mano izquierda, se dio cuenta de que el forro era de algún tipo de shimmersilk. Se sentía muy suave sobre la cicatriz que todavía tenía muy sensible. Probablemente eran la cosa más linda que hubiera tenido.

Como sea, no le importaba si hubieran sido un par de calzones gamorreanos. Los guantes eran un modo de protegerla de Czerka y la forma de ayudarle a sentirse menos atemorizada. Eso fue lo que hizo que se ahogara de emoción.

—Los compré ayer en la tarde, cuando me llevé el *Facet* para recoger más provisiones. —Pax pasó la mirada de su rostro a los guantes y luego de regreso, inseguro de cómo interpretar su silencio—. ¿Te gustaron?

—Son preciosos —respondió Rahara con la voz entrecortada y le sonrió con la mirada húmeda—. A veces tienes tus momentos, Pax.

—Tonterías —contestó él—. Soy maravilloso todo el tiempo. Esta es simplemente una de esas ocasiones en que te das cuenta.

—

Sin duda había muchos factores que Qui-Gon había tomado en cuenta cuando decidió hacer su anuncio durante el desayuno y Obi-Wan lo sabía. También estaba seguro de que un factor que su maestro *no* había tomado en cuenta era que le arruinaría por completo el día a su padawan.

—Trabaja con un sujeto muy inestable —le dijo la Ministra Orth más de una hora después de que Qui-Gon hizo su anuncio y abandonó la reunión—. ¿Está enterado de eso, señor Kenobi?

De todas las quejas que Obi-Wan tuvo alguna vez acerca de su maestro, *inestable* no era una de ellas.

—Esto es inusual en él —respondió con el mayor tacto del que fue capaz.

Rael Averross había pasado la mayor parte del tiempo tratando de convencer a la Princesa Fanry de que este era, de hecho, un problema muy grave. La chica parecía encantada con todo el asunto, lo cual, en vista de que sus mayores estaban perdiendo los estribos y pareciendo como unos idiotas, quizá no era tan sorpresivo. Sin embargo, ahora Averross volteó hacia Obi-Wan, con sus negros ojos ardiendo de rabia.

—¿Cuándo tuvo este regreso a su infancia, eh? ¿Cuándo decidió que todas las tonterías de las profecías eran reales?

—Por lo que sé —respondió el chico—, fue esta mañana.

Aunque en realidad Qui-Gon llevaba un par de días hablando de la posibilidad de una visión del futuro, su interés general en las profecías había aumentado desde hacía unos meses. ¿Era posible que su maestro hubiera perdido su objetividad e incluso que hubiera perdido el rumbo?

Obi-Wan sintió que se le revolvía el estómago. No era lo normal que los padawans fueran más objetivos que sus maestros. Se suponía que estos los guiaran, que siempre fueran los más fuertes y más seguros de la situación, pero su dinámica se había invertido y lo incomodaba tanto como la gravedad cero, donde apenas podía distinguir qué lado era el de arriba.

—Tenemos que saber si la coronación y la ceremonia del tratado ocurrirán como estaban programadas —dijo el Capitán Deren con su voz profunda y seria. Él era el único de todos los que estaban en el salón de banquetes que conservaba la calma—. Y necesitamos esa información en cuanto sea posible. De otro modo, no puedo tomar las medidas de seguridad apropiadas.

—Se llevará a cabo —protestó Averross—. Puedes estar seguro de eso. Qui-Gon Jinn recuperará el buen sentido, o…

—Déjeme hablar con él —dijo Obi-Wan. Qui-Gon y Averross tendrían encontronazos más estridentes en las versiones futuras de esta discusión, lo que

conduciría a muy poco progreso—. Es posible que comparta más sus pensamientos conmigo, ya que soy su padawan.

Lentamente, Averross asintió y la Ministra Orth dijo:

—Me alegra que usted lo entienda, porque nadie más lo hace.

Obi-Wan sintió que el alma se le iba a los pies. Nunca había comprendido a su maestro, pero hoy, quizá por vez primera, tenía que intentarlo.

ANTES

—¡Voy en persecución! —gritó Qui-Gon en su intercomunicador, con la esperanza de que su voz fuera audible por encima de las ráfagas de aire que rodeaban su speeder mientras viraba entre el follaje de la selva—. ¡Rastréenme!

Su voz se rompió en la última palabra. «*Fantástico*», pensó, pero no había tiempo para obsesionarse con cualquier cosa, excepto con la persecución.

Él y Dooku formaban parte del equipo de ataque de Numidian Prime, organizado para localizar a la infame cazadora de recompensas Shenda Mol. Ella no obtenía sus botines asesinando personas, lo cual de por sí ya era bastante malo, sino saboteando las naves de pasajeros, detonando dispositivos en áreas públicas concurridas y, una vez, soltando incluso un virus mortal. Decenas de miles de muertes en cincuenta planetas diferentes no eran más para ella que un daño colateral.

Los Jedi la habían rastreado hasta Numidian Prime donde tenía un pequeño reducto con un puñado de seguidores. Pero ya habían aprehendido a sus seguidores y la captura de Mol dependía de Qui-Gon y de su maestro.

Aceleró su speeder, tratando de volar por encima de los espesos matorrales de la selva, pero debajo de las también espesas ramas de las palmeras. La coletilla de padawan de Qui-Gon volaba detrás de él y deseaba haberse puesto unos *visores* para protegerse los ojos.

No tenía tiempo para eso. Remontó la colina y pudo ver el pedregoso valle donde habían detectado el escondite de Mol. Qui-Gon frenó y detuvo su speeder con el mayor silencio posible. De ahora en adelante viajaría a pie.

El planeta era un sitio pantanoso y traicionero, pero Shenda Mol se había ocultado en terreno alto. Qui-Gon podía caminar silenciosamente sobre las hojas y enredaderas que seguían suaves y verdes. Aparte de unas cuantas aves que volaban arriba, no parecía haber fauna alguna en el área. Dejó una de sus manos sobre su sable de luz y con la otra sacó su escáner para asegurarse de ir hacia las coordenadas correctas.

Unas cuantas colinas grandes y pedregosas indicaban el sitio más probable del escondite de Mol. Qui-Gon se detuvo al pie de una de ellas para guardar su escáner y se preparó para una confrontación. Dooku llegaría en cualquier momento, pero no había garantía de que su objetivo no estuviera.

—No te muevas —dijo Shenda Mol. Se reclinó contra una formación rocosa a unos cuantos metros hacia arriba y le apuntó con el bláster a la cabeza.

Qui-Gon se quedó inmóvil con la mano todavía puesta en su sable de luz; contra un oponente común, hubiera tenido la confianza de sacar su arma a tiempo para bloquear el disparo del bláster. Pero esta era Shenda Mol. Era una falleen, con reflejos reptilianos superrápidos, que incluso entre los falleen tenía la reputación de ser una francotiradora que no tenía comparación.

—Dime algo —le pidió él mientras se quedaba inmóvil—. Siempre escuché que tienes una puntería perfecta.

—Escuchaste bien. —La reptiliana echó la cabeza hacia atrás y su larga cola de caballo negra se deslizó sobre su hombro verde—. Si lo dudas, muévete y averígualo.

Qui-Gon no tenía intención de moverse… todavía.

—Si puedes atinarle a cualquiera desde una distancia tremenda, ¿por qué recurres a bombas o virus? ¿Por qué matas a miles cuando puedes matar a uno solo?

Mol sonrió.

—Hay un jueguito que me gusta jugar y para ganarlo tengo que lograr más víctimas, aunque, por supuesto, solo compito conmigo misma. Esa es la única competencia que vale la pena y más personas deberían entenderlo.

El joven padawan sabía que Dooku llegaría en cualquier momento. Su maestro habría rastreado su speeder y lo único que Qui-Gon tenía que hacer era detener a Mol por un breve tiempo.

—Eres uno de los principiantes, ¿verdad? —Mol inclinó la cabeza, estudiándolo—. No eres una presa muy interesante. Esas generalmente las devuelvo.

A Qui-Gon no le gustó mucho que le dijera «principiante», pero ese era el menor de sus problemas.

—Todavía no soy un Jedi completo.

—*Eso* ya lo sabía —respondió Mol—. He comido quesos más viejos que tú.

—Tengo catorce años.

—Catorce —contestó con un sonido sibilante, como lo hacían a veces los falleen cuando algo les divertía y el chico pensó que sería mejor no responder.

Mol se deslizó, o prácticamente reptó, sobre unas cuantas piedras al mismo tiempo que mantenía en posición su bláster y Qui-Gon estaba convencido de que no había desviado la mira ni por un instante. Ahora estaba a un metro más cerca de él.

—¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó.

—Lo más inteligente sería darse la vuelta e irse —respondió Qui-Gon—. Por supuesto, eso es lo que yo quiero que hagas, pero casualmente también es verdad. Vienen otros y mientras más pronto te vayas, más probabilidades tendrás de escaparte.

—Y entonces simplemente me darán cacería de nuevo.

Eso también era cierto.

—¿Te cuento acerca de mi jueguito, principiante? —le preguntó y entrecerró los ojos.

—Suena que de todos modos lo harás —respondió sin alterarse. La palma de su mano estaba sudorosa contra la empuñadura de su sable.

—Va así. Estoy tratando de matar a una presa de todas las edades, por lo menos hasta obtener doscientas, porque no puedo dedicarme a perseguir ancianos, pero quiero una de cada edad hasta los doscientos años. Hasta el momento, el más viejo que tengo fue un whiphid de ciento sesenta y dos años, y la más joven tenía cuatro días, que representa cero años.

Mol lo dijo con orgullo y eso le revolvió el estómago a Qui-Gon.

—El asunto es este —afirmó con una sonrisa cada vez más grande—. Maté a uno de trece y a otro de quince. Pero eso me deja con un espacio en medio. Un espacio en el que cabes a la perfección.

«Me va a matar». La mano de Qui-Gon se aferró a su sable de luz; simplemente tendría que intentar bloquearla, aunque fuera en vano…

Un resplandor luminoso estalló desde la selva y acertó en Shenda Mol. La reptiliana lanzó un grito agónico y dejó caer su bláster al mismo tiempo que se precipitaba por la colina hasta el suelo. El chico ya no podría verla porque los matorrales bloqueaban la vista, pero sí pudo oír el borboteo ahogado que salía de su garganta. Oyó que raspaba la tierra como si estuviera lanzando zarpazos o pateando el suelo. Antes de que Qui-Gon pudiera preguntar qué había sido ese resplandor, las ramas empezaron a moverse y salió el Maestro Dooku.

—Matas a los indefensos y presumes de ello —dijo mientras pasaba junto a Qui-Gon hacia los matorrales, enfocado únicamente en Mol. Aunque quería ver a su maestro y mostrarse ante él, sabía bien que no debía entrometerse en un encuentro que Dooku tenía bajo control—. Querías matar a mi padawan simplemente para satisfacer tus despreciables ambiciones. Te consideras extraordinaria, ¿no? ¡No conoces *nada* del verdadero poder!

Una luz brillante resplandeció de nuevo y luego otra vez. Qui-Gon todavía no podía verla directamente, aunque sí sentía que le hormigueaba la piel y que su pelo se ponía de punta. El aire olía a ozono. Pero nada de eso parecía ser importante y menos cuando podía escuchar los desdichados alaridos de dolor de Mol.

Entonces, los gritos de Shenda Mol se ahogaron y por un instante pensó que estaba muerta, pero luego escuchó que gemía de manera entrecortada. El sonido lo impulsó a la acción.

—Maestro, deténgase. —Se abrió paso entre los matorrales para pararse entre Dooku y Mol. La asesina estaba tirada a los pies de su maestro, hecha un ovillo y temblando—. Por favor. Estoy bien. La apresaremos. Ya se acabó.

La expresión de Dooku era ilegible al principio, pero lentamente bajó la mano.

—Se acabó —repitió su maestro y de pronto pareció recuperar la normalidad—. ¿Estás bien, mi padawan?

—Sí, maestro. —Cada vez que Dooku le había salvado la vida, el chico le agradecía, pero ahora no podía hacerlo. ¿Qué había hecho su maestro?

—Déjame llamar a los otros. —Dooku se alejó para hablar en su intercomunicador mientras Qui-Gon permanecía allí, «vigilando» a Shenda Mol mientras temblaba en el suelo.

CAPÍTULO VEINTISIETE



SIN RESPUESTA

Qui-Gon suspiró al ver las palabras en la pantalla. El Conde Dooku se había convertido en un enigma desde su repentina separación de la orden y Qui-Gon se había abstenido de comunicarse con él desde entonces, principalmente para darle un poco de tiempo y privacidad a su antiguo maestro. Sin embargo, ahora más que nunca, necesitaba de su consejo. Dooku tuvo su propia relación compleja con las profecías, creyendo en ellas primero y luego haciéndolas a un lado, para recuperar el interés una vez más durante la época en que Qui-Gon fue su padawan. Seguramente entendería por qué su viejo aprendiz creía con tal firmeza en esta visión y quizá incluso le ayudaría a encontrar las palabras correctas para convencer a otros de que lo escucharan. No obstante, lo único que recibió de Serenno fue silencio.

La puerta de su habitación sonó, indicándole que tenía un visitante, y se preparó mentalmente.

—Adelante.

Cuando entró Obi-Wan, el maestro exhaló aliviado. Aunque era un hombre de fuerte carácter que había enfrentado a caudillos militares y capos de crimen sin demostrar ningún temor, prefería demorar otro enfrentamiento con Rael Averross. La historia que lo había llevado a recibir esta misión ahora la volvía todavía más tensa.

—¿El séquito real ya se tranquilizó? —preguntó.

—Ni remotamente. —Pasó junto a Qui-Gon y se dirigió al fondo de la habitación hasta donde nunca se había atrevido a llegar. Tomó una piedrecita lisa y opalescente que su maestro había recolectado el día anterior en la cueva.

—Siempre recoge pequeñas cosas de todos los sitios donde va.

—Me gusta recordar.

—¿Le gusta recordar cuando casi morimos en un socavón y quedamos atrapados entre dos grupos de criminales armados con blásteres?

—Al final, la memoria es lo único que realmente poseemos. —Qui-Gon se sentó en una de las sillas labradas con respaldos altos que había en su cuarto; sospechaba que esa reunión sería larga—. Pero no viniste a discutir mi hábito de recoger recuerdos.

—Tiene razón —respondió su aprendiz—. Vine para preguntarle qué cree que está haciendo.

—Escuchando a la Fuerza. Acatando la visión que se me envió.

La expresión de Obi-Wan se ensombreció.

—Perdóneme, Qui-Gon, pero me parece terriblemente conveniente que esa visión se ajuste a la perfección con su opinión sobre el Tratado de Gobernanza. ¿Está seguro de que no está viendo simplemente lo que quiere ver?

No entendía. Tal vez nadie que no hubiera tenido una visión del futuro comprendería lo poderosa, lo persuasiva y veraz que era.

—Mi visión puede coincidir con mi opinión, pero una no recibe influencia de la otra. Mis objeciones son reales y también lo es esta visión que se me envió a través de la Fuerza.

—Pero ya hablamos de esto en Coruscant. —Caminó junto a la pared cubierta de ventanales que miraban hacia los acantilados en la costa—. Usted mismo lo dijo: las visiones de los místicos acerca del futuro no deberían tomarse en sentido literal. Son simples interpretaciones de sus circunstancias en ese momento que se proyectaron al futuro. ¿No es eso precisamente lo que usted está haciendo en este caso?

Qui-Gon sintió que había dicho esas palabras hacía media vida.

—Obi-Wan, estaba equivocado. Una verdadera visión del futuro es más que un simple sueño o un producto de la imaginación. Es la percepción simultánea de dos momentos que está más allá de cualquier cosa que mi mente, o la tuya, hayan visto anteriormente. Así que no es sorpresa que no lo entendiera antes y que tú no lo entiendas ahora.

—Entonces, ¿ahora cree que «Aquella que nacerá de la oscuridad, partirá para la oscuridad»? —preguntó el chico—. ¿Que vendrá un Elegido que restaurará el equilibrio de la Fuerza? ¿De ahora en adelante tomará en forma literal todas y cada una de esas difusas profecías místicas?

Al maestro le tomó un momento admitirlo, no ante Obi-Wan, sino ante sí mismo.

—Sí. Creo que tengo que hacerlo. Ahora que estoy en la misma posición que los profetas, debo escucharlos con humildad y sin juicios. Cuando era más joven, era capaz de eso y lo único que espero es tener la entereza para creer de nuevo.

En ese momento, algunos Jedi habrían empezado a escuchar, pero no Obi-Wan Kenobi. La mentalidad de su aprendiz seguía tan apegada a las normas como siempre.

—El deseo de ver el futuro, de predecirlo y cambiar nuestro comportamiento de acuerdo con ello es un tipo de control que no se supone que tengamos, maestro. Está buscando un poder que otros no pueden tener y eso puede conducir a la oscuridad.

—No me convertiré al Lado Oscuro —soltó Qui-Gon—. No todo desacuerdo con la ortodoxia Jedi nos convierte de la noche a la mañana en lores Sith.

—No quise decir eso —suspiró el padawan—. Si no me escucha acerca de las visiones, ¿al menos me escuchará respecto a nuestra misión? Nuestra encomienda en Pijal viene directamente de la Canciller Kaj y fue muy clara al respecto. Estamos aquí para proteger a la Princesa Fanry y para fungir como testigos del tratado, de modo que se pueda abrir el corredor hiperespacial. Si tenemos que presionar para que se enmiende el tratado y se vuelva justo, entonces eso es lo que haremos. Pero no puede negarse a firmarlo en nombre de la República. No tiene la autoridad para tomar esa decisión.

Su aprendiz no estaba equivocado, pero cuando los hechos chocaban con los ideales, Qui-Gon prefería cambiar los hechos.

—Es posible que tenga la autoridad para firmar un tratado que condena a la gente a la servidumbre y a la esclavitud —dijo—. Pero eso no quiere decir que tenga el derecho de hacerlo.

—¿Entonces les da la espalda a Averross y a Fanry, en lugar de esforzarse en convencerlos? —preguntó Obi-Wan—. Todavía es posible que tengamos éxito en esta misión y que hagamos lo que es justo para la gente de Pijal, pero si insiste en hablar de misticismo y negarse a alcanzar acuerdos…

—Insistiré —respondió Qui-Gon—. Rael Averross está más allá de escuchar razones. Su dedicación de proteger a Fanry se convirtió en manía y no llegaremos a ningún lado con él. Fanry es una niña que debe ver a Rael como una especie de padre. Si él no cede, dudo que ella lo haga. No es cuestión de negociar, Obi-Wan. Es cuestión de principios y debemos mantenernos firmes.

El joven levantó la mandíbula en actitud desafiante.

—Sí. Es una cuestión de principios. Y esos principios son que como Jedi no debemos ir más allá de nuestra encomienda y debemos trabajar dentro de sus límites para hacer lo que es correcto.

Esa era la segunda vez en el último medio día en que alguien le llamaba la atención a Qui-Gon sobre los límites de sus obligaciones como Jedi. Su conciencia lo agobió levemente; *era* importante que un Jedi no se volviera arrogante, ni que impusiera sus deseos y valores en quienes lo rodeaban. Pero esta situación era diferente. Tenía que serlo, porque lo único que sabía de cierto y de manera absoluta era que su visión era real.

—En este caso, mi padawan, no podemos trabajar dentro de los límites de nuestra encomienda y hacer lo correcto al mismo tiempo. Así que elijo lo último.

Obi-Wan caminó a la puerta, evidentemente superado.

—Al principio de mi aprendizaje no podía entenderlo —dijo—. Por desgracia, eso sigue siendo igualmente válido al final.

Apenas ayer se habían coordinado como nunca. ¿Cómo era posible que Qui-Gon lograra acercarse a Obi-Wan al mismo tiempo que se alejaba?

Justo antes de que el chico saliera de la habitación, Qui-Gon le dijo:

—Una vez me preguntaste sobre las cadencias básicas con el sable de luz y por qué no te dejaba pasar de ellas en lugar de entrenarte en las formas más avanzadas de combate.

Obi-Wan volteó con renuencia para darle la cara.

—Supongo que pensó que no estaba listo para más. Del mismo modo que no estoy listo para creer en todos esos asuntos místicos.

—Esa no es la razón.

Después de una larga pausa, Obi-Wan se calmó al grado en que pudo escucharlo.

—Entonces, ¿por qué, Qui-Gon?

—Porque muchos padawans y, en todo caso, también muchos Caballeros Jedi, se olvidan de que la técnica más básica es la más importante. La más pura. También es la que mayor probabilidad tiene de protegerte en batalla y la que forma las bases de todo el

conocimiento posterior —dijo Qui-Gon—. La mayoría de los aprendices quieren apresurarse a estilos de combate que son más llamativos o esotéricos. La mayoría de los maestros lo permiten, porque a la larga todos debemos encontrar nuestra forma favorita. Pero quería que estuvieras bien anclado en tu técnica y que entendieras tan bien las cadencias básicas que se volvieran instintivas, para que te volvieras casi intocable. Pero más que todo, quería darte el entrenamiento que necesitabas para lograr después cualquier cosa que te propusieras.

Obi-Wan se quedó en silencio por tanto tiempo que Qui-Gon se preguntó si estaba demasiado enojado como para escuchar cualquier cosa que hubiera dicho. Pero finalmente, su padawan asintió.

—Gracias, Qui-Gon. Lo agradezco, pero…

—Pero ¿qué?

—Me lo pudo haber dicho —respondió y luego se fue.

—

El nudo que sentía Obi-Wan en la garganta no desapareció por varios minutos sin importar cuántas veces tragara saliva o cuánto se esforzara por dirigir su mente hacia otras cosas.

«Todo este tiempo estuvo tratando de ayudarme», pensó. «Qui-Gon se preocupaba por mí más de lo que pensé. E incluso ahora lo hace».

Enterarse de eso alivió algo profundo dentro del alma del chico, un dolor y una incertidumbre que habían morado dentro de él por muchos años. Se preguntó cuánto de su aprendizaje le parecería diferente cuando reexaminara sus recuerdos a través de esa nueva perspectiva. Pero nada de eso se acercaba remotamente a resolver los problemas en Pijal.

Solo le vino una solución a su mente. Era una grave violación del protocolo que iba más allá de los límites correctos de cualquier padawan. Obi-Wan la rechazó precisamente por esa razón, pero cuando fallaba cualquier otra idea que tuviera, aquella regresaba de nuevo. Esta vez no podía deshacerse de ella.

«Existen reglas de lo que pueden hacer los padawans y de lo que pueden hacer los maestros», se dijo. «Si hago esto, romperé casi todas».

Sin embargo, después de unas cuantas horas de considerarlo, supo que no tenía más opción. Había llegado el momento de pasar por encima de Qui-Gon.

Fue hasta la biblioteca del palacio, que seguía completamente vacía y activó una de las terminales de intercomunicación. Cuando se encendió la pantalla, se escuchó una voz artificial:

—Ubicación del lugar e identidad del receptor.

—Coruscant, el Templo Jedi. —Obi-Wan respiró profundamente—. El mensaje es para el Consejo Jedi.

CAPÍTULO VEINTIOCHO



No era como si Obi-Wan nunca hubiera hablado con el Consejo Jedi. Eso sí, no lo había hecho solo, sin Qui-Gon a su lado, además de que nunca había tenido que decir algo que conmocionaría tanto al consejo.

—Qui-Gon se rebeló antes —dijo Saesee Tiin—, pero nunca se desvió a ese grado de su encomienda ni tampoco en un asunto tan grave.

Poli Dapatian negó con la cabeza y con una incredulidad que era aparente incluso a través del holograma.

—Por supuesto que es necesario cambiar de algún modo el tratado para proteger a la gente de Pijal. Pero alterar todo el proceso diplomático es peligroso, en especial cuando múltiples fuerzas armadas amenazan el imperio de la ley en Pijal y en su luna.

A través del holograma, casi todo el consejo estaba dispuesto en un círculo alrededor de Obi-Wan y, aunque sabía que la proyección completa era mejor para una reunión de esa seriedad, se sentía extrañamente como si estuviera en la misma Cámara del Consejo. Solo el parpadeo ocasional revelaba la biblioteca de palacio en la que se encontraba. Entonces se armó de valor.

—Pienso que la influencia excesiva de Czerka en este planeta, y en Averross en particular, es efectivamente una amenaza contra el imperio de la ley, pero me temo que la postura extrema de mi maestro hace que el cambio sea menos probable. No hay espacio para la negociación entre ellos.

Los miembros del consejo intercambiaron miradas preocupadas.

—No podemos permitir que continúe esa situación —indicó Eeth Koth—. Debería exigirse de inmediato el regreso tanto de Jinn como de Averross.

A Obi-Wan no le gustaba decirlo, pero tenía que hacerlo.

—Averross ha sido el gobernante de facto de este planeta durante casi una década. Él y la princesa coronada parecen inseparables. Si se le saca del planeta justo antes de la ceremonia, el ánimo del público podría volverse muy negativo y posiblemente le gane conversos tanto a la Oposición como a los guardias de negro, quienquiera que sean. También sospecho que cualquier vacío de poder se lo apropiaría Czerka, por estar tan arraigados aquí.

—Qué desastre —afirmó Koth, haciendo evidente su molestia—. Me temo, Maestro Yoda, que el resto de nosotros debimos escucharlo. Invitar a Qui-Gon Jinn al consejo…

—Hecho está —respondió Yoda—. Deshacerse no deberá ser.

«¿Yoda votó contra mi maestro?». Obi-Wan sintió el rechazo tan agudamente como si él mismo, y no Qui-Gon, fuera al que consideraban deficiente. La separación entre ambos había logrado de algún modo que Obi-Wan apreciara más, y no menos, a su

maestro. Era como si tuviera que apartarse de él antes de poder verlo con claridad. Sin embargo, ver claramente a Qui-Gon no lo había ayudado a llegar a él.

—¿Tan seguros todos ustedes están de que Qui-Gon se equivoca por en su visión tener fe? —dijo Yoda mientras se incorporaba—. ¿Seguros ustedes están de que la Fuerza a él no le habla?

El silencio posterior continuó por lo que pareció un largo tiempo. Con actitud dudosa, Depa Billaba añadió.

—El futuro siempre está en movimiento y no podemos poner toda nuestra fe en tales visiones.

—No, hacerlo no podemos. Qui-Gon errado está en esto. Pero también un error es decir que visiones tales no pueden tener significado. —Yoda volteó para hacer contacto visual con cada uno de los miembros presentes y luego miró a Obi-Wan—. ¿Qué evidencia hay de que el sueño de Qui-Gon veraz puede ser?

—En el sueño —admitió Obi-Wan—, Qui-Gon vio con todo detalle el Cáliz Celestial, que es la cámara para la coronación y la firma del tratado. Cuando vio el Cáliz por sí mismo, era idéntico en todos los sentidos a su visión.

Poli Dapatian inclinó la cabeza, aparentemente impresionado, y no fue el único miembro del consejo que reaccionó de ese modo. Sin embargo, otros siguieron escépticos.

—Es bien posible que Jinn haya visto un holograma o imagen hace mucho tiempo —insistió Koth—. Quizás el sitio se vea igual que en su sueño, pero eso no tiene relevancia para determinar si los sucesos ocurrirán como dice y, en todo caso, es una versión bastante inconexa de los hechos.

—Además —añadió Saesee Tiin—, buscar el conocimiento del futuro es una vía hacia el Lado Oscuro.

Obi-Wan había dicho lo mismo, pero sonaba más severo cuando lo decía Tiin.

Yoda carraspeó.

—*Buscar* conocerlo sí. Pero buscar esa visión Qui-Gon no lo hizo. Vino sin pedirlo él. Tales visiones falsas pueden ser, pero sin oscuridad en sí mismas.

—¿Puede decirse que cualquier cosa que conduzca a tal tentación de controlar el futuro está libre de oscuridad? —preguntó Tiin.

—No podemos evaluar las implicaciones tácticas de estas visiones sin también considerar las implicaciones éticas —dijo sabiamente Dapatian mientras asentía.

«¿De verdad van a perder el tiempo discutiendo la ética teórica en lugar de lidiar con la crisis que tenemos enfrente?». Obi-Wan se sorprendió de pensarlo porque tales críticas hacia el consejo eran algo que hubiera esperado de su maestro, pero que nunca había confrontado en sí mismo. Tal vez Qui-Gon tenía razón en que el consejo tenía la tendencia de discutir en lugar de dirigir.

«No seas infantil», se dijo. «Son el consejo. Por supuesto que tienen que considerar todos los aspectos de cualquier situación». En cualquier otro momento, la discusión

podría haberle resultado interesante, pero ahora era una distracción de las preguntas esenciales que necesitaba que el consejo respondiera.

—Maestros, por favor, más tarde debo regresar a la luna con Qui-Gon para vigilar la actividad de Czerka y también esperamos encontrar e identificar a los guardias de negro. —El llamado de su maestro llegó a la datapad de Obi-Wan mientras informaba al consejo y el sentimiento de culpa le pesaba desde entonces—. ¿Qué van a hacer ustedes?

—La pregunta esa no es —dijo Yoda—. Decidir hemos sobre qué harás *tú*, joven padawan.

—

Después de un largo y mayormente silencioso viaje con Obi-Wan hasta el punto de encuentro, Qui-Gon se alegró de ver al *Meryx* que aterrizaba en las cercanías. Incluso la actitud de Pax sería un cambio agradable respecto a la incomodidad que había entre él y su padawan.

—Entonces —les gritó Pax desde la escotilla de la nave—, ¿están listos para poner de nuevo en peligro nuestras vidas?

—Estamos ansiosos de ello —respondió el maestro.

Pax levantó una ceja, pero simplemente les hizo un ademán indicándoles que subieran para poder despegar.

—Muy bien —dijo Rahara cuando estuvieron de nuevo en el espacio—. Tenemos las coordenadas que nos enviaron, pero todavía no hacemos un reconocimiento. Después del desastre de ayer, queríamos tener con nosotros a algunos Jedi antes de siquiera acercarnos a gente que esté posiblemente armada.

—Es comprensible. —Qui-Gon se acercó a la cabina de mando del *Meryx* para estudiar las lecturas—. Vamos hacia una mina de Czerka que no es una de sus principales operaciones, pero que está próxima a las áreas donde los guardias de negro atacaron anteriormente. Así que, lo que sea que esté haciendo la corporación, parece ser interesante para la gente que tratamos de localizar.

Pax se cruzó de brazos y se reclinó contra la pared.

—¿Por qué están dirigiendo ahora su atención a esto?

—Porque antes era difícil detectar patrones significativos —indicó Obi-Wan—. Pero nos enteramos de cuáles actos son obra de la Oposición y cuáles corresponden a los guardias de negro. Cuando revisamos los registros con esos datos a mano, los patrones se volvieron más evidentes. Este sitio es importante para los guardias de negro y eso lo vuelve importante para nosotros.

—Bien dicho, padawan. —El elogio de Qui-Gon pretendía ser sincero, entonces ¿por qué causó que Obi-Wan se estremeciera?

Al poco tiempo, estaban descendiendo hacia la atmósfera de la luna y una neblina negruzca en el horizonte les indicó la instalación de Czerka. A la señal de Qui-Gon, Rahara hizo descender la nave. Encontrar un sitio donde aterrizar resultó difícil sobre ese

terreno rocoso y más desigual, pero se las arregló para asentar la nave en el margen mismo del rango de los escáneres. A esa distancia, sólo escáneres específicamente dirigidos detectarían alguna cosa. Pax y Rahara podían monitorear a los Jedi mientras estos exploraban la instalación de Czerka, pero era poco probable que la corporación pudiera detectar al *Meryx*.

Qui-Gon y Obi-Wan empezaron a caminar con los sables de luz en la mano y los blásteres a sus costados. Cualquiera que llevara uno de esos escudos inusuales estaría mucho menos protegido que antes. Avanzaron tan silenciosamente como pudieron, haciendo las ramas a un lado, soltándolas con lentitud y pisando sobre el césped u hojas frescas en lugar de sobre aquellas que estaban secas. El silencio entre ellos no era incómodo, sino necesario, y estaban unidos contra un propósito compartido.

«Completaremos bien esta misión», se dijo el maestro. Se le había ocurrido que su invitación al consejo no sobreviviría a su desobediencia con la encomienda de la misión y, en ese caso, ¿Obi-Wan continuaría siendo su padawan? El tiempo que les quedaba en Pijal le daría la respuesta.

El olor del humo les indicó que se estaban acercando. Ambos Jedi se envolvieron en sus capas y levantaron sus capuchas como una especie de camuflaje. Obi-Wan, que llevaba el escáner, le hizo señas a Qui-Gon para que se acercara a mirar los resultados.

—Los minerales que están extrayendo no parecen especialmente raros ni preciosos.

—No —coincidió Qui-Gon, volviendo a revisar las lecturas de mineralogía—. Czerka no está excavando aquí porque sea necesario, sino simplemente porque es posible. Aunque es interesante. —Señaló a las extrañas espigas en las gráficas de un área cerca de los márgenes del complejo de instalaciones de la empresa.

—No es kyber, obviamente, sino cristales kohlen. —Obi-Wan meditó un momento y luego golpeteó con uno de los dedos en la orilla del escáner—. Si Czerka está buscando los cristales kohlen…

—Es posible que después de todo estén detrás de los guardias de negro —dijo Qui-Gon completando la idea—. Es posible que esta sea la manera en que recolectan los cristales para darle energía a esos misteriosos escudos.

—Ni siquiera sabemos si los escudos utilizan kohlen —dijo Obi-Wan, no para contradecirlo, sino siguiendo su propio hilo de pensamiento.

Qui-Gon asintió.

—Ni tampoco estamos del todo seguros de que nuestros sables de luz no sirvan contra esas cosas. Un combate no puede ser prueba absoluta.

—Tendremos que asegurarnos de ello, aunque no creo que sea divertido hacerlo. —Una sonrisa iluminó el rostro de Obi-Wan, aunque sólo por un momento.

—Veamos si podemos averiguar qué están haciendo con los cristales kohlen —dijo y le indicó a su padawan que lo siguiera.

Siguieron avanzando juntos hasta que llegaron casi al perímetro del complejo. Unas breves chispas azules eran lo único que revelaba la presencia de una cerca electrónica que marcaba los límites. «Bien», pensó el maestro. «Así podemos verlo todo».

A primera vista, nada de las instalaciones se veía diferente de otras incontables operaciones mineras que Qui-Gon hubiera visto a lo largo de los años. Los droides cribadores se dedicaban mecánicamente a revisar los materiales en bruto, separando el mineral de los desperdicios, mientras los droides estibadores caminaban pesadamente por el lugar recogiendo el mineral para llevarlo al procesamiento inicial. Los esclavos humanos también estaban presentes, con sus overoles grises, ocupados con el mantenimiento de los droides. Era probable que adentro hubiera más esclavos dedicados a tareas más complejas que los simples droides trabajadores no estaban preparados a manejar. Era una labor aburrida y extenuante, y otro ejemplo del arduo trabajo que se les obligaba a realizar en toda la galaxia.

«Tiene que haber algún punto final para esto», pensó Qui-Gon. «Yoda tiene razón: los Jedi no pueden asumir la autoridad para detener la esclavitud en toda la galaxia, porque tendríamos que asumir un mayor poder del que deberíamos llegar a tener. Pero esto debe cambiar de algún modo».

El escáner parpadeó más rápido a medida que avanzaban en silencio entre los árboles y se acercaban al área con los cristales kohlen.

—Aquí, maestro —susurró Obi-Wan—. Deberíamos tenerlo pronto a la vista.

Una nueva área del complejo apareció ante ellos. Los Jedi se detuvieron y se quedaron mirando por el largo rato que les tomó creer lo que veían: era un ASP-7 que avanzaba con un ruido sordo hacia una zona irregular, llevando un enorme contenedor de metal que se balanceaba en sus brazos. El ASP-7 vació el contenedor, lo sacudió una vez para asegurarse de que estuviera vacío, y luego empezó a llevarlo de regreso para volverlo a llenar.

—Es la basura —dijo Obi-Wan con incredulidad—. ¿Czerka está tirando los cristales kohlen a la basura?

Qui-Gon tampoco lo habría creído si no hubiera visto unos cuantos brillos anaranjados reveladores entre los escombros.

—Aparentemente están extrayendo los otros minerales que detectaron y los cristales kohlen son simplemente escombros. Bueno, eso nos dice una de dos cosas.

—Sabemos que Czerka no está detrás de los guardias de negro —apuntó Obi-Wan—. Si así fuera, necesitarían esos cristales.

—Eso o, después de todo, los escudos de los guardias de negro no usan los cristales kohlen —dijo Qui-Gon mientras se enderezaba—. En cualquier caso, dudo que tengamos mucho más que averiguar en una exploración de estas instalaciones. No hay nada especial en la operación de Czerka y no nos estamos acercando en absoluto a los guardias de negro.

El chasquido eléctrico de un disparo de bláster los alarmó. Ambos levantaron la vista justo a tiempo para ver cómo explotaba uno de los droides mineros.

Empezaron a sonar alarmas y luces rojas parpadearon en la esquina de cada edificación. Los droides trabajadores abandonaron sus tareas y empezaron a rodar por todas partes para proveer la escasa defensa que pudieran. Qui-Gon examinó el horizonte.

Logró ver tres pequeños transportes de tropas que sobrevolaban apenas por encima de la línea de los árboles, acercándose al complejo. Descendían y se aproximaban para aterrizar justo dentro de la cerca.

Supo quiénes eran antes de que apareciera el primer soldado. Seguramente Obi-Wan también lo sabía. Pero cuando la figura saltó con el bláster en la mano, Qui-Gon tuvo que decirlo en voz alta.

—Los guardias de negro. Aquí están.

CAPÍTULO VEINTINUEVE



El aburrimiento de estar sentado esperando a los Jedi terminó abruptamente cuando empezaron a parpadear las señales que indicaban que algo se aproximaba al rango de sus sensores. Pax los miró, evaluó la situación y pensó: «Oh, maldita sea».

—Enciende el campo bloqueador de escáneres —dijo—. Debemos salir de aquí en el momento que más nos convenga.

Rahara entró con un bollo de pan haroun en la mano.

—Espera. ¿Qué hacemos con los Jedi?

—Qui-Gon tuvo la decencia de decir que no deberíamos ponernos en peligro mortal por culpa de ellos. Actualmente no estamos en peligro mortal, pero eso está demasiado cerca. —¿Tenía que hacer un análisis completo de las lecturas para convencerla? Entonces le llegó una solución simple y apuntó a la ventana de la cabina hacia las figuras voladoras sobre el horizonte—. Mira.

Ella contuvo la respiración.

—¿De quién son esas naves?

—No tengo idea, pero de todos modos no importa. Las armas de las naves están cargadas y vuelan en formación de ataque. Eso es lo único que necesito para evaluar que la probabilidad del «peligro mortal» antes mencionado es sumamente elevada.

El fuego distante de los blásteres era apenas más que franjas verdosas de luz por encima de los árboles y Pax prefería que los disparos no se acercaran.

—Quienquiera que sean, están atacando las instalaciones de Czerka —murmuró Rahara.

—Entiendo que son nuestras almas gemelas —respondió él—. Así que dejémoslos en paz, ¿te parece?

Pax esperaba que la chica regresara a su lado en la cabina y tomara el control. Aunque era un piloto más que adecuado, carecía del toque mágico de Rahara. Si ella estaba en el asiento del piloto, tendrían una mayor oportunidad de salir de allí sin que los notaran. Además, su compañera había estado un buen rato en el área del comedor tomando un refrigerio y él estaba con ánimo de más compañía y entretenimiento. (Ya había sido advertido de que no era aceptable que la interrumpiera mientras comía, dormía, descansaba o veía holovideos solo porque quisiera compañía. Esta crisis, sin embargo, le daba la excusa perfecta).

Ella negó con la cabeza.

—En las instalaciones no está únicamente la escoria de Czerka —dijo—. También están los esclavos. Los aniquilarán antes de poder tocar las habitaciones interiores donde están los amos. —Rahara se enderezó—. Y no puedo permitir que eso suceda.

—Aunque tiemblo solo de preguntarlo —indicó Pax—. ¿Cómo propones impedirlo?

—Llevando al *Facet* para cubrirlos de algún modo. —Rahara tomó un casco del anaquel y se dirigió al compartimiento.

Eso era inaceptable a muchos niveles y Pax corrió detrás de ella, gritándole.

—No podrás hacer gran cosa en el *Facet*, ya que cada una de esas naves es cinco veces más grande y tiene diez veces el potencial para disparar. Eso es un aproximado, pero si necesitas que te convenza, puedo calcular las cifras exactas.

—No necesito cifras exactas. Lo que necesito es llegar allí.

Después de decir esto, Rahara empujó un panel en la pared y parte de la placa de recubrimiento del piso se deslizó, dándole acceso a la plataforma de lanzamiento que estaba debajo. Allí, reluciente como un dardo plateado, estaba el *Facet*.

Pax se sintió muy inteligente cuando compró el caza individual. Si alguna vez atacaban al *Meryx*, tendría la capacidad para responder, mientras que mantenía a salvo a su valiosa carga. Pero siempre se imaginó entrando él en batalla, no Rahara.

—Eleva la nave —le indicó ella—. Yo me ocuparé del resto.

Era tentador negarse, porque un piloto, aunque fuera tan hábil como Rahara, no podía despegar un caza a medio metro del suelo. Sin embargo, negarse a despegar simplemente iniciaría una discusión y Pax sabía cómo terminaría el asunto. Lo mejor sería ayudarle a hacer el mayor bien que pudiera.

—¿Rahara? —le gritó mientras la chica tomaba su asiento—. Ponte los guantes.

Ella le sonrió por un breve instante antes de que la escotilla reflejante de la cabina del *Facet* se cerrara.

—

Las breves esperanzas de Obi-Wan de que pudieran mantenerse al margen de la pelea se desvanecieron en el momento en que varios guardias de negro dieron la vuelta y empezaron a correr directamente hacia ellos.

—Nos detectaron.

—Eso parece —respondió Qui-Gon mientras encendía su sable de luz y su padawan hizo lo mismo. El zumbido eléctrico era casi reconfortante, un recordatorio de que sin importar quién fuera su oponente, *él* era un Jedi.

Uno de los guardias disparó en su dirección, pero Obi-Wan se dio cuenta de que no era hacia ellos, sino que el rayo golpeó uno de los postes de control de la cerca electrónica. Por un instante, esta brilló con un resplandor tan intenso que se volvió tan opaca como cualquier muro de piedra. Luego desapareció y no quedó nada entre los Jedi y los guardias de negro, excepto algunos droides mineros y veinte metros de lodo.

Qui-Gon corrió hacia delante, asumiendo la delantera. Con la mano que llevaba libre, tomó un bláster que tiró uno de los guardias de negro y le disparó a otro, pero el tiro impactó contra el escudo de su oponente sin causarle ningún daño. Obi-Wan lanzó una maldición para sus adentros. ¿Por qué los escudos tenían que protegerlos también contra el armamento convencional? Qui-Gon ejecutaba a la perfección sus movimientos

defensivos, pero sus enemigos seguían siendo intocables. Eso significaba que lo único que tenían que hacer los guardias de negro era esperar al momento adecuado en que el Jedi cometiera un pequeño error.

Obi-Wan se cubrió detrás de un ASP-7 y esperaba que Qui-Gon hiciera lo mismo, pero su maestro siguió peleando. Su túnica y su pelo giraban con cada movimiento y cuando el joven miró su rostro, observó únicamente serenidad. Completa calma.

«Soy uno con la Fuerza», pensó Obi-Wan y recordó un viejo adagio de los Guardianes de los Whills: *La Fuerza me acompaña*.

Se relajó y dejó que la Fuerza fluyera a través de él. Durante una batalla, en general la Fuerza parecía guardar silencio, no porque lo abandonara, sino para convertirse en no más que instinto. Sin embargo, en esta ocasión descubrió que se conectaba con todo lo que le rodeaba, como si estuviera en un trance de meditación. No esperaba que su maestro lo guiara. Al fin, lo guiaba puramente la Fuerza.

Los siguientes minutos parecieron suceder en cámara lenta. No sintió temor al salir de atrás del droide carguero y de volver a enfrentar a los guardias de negro. La vida y la muerte eran una y la misma dentro de la Fuerza; no había nada de lo cual ocultarse, nada que lo distrajera. En lugar de ello, percibió la ruta de cada rayo de bláster antes de que lo dispararan. Su cuerpo no requería la ayuda de su mente consciente para dar el ángulo a su sable de luz que desviara cada disparo.

Qui-Gon siempre lo había alentado a entrar en un trance meditativo durante los combates y al chico siempre le había parecido absurdo, si no es que imposible. Pero ahora, finalmente, luchó como se lo había enseñado su maestro.

—

Rahara mantuvo el vuelo del *Facet* tan bajo que rozaba algunas de las copas de los árboles. Sentía el golpe y se inclinaba a un lado o al otro, perdiendo momentáneamente un poco de velocidad, pero no era nada que su nave no pudiera manejar.

«No lamento que nunca hayamos usado al *Facet* como un verdadero caza», pensó, «pero me alegro de tenerlo ahora».

Para ese momento, todas las naves enemigas habían aterrizado, de modo que no había nada de qué preocuparse en el aire. Cuando Rahara pasó por encima del perímetro de las instalaciones, pudo ver lo que sucedía en el suelo. Al lado del edificio principal, los dos Caballeros Jedi luchaban contra al menos doce combatientes y, por lo que podía verse, estaban defendiéndose adecuadamente. Se movían con tanta fluidez y sus sables de luz eran tan brillantes que casi podría haber creído que eran bailarines. Rahara sintió un escalofrío de asombro. Ya había oído sobre cómo usaban sus poderes, pero nunca había sido testigo de ello.

El *Facet* voló sobre el edificio más cercano, donde pudo ver otro trozo del complejo y de la batalla. Eso le mostró lo que había venido a buscar.

A un costado del edificio, que era una unidad de procesamiento, más o menos una docena de trabajadores se apiñaban debajo de una saliente, intentando protegerse del fuego de los blásteres. Los atacantes, que Rahara suponía que tenían que ser los guardias de negro, no disparaban directamente hacia esas pobres personas, sino contra el edificio en sí. Pero si el edificio explotaba, sin duda todos los esclavos morirían como si hubieran estado adentro.

A un metro de distancia de ellos había una puerta. Rahara recordó los viejos protocolos, por lo que sabía que el personal de Czerka ya se había refugiado y sellado todas las entradas, así que toda la gente importante estaba a salvo. Pero los esclavos no importaban.

Algún día tendría oportunidad de enfrentar como se debía a Czerka, pero ahora solo podía ayudar a aquellos que la corporación había abandonado.

Rahara hizo descender al *Facet* casi al nivel del suelo y voló entre los esclavos y los guardias de negro. El fuego de los blásteres chocó con el casco, pero esas eran armas personales y no los cañones más potentes que usaban las naves, así que apenas rasparon la superficie sin lograr aminorar la velocidad de la nave. En cuanto había bajado, volvió a elevarse, ahora más cerca de los guardias. Su recompensa fue verlos escabullirse para evitar que los atropellara.

Volvió a cambiar el ángulo de giro para una tercera vuelta por el área. Para ese momento, los esclavos habían corrido lejos del edificio de Czerka y se apresuraban para llegar a un silo de minerales que era lo bastante fuerte como para detener el fuego de los blásteres. ¿Debería seguir volando sobre los guardias de negro? Probablemente no, porque estaría ayudando a Czerka y no a la gente que había esclavizado. Así que Rahara elevó más al *Facet* para dar otra mirada al lugar. Unos puntos distantes en el horizonte llamaron su atención.

«Un momento. Esas son naves que se aproximan». En voz alta, murmuró:

—¿Qué demonios es *eso*?

Una luz blanca verdosa explotó alrededor de ella, rodeando al *Facet*, que se inclinó peligrosamente a un lado. Se esforzó por controlar la nave, pero ya no estaba respondiendo bien. En apariencia, cuando menos uno de los guardias de negro tenía un arma tierra-aire que acababa de usar para derribarla. Rahara no podía hacer otra cosa que elevarse más para tratar de aminorar la fuerza del choque que se aproximaba.

—

—¡No mire ahora —gritó Obi-Wan por encima del estruendo de la batalla—, pero creo que tenemos refuerzos!

Qui-Gon levantó la vista hacia el horizonte y vio las naves que se acercaban. Eran naves de tropas no muy diferentes a las de los guardias de negro, pero cada una mostraba orgullosamente el verde y blanco de los colores reales. A pesar de las protestas de Rael, la guardia de Fanry había venido a respaldarlos.

Los guardias de negro no parecían haber tenido planes contra esa contingencia y varios de ellos bajaron sus armas y miraron alrededor en aparente confusión. Algunos otros ya habían roto filas y corrían a sus naves, por lo que una retirada parecía probable.

Luego el sonido de un choque metálico hizo eco por todo el lugar. Al voltear, Qui-Gon pudo ver una pequeña nave, un caza individual, que lanzaba cortinas de lodo al derrapar por el suelo hasta detenerse. Pensó que debía ser el caza del *Meryx* y aunque nunca lo había visto, Pax ya había aprovechado la oportunidad de presumirlo.

Quienquiera que estuviera en la cabina de la nave, estaba en grave peligro de ser capturado o de morir. Ya fuera Pax o Rahara, simplemente estaban allí porque Qui-Gon había insistido, por lo que era su responsabilidad sacarlos con vida si podía hacerlo.

CAPÍTULO TREINTA



Obi-Wan vio que su maestro corría hacia el caza caído y entendió en un instante que debía mantener a raya a los guardias de negro hasta que se retiraran. El rescate del piloto dependería de Qui-Gon, o por lo menos eso pensó hasta que unos droidekas corroídos empezaron a salir por unas rampas debajo del suelo. Finalmente se había puesto en marcha la defensa de Czerka y varios de los droidekas se dirigieron hacia los guardias de negro, pero dos fueron directamente hacia Qui-Gon.

La oleada de sorpresa y temor que recorrió a los guardias de negro le hizo saber que estaban a punto de huir, y eso le permitió ignorarlos por completo y correr hacia su maestro.

Un llamado a la Fuerza le permitió saltar más lejos y más alto que nunca antes, por lo menos cinco metros, y lanzarse al aire dando una voltereta hasta caer en posición defensiva, ligeramente adelante de Qui-Gon.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le gritó este.

La única respuesta de Obi-Wan fue bloquear el fuego de los droidekas. Era posible desviar los disparos con los sables de luz, pero esos droides podían disparar cinco veces más rápido que cualquier humano y eran cuando menos diez veces más difíciles de detener.

La acción estalló por todo el complejo al mismo tiempo que salieron los droides de combate y algunos de los altos funcionarios de Czerka se apiñaban en uno de los edificios, posiblemente porque se les había indicado tardíamente que iniciaran la evacuación. Aunque Obi-Wan seguía enfocado en los droides destructores, podía percibir otros elementos de la escena que lo rodeaba: voluminosas naves automáticas que salían de túneles de concreto, puertas que se abrían dejando salir a los trabajadores de Czerka que corrían apresurados por todo el lugar, droides y equipo… y personas.

—

«Ay». Rahara soltó el arnés del piloto en el *Facet* para poder sostenerse. Su nave había derrapado hasta detenerse al borde de una zanja y se inclinaba abruptamente hacia un lado. Poniendo el brazo por debajo, se impulsó para ver lo que sucedía.

La cabina de mando estaba semicubierta de barro y, a través de las manchas de lodo, pudo ver que los droides avanzaban en patrones específicos hacia la nave de transporte autotripulada. Reconoció de inmediato el protocolo de evacuación porque le había tocado pasar por él en un puñado de ocasiones cuando el tiro de una mina amenazaba con explotar y dañar el equipo.

«Muy bien, Czerka está abandonando el lugar». Rahara se sintió aliviada y luego culpable de sentirse así cuando apenas a unos cuantos metros de su nave estaban embarcando a los esclavos en los transportes. Pero conocía lo bastante bien el procedimiento de evacuación como para entender que no había nada que pudiera hacer desarmada y con una nave que necesitaría reparaciones antes de poder volver a volar.

«Me pregunto si conozco a alguno de ellos», pensó.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al recordar los rostros de sus compañeros esclavos que habían sido cariñosos con ella cuando era una pequeña a la que alejaron de sus padres al venderla, y que la consolaron lo mejor que pudieron.

Un droide de seguridad rodó hasta el *Facet* y bloqueó la vista de Rahara, que ahora solo podía ver el lodo. A través de la ventanilla de la cabina pudo escuchar su vocecita: «Escaneando».

Se quedó paralizada. Sintió que el dorso de su mano izquierda le ardía como si la etiqueta que se había extraído hacía tanto tiempo intentara enviarle señales a Czerka. Miró a sus guantes azules y se repitió: «Estás a salvo. Estás a salvo».

El droide de seguridad proyectó un rayo de luz verde hacia la cabina y eso la cegó por un instante. Seguía parpadeando cuando el droide abrió la compuerta y la dejó expuesta.

—Escaneo inicial no concluyente —dijo mientras el rayo recorría una vez más el cuerpo de Rahara. Sus largos brazos multiarticulados se desdoblaron al tiempo que decía sus siguientes palabras—. Confirmación por reconocimiento facial. Propiedad de Czerka.

«¡No!». Rahara trepó para salir de la cabina, ignorando el dolor de su pecho amoratado por el choque y gateó para alejarse. Los Jedi estaban en algún sitio cercano; si podía llegar hasta ellos, le ayudarían. Pero la pinza del droide de seguridad la atrapó y le sacó el aire de los pulmones al cerrarse alrededor de ella. Sus pies pendían a varios centímetros del suelo, de modo que no lograba tener tracción para empujarse contra él. Una pequeña tenaza salió de un panel para arrancarle el guante de la mano izquierda y una aguja se encajó en el dorso de su mano, penetrando la piel, lo cual hizo que lanzara un grito de dolor.

—Etiqueta temporal insertada —dijo el droide.

Rahara estaba preparada para morir en el espacio profundo. Para ir a la cárcel por ser una ladrona de joyas. Para huir de los Hutt. Para que la hirieran los guardias de negro. Aceptaba todos los peligros implícitos en la vida, excepto uno: el único del que le había rogado a la Fuerza que la librara a cambio de los años de esclavitud.

«De mucho me sirvió la Fuerza», pensó sin emoción cuando el droide de seguridad la soltó dentro de un transporte con las demás cosas propiedad de Czerka.

—

Las naves de tropas del palacio se acercaban mientras los Caballeros Jedi peleaban contra dos droidekas en el perímetro del complejo. El ozono de los blásteres cubría el aire y hacía un extraño contrapunto con los olores orgánicos de las coníferas y el lodo. Una

neblina formada por el humo, los charcos que se evaporaban por el calor de los rayos de los blásteres y el polvo del mineral cubrió el suelo impidiendo la visibilidad como si tuvieran que combatir dentro de un remolino de niebla que les llegaba a las rodillas.

Qui-Gon no se alteró. Lo único que tenían que hacer él y Obi-Wan era detener el ataque por un poco más de tiempo y luego tendrían de su lado el armamento adicional, con lo cual sería sencillo derrotar a los droides destructores.

Pero al observar en acción a su aprendiz, peleando con tal brillantez como cualquier Caballero Jedi pleno, decidió que quizá el armamento adicional no sería necesario.

—Obi-Wan —le gritó—. ¡Triangula!

El rostro de su aprendiz se iluminó y por primera vez lo entendió por completo. Ambos se acercaron, casi espalda con espalda, y Obi-Wan, que todavía se defendía furiosamente con su sable, murmuró entre dientes:

—Usted diga cuándo.

Qui-Gon casi erró para detener un rayo que sacudió su sable de luz y estuvo a punto de soltarlo, pero se recuperó de inmediato. Observó que los dos droides giraban, dirigiéndose cada uno hacia el Jedi que se habían puesto como objetivo.

—Ahora.

Al mismo tiempo saltaron más de dos metros hacia un lado, al punto exacto entre los droidekas, y se agacharon hasta el suelo.

Los rayos de bláster lanzados por los droidekas estallaron sobre las cabezas de los Jedi y acertaron directamente en ambos droides. Un chisporroteo de electricidad azul recorrió el recubrimiento de ambos mientras vibraban y luego se derrumbaron.

Obi-Wan volteó levemente para sonreírle.

—Eso sí me gusta.

—Vamos. —A Qui-Gon no se le había olvidado que el *Facet* había sido derribado unos minutos antes y como la neblina espesa y turbulenta que rodeaba sus pies se volvía más opaca a cada segundo, quería buscar antes de que la oscuridad se volviera impenetrable.

El espacio aéreo sobre las instalaciones de Czerka se había convertido en un embotellamiento digno de Coruscant. Las naves de los guardias de negro intentaban escapar en una dirección, perseguidas por las naves del palacio; los transportes de carga de la corporación despegaban en otra dirección y unos cuantos vehículos reales descendían en medio de todo. Qui-Gon esperaba que las tropas del palacio estuvieran obteniendo escaneos detallados de las naves de los guardias de negro. Quizás entonces podrían rastrearlas y resolver el misterio de sus orígenes.

Sus botas se arrastraban con dificultad por el lodo mientras se alejaban hacia el complejo, al área donde Qui-Gon había visto que se había estrellado el *Facet*. No podía ver ni a Pax ni a Rahara, así que aceleró el paso porque el piloto podría estar herido.

—Todos los demás droides se dirigieron a los transportes de Czerka —dijo Obi-Wan—. Estamos a salvo.

—Cuando menos por el momento. —Qui-Gon miró de lado a su aprendiz. El joven tenía unas cuantas salpicaduras de lodo en el rostro, mezcladas con sus pecas, y se le había roto la capucha de su capa. El maestro nunca lo había visto tan eufórico—. Peleaste de manera espléndida.

—¡Lo sé! No, este, gracias, maestro.

Qui-Gon soltó una risita.

—Adelante, padawan. Reconoce tu éxito. Te ganaste ese derecho.

Obi-Wan agachó la cabeza, tratando de ser modesto, aunque su amplia sonrisa contaba otra historia.

—Antes, cuando usted me hablaba de lograr el trance durante el combate, siempre pensé que era imposible. Pero hoy lo alcancé. Sentí la presencia de la Fuerza como nunca la había sentido.

—Medita en eso esta noche —respondió el maestro—. Recuerda los sentimientos que te guiaron. Mientras más logres ese estado durante el combate, más fácil será en el futuro, hasta que se vuelva parte de ti mismo… ¡oh, no!

Una fuerte brisa despejó la espesa niebla, revelando un trozo de tierra sin vegetación donde estaba el *Facet*, ligeramente dañado, que estaba al lado de una zanja poco profunda. La cabina estaba abierta, pero no había nadie dentro.

La sonrisa de Obi-Wan se desvaneció.

—¿Qué es esto?

—El caza del *Meryx* —respondió Qui-Gon—. Pax o Rahara vinieron a ayudar, pero ninguno está en la nave.

—Eso quiere decir que están heridos o… —Obi-Wan volteó hacia un lado y gritó—: ¿Rahara? ¿Me oyes? ¡Soy Obi-Wan Kenobi! ¡Estás a salvo, solo dinos dónde estás!

No hubo respuesta.

Al principio, Qui-Gon pensó en reprender a Obi-Wan por suponer que Rahara era quien había piloteado la nave, pero su intuición le hizo coincidir. Ella era la que tenía un rencor personal contra la Corporación Czerka y una mayor empatía por la gente que estaba bajo su control. Pax nunca hubiera volado en medio de una situación como esa, pero nadie podría haber impedido que Rahara lo hiciera.

—Maestro Jinn —dijo la profunda voz del Capitán Deren. Qui-Gon volteó y se encontró con el capitán que se acercaba a ellos con su uniforme de vuelo y guardias que los flanqueaban a ambos costados—. Gracias a la Fuerza que están bien.

—Capitán Deren —respondió—. Dígame, ¿tuvo que pelear con Rael Averross para venir aquí o pudo escabullirse?

El asomo de una sonrisa apareció por breves instantes en el rostro de Deren, pero se desvaneció en un instante.

—La Princesa Fanry fue quien me ordenó que viniera para que ustedes no tuvieran que viajar solos por un territorio tan peligroso. Cuando nos dimos cuenta de que estaban en peligro, protegerlos se volvió nuestra principal prioridad.

De modo que su Alteza Serenísima era capaz de desafiar a su regente cuando los riesgos eran suficientemente importantes. Qui-Gon se preguntó si esa era una señal de que su sabiduría maduraba y, también, una evidencia de que Fanry se estaba convirtiendo en la reina que Pijal necesitaba o si esto era una simple demostración de rebeldía adolescente. En cualquier caso, la llegada de las tropas de palacio fue afortunada.

—Estuvimos trabajando con… —Qui-Gon se detuvo por un momento para tratar de encontrar la forma más prudente de referirse a Pax y Rahara— pilotos independientes que nos trajeron a este lugar. Uno de ellos vino a tratar de ayudarnos en este combate y estamos buscándolo.

Deren asintió.

—Encargaré a dos de mis oficiales que les ayuden.

—Lo agradeceríamos mucho. Pero también necesitamos urgentemente cualquier escaneo que tengan de las naves de los guardias de negro. Pudimos determinar que no los patrocina Czerka, como es obvio. —Qui-Gon señaló con el brazo al caos que los rodeaba y luego se detuvo mientras veía el área de desechos que él y su padawan habían observado antes. Algún tipo de droide había hecho profundas excavaciones y solo existía una cosa que Czerka estaba tirando y que los guardias de negro querían—. Es posible que toda esta incursión no represente más que un intento por robar los cristales kohlen.

—¿Quién puede saber por qué la Oposición hace cualquier cosa? —respondió Deren, demostrando su desprecio en cada palabra.

Qui-Gon frunció el ceño, listo para rebatirle, pero luego otra figura salió del bosque; era Pax que vestía un abrigo azul absurdamente grande.

—¿Dónde está Rahara? —gritó Pax—. No ha regresado y eso sugiere que se quedó aquí, y como no pude volar en medio de esta aglomeración —dijo mientras agitaba los brazos en la dirección general del tránsito aéreo, aunque para ese momento ya se había despejado en su mayoría—, me vi obligado a caminar para venir a recogerla.

—Son los pilotos independientes —le indicó Qui-Gon a Deren en voz baja, antes de voltear hacia Pax—. Me temo que derribaron al *Facet* durante la pelea y Rahara ya no está en la cabina. La estamos buscando.

Mientras Pax corría hacia el caza, su rostro perdió el color, pareciendo aún más pálido de lo habitual en él.

—¿Los droides de seguridad estuvieron aquí? ¿Escanearon al equipo y a la gente? —Cuando Qui-Gon asintió, el joven se detuvo en seco y con los puños aferrados a su pelo alborotado, empezó a murmurar—. Ya no tenía la etiqueta. Llevaba sus guantes. No la atraparon. No es posible.

El Capitán Deren se quitó la gorra como lo haría al tratar con los seres queridos de alguien caído en combate.

—Perdóneme, ¿pero está hablando de una etiqueta de esclavo de Czerka? —Cuando Pax volteó alarmado hacia él, el capitán añadió de manera apresurada—. No diré ni una palabra de esto a la representante de Czerka. Eso se lo juro.

—Entonces, sí, de eso estoy hablando —respondió Pax.

—Lamento informarle que en años recientes Czerka actualizó la mayoría de los droides escáner con una tecnología de reconocimiento facial. Tienen archivados hologramas de todo ser sensible del que han sido propietarios y abarcan muchas generaciones. —Deren sacudió la cabeza con pesar—. Si la persona que está perdida fue propiedad de Czerka en algún momento, es probable que el droide de seguridad la identificara.

Qui-Gon esperaba que Pax estallara en ira, para atacar a uno o a ambos, o que saliera huyendo al bosque sin decir ni media palabra. Sin embargo, en vez de eso, simplemente se quedó parado en el lodo, con los ojos en blanco y atemorizado. Parecía un niño perdido. No se movió hasta que detectó algo en el fango. Se agachó y recogió un guante azul, que doblo casi con ternura entre ambas manos.

Era un momento privado que no se suponía que atestiguara, así que volteó hacia Deren.

—Siguen suponiendo que los guardias de negro están afiliados a la Oposición, pero no existe prueba de eso, ni aquí ni en ninguna otra parte.

—Sé que la gente que atacaría un edificio podría atacar otro —respondió Deren—. Sé que la gente que recurre a la violencia sigue siendo violenta y eso me dice todo lo que necesito saber de la Oposición. —Luego de decir eso, se marchó.

Qui-Gon no se molestó en pedirle que regresara. No tenía caso hablar con alguien que no estaba dispuesto a escuchar.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO



Faltaban dos días para la coronación y finalmente la princesa se sentía nerviosa.

—¿Qué le parece esta? —preguntó el joyero de la corte mientras abría otra caja antigua y sencilla de madera que tenía una corona enjoyada. Era ornamentada y ostentosa al extremo, pero menos que la primera que se había probado. Ella la tomó entre sus manos y se la colocó sobre la cabeza.

—Esa sí es encantadora —dijo Meritt Col, la supervisora de sector de Czerka que estaba sentada con las otras damas de la corte para ser testigos de la ocasión—. ¿No lo cree, Ministra Orth?

La ministra parecía tan emocionada como siempre; es decir, no demostraba emoción alguna.

—La primera corona es la tradicional para las ceremonias de coronación.

—Esta vez será diferente de las demás —afirmó Fanry. Todos los otros monarcas pijalíes asumieron un poder absoluto sin una constitución, así que hizo a un lado la segunda corona y volteó hacia el joyero de la corte—. Sería mejor algo menos llamativo.

—Veamos —comentó el joyero con el ceño fruncido—. En general, que sea «llamativa» es todo el propósito de una corona, incluso en este caso. Déjeme revisar los archivos del tesoro.

Mientras el joyero empezaba a buscar entre el tesoro real por medio de su datapad, alguien tocó a la puerta. Para sorpresa de Fanry, era Rael Averross.

—Princesa, necesitamos hablar.

—Tendrá que esperar —le respondió—. Todavía no acabo de elegir una corona.

—Necesitamos hablar *ahora* —insistió. Estaba furioso y la chica se daba cuenta porque muchas veces lo había escuchado furioso, aunque nunca contra ella. Eso la perturbó más de lo que hubiera pensado.

—¡Qué vergüenza, Lord Regente! —La Ministra Orth se acercó con gran escándalo hacia la puerta para gritarle mejor a través de ella a Averross, que estaba del otro lado—. No está en condiciones de ser vista. ¿Cómo se atreve a ofender su pudor de este modo?

Fanry se llevó una mano al pelo que, a diferencia de cualquier otro día de su vida hasta ese momento, estaba suelto en lugar de estar envuelto en un tocado. Las mujeres pijalíes abandonaban las pañoletas cuando alcanzaban la madurez y la coronación sería la primera vez que Fanry le mostraría al mundo su pelo rojo.

—Muy bien, muy bien. Como sea. Si tenemos que hablar de este modo, lo haremos. —Averross calló por un momento, quizá para recuperar el aliento porque sonaba como si hubiera corrido desde el palacio hasta el salón del tesoro—. Fanry, ¿qué demonios estabas pensando? ¿Enviar a las tropas reales a la luna?

Por el rabillo del ojo, Fanry vio que Meritt Col se enderezaba como si le hubieran dado una cachetada. En apariencia, la supervisora estaba más que consciente de que a los Jedi no les agradaba la presencia de Czerka en Pijal. Con un tono tranquilo, Fanry solo respondió:

—El Maestro Jinn necesitaba ayuda.

—El Maestro Jinn es quien está tratando de echar a perder el tratado, el corredor espacial, su coronación. ¡Todo aquello en lo que nos hemos esforzado desde que llegué aquí!

Fanry suspiró.

—El Maestro Jinn es un Jedi que el consejo nos envió para ayudarnos. Así que mientras esté en Pijal, está bajo nuestra protección. Nuestro deber es garantizar que esté a salvo y debemos cumplir con nuestro deber, aunque él no lo haga.

—Muy bien dicho, su Alteza Serenísima. —La Ministra Orth se irguió como si Averross pudiera verla a través de la puerta—. ¿Terminamos con el asunto, Lord Regente? ¿Permite que la princesa regrese a sus obligaciones?

—Sí, como sea. —Averross no dijo más.

Probablemente iría a descargar parte de su enojo en una larga cabalgata. Fanry se preguntó cómo sería la situación cuando hablaran de nuevo. Ahora, lo único que le importaba era que la Ministra Orth estaba tranquila, Meritt Col se había relajado de nuevo y ella no había mostrado su pelo demasiado pronto.

El joyero de la corte tenía una caja todavía más pequeña.

—Pruébese esta, su Alteza Serenísima.

Al abrir la tapa, Fanry encontró una diadema delicada, engarzada con pequeñas gemas que reflejaban la luz y brillaban con una docena de matices diferentes. Se la puso y se miró al espejo como la reina que pronto sería.

—Es perfecta —afirmó—. Esta es.

—

Qui-Gon regresó de Pijal con el Capitán Deren en una de las naves reales. Su padawan regresaría después, luego de ayudar a Pax a reparar el *Facet*. En vista de lo que le había pasado a Rahara, le debían toda la ayuda que pudieran darle. El viaje de regreso podría haberle dado una oportunidad de enterarse si todas las tropas reales compartían la opinión de Deren sobre los guardias de negro y la Oposición. Sin embargo, lo único que encontró fueron varias rondas de canciones marciales, con diversos grados de obscenidad eufórica. Regresó al palacio sabiendo lo mismo que antes.

El destino de Rahara Wick le perturbaba profundamente. Había asumido un riesgo que él no le había pedido que tomara y que había enfrentado con pleno conocimiento de los peligros implícitos. Sabía que él no era directamente responsable de su destino, pero la chica nunca hubiera estado ni siquiera cerca de las instalaciones de Czerka si él no hubiera forzado a la tripulación del *Meryx* a ayudarle con su misión.

Qui-Gon se detuvo en el vestíbulo que llevaba a sus habitaciones en el palacio. Su espíritu estaba agitado y necesitaba tranquilizarlo a través de un nivel más profundo de meditación, y para ello requería de soledad.

Vagó por el palacio hasta que encontró un área poco utilizada y allí vio una escalera que subía hasta una torre. Los escalones se habían labrado en la piedra hacía mucho tiempo y sus bordes estaban desgastados y redondeados por siglos de pisadas. Tuvo que subir agachado la mayor parte del camino. Por su aspecto, seguramente a esa parte del palacio llegaba poca gente, lo cual tal vez le ofrecería una hora de silencio y paz.

Sin embargo, al llegar a la terraza superior y pasar al exterior, se encontró con Rael Averross. Tenía los brazos cruzados contra el pecho y miraba hacia el camino que llevaba al palacio, el cual estaba rodeado de antiguos y enormes árboles. Cuando volteó y lo vio, hizo un sonido que parecía una burla o una risa.

—Era de suponerse. Intento alejarme de todo y de todos modos tú me sigues.

Qui-Gon sentía esencialmente lo mismo, pero decirlo no los llevaría a ningún lado. En lugar de ello, caminó por la terraza y dio una mirada al esplendor de su entorno.

—Debes haber disfrutado de pasar ocho años en un sitio tan hermoso como este.

Rael se encogió de hombros.

—Nunca me importó un comino este tipo de cosas.

Eso era cierto.

—Por esa razón pudiste manejar esta tarea cuando muchos otros Jedi no hubieran podido.

—Los Jedi viven en el edificio más elegante del planeta más elegante de la galaxia e imagino que la mayoría lidiaría más que bien con Pijal —respondió Rael mientras descansaba el codo contra el muro de piedra que rodeaba la parte superior de la torre—. El consejo me envió porque sabían cómo me sentía acerca de lo de Nim. Sabían que no lo superaría a menos que hiciera lo correcto por otro niño, pero les dije que no me asignaran otro padawan; ni entonces ni nunca. Así que me enviaron para criar a Fanry.

—¿Te sirvió de algo? —preguntó Qui-Gon.

—En parte. Pero no lo resuelve. Nunca habrá nada que lo resuelva. —Mientras se alejaba del muro, Rael se obligó a salir de su estado de ánimo contemplativo—. ¿Y qué haces tú aquí?

—Busco soledad y tranquilidad.

—Nos hemos vuelto muy buenos para sabotearnos el uno al otro. Cuando menos, tú te volviste muy bueno para sabotearme a mí y no sé si tendré oportunidad de pagarte con la misma moneda.

—¿Quieres venganza? —Qui-Gon se preguntó qué tanto se había alejado Rael de las enseñanzas de los Jedi.

—No sé. Lo que sí sé es que estoy de mal humor y si no puedo meditar para librarme de ello, tendré que ejercitarme. —Rael tomó la empuñadura de su sable de luz—. ¿Quieres una sesión de entrenamiento?

Como parecía que Qui-Gon tampoco tendría oportunidad de meditar, aceptó el reto y encendieron sus sables al mismo tiempo: azul el de Rael y verde el de Qui-Gon. Los dos Jedi empezaron a rodearse uno al otro para evaluar a su respectivo contrincante. Habían practicado juntos en muchas ocasiones, aunque no desde que Rael era un hombre joven y su amigo apenas más que un niño, de modo que posiblemente la experiencia pasada no serviría.

Rael lanzó la primera embestida hacia abajo y Qui-Gon lo bloqueo y siguió el movimiento girando de modo que ahora estuviera más cerca del muro.

—Así que ahora te aseguras de cubrirte el trasero —dijo Rael mientras cambiaba de posición entre una pierna y otra—. Antes te lanzabas intencionalmente a la pelea.

—Dooku nos enseñó a tener precaución —respondió Qui-Gon—. Bueno, por lo menos trató de hacerlo.

Eso provocó la risa de su contrincante.

—Primero nos enseñó a confiar en nuestros instintos. Eso es lo que estoy haciendo.

Avanzó a tal velocidad que Qui-Gon apenas tuvo tiempo de levantar su sable para bloquearlo. El zumbido eléctrico de las armas se transformó en un estallido de estática cuando sus hojas chocaron. Con un empujón hacia atrás, logró apartar de nuevo a Rael.

—Dooku también nos enseñó sobre los místicos antiguos. —Qui-Gon hubiera dado lo que fuera por conocer las ideas de su antiguo maestro acerca de esta situación—. Pero eso ocurrió después de que *tú* me introdujiste a las profecías.

—Porque eran mucho más interesantes que cualquier cosa que pudieras aprender de los libros —respondió su viejo amigo—. Aún así, nunca me tomé literalmente esas cosas.

Qui-Gon levantó una ceja.

—Dooku creyó en ellas alguna vez y, con el tiempo, volvió a creer.

Al decir esto último, se lanzó al ataque y blandió su hoja con movimientos cortos e intensos que obligaron a Rael a dar unos cuantos pasos hacia atrás, hasta que ambos llegaron al centro de la terraza.

No obstante, Rael siguió impávido.

—Dooku abandonó la orden. Debes de admitir que eso suena a que ya no tiene toda su fe en las enseñanzas de los Jedi.

—¿*Tú* sigues teniendo fe? —le preguntó Qui-Gon mientras daba un paso hacia delante. Sus sables de luz no se tocaban, pero estaban tan cercanos que brotaron chispas entre ellos—. Eso es lo que importa aquí.

—Digamos que sí —respondió Rael—. Digamos que creo que algún día habrá un equilibrio perfecto en la Fuerza gracias a algún tipo de «Elegido». ¿Alguna vez pensaste realmente qué significaría eso? Significaría que la oscuridad sería igual de fuerte que la luz, de modo que no importa lo que hagamos, ¡al final habrá un empate! No importa qué lado escojamos.

Qui-Gon se enderezó y desactivó su sable. Rael, a su vez, dio un paso hacia atrás y lo bajó, pero lo mantuvo encendido.

—Sí importa —dijo Qui-Gon con voz serena—. Importa el lado que elijas. Aunque nunca haya más luz que oscuridad. Aunque no pueda haber más dicha que dolor en la galaxia, en cada acción que emprendemos, en cada palabra que decimos, en cada vida que tocamos, sí importa. No elijo la luz para en el futuro «ganar» algún tipo de juego cósmico. La elijo *porque es la luz*.

En ese momento Rael apagó su sable, pero la contienda no había terminado.

—Cometiste errores, Qui-Gon. Tocaste la oscuridad.

—Sí, lo hice y sin duda lo haré de nuevo. Esta no es una decisión que tomamos una vez y luego nos vamos. Es labor de toda una vida. —Qui-Gon se dirigió hacia la puerta. Extrañamente, y a pesar de todo, había encontrado una mayor sensación de paz—. Emprende de nuevo esa labor, Rael. Permite que te guíe la Fuerza.

—No soy tu padawan —replicó el otro—. Así que no me des lecciones.

Así lo hizo Qui-Gon y mientras bajaba las escaleras, se preguntaba si acaso su viejo amigo dejaría de nuevo que lo guiaran sus principios en lugar de su vergüenza.

—

En las últimas horas de la tarde en la luna de Pijal, el cielo cobraba un vívido tono sonrosado, y el planeta lucía dorado y enorme en el horizonte, lo cual daba a la escena una especie de belleza que no merecía.

Obi-Wan se arrodilló en el lodo que había sido un complejo de Czerka y que después se transformó en campo de batalla. A su lado estaba el *Facet* y, dentro de la cabina de mando, Pax trataba de comprobar sus reparaciones.

—Muy bien. ¿Qué ves cuando hago esto? —le preguntó Pax al momento que sonó un interruptor que había accionado.

—La curvatura de las alas aumenta el grado de su arco —respondió Obi-Wan mientras que con el brazo tocaba un panel en el ala.

—Espléndido. ¿Y qué pasa cuando hago esto?

—¡Ay! —Obi-Wan retrajo la mano. Después de lamerse por un segundo el dedo lastimado, respondió—. La unidad antigravedad se calienta, literalmente.

—Bueno. Entonces esto está bien. Está bien —dijo esas palabras de manera distraída como si no recordara del todo donde estaba—. Supongo que entonces no hay razón para que me quede aquí.

Habían verificado dos, tres y cuatro veces las reparaciones menores que requería el *Facet* y Obi-Wan tenía la fuerte sospecha de que Pax estaba demorando la salida con la esperanza irracional de que Rahara apareciera de pronto y explicara dónde había estado. Pero caía la noche y en esa luna había más de un grupo armado fuera de control, así que tenían que irse.

—¿Pax? —le preguntó—. Si te sirve de algo, podrías regresar al *Meryx* y traerlo, para que yo pilotee el *Facet* y lo meta en su bodega de carga.

—Ah, sí. Por supuesto. Muy lógico.

Lentamente, como si le dolieran los músculos, Pax salió de la cabina del *Facet* y deambuló hacia el bosque. ¿Cuánto tiempo le llevaría obligarse a despegar? Un buen rato, pensó Obi-Wan, de modo que se subió de inmediato al pequeño vehículo.

Su intercomunicador sonó y lo tomó para responder.

—Kenobi al habla.

—Padawan Kenobi. —Era la voz de Mace Windu—. ¿Tiene oportunidad de hablar en este momento?

El Consejo Jedi había tomado su decisión.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS



Lo que no lograban las acciones, podría alcanzarlo la diplomacia o, si eso fallaba, el dinero.

—Supervisora Col —dijo Qui-Gon mientras tomaba asiento en la lujosa oficina de la mujer—. Gracias por acceder a verme con tan poca anticipación y a estas horas de la noche.

—También tenía la esperanza de hablar con usted. —Meritt Col entrelazó las manos sobre su escritorio. A través del enorme ventanal detrás de ella, el Jedi pudo ver la silueta del palacio contra las últimas luces del atardecer—. Además, estamos trabajando horas extra en los preparativos de la coronación. Czerka patrocina numerosas ferias y actividades en honor de la futura reina.

—¿Una supervisora de sector ayuda a organizar eventos públicos? —le preguntó con tono amable, al mismo tiempo que aceptaba una taza de té que le traía un pequeño droide LEP sirviente—. Eso parece estar, cómo decirlo, por debajo de su posición.

Los altos funcionarios corporativos siempre protegían su estatus y Meritt Col no era la excepción, así que se apresuró a explicar.

—Prefiero considerarlo como una inversión en el futuro de Czerka, tanto aquí en Pijal como respecto al nuevo corredor hiperespacial. Todo lo que podamos hacer para garantizar una transferencia de poder sin complicaciones beneficiará finalmente tanto a la empresa como a su Alteza Serenísima.

Qui-Gon asintió como si esta fuera cualquier otra conversación agradable mientras se toma el té.

—Por supuesto, no parece que fuera a haber una ceremonia.

La sonrisa de Col se enfrió, pero no desapareció.

—Tengo la seguridad de que la República encontrará a cualquier persona que represente el papel. Por favor, Maestro Jinn, sepa que eso no quiere decir que esté lanzando cualquier calumnia contra sus creencias religiosas, pero los sueños que predicen el futuro… bueno, esa no es la forma en que la Corporación Czerka toma sus decisiones. Esperaba charlar con usted para ver si existe algo que pueda persuadirle de reconsiderar la fundamentación para sus acciones.

En otras palabras, esperaba que aceptara un soborno. Aunque era probable que Meritt Col tuviera la suficiente inteligencia como para no ofrecerle directamente el dinero, existían otros anzuelos que podía tratar de usar. Qui-Gon se preguntó si a algún otro Jedi habían mordido antes.

Seguramente, no serían muchos. ¿Uno o dos? Tal vez. Sobre todo dado que la sonrisa de Col sugería su optimismo.

—Mi decisión es terminante y dudo que la República envíe a nadie más a firmar el Tratado de Gobernanza sin que se hagan cambios significativos. —Aunque Qui-Gon no sabía con qué rapidez reaccionaría el Consejo Jedi, sabía que Yoda había atendido a sus preocupaciones y las tomaba en serio. A pesar de todos sus sermones sobre que los Jedi no deberían gobernar, tenía una manera graciosa de convencer a la Canciller Kaj de que lo escuchara; se tomarían acciones y ya no se esclavizaría a más personas en Pijal. Sin embargo, eso no era lo que Qui-Gon había ido a negociar.

—Dejemos de lado los asuntos políticos —dijo mientras bajaba su taza—. Ayer en la luna de Pijal una persona que anteriormente Czerka tuvo como *propiedad sensible* fue recapturada…

—No es *anteriormente*.

Qui-Gon frunció el ceño.

—¿Disculpe?

—Quienes escapan en lugar de adquirir legalmente su libertad, o que alguien la adquiera en su nombre, no son propiedad «anterior» de Czerka —indicó Col—. *Siguen siendo* de su propiedad. Las actas constitutivas de nuestra corporación lo especifican con gran detalle y, por supuesto, cualquier planeta que tenga negocios con nosotros debe acceder a operar acatándolas. Eso incluye a Pijal.

Cada una de esas palabras le resultaba odiosa a Qui-Gon, pero mantuvo la calma. Había ido a lograr una sola tarea.

—Entonces, poniéndolo en sus términos, una mujer que es propiedad de Czerka fue recapturada después de varios años de estar prófuga. Quiero negociar, o adquirir, su libertad.

Col parpadeó. Cualquier cosa que esperara que él le dijera, no era eso.

—Un Jedi quiere comprar a una esclava. Válgame. Esa sí que es una *novedad*.

—Para liberarla —enfatizó Qui-Gon.

Meritt Col frunció los labios.

—¿Estaría dispuesto a considerar otro precio que no sea dinero? Digamos, ¿su cooperación en la ceremonia del tratado? ¿Acceder a representar a la República?

La respuesta automática se detuvo en su garganta. ¿Podría usar esa posición para hacer un trueque y lograr cambios significativos, como la enmienda del tratado o, incluso, prohibir la esclavitud en Pijal? ¿Podría no solo recuperar a Rahara Wick, sino también beneficiar al planeta completo?

Probablemente no. Su corazón se fue al piso al darse cuenta de lo poco probable que era que el Consejo Jedi lo respaldara en eso. Significaba extralimitarse en sus capacidades como representante y lo sabía.

Aparte de eso, la visión seguía vívida en su mente. Qui-Gon había visto el derramamiento de sangre y el caos en la ceremonia del tratado, y sabía, con tanta certeza como si lo hubiera vivido realmente, que no podía permitir que se celebrara la ceremonia. Ni siquiera para salvar su propia vida.

—Eso no es posible —respondió—. Sin embargo, estoy preparado para ofrecer una suma considerable, o quizás ofrecer consejo sobre cómo podrían cambiar ciertas situaciones políticas cuando la Canciller Kaj abandone su puesto.

Los ojos de Col se iluminaron y, por un momento, Qui-Gon pensó que podría ser fácil. Sus opiniones no se basaban en ninguna información confidencial, pero muchas personas suponían que los Jedi debían tener información privilegiada sobre el funcionamiento del gobierno, lo cual era cierto, pero solo en parte. Qui-Gon no tenía mayor idea que cualquier otra persona en la galaxia sobre lo que harían los candidatos como Elissiar o Valorum cuando ocuparan el cargo. Sin embargo, sí podía explayarse en sus opiniones si eso liberaba a Rahara Wick.

En ese momento, la expresión de Col se endureció.

—Me temo que no puedo hacerlo. Sinceramente, no estoy segura de que podamos llegar a un acuerdo. Cuando escapa un esclavo, es importante demostrarles a los otros la inutilidad de esa acción. Permitir que se adquiera y libere de inmediato a esa persona podría causar intranquilidad. Crearles falsas esperanzas. Estoy segura de que entiende a qué me refiero.

—Quiere decir que no hay nada que pueda hacer para que cambie de opinión.

Con una amplia sonrisa, Col respondió:

—Absolutamente nada.

—

—Wick, Rahara. —El droide cámara tomó imágenes de ella desde todos los ángulos mientras estaba parada y temblorosa en la cámara de procesamiento. Mientras tanto, el droide RQ de protocolo se movía alrededor, recitando en voz alta los datos—. Nacida de Czerka hace veintinueve años en el complejo fabril de Hosnian Prime. Reportada como perdida hace quince años, dos meses y dos días. Recuperada hoy aproximadamente a las…

—No nací de Czerka —dijo Rahara. Su voz era casi inaudible por el sonido de las ventilas de vapor, y el constante repiqueteo de los droides y de los pasos de los prisioneros sobre los pisos de rejillas metálicas—. Nací de mis padres. Padres humanos. ¿No creo que pudieras informarme quiénes fueron?

A veces creía recordarlos, pero la mayor parte del tiempo sabía que no era así.

La unidad RQ se detuvo.

—Los expedientes solicitados son irrelevantes.

—¿Sabes qué? Tengo un amigo al que criaron los droides de protocolo. —¿Podría establecer alguna conexión con esa cosa? De hecho, había aprendido a llevarse con Pax de vez en cuando y tal vez podría darle buen uso a esa experiencia—. Eran unidades 3PO, no RQ, pero todos los droides de protocolo deben tener muchas cosas en común, ¿cierto?

—Tenemos protocolos en común —respondió el RQ.

—¡Correcto! Exactamente. Bueno, mi amigo Pax dice que los droides de protocolo tienen un alto sentido moral y que incluso es mejor que el de la mayoría de los humanos. —Su voz se quebró al decir el nombre de Pax. La mitad del tiempo la exasperaba tanto que quería arrojarlo por la compuerta más cercana. Pero la otra mitad… Rahara tragó gordo. Si en ese momento pensaba en Pax, rompería en llanto. Estaba muy cerca de hacerlo—. Él… él dice que si los droides de protocolo hicieran las reglas, la galaxia tendría mucho más sentido.

El modelo RQ giró por la cintura para verla con más cuidado.

—Ese es un hecho.

Sobre todo, lo que pretendía era retrasar su procesamiento. Podía ver las puertas de ingreso a tres metros de distancia y sabía que la pasarían esposada y atrapada, y la pondrían a trabajar allí mientras esperaban reasignarla. Si podía confiar en lo que recordaba sobre otros que fueron recapturados, su siguiente tarea no sería algo agradable. Czerka la enviaría a las minas de especias en Kessel o a un trabajo de construcción en el espantoso frío de Stygeon Prime. No tendrían compasión por ella.

—Entonces, como droide de protocolo, quizá podrías decirme algo. —Rahara se quitó de la cara el pelo mojado por el vapor. El overol rasposo de Czerka se le pegaba a la piel como si tratara de asfixiarla—. ¿Por qué Czerka tiene personas cuando los droides pueden hacer mejor el trabajo, duran más y son más económicos? ¿Por qué? ¿Qué sentido tiene?

La unidad RQ inclinó la cabeza.

—Czerka esclaviza seres sensibles porque puede —y luego la envió para que se terminara con su procesamiento.

—

Qui-Gon salió de las oficinas centrales de la corporación y regresó al palacio. Los droides vela iluminaban su camino, al igual que otras áreas de los terrenos. Al principio, les puso poca atención; el palacio siempre estaba rodeado de iluminación y estaba preocupado con la idea de liberar a Rahara Wick. Si Meritt Col se negaba a venderla o a hacer un trueque, quizá debería adoptar un método menos legal. Uno o dos cazas estelares individuales podrían traspasar las defensas del *Leverage* si se podía crear alguna distracción.

Sin embargo, mientras consideraba las posibles distracciones (como enviar una nave en ruinas para que se autodestruyera), su atención volvió poco a poco al presente. En la noche que rápidamente oscurecía, pudo ver que el área alrededor del palacio brillaba más de lo común. Significativamente. Al salir de la senda rodeada de árboles y pasar a los prados pudo ver a los guardias centinelas y a los droides trabajadores que se esforzaban cerca de un pabellón de espectáculos, el amplio balcón que daba al mar y, especialmente, el Cáliz Celestial.

Cuando Qui-Gon entró por la puerta del palacio, lo recibió una escena semejante. Flores frescas de colores brillantes estaban amontonadas en jarrones de cerámica

colocados sobre todas las superficies planas. Dos droides trabajaban juntos en el encerado de pisos del gran salón; uno rodaba por allí esparciendo la cera, mientras el otro lo seguía para pulir. Uno de los cocineros corría hacia la cocina y hablaba por su intercomunicador.

—¡No, sesenta platones de fruta no serán suficientes! Necesitamos cuando menos ochenta. Sí, sé que es tarde para avisar, pero no había nada que se pudiera hacer.

—Jedi Jinn. —La Ministra Orth apareció a su lado enderezándose la túnica beige—. Bueno, le concedo que no le falta valor.

Qui-Gon eligió no caer en la trampa para entablar una conversación.

—¿A dónde va?

—A revisar la distribución de asientos. Pero no se preocupe, no soy de las que guardan rencores. Tendrá un asiento en primera fila. —Le concedió una leve sonrisa antes de seguir con su camino.

«La coronación», pensó. «El tratado. No pueden proseguir con eso, ¿o sí?».

Caminó apresuradamente hacia sus habitaciones. Con toda seguridad había algún mensaje del Consejo Jedi al respecto. ¿Rael se había comunicado con ellos para solicitar otro representante? ¿Tenían el carácter tan débil como para hacerlo? ¿O se habían redactado nuevas versiones de la constitución y del tratado que corrigieran los errores?

—¿Obi-Wan? —dijo mientras pasaba por la entrada al área que compartían—. ¿Estás aquí?

—Sí, maestro. —Obi-Wan apareció en la puerta de su cuarto. Sonaba y se veía sumiso—. Aquí estoy.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —dijo mientras se quitaba la túnica.

—Están preparándose para la ceremonia del tratado —respondió el padawan—. La coronación, la constitución y todo eso.

—¿Y precisamente cómo pretenden seguir adelante con eso? —En su mente se despertaron oscuras sospechas—. ¿Czerka los convenció de que no necesitan en absoluto a la República?

Obi-Wan negó con la cabeza.

—No, maestro. No es nada parecido. —El joven trago saliva y continuó—. El Consejo Jedi… El consejo me nombró representante legítimo de la República para los propósitos de la ceremonia.

«¿Un padawan representa a toda la República? ¿Incluso un padawan tan fuerte como Obi-Wan?». No tenía sentido.

—¿Rael se comunicó con ellos y esta fue su respuesta?

—Yo me comuniqué con ellos —dijo Obi-Wan mientras se erguía—. Usted y el Maestro Averross llegaron a un impase. Ninguno estaba dispuesto a buscar la ayuda del consejo, de modo que yo tuve que hacerlo. Nunca pensé que esto fuera lo que decidirían, pero es lo que me pidieron hacer.

La sensación de abandono y traición rodeó a Qui-Gon como un puño. ¿Obi-Wan le había hecho esto? Requirió de varios momentos en silencio para encontrar las palabras.

—¿Estás dispuesto a firmar un tratado y a ratificar una constitución que establezca para siempre la esclavitud y a la Corporación Czerka en este planeta?

—No, maestro. —Sacudió la cabeza con tal rapidez que, en circunstancias menos graves, sería cómico—. El comité del Senado redactó una cláusula en la que dicen que esencialmente los términos del tratado son temporales y que en realidad son solo un modo de abrir el corredor hiperespacial y establecer el mandato de una asamblea constitucional. Posteriormente, Pijal tiene que presentar a la República una nueva constitución y un nuevo tratado en el curso de un año local. Por supuesto, el Senado indicó de manera enfática los cambios que esperan ver.

—Y que no verán —respondió Qui-Gon—. ¿Son tan inocentes como para pensar que Czerka no sobornará a todos los funcionarios recién electos? ¿*Tú* eres así de inocente? La única ventaja de dejar la autoridad en manos de una monarquía es que solo tienes que convencer a una persona para crear un cambio positivo. Ahora habrá cientos de personas con pequeños trocitos de autoridad, muchos de los cuales ya tendrán vínculos financieros con Czerka.

La expresión de Obi-Wan cambió de vergüenza a terquedad.

—Usted siempre ha afirmado que tiene fe en las instituciones democráticas. ¡Apenas hace unos días las elogió! ¿Es tan diferente aquí en Pijal?

—Quizá no. Pero quizá sí. —Qui-Gon se dejó caer pesadamente en la silla más cercana. Las imágenes de su sueño vinieron a su mente y tuvo que imaginar a Obi-Wan en medio del conflicto y la matanza, luchando por su vida—. Nada de eso cambia la visión que tuve del futuro. Pero, por supuesto, tú no crees en ella. No crees en la profecía.

—Creo en *usted*, maestro —insistió Obi-Wan, que se mostraba otra vez decaído—. Más de lo que se da cuenta. Pero también creo que el futuro está en continuo movimiento.

—Gracias a tu interferencia —respondió el maestro—, el futuro de Pijal está escrito en sangre.

Se levantó y salió, dejando atrás a su aprendiz.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES



—Es inútil —dijo Pax.

Estaba sentado en la bodega de carga del *Meryx* y la única iluminación provenía de la luz del campo bloqueador de escáneres. El procedimiento adecuado al terminar un viaje exigía una evaluación de todos los artículos vendidos y obtenidos. En esta ocasión, sin embargo, las ganancias provenían únicamente de su trato con Czerka que le parecía todavía más corrupto que antes. Aparte de eso, no podía demostrar ningún otro resultado aparte del espacio vacío en el asiento del piloto junto a él y los montones de cristales kohlen.

Kohlen: la única razón para ir a Pijal. *Kyber para tontos* sería un mejor nombre. Si hubiera sido capaz de detectar la diferencia, el *Meryx* habría ido a Gamorr como estaba planeado; pero, en lugar de ello, tenía una carga mediocre de una gema que en el mejor de los casos era semipreciosa, un montón de cristales anaranjados totalmente inútiles y… perdió a su copiloto/analista de minerales.

«Mantén la calma», se dijo. «Por supuesto que es terriblemente inconveniente, pero puedes contratar a alguien más y también puedes hacerlo rápido. Siempre hay gran cantidad de pilotos que necesitan trabajo».

Eso es lo que habrían dicho los droides que lo criaron. Cada una de esas palabras era verdad y, por ende, era una manera razonable y racional de reaccionar a la pérdida de su copiloto. Además, como había declarado en repetidas ocasiones, su relación era estrictamente de negocios, sin ninguna pérdida de tiempo en cuanto a desviarse a la amistad o…

—Solo son negocios —murmuró.

Pero decirlo en voz alta no hacía diferencia. Sin importar cuántas razones lógicas tuviera para comportarse de otro modo, la mente de Pax se negaba a dejar de pensar en Rahara.

¿Qué le estaría pasando en ese momento? Cuando niña había trabajado en una mina y lo había odiado. ¿Czerka la metería de nuevo bajo tierra? Había trabajos peores, los peores de la galaxia, y Pax conocía lo suficiente sobre la corporación como para creer que podrían usarse como castigo contra una fugitiva reaprendida. O tal vez la venderían por ser «problemática». En ese caso, podría terminar en cualquier parte y haciendo cualquier cosa.

Nada de eso era relevante para sus circunstancias o planes, y se preguntó si tal vez estaba pasando por alto ciertos elementos de la situación. Era posible que su cerebro estuviera intentando alertarle de los defectos de su lógica.

Sí, siempre había pilotos que buscaban trabajo, pero los pilotos dispuestos a llevar a cabo tareas ilegales no siempre eran del tipo en que se podía confiar. Rahara era una de

las excepciones y su combinación de habilidades de vuelo y conocimientos mineralógicos era increíblemente inusual, y muy valiosa para él.

El talento menos común de Rahara era que *sentía agrado* por él. Lo entendía de un modo que pocas personas habían intentado hacerlo. La mayoría de los sensibles lo consideraba desagradable, lo cual significaba que el tiempo promedio para todos los pilotos que contrató antes de Rahara fue de cerca de veinte días. No tenía ningún deseo de regresar a esos niveles tan altos de rotación de personal, pero le parecía que la extrañaba como persona, al igual que la calidez que añadió a su vida, incluso más de lo que la necesitaba como piloto. En su cabeza podía oír la voz de B-3PO que le diría: «Vaya, esa es la cosa más tonta que he oído».

Cuando finalmente alguien abordó la estación espacial extraviada, más de quince años después de que Pax quedara a la deriva cuando era niño, los droides que lo criaron estaban complacidos.

—Nada más piénsalo —había dicho G-3PO—. ¡Finalmente volveré a traducir! Pasó tanto tiempo.

—Te extrañaremos —agregó B-3PO mientras inclinaba su cabeza azul para observar por última vez al chico—. Pero ahora todos podemos volver a nuestra funcionalidad apropiada, incluyéndote a ti. ¡Qué maravilloso que nos hayan rescatado a todos!

Los droides se alejaron arrastrando los pies, golpeteando por el pasillo, y Pax se quedó allí, aferrado a sus pocas posesiones que estaban dentro de una bolsa y preguntándose por qué quería llorar.

Se volvió a sentir así. La presencia de Rahara se sentía como un fantasma en el *Meryx*. Su bufanda negra seguía colgada del asiento del copiloto y cuando Pax abrió la despensa del comedor, vio el té chandrilano que ella tomaba y que estaba esperándola. La bodega de carga seguía oliendo ligeramente al complejo perfume floral que Rahara había comprado en Coruscant y que insistía en usar a pesar de las repetidas objeciones de Pax.

«Creo que esto es lo que se conoce como pena», se dijo, y B-3PO respondió en su mente: «Bueno, no es como si pudieras hacer nada al respecto. Eso es lo que nos toca en la vida».

El *Meryx* contra el *Leverage*. No, esa no era una competencia que pudiera terminar bien para él y tampoco esperaba que los Caballeros Jedi le ayudaran a violar cuando menos una docena de leyes. Así que se sintió indefenso, pero seguía paralizado e incapaz de irse del sistema mientras hubiera alguna posibilidad de que Rahara estuviera todavía en él.

Su intercomunicador sonó y el corazón le dio un vuelco de emoción sin justificación racional aparente. Luego, al reconocer la frecuencia, sintió decepción. Tomó el dispositivo y contestó.

—Lo siento, pero ya no tenemos tratos con los Jedi. Así que puedes tomar tu intercomunicador y…

—Creo que podemos sacar a Rahara —dijo Qui-Gon Jinn—. Extraoficialmente.

Pax meditó en lo que creyó haber escuchado.

—Déjame confirmar que te entiendo. ¿Tú, que eres un supuesto guardián de la paz y la justicia en la galaxia, me estás sugiriendo una incursión ilegal?

—Precisamente.

Sabía, sin necesidad de que se lo dijeran, que esa incursión sería peligrosa, aun con el Jedi a su lado y que las probabilidades estarían en su contra. También sabía que la decisión racional era salir de inmediato de ese sistema y dirigirse a Gamorr, vender su botín y empezar de nuevo con otro piloto.

Pero también sabía, con la misma certeza que si lo hubiera decidido hacía mucho, que, aunque solo fuera una oportunidad en dos millones veinte mil cuatrocientas siete de recuperar a Rahara, no se iría del sistema sin ella.

—

Todos en Pijal parecían referirse al día determinado como la «Víspera de la Coronación» y para ese momento, todo el palacio estaba en un bullicio de actividad y celebración, pero Qui-Gon no tendría nada que ver con eso.

En lugar de ello, se quedó dentro del muelle del palacio. Al día siguiente, el área estaría llena de naves privadas y landspeeders; hoy su única compañía eran los droides centinelas. Qui-Gon estaba en un levitador que le permitiría ascender por debajo de la pequeña nave que Fanry había puesto a disposición de él y de Obi-Wan, y en la que habían volado de ida y de regreso en sus encuentros con Pax y Rahara. Quería conocer el vehículo por dentro y por fuera antes de finalizar con cualquier plan. La nave estaba en condiciones impecables, pero no serviría de mucho para interferir por sí sola con las señales. No obstante, con ayuda del campo bloqueador del *Meryx*, sería posible que se acercaran al *Leverage* sin ser detectados.

—Espere hasta mañana en la noche.

Qui-Gon se deslizó de debajo de la nave y se encontró con Obi-Wan, que estaba parado allí.

—¿Cómo dices?

—No debería tratar de rescatar a Rahara hasta mañana por la noche —respondió su padawan. No parecía avergonzado ni desafiante, sino tranquilo—. Czerka estará en alerta máxima hasta que termine la ceremonia del tratado. Pero después, parece que todos los altos funcionarios de la corporación asistirán a una de las muchas fiestas. Los ciudadanos particulares ascenderán en sus naves a la órbita como parte de la celebración y eso facilitará que pase desapercibido. Así, para cuando llegue al *Leverage*, lo encontrará prácticamente desierto.

—Ese es un excelente plan —respondió Qui-Gon—. Me apena que no se me haya ocurrido.

Obi-Wan agachó la cabeza.

—Tenía otras cosas en su mente.

El escenario de pesadilla que Qui-Gon sabía que se presentaría en la ceremonia se repetía constantemente en su mente y le provocaba náuseas cada vez que pensaba en que su padawan iba a estar en medio de eso. Sin embargo, sabía que no había nada que pudiera hacer. El consejo había tomado una terrible decisión y Obi-Wan obedecería siempre al consejo.

—Sí, pensaba en otras cosas. ¿Cómo supiste que estaba planeando un rescate?

—Porque esta mañana sacó todos los diagramas y esquemas del *Leverage* —respondió. Luego, anticipándose a la siguiente pregunta, añadió—. Lo sé porque yo los solicité justo después de usted. Su nombre seguía anotado como el último usuario de la terminal.

El maestro no pudo evitar sonreírle.

—Así que no soy el único que planea un rescate.

Para ese momento, el chico había empezado a relajarse y parte de su viejo sentido del humor se evidenció al proseguir.

—Otra ventaja de esperar a mañana en la noche es que, después de la ceremonia, mi agenda está totalmente libre.

«Si sigue vivo», pensó Qui-Gon, pero ya no podía obsesionarse más con eso. La única manera que tenía en ese momento de ayudar a Obi-Wan era asistiendo a la coronación. Su precognición le ayudaría cuando llegara el desastre y eso podría darle la oportunidad de salvar a su padawan, a Fanry y a los demás. Era su única esperanza.

—Entonces, será mañana en la noche. —Qui-Gon se incorporó y se limpió las manos llenas de grasa con un trapo—. Gracias, Obi-Wan. Necesitaba alcanzar esa lucidez.

—Me alegra que… —calló un momento—. Obviamente está enojado conmigo, pero usted siempre pondría en primer lugar a la misión.

—Siempre —afirmó Qui-Gon.

Era más fácil enfrentar lo que sucedería al día siguiente ahora que él y su aprendiz habían encontrado de nuevo puntos en común. Si pasaba lo peor, cuando menos podrían hablarse con respeto y amabilidad una vez más.

«Tal vez la decisión de Obi-Wan ya cambió el flujo de los acontecimientos», se dijo mientras escuchaba la risa de su aprendiz. «Tal vez eso baste para cambiar el futuro».

Sin embargo, sentía aún el peso del presentimiento, de la certeza absoluta de que un peligro mortal estaba por venir.

Obi-Wan se quedó callado; fue entonces cuando Qui-Gon lo escuchó también: la enorme conmoción afuera del palacio. Mientras volteaban uno hacia el otro, Obi-Wan dijo:

—¿Qué es eso?

—

En opinión de Rael Averross, las cosas finalmente estaban saliendo bien.

El padawan de Qui-Gon resultó más útil que su maestro y ahora Fanry estaba exultante sobre la ceremonia del día siguiente, a pesar de haber operado por su cuenta al enviar a Deren a la luna. Si bien, había que reconocer que ella tenía razón. Simplemente era una prueba más de que había hecho un buen trabajo enseñándole. Averross percibía la creciente determinación en la princesa. Estaba lista para ser una monarca, aunque fuera constitucional. En menos de un día la vería finalmente portar la corona.

—¿Lista para la fiesta, Orth? —dijo en voz alta mientras caminaba por el perímetro del Cáliz Celestial que se curvaba en un enorme círculo—. ¿Me guardará el primer baile?

La Ministra Orth estaba en la tarima central revisando las luces o algo. Esperaba que le respondiera con un sermón, pero en lugar de ello dijo:

—Ya le prometí todos los bailes a otros, Lord Regente. A la próxima tendrá que pedírmelo más pronto. Sin embargo, *sí* le permitiré que me traiga una copa. —Con el aire de alguien que hace una gran concesión, regresó a su trabajo.

Averross controló la risa. Así que en apariencia Orth no era tan amargada con otros como lo era con él.

—¿Qué está pasando? ¿Qué es ese ruido? —exclamó Orth mientras enderezaba sus pequeños anteojos, como si eso le permitiera escuchar mejor.

Al principio, Averross pensó que no era más que otro clamor de la multitud que se arremolinaba afuera desde que finalmente se había anunciado la hora de la ceremonia, pero el ruido aumentaba y seguía acercándose. Además, no se oía alegre. Llevó la mano a la empuñadura de su sable de luz.

—¿Qué demonios? —protestó mientras se encaminaba hacia la puerta que no llevaba al palacio, sino a los exteriores.

Los jardines reales eran verdes y pacíficos, y lo que estuviera sucediendo tenía lugar afuera de la cerca de hierro forjado que rodeaba al palacio. Averross corrió por los jardines hacia la puerta principal donde podía ver que el Capitán Deren y sus guardias empezaban a reunirse.

—¡Deren! —gritó—. ¿Tiene alguna idea de qué se trata ese escándalo?

—Recibimos informes… —comenzó Deren, pero los gritos se volvieron todavía más fuertes. Le lanzó su escáner a Averross y sobre él se cernía un holograma granuloso de Halin Azucca. Aunque no podía escuchar lo que decía por encima del ruido exterior, sus palabras aparecían debajo de su rostro: AL ACERCARNOS A ESTE CAMBIO DE GOBIERNO, ES NECESARIO QUE SE ESCUCHEN TODAS LAS VOCES; PARA QUE ESO PASE, NECESITAMOS QUE LA VERDAD SE CONOZCA; LA VERDAD SOBRE LA OPOSICIÓN NO PUEDE CONOCERSE SI EL PALACIO SE NIEGA A ESCUCHAR. SOLO CONOZCO UNA FORMA DE OBLIGARLOS A ESCUCHAR.

El ruido de la multitud se volvió ensordecedor. Averross levantó la vista del holograma y vio que la gente se abría en una ola para revelar la presencia de Halin Azucca, que estaba montada en un escenario móvil ricamente decorado que sobrevolaba a centímetros del suelo. Vestía unos ropajes verdes extravagantes, como si la hubieran invitado al baile de la coronación, pero tenía las manos elevadas por encima de la cabeza.

Debajo del holograma aparecieron las palabras: ME RINDO.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO



Cuando Qui-Gon y Obi-Wan recibieron el llamado a presentarse en la cámara real, el maestro decidió ir por el camino largo, lo cual significaba atravesar el patio del palacio. Esto les permitiría dar una ojeada a la multitud que se reunía afuera para evaluar por sí mismos su estado de ánimo.

Los gritos y clamores de la horda estaban alcanzando un nivel ensordecedor. Obi-Wan hizo una mueca, pero Qui-Gon se enfocó en los ciudadanos y examinó sus rostros. Algunos mostraban enojo, pero otros parecían preocupados o incluso esperanzados. A través de la Fuerza pudo percibir los torbellinos de muchas emociones diferentes. No había un solo ánimo o pensamiento que dominara a la multitud.

Cuando entraron a palacio, y en cuanto sus oídos dejaron de zumbar, Qui-Gon dijo:

—Aparentemente la gente de este planeta tenía más fe en la Oposición que sus líderes.

—Estoy de acuerdo, maestro. Por lo menos, así es con algunos, y las acciones de Azucca el día de hoy pueden convencer a otros.

—¿Pero pueden convencer a Rael Averross? —Le quedaba solo un día como Lord Regente de Pijal. ¿Ese era el mejor momento para que Halin se pusiera a su merced? O ¿era el peor?

Entraron a un espacio al que nunca los habían invitado: la oficina privada del Lord Regente. Era un espacio desordenado, y tan mohoso y descuidado como todo lo demás de lo que Rael se rodeaba. Varios cubos de datos, holoproyectores y escáneres estaban amontonados tan alto que bloqueaban la mitad de la luz que entraba por las polvorientas ventanas. Distraídamente, Qui-Gon se preguntó si cualquier cosa que hubiera entrado en esa oficina había vuelto a salir.

Sin embargo, la mayor parte de su atención seguía enfocada en Halin, que estaba en una silla al otro lado del escritorio del regente. Estaba sentada muy derecha y portaba con elegancia sus ropajes teatrales verdes. Mientras tanto, Rael se paseaba al otro lado del escritorio como un animal enjaulado. Irónicamente, la revolucionaria parecía más majestuosa que el regente mismo.

—No sé qué clase de treta estás tratando de jugarnos —dijo mientras seguía caminando—. Aparecerte por aquí para darle un giro a tus historias.

—No son historias. —Halin volteó hacia Qui-Gon y Obi-Wan. Parecía feliz de que estuvieran allí, pero dirigió sus palabras solamente al Lord Regente—. Es la verdad. Una *verdad verificable*, si les da seguimiento a estas pistas.

Asintió hacia una datapad que el Capitán Deren tenía en las manos y que aparentemente le habían confiscado cuando se entregó. Deren la fulminó con la mirada.

—Esto no nos muestra nada —afirmó—. Está bloqueada.

La mujer respiró profundamente.

—El Maestro Jinn puede desbloquearla. Pero solo el Maestro Jinn.

—¿Qué quiere decir? —Qui-Gon levantó la mano para tomar la datapad, que Deren le entregó a pesar de no estar de acuerdo—. ¿Y qué verdad encontraré aquí?

—Después de que estuvo en la cueva con nosotros, tomamos su huella digital de algo que tocó. Lamento que eso sea invasivo, pero ya sabía que llegaríamos a esto —dijo, y miró sus manos que, sobre el regazo, tenía aprisionadas entre unas correas que eran una burla para la recepción supuestamente amable que le habían hecho al llegar a la oficina—. El regente nunca nos trató con justicia y lo que él haga, lo repetirá la guardia…

—Tratarlos con «justicia». —Rael prácticamente le gruñó como un animal—. ¿Y qué es justo para un montón de terroristas?

Halin lo ignoró.

—Después de que nos encontramos con usted, Maestro Jinn, nos dimos cuenta de que era imparcial y que estaba comprometido con establecer los hechos de la situación, de modo que quisimos que esta información le llegara a usted únicamente.

—Tomar una huella *es* invasivo, pero entiendo su razonamiento. —Qui-Gon presionó su pulgar en el escáner de identificación. Luego de un momento, la datapad resonó y mostró sus datos.

Obi-Wan, que miraba por encima del hombro de su maestro, leyó con más rapidez.

—¿Creen haber identificado una base de los guardias de negro aquí, en Pijal?

Rael soltó un resoplido de burla.

—Eso son tonterías. Todos los ataques armados tuvieron como base la luna y no es coincidencia que allí esté ubicada la Oposición.

—Todos los ataques armados *sí* se originaron en la luna. —A Halin le costó reconocerlo y Qui-Gon se dio cuenta, pero se mostraba más esperanzada que temerosa—. Así que nunca buscamos realmente en el planeta. Sin embargo, luego del último ataque contra Czerka, una de las nuestras pudo finalmente captar la señal de los guardias de negro y seguirla hasta la superficie del planeta. Antes trabajaba con holovideos, así que es buena para ese tipo de cosas. También nos sorprendió.

—Sí, como no. —Rael seguía paseándose de un lado a otro. Qui-Gon pensó que cualquiera que no lo conociera tan bien hubiera sido incapaz de detectar esas pequeñas grietas de duda.

Halin cerró los ojos como pidiéndose paciencia.

—Lo que encontramos es una instalación fuertemente armada. Como éramos una compañía teatral —Halin ignoró el bufido sarcástico de Rael—, obviamente no tenemos las habilidades ni el armamento para ir a revisar el lugar por nosotros mismos. En vez de eso, les trajimos la información a ustedes. Lo único que pedimos es que investiguen con cuidado esa base, según lo determinen.

—Así lo haremos —respondió Qui-Gon—. Con o sin la ayuda de los funcionarios reales. Aunque preferiría que estuvieras de nuestra parte, Rael.

Deren volteó de uno a otro.

—¿Lord Regente? ¿Cuáles son sus órdenes?

Finalmente, el regente dejó de pasearse y respiró profundamente.

—No perdemos nada. Vayamos.

—

Su nave hizo un recorrido por la costa en los límites entre la arena y el mar.

«Sobre una frontera», pensó Averross. «Siguiendo una delgada línea, como siempre lo hago».

Durante sus ocho años como Lord Regente de Pijal, empezó a sentir que se había labrado un sitio propio por primera vez en su vida. Este era un lugar que entendía que un áspero exterior podía ocultar una parte interna digna de considerarse. Donde sus sentimientos de dolor acerca de la muerte de Nim podían alcanzar un propósito valioso. Este era el sitio que le correspondía. Averross confiaba en sí mismo cuando estaba en Pijal, aunque después del motín del *Advent* creyó nunca volver a hacerlo. Pero si estaba equivocado respecto a la Oposición, si había puesto a los guardias reales y a *Fanry* en peligro…

—Está entrando en nuestro rango de alcance —dijo Qui-Gon. Estaba de pie detrás de Averross y ambos se sostenían de las correas de anclaje que azotaban los vientos que entraban por los costados abiertos del vehículo. El escáner que el maestro sostenía en su otra mano parpadeaba con rapidez, en color blanco-rojo-blanco, lo que indicaba su objetivo.

—Muy bien, Deren, llévanos allí —gritó Averross.

El capitán respondió haciendo descender la nave.

A unos cuantos metros del océano empezaron a aparecer una serie de trincheras excavadas. Luego vieron mampostería, hasta que finalmente detectaron una figura octagonal conocida.

—Una Torre de Vigilancia Celestial —murmuró Averross. No se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que Qui-Gon y Obi-Wan voltearon hacia él con curiosidad—. Es una fortificación antigua que se construía para observar las naves de almas en los tiempos en que los vuelos espaciales eran mucho más peligrosos. La mayoría están en ruinas y parece que esta también lo estaba… hasta que alguien decidió renovarla.

Había una nave de superficie, armamento tierra-aire, cañones láser, droidekas de última generación. Se trataba de una instalación militar seria que, en opinión de Averross, estaba más allá de cualquier cosa que la Oposición hubiera tenido.

Sin embargo, no había señales de vida. No había presencia de tropas paramilitares que respondieran un ataque, ni guardias que corrieran para evacuar a los dirigentes. El sitio estaba armado hasta los dientes y totalmente vacío.

—¡Lord Regente! —gritó Deren—. ¡Generadores de escudo de invisibilidad!

La nave hizo un ángulo de giro tan abrupto hacia la derecha que incluso los Jedi tuvieron dificultades para mantenerse en pie. Aunque las demás naves que transportaban tropas hicieron lo mismo, un droide buscador tomó la curva en un ángulo demasiado pronunciado y voló sobre la barrera invisible hacia la torre de vigilancia. Inmediatamente se volvió visible, como una pared de energía de color naranja encendido, en el instante en que el droide chocó con ella y luego explotó.

El hollín hizo un torbellino en el aire al momento en que el armazón del droide cayó en espiral. Después fue a estrellarse sobre el muro de piedra. Averross maldijo.

—Es una trampa. ¡La maldita Oposición nos condujo a una trampa!

—Alguien lo hizo —declaró Qui-Gon—. Pero no fue la Oposición. Mira. ¿Eso te parece que está dentro de los recursos de un pequeño grupo político en tu luna? —Apuntó hacia las cosas que Averross no había notado: los costosos droidekas y los armamentos sofisticados. Este no era el tipo de cosas que unos exactores tienen a su alcance.

Deren no estaba convencido.

—No tenemos idea de quién más podría estar financiando a los guardias de negro. En la galaxia hay multitud de fuerzas que tienen buenas razones para interferir con el corredor hiperespacial y que no tendrían empacho en canalizar dinero y armas a unos terroristas.

Sería fácil concordar con Deren, pero Averross no podía hacerlo. Finalmente, la verdad estaba más que clara y no podía negarla.

—Entonces, ¿crees que esta trampa es para nosotros o para la Oposición? —preguntó Rael.

Básicamente estaba admitiendo que estaba equivocado. Algunos no podrían resistirse a la necesidad de refregárselo en la cara, pero Qui-Gon era mejor persona.

—No estoy seguro. ¿Podemos destruir los generadores de invisibilidad e investigar?

—Hagámoslo. —Averross no sabía que más pensar, pero estaba listo para hacer estallar algo.

—

Aunque el Capitán Deren temía que hubiera más trampas y se opuso enérgicamente al aterrizaje, varios escaneos dirigidos convencieron a Qui-Gon de que era seguro ingresar a la torre de vigilancia. Ningún sondeo adicional despertó otras medidas defensivas. Cuando su nave se posó en el suelo, Averross saltó de inmediato, explorando con sigilo los terrenos hasta la que parecía ser la estructura central, por lo menos en cuanto a antigüedad. Una lluvia ligera empezó a caer mientras todos los demás exploraban el sitio.

—Escaneos o no, deberíamos operar con un alto nivel de precaución —le ordenó Deren a sus tropas cuando comenzaron a distribuirse—. En otras palabras, si tienen dudas, disparen.

«¿Y si fuera evidencia útil?», pensó Qui-Gon, pero se abstuvo de preguntar. Ya había deducido el hecho más valioso que les podía ofrecer el sitio: la confirmación de que la

Oposición no estaba detrás de los ataques de los guardias de negro. Además, Deren estaba protegiendo a sus hombres.

—Casi es demasiado como para investigarlo —comentó Obi-Wan mientras apuntaba a los diversos edificios y equipos que los rodeaban—. ¿Por dónde comenzamos?

Qui-Gon lo pensó por un momento.

—Buscamos dispositivos de intercomunicación. Mensajes pasados, canales de comunicación. Pareciera como si los guardias de negro hubieran abandonado el lugar a toda prisa; de otro modo no hubieran dejado tantas cosas. Si se les pasó eliminar alguna bitácora de comunicación, dar con ella podría llevarnos a quien sea que esté detrás de esto.

Por desgracia, parecía que los guardias de negro habían reconocido el peligro y cada edificio principal, cada nave grande, tenía borrados todos los datos de intercomunicación. Obi-Wan logró sacar algunos registros de un droide astromecánico desactivado que parecían esperanzadores, pero contenían muy poca información.

—Esto no tiene nada que lleve a Pijal o a su luna —comentó el chico con los hombros caídos—. Solo mensajes de y hacia otros sistemas, y de todos modos son muy pocos.

Qui-Gon revisó la datapad conectada con el droide. Corellia: probablemente una compra directa de naves o armas. Scipio: en vista de que el Clan Bancario InterGaláctico tenía su base en ese planeta, eso significaba lavado de dinero. La Corporación Czerka canalizaba mucho de su dinero a través de Scipio, pero también lo hacían todas las grandes empresas de la galaxia, al igual que varias monarquías, de modo que esa pista no probaba nada. Además…

—¿Teth? —preguntó—. ¿Por qué los guardias de negro estarían en contacto con alguien en Teth?

La sorpresa de su aprendiz fue equivalente a la de Qui-Gon.

—Los guardias de negro no podrían estar trabajando para los Hutt, ¿o sí?

Por un momento eso pareció muy probable. Sin duda, a los Hutt les encantaría entrometerse y adquirir poder en el planeta que tendría uno de los principales corredores hiperespaciales. Pero en ese caso…

—Hay registro de solo dos comunicaciones entre Pijal y Teth —dijo Qui-Gon—. Si los Hutt estaban detrás de esto, habría muchas más y los datos no se hubieran almacenado en un droide de baja seguridad.

—Suena lógico —coincidió Obi-Wan, aunque fruncía el ceño—. Sin embargo, si los guardias de negro estaban en contacto con los Hutt, eso en ningún sentido puede ser bueno.

Aunque el instinto le decía que los Hutt no lo llevarían a las respuestas que buscaba, sentía tanta curiosidad como su aprendiz acerca de qué significaba. Unos cuantos clics de su dedo comunicaron de nuevo al droide con Teth.

—Llamemos para averiguarlo.

Se requirieron unos minutos para establecer una conexión en vivo. Qui-Gon se acomodó sobre el suelo dentro del rango holográfico del droide para poder ver cara a cara a quien fuera que respondiera. Para su desagrado, aunque no totalmente sorpresivo, la figura que tomó forma era conocida.

—¿Jedi Jinn? —Thurible tuvo que sentirse sorprendido, pero no demostró señal alguna de ello—. Esperaba que volviéramos a hablar algún día.

—Sin duda no esperaba que fuera hoy —respondió Qui-Gon— o por este medio. ¿Tal vez podría decirme por qué está en contacto con una organización terrorista en el planeta Pijal?

Ahora Thurible pareció asombrado; ese hombre sí que era un actor consagrado.

—¿Organización terrorista? Claro que no. Mi patrón nunca condonaría tales acciones. Planeábamos hacer negocios con el gobierno legítimo de Pijal. Aunque, debo admitirlo, es probable que se tratara de individuos que afirmaban representar al gobierno de Pijal. Hay tantas personas deshonestas en los mundos.

Por supuesto que las había y Qui-Gon estuvo a punto de decirlo en voz alta antes de que se le ocurriera la posibilidad de que la persona que habló con Thurible fuera parte del gobierno. Alguien cercano a la princesa que tuviera acceso a las áreas más privadas del palacio. Alguien que podría violar las defensas de seguridad porque supiera donde estaban o por ser quien las había establecido desde el principio. Alguien como el Capitán Deren.

Qui-Gon volteó hacia donde Deren trabajaba junto con sus compañeros soldados. Como capitán de la guardia real, pudo haber dicho de manera legítima que era un funcionario del gobierno. Repetidamente intentó convencerlos de no aterrizar en la torre de vigilancia y explorarla. El compromiso con su deber parecía tan absoluto. Qui-Gon incluso lo había percibido a través de la Fuerza. Pero ¿podría ser una estratagema? Sin embargo, no demostró ninguna de sus sospechas a Thurible.

—¿Puedo preguntarle qué tipo de negocio planeaban hacer? ¿Qué querían comprarles?

Thurible sonrió y eso se expresó como una breve sombra en el fluctuante holograma.

—Nada en absoluto. Nosotros éramos los clientes.

—Entonces, ¿qué querían comprarles ustedes? —preguntó Obi-Wan.

—Escuchamos rumores por medio de pilotos de cargueros que venían de Corellia, y que prefieren mantenerse anónimos, acerca de que los militares de Pijal desarrollaron una especie de escudo que es inmune contra los sables de luz —dijo Thurible—. Es algo fascinante desde un punto de vista científico.

Las implicaciones de eso empezaron a tener sentido en la mente de Qui-Gon.

—En teoría, los contrabandistas de especias y los delincuentes podrían utilizar un escudo así para protegerse de cualquier intervención Jedi.

—Se requiere más que bloquear un sable de luz para derrotar a los Jedi —afirmó Thurible—. Pero bloquear los sables sí *ayuda*, ¿no le parece? En teoría.

Qui-Gon decidió que era suficiente de ese tipo de charla.

—Me temo que el asunto es puramente teórico por el momento, ya que Pijal no puede ofrecer esos escudos.

—Esa falta de honradez es realmente escandalosa. Si alguien de Pijal se comunica con nosotros en el futuro y afirma que representa al gobierno, con toda seguridad lo verificaremos con cuidado. —Thurible hizo una leve reverencia—. Wambo está esperando a una delegación de Garel, así que le pido que me disculpe.

En cuanto se desvaneció el holograma de Thurible, Obi-Wan preguntó:

—¿Los guardias de negro estuvieron vendiendo esos escudos por toda la galaxia?

Qui-Gon negó con la cabeza.

—Todavía no. Pero es posible que hayan estado negociando con Thurible para hacer una especie de prueba. Para ver cuánto dinero podían reunir y cuánto interés habría por un dispositivo de escudo contra los Jedi.

—No es como si nos quedáramos indefensos sin los sables de luz.

—No, pero si un Jedi no supiera que su oponente está protegido, si se le engañara para creer que su sable de luz le provee protección cuando no es así, podría resultar mortal. —Qui-Gon se preguntó si Pax podría conseguir precios mucho mejores por los cristales kohlen.

—Maestro… —Obi-Wan hizo una pausa, obviamente dudoso de sí mismo—. Cuando Thurible dijo eso acerca del «gobierno legítimo», me hizo preguntarme. No quiero ser injusto, pero…

—Yo también lo noté, padawan. El Capitán Deren habría tenido oportunidad para avisarles a los guardias de negro de nuestra incursión en la torre de vigilancia, lo cual podría haber llevado a que abandonaran a toda prisa el lugar. Intentó impedir que viniéramos y alentó a sus hombres a estallar los dispositivos que pudieran contener registros.

—Los guardias de negro atacaron a Czerka, a la Oposición, a nosotros —añadió Obi-Wan—, pero nunca a la guardia real.

—Ese es otro buen dato. —Qui-Gon se levantó y miró hacia la torre de vigilancia. Deren estaba esforzándose en contabilizar las pocas armas que quedaron. Había muchas razones por las que le interesaba hacerlo.

—Pero, maestro, parece ser tan leal a la princesa —comentó Obi-Wan.

—Podría ser así. No tenemos pruebas, sino solo sospechas. Eso significa que tendremos que vigilar muy de cerca a Deren. —Volteó hacia su aprendiz—. En mi visión vi a Deren. Por supuesto que tendrá un papel en la coronación de Fanry como capitán de su guardia, pero es posible que su aparición tenga un significado más importante.

Obi-Wan no le discutió acerca de la visión, lo cual fue sorpresivo.

—Supongo que lo único que podemos hacer es vigilarlo.

—Sí, por ahora es lo único que podemos hacer.

El Capitán Deren estaría junto a Obi-Wan durante las ceremonias y si la visión de Qui-Gon se volvía realidad, y sabía que así ocurriría, su padawan estaría en medio del peligro.

Aunque había recuperado su fe en las profecías, entendía más que nunca que esa creencia podía conducir a la oscuridad. Querer conocer el futuro se derivaba del deseo de controlarlo y ese deseo provenía del miedo: el temor al profundo dolor y pérdida que el futuro podría albergar. La búsqueda del poder era superable, pero nunca podría lograrse lo mismo con el temor a perder lo que más importaba.

Era difícil hablar de algo tan cargado de emociones y tan íntimo, pero era posible que no tuvieran otra oportunidad.

—Estaba enojado contigo desde que hablaste con el consejo —dijo Qui-Gon.

Obi-Wan pareció receloso y no era para menos.

—Eso no me sorprende.

—Pero de camino para acá me di cuenta de que durante todos estos años insistí en que fueras más independiente. Que confiaras en tus instintos y actuaras por iniciativa propia. Eso es lo que hiciste. No estábamos de acuerdo en los detalles específicos, pero en principio no puedo culparte.

Por un breve instante permanecieron en silencio mientras uno de los droides de seguridad pasaba a su lado. Tal vez no lo hubieran programado para monitorear su conversación, pero mientras Deren estuviera bajo sospecha, tenían que ser cautelosos. Después de que avanzaron más lejos de allí, el joven le dijo:

—¿Sabe qué? Nunca tuve problemas con eso cuando era un iniciado. Me refiero a la independencia. No cumplía con las reglas e incluso dijeron que era rebelde. Probablemente los maestros estaban sorprendidos de que alguien estuviera dispuesto a tomarme como su aprendiz.

De hecho, a Qui-Gon le habían advertido de ello. Desde entonces había pensado que la preocupación de los maestros de la guardería demostraba demasiada cautela, pero ahora finalmente se dio cuenta de lo que había sucedido y empezó a reír.

Obi-Wan se le quedó mirando.

—¿Maestro?

—¿No lo ves, Obi-Wan? Sabían que te rebelarías contra cualquier maestro con el que trabajaras, así que se aseguraron de que terminaras con un Jedi que casi nunca sigue las reglas. La única forma de rebelarte fue convertirte en el Jedi perfecto.

—Difícilmente soy perfecto —respondió el chico, pero ahora también reía—. Eso es lo que hicieron, ¿verdad?

Qui-Gon sacudió la cabeza.

—Nunca subestimes a Yoda.

En cierto modo sabía que él y su aprendiz seguían estando muy separados, en lados contrarios de una profunda brecha filosófica y con una comprensión totalmente diferente de la Fuerza. Pero en otros sentidos, el lazo perduraba y Qui-Gon tendría que conformarse con eso, por poco que pareciera.

ANTES

—Calma, amiguito. —El holograma de Rael titilaba en medio de la sala de meditación de Qui-Gon—. Parece que Dooku perdió los estribos y que hizo algo que no debería, pero en realidad a lo que se reduce es que a veces uno tiene que hacer el trabajo, ¿me entiendes?

—No me parece correcto —insistió el niño y se abrazó las rodillas contra el pecho—. Se sintió peor que un simple enojo. Se sintió como si el Maestro Dooku estuviera cerca de la oscuridad.

—Tenía miedo porque se preocupó por ti —contestó Rael y se encogió de hombros—. Esa es otra cosa en la que el consejo se equivoca. Todo el tiempo están diciendo «Los Jedi no tienen permitido amar»; por eso se supone que nunca debemos tener relaciones…

—¡Rael! —Qui-Gon sentía como si alguien pudiera entrar en cualquier momento. Deseaba con todas sus fuerzas que la sala de meditación continuara vacía a esas horas para poder hablar en privado con Rael sin que pudieran escucharlos otros padawans, Dooku o cualquier otra persona. Nadie más que él podía entender la estrecha senda por la que caminaba su maestro o la peligrosa fascinación de las profecías.

Pero en lugar de tomarlo en serio, Rael bromeaba y mordisqueaba un palillo en una animada cantina de algún planeta perdido que se llamaba Takodana.

—No seas tan remilgado —le insistió—. No debemos sentir amor, ¿verdad? Porque eso nos hace ser menos objetivos y aumenta la probabilidad de que respondamos emocionalmente en lugar de hacerlo usando la razón. Pero seguimos amando a nuestros amigos. Amamos a nuestros maestros y ellos aman a sus padawans. Me refiero a que, si alguien te educa durante diez años, lo vas a acabar amando, a menos que seas un completo desgraciado. ¡Así es la gente! La gente humana, la gente trandoshana, la gente…

—Ya entendí, Rael. —Qui-Gon hizo a un lado su molestia para considerar las palabras de Rael Averross por lo que valían. Aunque no lo estuviera tomando suficientemente en serio, eso no quería decir que estuviera equivocado.

Rael asintió hacia la persona que le llevó una bebida. Era una pequeña criatura arrugada que llevaba visores y un collar de cuentas.

—Simplemente es lógico —le dijo con mayor calma—. Dooku se dio cuenta de que tu vida estaba en peligro y exageró en su reacción. Pero estás a salvo, Shenda Mol está congelada en Stygeon Prime y Dooku recuperó la normalidad.

«No sé si eso será cierto», quiso decir el chico. El holocrón de las profecías no había regresado a los archivos desde hacía semanas y Dooku lo estudiaba constantemente, tanto con Qui-Gon como a solas. Aunque al chico le seguía gustando desarrollar teorías sobre la manera en que los sucesos históricos del pasado podrían representar las visiones proféticas de ciertos maestros, la fascinación de Dooku estaba colocada totalmente en el futuro. Una profecía en especial le ocupaba más que cualquier otra: *Aquel que aprende a conquistar la muerte vivirá de nuevo a través de su mayor estudiante*.

—Oye —le dijo Rael—. ¿Estás bien?

—Claro. Debería irme. —Cerró la transmisión y pensó que si pretendía resolver el asunto, no sería con Rael. Tendría que hacerlo por sí solo.

—

Esa noche volvió con renuencia a las habitaciones de Dooku. Antes siempre era agradable cuando su maestro lo invitaba a cenar porque lo volvía una ocasión formal y aunque se sentía un poco incómodo, como le sucede a la mayoría de los varones adolescentes, la comida siempre era mejor que cualquier cosa que sirvieran en el salón para padawans.

Sin embargo, el holocrón también estaría allí, casi como un tercer invitado al que no quería ver. Seguía creyendo en las profecías, pero la fijación de su maestro en ellas había adquirido el aspecto extraño que teñía todo lo demás entre ellos.

«Tal vez debería hablar de eso con él», pensó el chico mientras caminaba por los pasillos del Templo hacia las habitaciones de Dooku. Ambos seguían siendo específicamente maestro y aprendiz, no amigos, y Qui-Gon sabía perfectamente que estaban lejos de ser iguales. Pero si no hablaba con él, nadie lo haría.

Seguía reuniendo el valor cuando la puerta se deslizó para dejarlo pasar. Como siempre, la mesa estaba puesta con copas y platos elegantes, y su maestro vestía una de sus mejores túnicas. El único cambio era que el holocrón de las profecías no estaba allí.

—Llegaste temprano —dijo Dooku con satisfacción. Aprobaba que los padawans lo hicieran y con una leve sonrisa hizo uno de sus raros intentos por bromear—. Debes tener un hambre tremenda como para estar aquí tan pronto.

—Sí, estoy hambriento. Pero, maestro, ¿dónde está el holocrón?

Dooku se puso rígido, pero siguió sonriendo. Cuando habló, su voz era más agradable que antes, o al menos hizo el intento de sonar así.

—Pienso que últimamente pasamos demasiado tiempo con eso y nos metemos demasiado en nuestras teorías extrañas. Especular en que las profecías sean reales fue bonito, ¿no? Pero, obviamente, son solo metáforas. Comentarios acerca de la época de los místicos, pero no de la nuestra.

—Por supuesto —respondió Qui-Gon, y se obligó a pensarlo.

Si el precio por el alma de su maestro era negarse a aceptar que las profecías pudieran volverse realidad, el chico se propuso hacerlo. De modo que, en los días, meses y años siguientes, cada vez que pasaba junto al holocrón en los archivos Jedi, o recordaba una de las cuartetas a altas horas de la noche, hacía a un lado ese pensamiento. No quería creer, entonces no creería.

En un sitio muy profundo de su mente, a veces se preguntaba si alguien realmente tenía creencias por pura fe, o si más bien la gente creía en lo que fuera que tuviera que hacerlo para poder seguir con su vida.

Pero, la mayor parte del tiempo, los pensamientos de Qui-Gon no iban más allá de decirse que las profecías eran solo una metáfora.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO



Averross nunca había hecho eso por nadie y no pretendía hacerlo de nuevo por nadie más. Pero esa única vez, y solo por Fanry, valía la pena.

Se paró frente a un espejo, vestido con la túnica y los pantalones pijalíes tradicionales de la corte, con todo y una capa. Todo nuevo y confeccionado con shimmersilk de Alderaan. Absolutamente negro excepto por el forro de la capa que era de un brillante azul cerúleo. El droide WA-2G incluso lo rasuró, le cortó pelo y lo peinó.

«Se ve ridículo», pensó mientras analizaba su reflejo. Al menos eso es lo que esperaba pensar. Lo que planeaba pensar.

—¿Estoy loco —le preguntó al WA-2G— o me veo muy bien?

—Esos términos no son mutuamente excluyentes.

Rael rio.

«Un droide se acaba de burlar de mí. Este día será muy divertido. Bueno, siempre y cuando los guardias de negro se mantengan a raya».

—

—Aquí tiene, su Alteza Serenísima.

La Princesa Fanry levantó el brazo mientras Cady le colocaba el grueso brazalete que no se vería durante la ceremonia, ya que estaría por debajo de la manga larga del vestido blanco que llevaba. Su fondo, que solo mostraba unos cuantos trozos de su falda, era de un azul tan oscuro que bien podría considerarse negro.

—Gracias, Cady —murmuró la princesa mientras se llevaba una mano a su rizado pelo rojo que caía suelto por su espalda—. ¿Esto se ve bien? Es que se ve tan… peculiar sin la pañoleta.

—Es como cualquier otro cambio —respondió la joven—. Se necesita tiempo para acostumbrarse.

Fanry asintió y enderezó los hombros más como soldado que como princesa.

—Hoy cambiará todo.

—

Obi-Wan estaba agradecido de librarse de cualquier tipo de galas ceremoniales. Bastaba con ser un Jedi. Incluso bastaría con ser un aprendiz de Jedi. Salió temprano de sus habitaciones con la esperanza de examinar el Cáliz Celestial, pero los guardias reales sellaron el área desde mucho antes.

—Lo siento, señor —dijo el que estaba de pie frente a las puertas interiores, vestido con su almidonado uniforme formal—, está prohibida la entrada. Son órdenes del Capitán Deren.

Mientras se alejaba, Obi-Wan murmuró.

—Eso es precisamente lo que me preocupa.

—

Qui-Gon se sentó en el suelo de su dormitorio con la intención de meditar, pero la calma le era esquiva.

«Por favor, que esté equivocado», pensó. «Que mi sueño no sea más que eso. Permite que las profecías se vuelvan de nuevo simples metáforas. Preferiría proteger a este planeta, a esta gente, a mi padawan, en lugar de que se me concediera cualquier atisbo de cualquier futuro».

Pero no era una opción que pudiera elegir. Los sucesos del día ocurrirían según la voluntad de la Fuerza y tan solo podía prepararse para responder, sin importar lo que se le demandará hacer.

—

Dos horas después, Qui-Gon se preparó para entrar al Cáliz Celestial como parte del grupo de huéspedes de honor. La Ministra Orth se tambaleó levemente detrás de él; su vestido café con una estrecha falda la obligaba a caminar con muchos pasos cortos y rápidos. Lo miró por un momento.

—Me preguntaba si le había guardado un asiento en vano y si al final boicotearía la ceremonia. ¿O es que ya no está imaginando visiones terribles?

—Mi visión permanece conmigo —respondió seriamente—. Por eso estoy aquí. Para ayudar con lo que pueda.

—¡Vaya! —Poco impresionada con su respuesta, se sentó a su lado. Mientras tanto, frente a él estaba un desconocido vestido de negro.

Qui-Gon lo miró fijamente.

—¿Rael?

—Sí, soy yo, pero no hagas un escándalo —respondió la persona impecablemente arreglada y bellamente ataviada que estaba frente a él, y que de alguna manera era Rael Averross—. Es para la coronación, eso es todo.

—Por todos los cielos. —La Ministra Orth se quitó los pequeños anteojos, parpadeó ostensiblemente y luego se los volvió a colocar para mirarlo otra vez—. Averross, de hecho se ve guapo.

—Eso dicen también los siervos, algunos de los droides y un par de guardias —refunfuñó Rael—. Es algo que se está repitiendo con demasiada frecuencia y sorpresa para mi gusto.

Qui-Gon logró sonreír, pero su asombro solo le quitó por un momento la sensación de terror, cuyo peso lo volvió a agobiar.

«Cuando la visión empiece a aparecer», se dijo, «debes estar listo. Eres justo quien necesitas ser».

La música empezó a sonar y los huéspedes reales iniciaron su procesión por el gran eje del Cáliz Celestial. La luz del sol se filtraba por el domo de cristal del techo y hacía brillar el decorado de oro. Incluso las anodinas túnicas grises y marrones de los pijalíes parecían hermosas, sutiles y nobles, y la luz destacaba los breves toques de rojo, dorado y violeta que se evidenciaban en los cuellos o en las bastillas.

Qui-Gon tomó asiento detrás de Rael y se sintió aliviado de ver que no era el único que trajo su sable de luz. Es posible que hoy Rael lo considerara más como un arma ceremonial, pero cuando la situación lo demandara, seguramente lucharía a su lado.

Se abrió la puerta que daba entrada al eje más lejano y de la base salieron el líder religioso, al que llamaban el Guardián del Cielo, la joyera de la corona con una caja de madera en las manos y Obi-Wan. Qui-Gon sintió un momento de orgullo al ver la tranquila compostura de su padawan. Se comportaba como si hubiera representado a la República desde siempre, aunque no tenía ningún indicio de que pudiera estar entrando en un peligro mortal.

«Permíteme estar equivocado», pensó de nuevo. «Por favor, permíteme estar equivocado».

Finalmente, la música alcanzó un punto culminante y la Princesa Fanry comenzó su caminata por el eje más lejano, en dirección al estrado. Su vestido blanco no era muy diferente de la ropa que usaba comúnmente en la corte, pero eso apenas importaba. Qui-Gon sospechaba que la mayoría de los invitados miraban su cabello recién revelado y que era, con mucho, el color más brillante de la sala.

Sin embargo, estaba mucho más interesado en el hecho de que la persona que escoltaba a Fanry hacia el estrado fuera el Capitán Deren.

«Está en posición de atacar», pensó el Jedi. «Puede matar a Fanry, a Obi-Wan, o a ambos, más rápido de lo que puedo defenderlos».

Pero seguía sin tener pruebas de que fuera el traidor. Qui-Gon volteó a un lado, hacia la Ministra Orth, que parecía muy orgullosa de sí misma. ¿No era ella la que se escurrió a hurtadillas por el Cáliz Celestial a altas horas de la madrugada aquella noche en que él tuvo su sueño profético? Orth era más vieja y aparentemente estaba desarmada, además de que llevaba un vestido que apenas la dejaba caminar, mucho menos pelear. Pero ¿quién podía saber cuántas fuerzas estarían tal vez detrás de ella?

En algún sitio más lejano estaba sentada Meritt Col, la supervisora de sector, altiva y elegante con su vestido blanco. Como el poder de Fanry simplemente aumentaría el poder de Czerka, Col no podría tener razones para atacar a la princesa, pero no podía estar seguro de que la visión mostrara un ataque contra la Princesa Fanry. Era un ataque y la joven estaba allí, pero tal vez la violencia se dirigía contra alguien más, como Deren u Obi-Wan.

El Guardián del Cielo comenzó:

—En tiempos antiguos, los pijalíes viajamos al espacio exterior para sentir el abrazo espontáneo de los espíritus. Ahora, nuestra princesa coronada nos está dando una nueva forma de alcanzar las estrellas. Gracias a su visión y a los cambios que nos trae, nos conectará como nunca con la galaxia en general.

Fanry avanzó unos pasos para aceptar la espada ceremonial de manos del Guardián del Cielo y la sostuvo en alto, luego de lo cual les pidió a Deren y Obi-Wan que se acercaran a ella en el centro del estrado. No mostraba ningún temor. El Guardián del Cielo prosiguió:

—¿Blandirá usted esta espada para defender a Pijal, para protegerlo de sus enemigos y conservar su independencia?

—Sí —respondió Fanry—. Lo haré.

Qui-Gon mantuvo la vista fija en Deren y por eso casi no vio el instante en que la Princesa Fanry apuñaló al Guardián del Cielo.

—¡Ahora, Deren! —gritó ella. El capitán oprimió algo en su cinturón y selló el estrado dentro de una luz parpadeante de color dorado y naranja que, como se dio cuenta Qui-Gon, era un escudo, mientras que los alaridos y gritos de angustia llenaban el salón. Obi-Wan trató de ayudar al Guardián del Cielo, pero se quedó inmóvil cuando Deren le apuntó con un bláster a la cabeza.

«La sangre», pensó Qui-Gon. «Los gritos. La luz que se filtraba desde arriba. Está sucediendo. Mi visión era cierta».

Nunca había sentido tanta amargura de tener razón.

—¿Fanry? —Rael se levantó lentamente como si estuviera conmocionado—. ¡Fanry!

—¡Escúchenme! —gritó la chica y la multitud guardó silencio. El Guardián del Cielo cayó de rodillas, herido de gravedad, pero vivo—. Querían obligarme a firmar un tratado que cede mi poder. Mi regente y la Corporación Czerka no desean más que las ganancias. Este *tratado* —escupió las palabras como si le dieran asco— me niega la capacidad de hacer lo que debería por Pijal. No podré sacar de aquí a Czerka. Pero *no* firmaré el tratado. *No* cederé mi poder. Y cobraré venganza contra todos los que hubieran hecho imposible el cambio, porque nos habrían destruido.

Rael se tambaleó hacia un lado y Qui-Gon lo tomó del codo para enderezarlo.

—Desmáyate después, pero primero ayúdame a salvarlos.

No obstante, ¿qué podían hacer? Para ese momento, Qui-Gon se había dado cuenta de que el estrado tenía que estar rodeado por uno de los escudos de los guardias de negro, los mismos contra los que sus sables de luz serían inútiles. Sin duda ese era el momento para el que se diseñaron originalmente. Mientras empujaba entre la multitud aterrorizada, vio que Fanry activaba un escudo personal a través del brazalete oculto bajo su manga. El escudo de Deren ya estaba activado y solo el Guardián del Cielo, la joyera y Obi-Wan estaba desprotegidos.

«Céntrate en lo que puedes hacer en lugar de lo que no puedes». Qui-Gon volteó hacia Rael.

—Encuentra a guardias leales, si puedes. ¡Consigue que cierren el espacio aéreo sobre el Cáliz Celestial! —A Rael le tomó un momento obedecer, pero logró recobrar la compostura y correr hacia la puerta más lejana.

—¡La Corporación Czerka ya no será dueña de Pijal! —gritó Fanry y le hizo indicaciones a Deren. Qui-Gon detectó que Meritt Col intentaba alejarse a hurtadillas entre la multitud un instante antes de que el capitán le disparara. Col cayó en medio de más gritos. Obi-Wan intentó aprovechar el instante cuando el arma de Deren apuntaba a otra parte, pero casi de inmediato Deren lo tenía de nuevo en la mira.

—¡Princesa Fanry, por favor, espere! —Orth se bamboleó hacia delante a través del olor de ozono del fuego del bláster con un valor que hizo que el Jedi evaluara de nuevo su opinión sobre ella—. No sabe lo que está haciendo. Apenas es más que una niña.

—¿Una niña? —La voz de la princesa alcanzó niveles de alarido—. ¡En Naboo hay reinas de mi edad! ¡En Toydaria hay príncipes de mi edad! ¡La reina de Alderaan llevó a la Princesa Breha para que le ayudara a negociar un tratado y es menor a mí! Además, yo sí vi la manera en que Czerka ahorca a Pijal cuando mis mayores no quisieron verlo. No me dé lecciones sobre ser «una niña». —Fanry se contuvo—. Usted es honesta, Ministra Orth, y por esa razón le perdono la vida, pero no dude más de mí.

Qui-Gon inhaló y exhaló lentamente, llenándose de la mayor calma que pudo. Se conectó lo más posible con la Fuerza y luego examinó el salón con nuevos ojos. Las alarmas de seguridad deberían estar sonando frenéticamente, pero seguían calladas. Sin duda el Capitán Deren las había desactivado. Todavía no entraban tropas, a pesar del hecho de que estaban agrupadas afuera. Eso significaba que el ejército debía ser leal a Fanry o por lo menos a Deren. El sol ya no penetraba el lugar, pero la luz era intermitente, como si el cielo se hubiera llenado de nubes o…

—Por años ha aceptado sobornos de Czerka —le dijo Fanry al Guardián del Cielo que estaba tirado en el piso—. Les permitió utilizar los muelles sagrados que debían reservarse para la nave de almas.

El Guardián del Cielo apretaba su hombro sangrante.

—Su Alteza Serenísima… Yo…

—Guárdese sus mentiras —respondió Fanry mientras le daba la espalda para mirar a la temblorosa joyera de la corte—. Vamos, ¿en serio? Cálmate. Estás bien.

La joyera siguió temblando y Fanry abrió la caja, sacó la pequeña diadema y se la puso en la cabeza.

Qui-Gon se acercó con dificultades al estrado, empujando a la muchedumbre que corría. Sin embargo, una gran parte de los asistentes se quedó allí, mirando con fascinación mórbida o, quizás, apoyando incluso a la princesa. Trató de encontrarse con la mirada de Obi-Wan, pero su padawan seguía enfocado en Deren, evidentemente con la esperanza de encontrar otra oportunidad para defenderse, pero no parecía como si pudiera tenerla.

«Debo tratar», pensó Qui-Gon. Se lanzó al frente al tiempo que encendía su sable de luz. Al momento en que sus pies tocaron el suelo, blandió su arma contra el

resplandeciente perímetro del escudo. La hoja verde restalló contra la luz anaranjada y reverberó con tanta fuerza que los huesos de sus brazos y hombros parecieron estremecerse. El sable de luz era inútil.

—Jedi Jinn —dijo Fanry mientras volteaba a medias para verlo—, usted fue el único que se opuso al tratado y el único que se negó a caer dócilmente a los pies de Czerka. Por eso se le perdona la vida.

«*Karabast*. Si yo hubiera estado en el estrado en lugar de Obi-Wan, él estaría a salvo. En lugar de eso…».

—Pero *tú*. —La princesa, o más bien la reina ahora que portaba la corona, irguió el cuello hacia Obi-Wan—. Tú apoyaste este maligno tratado. Pensaste que me obligarías a firmarlo. No habrá compasión para ti.

—¡Fanry, no! —gritó Qui-Gon.

La joven le dio una indicación a Deren y este hizo mueca, que en opinión de Qui-Gon era de horror, pero solo respondió:

—Como lo desee mi reina.

El resto sucedió tan rápido que la mayoría de los humanos no podrían haberlo visto claramente y solo la concentración de Qui-Gon a través de la Fuerza le permitió atestiguarlo: Deren levantó el bláster y Obi-Wan encendió su sable de luz, aunque sabía que no le serviría para…

… su sable ya no era azul, sino anaranjado, y cuando lo blandió, la hoja penetró el escudo y atravesó a Deren.

El capitán emitió un quejido de dolor y luego se desplomó hacia atrás, gimiendo mientras se aferraba a su vientre sangrante. Fanry gritó. Obi-Wan volteó de nuevo para ponerse entre la reina que sostenía su espada y el Guardián del Cielo. Qui-Gon trató de entender qué había pasado. ¿Qué sucedió con el sable de luz de Obi-Wan?

Arriba, los paneles de vidrio que formaban el domo del Cáliz Celestial empezaron a abrirse y las sombras que se juntaban resultaron ser naves de tropas de la guardia real, que sobrevolaban el sitio. Alguien gritó:

—¡Su majestad, el generador de escudo! —Qui-Gon se dio cuenta de que había sido Cady, quien parecía estar enterada de todo desde el principio.

La Reina Fanry tomó un pequeño dispositivo del cinturón de Deren apenas momentos antes de que unos cables arrojados desde las naves de tropas se deslizaran dentro del Cáliz. Cady tomó uno y Fanry se aferró a otro. El Jedi consideró usar el tercer cable, pero los soldados lo cortarían antes de permitirle ascender.

—Adiós, Deren. —Fanry rodeó su cuerpo con el arnés del cable, y ella y Obi-Wan se miraron fijamente durante un largo rato, antes de que la subieran. «¡El escudo!», pensó Qui-Gon, temeroso de que su borde rebanara a Obi-Wan, pero el generador parecía ser compacto. El escudo anaranjado se desvaneció mientras Fanry se lo llevaba con ella en su ascenso y quedaba fuera de rango más allá del techo del Cáliz. Cady subió al lado de ella en su propio cable.

Todos en el Cáliz miraban hacia arriba, excepto Qui-Gon que corrió al lado de su aprendiz. Este seguía mirando su sable de luz naranja hasta que volteó a su maestro y dijo:

—¿Qué…?

—Es una revolución desde las élites —respondió—. Rael pensó que estaba defendiendo a Fanry y Czerka pensó que la estaban manipulando, pero ella era más de lo que se dieron cuenta.

—¿Y ahora qué pretende hacer Fanry? —preguntó Obi-Wan mientras sacudía la cabeza, tratando de concentrarse.

—Eso es lo que vamos a averiguar —le contestó su maestro.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS



Hasta unos momentos antes, la nave insignia de la flota real llevaba el nombre de *Heavenly Sphere*, pero a partir de hoy, y por órdenes de la Reina Fanry, se llamaría *Righteous*.

Mientras caminaba a grandes pasos por los corredores de la nave y se ataba las correas de un peto de cota de malla sobre su vestido blanco que ahora estaba manchado, Fanry gritó:

—¿Quién está al mando del *Leverage*? ¿Quién ocupará el cargo ahora que Col está muerta?

Cady ya se había cambiado al uniforme de los guardias de negro y una línea en su mano izquierda marcaba el sitio donde el droide 2-1B la había librado permanentemente de Czerka apenas unos minutos antes. Estaba ardiente de triunfo e incluso más feliz que la misma Fanry.

—Lamento informarle a su majestad que Meritt Col sobrevivió a la ceremonia.

—¿Qué? —La única persona que Fanry más deseaba que estuviera muerta, la más corrupta y desalmada de todos, se había salvado de la trampa. Cuando se dio cuenta de lo que había pasado, maldijo—. Deren. Él le perdonó la vida, ¿no es cierto?

—Era un buen hombre —respondió Cady—. Simplemente no entendía que esa escoria de Czerka merecía morir.

—Pero nosotros sí. —Fanry caminó hacia el puente del *Righteous*. Durante toda su vida estudió para convertirse en gobernante y durante años se preparó para ese momento. Averross simplemente veía una niña cuando la miraba, porque lo único que siempre vio en realidad era a Nim Pianna. Fanry podía sentir lástima por esa pobre desgraciada, la chica a la que nunca conoció, pero sabía que ella no compartiría el destino de Nim. No, al final había cumplido con su destino y se había convertido en lo único que siempre aspiró a ser: la reina guerrera.

—

Rael Averross dejó que Obi-Wan Kenobi lo guiara a la corbeta corelliana. Ya no parecía importarle mucho a donde fuera o lo que hiciera.

«¿Por qué, Fanry?». Trató de imaginar que se lo preguntaba directamente, pero la escena se negaba a adquirir forma en su mente. Averross ya no podía ver a la niña lista y graciosa que había conocido. O que pensó conocer. En lugar de ello, cuando enunciaba las palabras en su mente, la persona que las escuchaba era la joven furiosa y despectiva que hoy había tomado por la fuerza el poder absoluto.

—Padawan —le decía Qui-Gon a Obi-Wan mientras todos caminaban hacia el puente de mando de la corbeta—, ¿qué le pasó a tu sable de luz?

—No estoy seguro. —El chico desatornilló los componentes de su sable de luz y, para sorpresa de todos, eso reveló un cristal kohlen anaranjado donde debería haber estado el cristal kyber.

—¿Cómo es posible? —preguntó Qui-Gon.

—¿Tiene que haber sido…? —La expresión de Obi-Wan se volvió pensativa—. Hace unos días, Fanry me preguntó cómo funcionaba un sable de luz y yo se lo mostré. Deren me dijo antes del ensayo de anoche que no se permitía la entrada de ningún arma al Cáliz hasta que fuera la ceremonia, así que dejé mi sable en el vestíbulo de afuera. Luego alguien lo saboteó, o pretendió hacerlo.

—Por el peso —indicó Averross con actitud sombría—. Robaron tu cristal kyber y lo reemplazaron con kohlen para que conservara el mismo peso y no pudieras darte cuenta.

Lentamente, Qui-Gon empezó a sonreír.

—Fanry y Deren pensaron que los cristales kohlen eran inútiles, aparte de ser una forma de engañar a Obi-Wan. Pero pudieron proyectar una especie de hoja, aunque fuera menos poderosa, excepto contra los escudos que también se accionan con el kohlen.

—Gracias a la Fuerza es menos poderoso —añadió Obi-Wan—. Si no fuera así, mi estocada hubiera matado a Deren.

—Claro, lo hubieras cortado en dos —contestó Averross.

Luego de una breve pausa, Qui-Gon asintió.

—E imagino que el mercado negro potencial para esos escudos se acabará pronto a medida que se sepa que los Jedi tienen una forma de atravesarlos después de todo.

Obi-Wan guardó de nuevo su sable dentro de su cinturón, pero dudó por un momento.

—Supongo que podemos recuperar mi cristal kyber. Probablemente siga en algún lugar del palacio, ¿verdad?

—Es probable —respondió Averross. Incluso para él, su voz sonaba muerta.

—¿Estás seguro de que ya es reina? —preguntó Qui-Gon mientras la corbeta se dirigía al espacio exterior en persecución de los guardias de negro y de Fanry—. La ceremonia no se llevó a cabo.

—Eso pensaría yo. —Rael recargó la cabeza contra la reluciente pared negra detrás de él y se enfocó en la disposición de las luces en el puente de mando para no tener que prestar atención a lo que ocurría en la pantalla—. Pero sí. En cuanto la corona consagrada de Pijal estuvo sobre su cabeza, Fanry se convirtió en reina. Y como no firmó el tratado, las antiguas reglas siguen vigentes, lo cual significa que obtuvo el poder absoluto.

Por lo que parecía, una de las primeras órdenes de Fanry sería su exilio o su ejecución.

—Buenas noticias —dijo Obi-Wan mientras levantaba la vista de un panel de comunicación—. Aparentemente el Capitán Deren sobrevivirá. Cuando menos después nos podrá explicar algo sobre esto.

—Suponiendo que el resto de nosotros vivamos —afirmó Averross.

Qui-Gon lo miró y Averross se preguntó si estaba a punto de darle un sermón por ser un derrotista, pero eso hubiera sido mejor que lo que recibió.

—Rael, ¿nunca viste señales de esto?

—No, y sí. Es decir, ahora que lo pienso, sí percibí esa energía en ella a través de la Fuerza. Esa determinación para ser gobernante. Simplemente supuse que era porque había madurado, pero parece ser que había algo más en ello —suspiró—. Nunca se sintió cómoda con Czerka y nunca entendió que yo accedía a la corporación por ella. Casi todo el tiempo tenía cerca de ella o de mí a esa chica Cady. En ese tiempo pensé que simplemente era su favorita, pero ahora parece más como su cómplice.

—Tal vez sea así —dijo Qui-Gon—. Aunque es posible que Cady simplemente esté siguiendo las órdenes de su ama, aunque sí percibí esperanza en ella. No resignación.

«De modo que medio mundo en el palacio conocía a la verdadera Fanry todo este tiempo», pensó Averross. «Pero no yo».

—Muy bien —dijo recobrando la compostura, al menos tanto como podía—. ¿Qué hacemos ahora?

—Parece que la nave real, ¿el *Righteous*?, se dirige a atacar al *Leverage* —dijo Obi-Wan. Frunció las cejas mientras observaba un grupo de esquemas que se iluminaba en las consolas alrededor—. Convocaron a otras naves reales, o de los guardias de negro, para que les ayuden. Aunque supongo que los guardias de negro siempre fueron parte de la corte.

—Esto es lo que haremos —les indicó Qui-Gon con la mayor calma, como si hubiera tenido ese plan durante años—. Rael, tú y yo necesitamos abordar el *Righteous* y atrapar a Fanry.

Rael rio y la risa sonaba rara en su garganta.

—¿Arrestarla? ¿Por qué? Ahora tiene poder absoluto y sin importar lo que haga, ella representa a la ley.

Qui-Gon sacudió la cabeza.

—La reina tiene poder absoluto en el sistema de Pijal. Sin embargo, no tiene ningún poder que la proteja del delito de atacar a un representante designado de la República. —Al decir eso, señaló a Obi-Wan con un movimiento de cabeza.

El chico no parecía tan confiado.

—Seguramente matar a varios miles de empleados de Czerka representa un delito contra toda la galaxia.

—Así es —dijo Qui-Gon—. Pero a veces Czerka «toma la iniciativa» y persigue a quienes cometen delitos contra la corporación. Afirman manejar esos asuntos sin ayuda de los tribunales, pero a veces cobran venganza. No tengo duda de que lo harán en este caso. Czerka no debe ser la autoridad que intervenga. Debe ser la República.

Aunque tenían que hacer algo, la idea de arrestar a Fanry seguía siendo dolorosa para Averross.

—Y hablando de Obi-Wan, ¿dónde estará él?

—Abordará el *Leverage*, tanto para impedir que Czerka lleve a cabo acciones punitivas como para liberar a una colaboradora nuestra —respondió Qui-Gon.

—La seguridad del *Leverage* es impenetrable —dijo Averross—. Más que la del Senado Galáctico. ¿Cómo piensas que se meterá allí sin que lo detecten?

Qui-Gon sonrió.

—Por casualidad tengo una nave con un campo bloqueador de escáneres y a un agente que está listo para llevarnos dentro del *Leverage*.

—

Pax Maripher nunca se sintió a gusto con el plan del Jedi. No porque creyera que no funcionaría, ya que sí parecía tener una decente oportunidad de éxito, sino porque no se le había ocurrido a él. Obviamente, su plan habría sido superior, si tan solo lo hubiera ideado.

Pero sus objeciones se volvieron tanto más numerosas como más mordaces a medida que iba concluyendo el Día de la Coronación. Primero, según los intercomunicadores, la coronación no se realizó en absoluto y la joven reina demostró ser una especie de fanática hambrienta de poder. Sonaba muy emocionante y Pax anhelaba ver los muchos holovideos dramáticos que sin duda se harían al respecto. Luego, tras el fiasco, el *Leverage*se había puesto en alerta máxima. De por sí hubiera sido difícil burlar la seguridad de Czerka en un día normal, ¿pero en alerta máxima? Se suponía que su misión de rescate quedaría oculta por lo menos en parte por la aglomeración de pijalíes que llevarían sus naves personales al espacio para celebrar ese día, aunque no parecía que hubiera posibilidades de esperar una gran celebración. Eso no solo quería decir que Rahara seguía atrapada en esa gigantesca nave de Czerka, sino también que ahora no había manera de sacarla.

Los intercomunicadores sonaron y la sorpresa despertó a Pax de sus ensoñaciones en la cabina de mando. Abrió el canal.

—¿Kenobi? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo —respondió Obi-Wan. Sonaba más contento de lo que la situación ameritaba—. Estamos cambiando los planes.

—Claro. Aunque no tengo idea de cómo esperas escurrirte.

—Encuéntrate con nuestra corbeta. —Ahora era la voz de Qui-Gon Jinn la que hablaba—. Entonces Obi-Wan podrá transferirse al *Meryx* y, después de eso, yo crearé una distracción para desviar la atención del *Leverage* y así ustedes podrán colarse en él.

Pax parpadeó con suspicacia.

—¿Qué tipo de «distracción»?

—Ya lo verás. —Luego de eso, Qui-Gon cerró la transmisión. Era clásico del Jedi: críptico hasta el final.

Pero la molestia que sentía era vacua, un mero reflejo de su mente. Por dentro, a Pax solo le importaba una cosa: Rahara tendría otra oportunidad.

—

El encuentro requirió solo unos minutos. Obi-Wan prácticamente saltó a bordo y Pax salió a toda velocidad al espacio en el segundo mismo en que se activó el escudo atmosférico. En cuanto Qui-Gon obtuvo confirmación de que el *Meryx* se había alejado, le indicó al oficial de comunicaciones de la corbeta que enviara señales al *Leverage*.

—Infórmeles que el Jedi Qui-Gon Jinn desea hablar con la persona a cargo.

Momentos más tarde, un holograma parpadeó hasta mostrar el puente de mando y el rostro de Meritt Col.

—Jedi Jinn —dijo mientras echaba hacia atrás un rizo de su cabello y lo guardaba en su elaborado peinado, o lo que quedaba de él—. Bueno. *Eso* sí que fue inesperado, ¿no lo cree?

—Supervisora, usted tiene un don para la sutileza. —Qui-Gon asumió una expresión de profunda preocupación—. Pensábamos que el Capitán Deren la había matado.

—No. Pero sí me quemó. —Al decir eso, señaló con enojo a la mancha negra en su chaqueta blanca—. La vestimenta formal de una funcionaria supervisora no es económica.

¿Czerka le cobraba la ropa a su propio personal? De hecho, después de todo, eso no era una sorpresa.

—Pensé que debía informarle que aparentemente la nave de la reina, el *Righteous*, planea un ataque contra su nave.

Col trató de controlar su rabia, aunque apenas pudo.

—¿En serio? ¿La reina que acaba de proclamar que mi empleador es maligno y que le ordenó a su capitán que tratara de asesinarme en su propia coronación? ¿Ella podría atacarme? Mire nada más qué sorprendente. Gracias por avisarme de esa noticia completamente inesperada.

Por el rabillo del ojo, Qui-Gon pudo ver que el rastreador de Obi-Wan se iba acercando cada vez más al *Leverage*. El *Meryx* mismo, que había activado su campo bloqueador de escáneres, era tan invisible para él como para la nave de Czerka.

—No puedo estar seguro de esto —dijo el Jedi—, pero es posible que el *Righteous* lleve algún tipo de arma avanzada; algo que adquirieron en el mercado negro, con los Hutt, hace algún tiempo. Podemos confirmar en definitiva que sus guardias de negro estuvieron en contacto con el cártel de Wambo el Hutt en Teth.

Eso era completamente cierto, aunque, por supuesto, no había ninguna razón en absoluto para pensar que la nave de Fanry tuviera ese tipo de arma. Pero sí era posible.

—¿Los Hutt? —Col hizo indicaciones hacia alguien que no aparecía en el holograma—. Rápido, enfoquen los escáneres a toda potencia sobre el *Righteous*.

Qui-Gon se resistió a sonreír mientras el rastreador de Obi-Wan ascendía al *Leverage* y desaparecía en su interior.

—

Obi-Wan contuvo la respiración mientras el *Meryx* se escurría dentro de una bodega de carga auxiliar en el *Leverage*, el tipo de lugar que debería estar controlado con un sensor automático, y sin presencia de sensibles ni droides. Si Qui-Gon había tenido éxito en atraer toda la atención de Meritt Col.

—Estamos a salvo —dijo con una sonrisa cuando el *Meryx* se acomodó en un atracadero repulsor donde descansaría en el aire—. Cuando se cierren las puertas de la plataforma, podemos buscar a Rahara. Los registros del palacio nos proporcionaron un par de diagramas que tengo aquí en el escáner, así que deberíamos poder encontrarla.

—Corrección —indicó Pax, que se enrollaba las mangas de su camisa azul demasiado grande—. *Yo* debería poder encontrarla. Tú, por otro lado, esperarás aquí para poder sacarnos del *Leverage* en cuanto sea posible.

—Si estoy contigo, no demoraría más de uno o dos minutos nuestra salida.

—En vista de la situación, ese es un margen de error demasiado grande y, por ende, inaceptable. —Pax se enderezó y se pasó la mano por su despeinada cabeza, revolviéndola todavía más—. También es posible que necesitemos de otra distracción que tu maestro no nos podrá proveer mientras enfrenta a la reina.

Hubiera preferido estar en medio de la acción, pero lo que Pax decía tenía lógica.

—Muy bien. Esperaré aquí. Pero llévate esto contigo. —Le entregó su escáner, junto con los esquemas y un intercomunicador—. Hazme saber lo que puedas y cuando puedas.

Las puertas de la plataforma del *Leverage* se cerraron y de inmediato Pax fue a la salida.

—Como te dije, ¡mantente listo!

—

Haciendo contacto con la Fuerza, Qui-Gon intentó escanear al *Righteous*. Era difícil explorar un área grande, en particular cuando había muchas personas adentro, pero lo único que quería era obtener una idea de si toda la tripulación apoyaba la cruzada de Fanry o si se sentían obligados por el deber. Detectó indicios de ambos sentimientos, pero le resultó imposible establecer cuál era más fuerte.

—¿Está listo? —preguntó al capitán de la corbeta corelliana.

—Nos llevará al límite, pero podemos hacerlo —respondió.

La corbeta enfocó su rayo tractor sobre el *Righteous*. En cuanto la nave de la reina se percató de sus dificultades, empezó a tratar de alejarse. Aunque la corbeta se estremeció debido a la resistencia, se mantuvo estable y no interrumpió el haz.

—Comuníquese con el *Righteous* —indicó Qui-Gon—. Dígales que es momento de hablar.

Mientras el oficial de comunicaciones obedecía, el jefe de seguridad se enderezó.

—¡El *Righteous* está encendiendo sus armas! —El nautolano debe haber sido un civil y no un soldado, porque sus tentáculos temblaban.

—Aproxímese. —Esa fue la primera vez en horas en que Rael decía algo que fuera de naturaleza táctica en lugar de reactiva—. Demuéstrele que si nos hace estallar, nos la llevamos con nosotros.

Qui-Gon frunció el ceño. El comentario sonaba peligrosamente vengativo, pero era una movida táctica válida. La maniobra funcionó. No pasó mucho tiempo antes de que el oficial de comunicaciones les informara que el *Righteous* quería hablar con ellos.

—Muy bien. —Qui-Gon se ajustó la túnica y cruzó las manos al frente para que sus mangas las cubrieran. «Mantente en el presente», pensó, y obligó a su espíritu a alcanzar la misma fortaleza serena de su cuerpo.

El holograma que empezó a parpadear y que cobró forma en el puente de mando de la corbeta era bastante más grande que el que proyectaba el *Leverage*. Esta era una nave real y su propósito era el de transmitir para una audiencia real. La reina Fanry apareció ante ellos, ligeramente más grande de lo normal y flanqueada por una guardia de honor fuertemente armada. Todos vestían de negro y en la parte posterior, con un uniforme de soldado en lugar de su overol gris común, estaba Cady.

A sus ojos, Fanry parecía transfigurada. Llevaba a un costado la espada ceremonial y un peto plateado sobre su túnica; su cabello pelirrojo resplandecía como el fuego, pero nada de eso la transformaba tanto como la confianza y la furia que irradiaban de ella como una luz. Entonces entendió que era la primera vez en que la veía como realmente era.

«Si hubiera tratado de verla antes», se percató Qui-Gon, «la Fuerza me hubiera mostrado parte del espíritu que se ocultaba en su interior. Pero no lo intenté. La tomé como la niña que fingía ser». No existía Jedi, por sabio que fuera, al que no pudieran destruir sus propias suposiciones.

—Vemos con buenos ojos la oportunidad de hablar con usted, Jedi Jinn —dijo Fanry—. No sentimos lo mismo acerca de nuestro antiguo regente, pero como le concedimos una tregua a usted, la respetaremos también por él.

Las palabras de Rael eran entrecortadas.

—Fanry… ¿por qué? —A pesar de la elegancia de su ropa y de su rostro afeitado, Rael Averross nunca le había parecido tan arruinado a Qui-Gon como en ese momento—. ¿Alguna vez te diste cuenta de que la única razón por la que hice tratos con Czerka fue para facilitarte las cosas? ¿Que todas las cosas que me vi obligado a hacer fueron únicamente por ti?

—Nunca fue *por mí* —exclamó Fanry levantando la cabeza y penetrando a Rael con la mirada—. Fue por Nim. Todo lo que hiciste fue por ella. Nunca te detuviste a pensar si las cosas que podría haber necesitado una niña lastimada eran las mismas que necesitaría una futura reina. Me protegiste cuando debiste haberme enseñado. Me diste sermones cuando deberías haberme escuchado.

Qui-Gon no tenía siquiera que mirar a Rael para saber lo que sentía en ese momento: el horror que le provocaba era tan intenso que resonaba en la Fuerza. Era derivado de que Rael sabía que Fanry tenía razón, por lo menos en esto.

—Su majestad —dijo Qui-Gon—, esta no es ocasión para que usted y su antiguo regente hablen de los viejos tiempos. Es una oportunidad para discutir si estaría dispuesta a deponer las armas y plantear una solución diplomática. La República ya está intentando encontrar las maneras en que su pueblo pueda deshacerse de la influencia de Czerka.

—¿A través de despojarme de mi autoridad absoluta? —respondió burlonamente—. Aunque, de verdad, entre más estudiaba mi historia, más me daba cuenta de que ninguna monarquía de Pijal gobernó realmente durante siglos. El control de Czerka siempre fue demasiado fuerte. Necesito la plena autoridad del trono, Jedi. La República está comprometida por la riqueza e influencia de Czerka. Solo yo puedo liberar a mi mundo.

Qui-Gon había dudado de que la futura Asamblea de Pijal fuera capaz de enfrentar a Czerka. ¿Podía estar seguro de que el Senado Galáctico tuviera mayor suerte? Sin embargo, se mantuvo firme en su intención, buscando apelar a la razón.

—Con el futuro del corredor hiperespacial en juego, su posición para alcanzar acuerdos se volvió más fuerte. ¿Estará dispuesta a negociar? ¿Nos ayudará a encontrar una solución pacífica?

—Ya vi cuál es el costo de la paz —respondió Fanry. Sus ojos brillaban con una luz iracunda y febril—. Prefiero la guerra.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE



«Las naves de Czerka son tan laberínticas como su burocracia», pensó Pax Maripher. «Qué predecible». Para ese momento había podido colarse ya más de un tercio de la extensión del *Leverage* y había bajado un nivel hasta lo que pensó que sería el área de contención de los esclavos, pero eso le llevó más tiempo del que le hubiera gustado. Los pasillos de Czerka eran enormes, con tres metros de altura por casi cinco metros de ancho, y serpenteaban como si tuvieran el propósito de encontrar la ruta menos directa a cualquier parte. En su opinión, la estética del diseño seguía una estructura «intestinal».

Un droide ratón pasó rodando y canturreando a su lado. Recordó lo que B-3PO le había enseñado siempre: «Si un humano se comporta como si perteneciera a alguna parte, los droides menos complejos supondrán que *sí* es así». De modo que caminó tranquilamente junto al droide sin detenerse a mirar a ninguno de ambos lados.

Cuando dio vuelta a la siguiente esquina, el inquietante silencio se convirtió en el repiqueteo del trabajo: droides que emitían pitidos, movimiento de maquinaria y el distante sonido de las conversaciones humanas. Pax suspiró aliviado. Había logrado llegar al área laboral.

Se puso la chaqueta de mantenimiento y la gorra que se había robado de la plataforma de almacenamiento auxiliar, respiró profundamente y entró al centro de la actividad. El pasillo se abría hasta convertirse en una pasarela amplia que pasaba por encima del área fabril. Rahara le había dicho que quienes tenían que trabajar allí le llamaban el foso, un nombre bien ganado. Tenía poca iluminación, era demasiado caliente y los trabajadores estaban tan apretujados que no cabía ni un alfiler. Los seres esclavizados vestían overoles sucios y se usaba maquinaria tan ruidosa que les provocaría la pérdida del oído en unos meses. Ráfagas ocasionales de vapor que salían de algunas de las máquinas casi escaldaban a los que trabajaban cerca.

«Simplemente encuentra a Rahara», se dijo mientras empezaba a descender por la escalera de servicio hacia el foso. «Encuéntrala y a correr».

—

—Las armas del *Righteous* siguen totalmente cargadas —les informó el ansioso oficial de seguridad nautolano a Qui-Gon y Rael. El holograma de Fanry se acababa de desvanecer—. Pero parece que están cambiando de objetivo.

Solo había un objetivo posible: el *Leverage*. Qui-Gon contuvo el aliento bruscamente al pensar que Obi-Wan no era la única persona a bordo de esa nave que no pertenecía a Czerka. ¿De verdad Fanry estaba tan enojada con la compañía que los destruiría, aunque

eso también significara acabar con vidas inocentes? Volteó hacia Rael, cuya expresión estaba firme y decidida, por lo que la pregunta era innecesaria.

—Lo hará —dijo Rael—. Ahora que lo pienso, al repasar lo que supe de ella antes y lo que sé de ella ahora, sí. Los mandará al infierno sin importar quién salga perjudicado junto con ellos.

—

«¿Todo esto es un sueño?», pensaba sombríamente Rahara mientras presionaba el seguro del compresor, empujaba la unidad hacia delante y luego repetía la operación una y otra vez. «¿Solo imaginé que fui libre, que solía ser una ladrona de joyas y que viajaba por toda la galaxia con brillantes, ópalos y cristales?».

Quizá sí lo había imaginado. O quizá necesitaba creerlo para obligarse a pensar que era cierto, porque de otro modo viviría el resto de su vida en ese lugar sabiendo que alguna vez fue mucho más que una de las miserables herramientas de Czerka y que pudo volar entre las estrellas. Era mejor convencerse de que todo eso, el trabajo, el foso, era lo único que había conocido, lo único que había sido su vida y lo único que sería para siempre.

¿Cuánto tiempo le llevaría convencerse? Años, supuso. Pero podía suceder. *Sucedería*. Olvidaría lo que fue su vida antes de…

—¡Rahara!

Sorprendida, casi no oprimió el seguro del compresor. Mientras sus manos lo presionaban automáticamente, levantó la vista y vio un rostro que se asomaba entre el montón de tuberías.

—¿Pax?

—Sí, por supuesto que soy yo —suspiró el chico con exasperación—. ¿Esperabas quizá que viniera la canciller en lugar de mí?

Rahara empezó a reír en el mismo instante en que sus ojos se llenaron de lágrimas. Tal vez podría imaginar una vida como ladrona de joyas, pero jamás podría haber soñado a alguien como Pax Maripher.

Unas cuantas personas que trabajaban cerca, un humano y dos sullustanos, también se percataron de Pax. Una de los sullustanos tiró del mecanismo que detenía la línea del compresor. En general eso ocurría para remediar desperfectos menores, de modo que el supervisor de la planta no prestaría atención al principio. La sullustana les había conseguido un minuto y Rahara la miró para demostrarle su gratitud antes de voltear de nuevo hacia Pax.

—¿Cómo llegaste aquí?

—Los Jedi nos fueron útiles por una vez en la vida. Ven conmigo.

De pronto cobró conciencia de la situación.

—¿Me ayudarás a fugarme?

—¿Para qué otra cosa estaría aquí? ¿Para mirar el paisaje? —Pax hizo un movimiento para señalar el oscuro y húmedo laberinto de maquinaria en el foso.

—Lo sé, es que… —Rahara trató de darle sentido a lo que ocurría—. Dijiste que no arriesgarías el cuello por mí y que no esperabas que yo lo hiciera por ti. Dijiste que eso sería «irracional».

La expresión de Pax se suavizó.

—Eso dije, pero resulta que hay cosas que importan mucho más que la racionalidad.

Extendió la mano y ella se la tomó, pero cuando tiró de ella, Rahara se resistió.

—No.

—Sí, sí. Sé que es muy peligroso y en eso reside la naturaleza heroica de mis correrías, pero no hay otra manera de salir de este lugar que *saliendo*.

La chica volteó de nuevo hacia la sullustana que le ayudó y hacia los otros que trabajaban en su sección de la línea. Más adelante en la misma fila había más humanos, unos cuantos duros y un abednedo. Tenía frente a sí a una docena de especies, y quizá treinta o más en todo el lugar, junto con los cientos de esclavos que estaban atrapados como ella lo estuvo. ¿Quién sería capaz de imaginar alguna vez lo que harían con su vida si fueran dueños de ella?

—Si voy a salir de aquí —dijo—, también saldrán ellos.

—¿Quieres decir que, en lugar de escabullirnos sin riesgo, vamos a encabezar una revuelta de esclavos? —Pax lo consideró y luego sonrió—. Excelente.

—

En el *Meryx*, Obi-Wan tenía poco que hacer aparte de esperar. Los sensores de la nave eran lo suficientemente agudos como para penetrar el *Leverage* y aunque podría haberse comunicado con la corbeta para hablar con Qui-Gon, eso tenía buenas posibilidades de alertar a Czerka de su presencia.

Decidió estudiar al *Meryx*; si iba a tener que pilotearlo, lo mejor que podía hacer era conocer sus particularidades. Los motores, los controles y cosas por el estilo eran los esperados. Ningún carguero de clase *Gozanti* podía tener gran maniobrabilidad, pero las modificaciones que hizo Pax eran útiles. La única sorpresa era lo bien que se había modernizado la bodega inferior de carga para convertirla en atracadero para el *Facet*.

«Es un caza estelar de clase *Nivex*», pensó mientras observaba su superficie cobriza. «Creo que es de fabricación cierana, pero Pax también la habrá modificado». Obi-Wan descendió a la bodega de carga para verlo mejor y en ese instante empezaron a sonar las bocinas de alarma dentro del *Leverage*.

Obi-Wan se sobresaltó. La manera más rápida de acceder a las comunicaciones dentro de la nave era por medio del *Facet*, así que se metió dentro. Encendió los motores y escaneó las comunicaciones justo a tiempo para escuchar lo que decían: «… altercados en niveles inferiores, ¡aseguren de inmediato las plataformas de acceso!».

—¿Como la plataforma de acceso en la que estoy en este preciso momento? —murmuró—. Estupendo.

Pero el chico sonrió ante la muy fuerte probabilidad de que esos «altercados» fueran obra de Rahara y Pax.

Encendió los controles de las pantallas que mostraban el exterior y, como temía, los droides GA-97 y unipod ya rodaban hacia la plataforma para cerrar todos los controles, incluyendo los de las puertas que necesitaría el *Meryx* para salir de allí. Los droides tendrían que desaparecer, así que Obi-Wan se llevó la mano al sable de luz y luego recordó el sabotaje con el kohlen. No había forma de saber para qué serviría en ese momento, lo cual significaba que sería una tontería usarlo en combate.

«Un momento», pensó. «¿Para qué busco armas si estoy sentado en una?».

Los droides de Czerka se detuvieron al instante en que las puertas inferiores del *Meryx* se abrieron y el *Facet* descendió y empezó a disparar. Obi-Wan enfocó al primer unipod y luego a otro más, volándolos en pedazos al instante. Esto detonaría la alarma de seguridad, pero como el *Leverage* ya estaba en alerta máxima debido a la revuelta, probablemente la respuesta se demoraría.

Su consola se encendió con las palabras AUTOBÚSQUEDA INICIADA.

—No, no quiero eso. —Los ojos de Obi-Wan se abrieron como platos cuando el *Facet* no solo empezó a enfilar por sí solo sus armas, sino que comenzó a avanzar—. ¿Cómo apago esta cosa?

No tuvo tiempo para averiguarlo. El *Facet* se lanzó a toda velocidad, disparándole a un droide tras otro; Obi-Wan podía conducir la nave, pero no podía detenerla, ni siquiera cuando voló hacia las puertas internas. Sus manos se aferraron a los controles mientras su caza estelar pasaba volando hacia el corredor abierto. Ahora estaba en un túnel que serpenteaba y sin más de un metro de distancia libre a cada lado.

«Siempre quisiste un verdadero desafío de vuelo», se dijo mientras daba un abrupto giro a la izquierda, evitando estrellarse apenas por unos centímetros. «Pues aquí lo tienes».

Otra voz dentro de sí le respondió: «¡Retiro lo dicho!», pero era demasiado tarde para hacer cualquier otra cosa que no fuera meterse de lleno en la tarea.

—

Rahara nunca había disfrutado tanto de ningún momento dentro de una nave de Czerka como cuando metió una barreta de metal directamente en un panel de control. Las chispas que saltaron por toda la habitación parecían fuegos artificiales.

Alrededor, los recién liberados se estaban dando oportunidad de celebrar a través de un absoluto pandemonio. Cada panel que podía abrirse estaba abierto y los otros estaban destruidos. Cualquier herramienta y palanca que pudieran llevarse consigo se estaba distribuyendo entre la multitud, que se estaba *armando* cada segundo que pasaba.

—¡Por encantadora y bien merecida que sea esta orgía de destrucción —le gritó Pax por sobre el alboroto—, no debería privilegiarse más que escapar del *Leverage*!

Eso era suponiendo que *pudieran* escapar. Rahara escuchó las órdenes que se gritaban por las plataformas de acceso y seguirían otras acciones contrainsurgentes. Czerka sabía cómo apagar las insurrecciones y por mucho que Rahara quisiera creer que escaparían, sabía que tenía la misma probabilidad de terminar en un baño de sangre.

Pero si Pax podía tener esperanzas, ella también. Lo tomó de la mano y empezaron a conducir a los demás, cada vez más rápido, hasta que rompieron a correr.

—

—Maestro Jedi. —El oficial de comunicaciones de la corbeta apuntó a una pantalla para que Qui-Gon pudiera leer el texto—. Esto acaba de llegar de las comunicaciones dentro del *Leverage*.

En ese momento, la corbeta luchaba una batalla perdida por impedir que la nave real que llevaban atada se inclinara para disparar a la nave de Czerka. Podían mantener más o menos fijo al *Righteous*, pero no podían impedir que girara. Ya estaban dentro del rango del *Leverage* y la corbeta no podía tirar de la nave real con la suficiente rapidez.

De modo que la mente de Qui-Gon estaba absorta en otra cosa cuando miró el panel del oficial de comunicaciones, pero no después de leer lo que decía:

—¿Un levantamiento de los esclavos?

—Pensé que el plan era que Obi-Wan y el otro tipo se meterían discretamente, para volver a salir con sigilo —dijo Rael. Había estado paseándose de un lado a otro desde que llegó el holograma de la Reina Fanry.

—Parece ser que cambió. —Qui-Gon consideró las posibilidades y entonces le preguntó al oficial de comunicaciones—. ¿El *Righteous* puede interceptar también esos mensajes?

—Muy posiblemente, señor, aunque no sé si lo están haciendo.

—Vamos a averiguarlo. Póngame de nuevo en contacto con la reina.

Para sus adentros pensó: «Espero que Obi-Wan esté bien».

—

Mientras el *Facet* volaba por los retorcidos pasillos a intensa velocidad, Obi-Wan se había dado por vencido de tratar de pensar de manera coherente. Lo que más sentido tenía era simplemente gritar:

—¡AAAAAUUUGHHHH!

—

—Cuatro minutos para alcanzar rango de tiro —dijo el oficial de armamento.

—Excelente. —Fanry se acomodó en el asiento del capitán, aunque sus pies todavía no llegaban al suelo. Tendría que pedir que lo bajaran—. Por favor, sigue obligando a retroceder a nuestro antiguo regente. Déjale hacer su máximo esfuerzo por detenernos y que luego fracase.

—La corbeta del Jedi nos envía señales de nuevo —dijo el oficial de comunicaciones.

—¡No tenemos nada que decirle a Averross! —espetó Fanry.

—Es el otro, Qui-Gon Jinn.

Respetaba a ese Jedi que había hecho frente a Czerka, pero ya estaba perdiendo la paciencia con él.

—Vamos a darle gusto esta última vez.

Jinn apareció en un holograma y parecía estar de pie en el propio puente de mando de la reina.

—Su majestad, ¿podría llamar su atención hacia lo que sucede dentro del *Leverage*?

—Lo que le sucederá al *Leverage* es que lo destruiré. —El *Righteous* no era tan grande como la nave de la corporación, pero sí estaba mucho mejor armado y estaba a punto de demostrarlo.

—No me refiero a lo que le sucederá a la nave, sino a lo que ocurre adentro. Encienda sus sensores a las comunicaciones internas de la nave. Ya tiene todos los códigos de Czerka, ¿no es cierto? Véalo por usted misma.

Así que habían hecho una búsqueda y se dieron cuenta de cuanta inteligencia sobre Czerka había conseguido su equipo. Fanry decidió que no importaba. El oficial de comunicaciones obedeció la sugerencia de Jinn sin esperar a las órdenes de Fanry, lo cual era una violación de protocolo que resolvería más tarde. Pero sus preocupaciones sobre el asunto desaparecieron al ver la palabra LEVANTAMIENTO.

—Su majestad. —Cady se entusiasmó y parecía más feliz de lo que Fanry la hubiera visto nunca—. La gente que está allí, ¡está tratando de escapar! ¡Podemos ayudarlos!

Fanry rio.

—¿Y dejar que Czerka se vaya? ¡Difícilmente! Juramos no mostrar compasión alguna y no lo haremos.

El rostro de Cady palideció.

—Fanry, soy Rael. —Su viejo regente apareció en el holograma y la mera vista de él la enfureció casi más allá de la razón. Pero seguía oyéndolo cuando continuó—. Puedes castigar a Czerka o puedes salvar vidas inocentes. Tienes una opción. Toma la que sea correcta.

Desde años antes no escuchaba a Rael Averross y no tenía intenciones de empezar ahora.

—¿Oficial de armamento?

—Sí, su majestad. —La voz del oficial estaba extrañamente ronca.

Fanry abrió la boca para dar la orden de disparar, pero se detuvo al sentir la fría punta del bláster contra su sien.

—Yo le ayudé a lograr esto —dijo Cady, que temblaba mientras sostenía el arma contra su reina—. No. Yo lo volví posible. Yo planté el dardo cercenador, le ayudé a sabotear el droide cangrejo; usted hizo los planes, pero *yo* tuve que hacer el trabajo difícil. Hice todo eso porque pensé que, si nos librábamos de Czerka, nos libraríamos también de la esclavitud. Pero esto es por usted, ¿verdad? Porque usted consiga el poder para sí misma.

Tener un arma contra la cabeza era aterrador. De alguna manera, Fanry nunca se había dado cuenta de ello. A través del holograma, podía ver que su propio temor se reflejaba en la expresión de Rael Averross. ¿Cómo se atrevía a fingir que realmente la quería? ¿Y por qué ninguno de los oficiales en el puente de mando venía en su ayuda?

Pero Fanry mandaba sobre Cady. Siempre lo había hecho y siempre lo haría. Había cosas que no cambiarían jamás.

—Como tu reina —le dijo con voz serena—, te ordeno que bajes tu arma.

Cady negó con la cabeza.

—Parece que estamos viendo la segunda revolución de este día.

—

Qui-Gon se sintió aliviado de saber que habían derrocado a Fanry, por lo menos el tiempo suficiente para impedir una carnicería generalizada, pero la verdadera batalla estaba sucediendo dentro del *Leverage*. Tenía que asegurarse de que ganara el bando correcto.

En cuanto se apagó el holograma del *Righteous*, se conectó de nuevo con el *Leverage* y cuando Meritt Col reapareció, parecía más exhausta que antes.

—Sí, sí, ya entendí que la reina dejó de ser un problema —dijo de mala gana—. Si usted tuvo algo que ver con eso, gracias, pero tengo otros problemas que enfrentar.

—Como liberar a la gente que se está rebelando en ese momento dentro de su nave —respondió Qui-Gon—. Los antiguos esclavos.

—¿Cuántas veces más debo decírselo? —preguntó Col—. Siempre habrá esclavos.

—La situación ya cambió, supervisora Col, como lo sabría usted si estuviera más enterada de la jurisprudencia de la República. «Durante revueltas políticas extremas, cualquier grupo cautivo contra su voluntad que no haya sido condenado o acusado de ningún delito contra la ley, debe ser liberado. Cualquier individuo responsable de encarcelar a esas personas comete un acto criminal».

Col rio burlona.

—Este es un día de problemas, Jedi. Ahora la princesa coronada es reina, como se planeó, aunque los detalles sean, por desgracia, muy difíciles. ¿Quién dice que esto representa una «revuelta política extrema»?

—Solo puede hacer esa declaración un representante designado de la República —contestó Qui-Gon—. Como Obi-Wan Kenobi. Coincido que Obi-Wan todavía no lo ha hecho, pero estará feliz de hacerlo cuando tenga la oportunidad. Y, casualmente, su majestad ya fue derrocada.

—Está torciendo las leyes para adaptarlas a sus propósitos. ¿Cree que esta desventaja momentánea hará que acceda a cualquier cosa? —Meritt Col se irguió, aparentemente lista para salir del puente de mando y enfrentar por sí misma el levantamiento. Cuando las puertas del amplio pasillo exterior se abrieron, dijo—: Le juro, Jinn, que esto no continuará más de… —Su voz se quebró y se convirtió en un grito.

La sorpresa de Qui-Gon fue notable cuando un caza estelar dentro de la nave de Czerka entró a gran velocidad desde el pasillo exterior y voló hasta el puente. Los oficiales, incluyendo a Col, se tiraron al piso y el caza aterrizó, derribando sillas y consolas a medida que su peso se asentaba sobre la cubierta. ¿Era su imaginación o esa nave le resultaba conocida? El asombro del Jedi llegó a su punto máximo cuando se abrió la escotilla del caza estelar y apareció… «¿Obi-Wan?».

Su padawan tenía el rostro pálido y la mirada un tanto confusa. Vio al holograma durante un largo rato, respirando con dificultad y atragantándose, y luego consiguió una leve sonrisa.

—Supongo que no creerá que hice esto a propósito.

—No. —Qui-Gon empezó a sonreír—. Pero resulta que llegaste justo a tiempo.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO



—¿Volaste por los pasillos de la nave? —Qui-Gon rodeó los hombros de Obi-Wan con un brazo mientras se alejaban de la plataforma de atraque de la corbeta. Detrás de ellos iban Rahara y Pax, que ayudaban a la tripulación de la nave a registrar como refugiados a las trescientas personas que anteriormente eran «unidades de propiedad sensible»—. Felicidades por llegar entero.

Obi-Wan seguía pareciendo conmocionado.

—Fue horrible —dijo con la mirada fija al frente—. Es más, no quiero volver a volar nunca en mi vida.

—Vamos, padawan.

—Odio volar.

—Solo estás impresionado —respondió Qui-Gon—. Pero la sensación se te pasará.

—No, no se me va a pasar.

—Ya veremos. Por el momento, tenemos bastantes cosas que hacer en tierra firme en Pijal.

—

En el curso de dos días, enfrentada con la indignación pública acerca de los guardias de negro y el fallo judicial que dictaminó que coronarse por medios violentos era ilegal, la Reina Fanry accedió a abdicar a favor de una prima distante. El gobierno de la nueva Reina Lamia duró solo cuatro horas, apenas lo suficiente para firmar nuevos tratados que establecieran una asamblea democrática con amplia representación para los ciudadanos lunares, la abolición de la esclavitud en el sistema, la liberación de cualquier persona esclavizada que hubiera sido llevada al sistema, la instauración del nuevo Corredor Hiperespacial de Pijal y, por último, ya que ese punto *tenía* que ir al final, la eliminación de la monarquía pijalí para siempre.

Sin embargo, había una jefe de Estado nominal, una gobernadora que ayudaría a conducir los esfuerzos de la Asamblea.

—Como primer acto —dijo la Gobernadora Orth sentada en su nuevo escritorio—, mi intención es cancelar todos los contratos que tenga el gobierno con la Corporación Czerka.

—Nunca le simpatizaron mucho —recordó Qui-Gon.

—Ni se lo oculté a nadie. Pero la princesa nunca se dio cuenta de lo mucho que teníamos en común. Si hubiera confiado más en nosotros, se podría haber percatado de cuánto apoyo había para enfrentar a la compañía. Claro que el asunto no tenía que ver con Czerka, era tan solo una excusa que la hizo sentirse justificada para tomar el poder

absoluto. —Orth suspiró y por un momento su expresión se volvió nostálgica. Pero luego regresó a su actitud brusca de toda la vida—. La Princesa Fanry sigue en arresto domiciliario, que en un palacio difícilmente es un castigo severo.

—¿Cómo está tomando las cosas?

—No muy bien. Sinceramente, creo que empezó a darse cuenta realmente de lo que pasó, del peso de algunas de las cosas que hizo. Deren sobrevivió y la princesa pidió verlo para disculparse. —Orth sacudió la cabeza—. Pobre hombre. No quería tener nada que ver con los guardias de negro, pero había jurado obedecer en todo a la princesa y se mantuvo firme. Eso casi le costó la vida.

—¿Por cuánto tiempo permanecerá Fanry bajo arresto? —preguntó el Jedi.

—Cuatro años. Aunque haya sido jefa de Estado durante un breve periodo, legalmente es menor de edad para todos los demás propósitos. De modo que su castigo termina cuando cumpla dieciocho. Después de eso, estoy pensando que una universidad en algún planeta lejano es la idea correcta. —Orth pareció reflexionar un momento—. En un lugar muy, pero *muy* lejano.

—A Fanry no le falta arrojo —dijo Qui-Gon—. O no le faltará en el futuro. Es posible que tenga mucho que ofrecer cuando crezca. ¿Qué fue de Cady?

—Ella es una chica inteligente. Aceptó nuestra oferta de enviarla a la escuela de su elección y escogió una academia de liderazgo en Alderaan. Espero que regrese algún día, pero francamente no la culparía si no vuelve a poner un pie en Pijal. Entonces, supongo que usted y Kenobi se irán —dijo Orth entrelazando las manos sobre su escritorio.

El maestro asintió.

—Después de despedirnos de unas cuantas personas.

Primero fueron a ver a Pax y a Rahara a bordo del *Meryx*. A juzgar por su ánimo feliz y su lenguaje corporal, que demostraba una nueva intimidad, Qui-Gon pensó que después de su escape del *Leverage* era posible que su relación hubiera prosperado más allá de la de «socios de negocios». No era su asunto, pero le daba gusto verlos felices.

—Por insufrible que me haya resultado su comportamiento en múltiples ocasiones —comentó Pax— creo que los extrañaré.

—Si viene de ti, Pax, sospecho que es un gran cumplido. —Qui-Gon volteó hacia Rahara—. La Gobernadora Orth me dice que los «refugiados» del *Leverage* ya empezaron a viajar fuera del planeta.

La chica asintió mientras se recargaba contra la puerta del *Meryx*.

—Algunos de ellos tienen planetas natales a los que ir; a los otros les ofrecieron recursos para ayudarlos a asentarse en mundos recientemente deshabitados, y están aceptando ese ofrecimiento que les hizo la República. Por lo menos un par de ellos desean quedarse en Pijal. A pesar de los malos recuerdos que deben tener, este es un lugar hermoso.

—Hermoso o no, ya nos demoramos demasiado aquí —comentó Pax con un suspiro—. El dinero que ganamos vendiendo el «kyber para tontos» apenas cubrirá las

reparaciones del *Facet*. Por importante que haya sido este viaje para nosotros, fracasó por completo en cuanto a ser rentable.

—Ya que tocamos ese tema. —Qui-Gon buscó en su cinturón y abrió una pequeña bolsa que siempre llevaba allí—. Pensé que esto les podría ayudar a compensar sus costos perdidos, por decirlo de algún modo.

Cuando sostuvo el objeto en la palma de la mano para que brillara en la luz, tanto Pax como Rahara contuvieron el aliento. Fue ella la que dijo:

—¿Es un diamante de fuego de Mustafar?

El Jedi asintió.

—Seguramente, no es tan valiosa como un trozo de meryx, pero debería ser lo suficiente para cubrir más que bien el tiempo que pasaron aquí en Pijal.

—Y lo cubriría si nos quedáramos otros tres años. —Pax miró a Qui-Gon con consternación—. ¿Nos lo estás regalando? ¿Estás seguro?

Por un momento, Qui-Gon recordó cuando se lo regalaron a él hacía veinte años en Felucia. Lo que significó y por qué había sido tan valioso para él como para llevarlo consigo todos los días desde entonces. Pero no necesitaba el diamante para conservar eso en su corazón. Al final, los recuerdos eran lo importante.

—Sí, estoy seguro —dijo mientras dejaba caer el diamante en la mano de Rahara.

Finalmente fue a despedirse de Rael Averross, que seguía viviendo en las habitaciones destinadas al regente, sobre todo porque aún nadie más había expresado que necesitara de ellas. Parecía como si estuviera empacando para irse, aunque en vista del desastre era difícil afirmarlo.

—Supuse que te vería pronto —le dijo mientras apagaba un cigarrillo—. Tu padawan vino hace rato. Es un buen chico y algún día será un gran Caballero Jedi.

—Sí, lo será. —Qui-Gon puso su mano sobre el hombro de Rael—. ¿Ya hablaste con Fanry?

—Quizás algún día —respondió mientras negaba con la cabeza—. Pero no será pronto —suspiró—. Supongo que el consejo tenía razón después de todo.

—Sobre qué.

Rael se sentó encima de un montón de ropa no muy bien doblada arriba de la cama desecha.

—Sobre que el amor corrompe nuestro juicio. Me importaba tanto esa niña, pero la manera en que me comporté la convenció de que no me importaba en absoluto. Que todo se refería a Nim y que nada de eso se relacionaba con ella. —Suspiró profundamente—. Quizá algún día vea las cosas con mayor claridad, y yo también.

—¿Cuándo viajarás de regreso a Coruscant? —le preguntó Qui-Gon, al pensar que lo mejor sería que le dieran pronto una misión a Rael.

—No estoy seguro —respondió con un encogimiento de hombros—. Ni siquiera estoy seguro de que regrese. Tal vez ese camino no sea para mí.

Fue perturbador cuando Dooku abandonó la orden. En cuanto a Rael, por buen Caballero Jedi que fuera, en cierto sentido ser Jedi nunca fue algo a lo que se adaptara con facilidad. Sería una pena perderlo, pero no sorpresivo.

—¿Qué harás?

—Todavía lo estoy pensando. Hablé con algunos viejos amigos. Ya sabes. —Rael levantó la vista hacia Qui-Gon y su sonrisa era triste—. Cuando estés en el Consejo Jedi, ¿te olvidarás de mí?

—Imposible —respondió antes de despedirse de él con un abrazo.

—

Obi-Wan estaba sentado en el establo, rascándole la cabeza a su varáctilo. Solo lo había montado una vez, pero lo extrañaría de todos modos.

Cuando su maestro apareció, el chico le dio unas palmaditas al animal para despedirse y fue al lado de Qui-Gon.

—Entonces ¿estamos listos para irnos?

—Sí.

Caminaron juntos por los jardines y escuchaban los murmullos del océano mientras regresaban a la corbeta. Obi-Wan fue el primero que habló.

—Supongo que estará ansioso de regresar a Coruscant para aceptar la oferta del consejo.

—Si la siguen manteniendo. —Qui-Gon sacudió la cabeza con arrepentimiento—. Después de mi negativa a firmar el tratado, no estoy seguro de ello.

—La oferta persiste —dijo Obi-Wan y cuando su maestro lo miró confundido, le explicó—. Cuando llamé al consejo para informarles lo que sucedía, uno de los maestros preguntó si deberían reconsiderar la invitación que le hicieron y Yoda dijo que no, que no podía deshacerse. Y como todo el mundo dice, lo que decide Yoda, lo decide el consejo.

—Eso no es invariablemente cierto —respondió Qui-Gon—. Pero me diste mucho en que pensar.

¿Qué tenía que pensar? Entonces Obi-Wan tuvo una idea.

—¿Está tratando de elegir a mi futuro maestro?

—De hecho, sí.

—

Por agitada que fuera la vida en Coruscant, seguía siendo su hogar y Qui-Gon se sintió renovado, e incluso cómodo, para cuando se presentó frente al consejo.

—Apresurado fuiste de tanto arriesgar por la intensidad de un sueño —dijo Yoda—. Pero un verdadero futuro reveló.

—No precisamente —añadió Eeth Koth—. Si entiendo correctamente el informe del padawan Kenobi, Qui-Gon creía que Fanry sería la víctima del incidente y no su perpetradora.

—Para mí, ese es el aspecto más interesante de esto —indicó Qui-Gon—. Porque llegué a la conclusión de que no solo estaba destinado a tener una visión, sino que estaba destinado también a malinterpretarla.

Los miembros del consejo intercambiaron miradas y Mace Windu preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que, si hubiera estado en el estrado con Fanry y Deren, hubieran tratado de sabotear mi sable de luz en lugar del de Obi-Wan. Pero la princesa solo sabía cómo funcionaba el de mi padawan. El mío tiene un mecanismo interno muy diferente. Si le hubiera hecho a mi sable lo que le hizo al de él, yo no hubiera terminado con un arma modificada, habría terminado sin ningún arma en absoluto. Deren me hubiera partido en dos y casi seguramente Obi-Wan se habría quedado en la superficie del planeta. El conflicto que se desató sobre Pijal, y que se desarticuló con rapidez y sin pérdida de vidas, bien pudo haber detonado una guerra.

Yoda volteó las orejas.

—¿Seguro de ello estás?

—Tan seguro como lo permite la Fuerza —respondió Qui-Gon.

Ahora sabía que las profecías eran reales. Lo que había visto, también lo habían visto los místicos de la antigüedad y la Fuerza decidió que él entendiera esto. También supo que había visto el kyber que no era kyber, por lo que los días de la profecía estaban próximos. Todo cambiaría, y eso podría ocurrir durante su vida. En esos tiempos, los esclavos serían liberados y se alcanzaría la paz. Aunque esto último era menos seguro, de todos modos eligió creerlo.

Mace Windu parecía listo a pasar a otro tema.

—Llegó la hora de atender el asunto de la invitación que te hicimos al Consejo Jedi. Esta se mantiene y, aunque algunos piensan que tu comportamiento fue apresurado, otros reconocen que percibiste algo extraordinario a través de la Fuerza. Esa capacidad es algo que solo puede mejorar las deliberaciones.

—Me honran —respondió—. Tengo el máximo respeto por cada uno de ustedes, así que espero que entiendan que esto no procede de mi repudio a ustedes, pero tengo que declinar la oferta.

Se hizo un silencio. Qui-Gon no estaba seguro de que alguien hubiera declinado antes una invitación, por lo menos no en los últimos siglos. Varios de los miembros lo miraron. Poli Dapatian parpadeaba una y otra vez, como si no estuviera seguro de que fuera real lo que estaba viendo. Mace recobró el aplomo antes que la mayoría de los demás.

—¿Puedo preguntar por qué?

Qui-Gon sabía que el consejo estaba equivocado en muchas cosas y sentía que habían permitido que la Orden Jedi se convirtiera en una especie de policía de la Cancillería, en lugar de concentrarse en conocer a la Fuerza. Sí, eran sabios en negarse a gobernar, pero

imprudentes al aceptar sin más el *statu quo*. Negarse a establecer un contacto con la Fuerza viviente al perder demasiado tiempo y energía haciendo cumplir leyes que fácilmente podían dejarse en manos de las autoridades civiles era una postura miope. Además, era inmoral negarse a actuar contra males como la esclavitud. Pero ninguna de esas cosas formaba parte de sus razones para que eligiera declinar la invitación.

—Mi relación con la Fuerza ha cambiado —declaró—. Desearía mantenerme en silencio por un tiempo. Rendirme a ella. Aceptar lo que me traiga. Integrarme al consejo me alejaría mucho de esa meta. Ese es el camino que debo seguir.

Al final, esa era la razón por la que las profecías no eran peligrosas para él, por lo menos no de la misma forma que lo habían sido para otros a los que habían conducido a la oscuridad. El peligro venía de pensar que conocer el futuro era una forma de controlarlo y finalmente Qui-Gon entendió que era el total opuesto. Conocer el futuro significaba someterse al destino. Someterse a los altibajos de la vida. Solo con la actitud de sometimiento podía conocerse realmente la Fuerza.

Después de la junta del consejo, Qui-Gon se dirigió a buscar a Obi-Wan. De todos los sitios posibles, resultó que estaba en los jardines. Eso les proporcionó un sitio tranquilo donde sentarse mientras el maestro le decía qué había decidido y le explicaba por qué. Al principio, Obi-Wan se quedó pasmado, pero luego llegó a comprender con mucha rapidez.

—¡Supongo que al final no pudo estar de acuerdo con el consejo ni siquiera sobre su pertenencia al consejo! —dijo—. Pero si este es el camino al que se le llamó, es el que debe seguir.

—Lo cual nos lleva a la pregunta de si lo seguirás conmigo. —Qui-Gon respiró profundamente—. Me doy cuenta de que hemos tenido dificultades. Pero creo que esta misión cambió las cosas para mejor. Si prefieres a otro maestro, no me sentiré ofendido. Aunque si de mí dependiera, seguiríamos como hasta ahora.

Lentamente, Obi-Wan empezó a sonreír.

—¿Sabe qué, maestro? Me di cuenta de que no aprendería ni de cerca lo mismo con alguien que siempre estuviera de acuerdo conmigo.

Qui-Gon le devolvió la sonrisa y se estrecharon la mano, como compañeros más verdaderos que nunca.

—

Era casi medianoche cuando sonó el intercomunicador de Averross. Gruñó. Estaba listo para gritarle a quien fuera que esas no eran horas de hacer llamadas, pero luego se dio cuenta de que era la comunicación que había estado esperando.

Averross pulsó el holoproyector y un rayo de luz tomó la forma del Conde Dooku.

—Rael —le dijo su antiguo maestro con una voz más profunda y grave que nunca—. ¿Pensaste más en mi propuesta?

Con una risa breve, Averross respondió.

—Como si pudiera pensar en nada más.

—Aprenderías mucho conmigo aquí en Serenno. Todavía no puedes imaginar siquiera la verdad acerca de la Fuerza, pero puedes encontrar la forma. Hay tantas cosas que aprendí y que podría enseñarte. Muchas más de las que jamás nos enseñaron en el Templo. Adquirirías más entendimiento y poder del que todavía te falta por comprender. Si nos mantenemos juntos, seríamos invencibles.

—Me alegro de que lo crea —respondió Averross—. Pero, de hecho, decidí que regresaré a Coruscant. No estoy seguro de qué hará el consejo conmigo, pero supongo que ya lo averiguaré.

Dooku se levantó. «Sigue tieso como una tabla», pensó Rael.

—¿Por qué elegirías un camino que lleva a la debilidad? ¿El camino que está destinado a fracasar?

—No elegimos la luz porque queramos ganar —contestó Rael con una sonrisa triste—. La elegimos porque es la luz.

Al terminar de decir esto, apagó el proyector y Dooku desapareció.

DESPUÉS

La Reina Amidala entró al santuario e inclinó la cabeza para que su elaborado peinado no tocara el techo. Cuando Obi-Wan levantó la vista, ella se arrodilló con cuidado a su lado.

—Está anocheciendo. —Su voz era gentil y paciente, como la de una mujer mayor de lo que ella era—. ¿Estás listo?

«¿Estoy listo para ver a mi maestro consumido por las llamas? ¿Para saber que nunca lo volveré a ver?», pensó.

—Deme un momento.

Amidala le acarició el brazo con la mano y después salió.

En unos minutos, la pira funeraria de Qui-Gon se llevaría al exterior y se encendería. Ese era el final adecuado para un Jedi y se acompañaría de los máximos honores. La muerte de Qui-Gon era voluntad de la Fuerza, pero Obi-Wan no podía reconciliarse con nada de eso.

Qui-Gon yacía sobre un lienzo blanco, con el rostro tan plácido como alguna vez lo estuvo en lo más profundo de la meditación. Obi-Wan decidió que no lo vestiría con una túnica nueva, sino que permitiría que los presentes en el funeral vieran la huella carbonizada del sitio donde el sable de luz del Lord Sith lo había atravesado. Era el único indicio de violencia en la muerte de su maestro.

«Es el primer Jedi al que mata un Sith en mil años», pensó aturdido. «Ese destino nunca debería haberle tocado a nadie, pero si tenía que suceder, ¿por qué no me pasó a mí en lugar de a usted?».

Obi-Wan recordó que, durante los primeros años de su periodo como aprendiz, él y Qui-Gon no se habían llevado bien, pero esos recuerdos se asemejaban en su memoria a las fechas en la historia de los Jedi: hechos sin emoción y con poca vida propia. En lugar de eso, cuando pensaba en su época como padawan de Qui-Gon, siempre le venían a la mente los años posteriores a aquella misión en Pijal, después de lo cual se convirtieron en compañeros y amigos. Esperaba pasar por las pruebas y que lo nombraran caballero en la ceremonia correcta, con Qui-Gon a su lado, y que ambos siguieran siendo amigos por el resto de sus vidas.

En lugar de eso, Obi-Wan se convirtió en Caballero Jedi esa misma mañana, a través de un ascenso apresurado. Nunca tendría de nuevo el consejo de Qui-Gon, su apoyo o su compañía. De hecho, la única herencia que le había dejado era bastante más complicada.

Miró a la puerta del santuario y, aunque estaba anocheciendo, pudo identificar la silueta del pequeño Anakin Skywalker.

Después de Pijal, la devoción de Qui-Gon hacia las profecías no flaqueó. Aun así, su padawan nunca pudo haber adivinado que Qui-Gon identificaría con gran seguridad a un pequeño esclavo como el Elegido. Y menos hubiera esperado que su maestro lo hiciera abruptamente a un lado a favor de ese niño, lo cual era una herida en su relación que apenas empezaba a sanar antes de que su maestro muriera. Obi-Wan entendía las razones de Qui-Gon, pero no había compartido su convencimiento de que Anakin fuera el Elegido.

«Y sin embargo», pensó, «quizá esto es voluntad de la Fuerza». Qui-Gon volvió a creer en las profecías cuando estaban en Pijal y allí fue cuando empezó a argumentar que los Jedi deberían presionar con más firmeza a la República para que combatiera la esclavitud. Nunca dejó de discutir sobre eso con cualquiera que estuviera dispuesto a escucharle, pero nunca traicionó su deber, ni siquiera en Tatooine. «Si Anakin es el Elegido y mantiene su promesa de liberar a los esclavos, consumará todas las esperanzas de Qui-Gon».

Con su último aliento, Qui-Gon le pidió que entrenara a Anakin para convertirse en Jedi. La mayoría de los Caballeros Jedi no se volvían maestros hasta años después de atravesar por sus propias pruebas, periodo durante el cual se labrarían su propio camino. El hecho de que Obi-Wan tomara un padawan apenas unas cuantas horas después de su nombramiento era con toda seguridad inédito y, probablemente, también imprudente.

Pero lo había prometido. Esa fue la última cosa que le dijo a Qui-Gon, así que tenía que hacerla verdad.

—Lo entrenaré, maestro —le dijo mientras inclinaba la cabeza los más posible hasta casi tocar la mano inerte de Qui-Gon—. Haré por él todo lo que usted hubiera hecho.

Qui-Gon tenía fe de que Anakin Skywalker era el Elegido y Obi-Wan también tendría fe en ello.

Al mirar por última vez el rostro de su maestro, Obi-Wan le susurró:

—Elijo creer.

AGRADECIMIENTOS



Agradezco especialmente a todos los que participaron en el proceso de publicación, en particular a Michael Siglain, Elizabeth Schaefer, Jennifer Heddle, Pablo Hidalgo, Matt Martin, y a los sufridos correctores de estilo cuyos nombres desconozco. También, estoy en deuda con los muchos amigos y compañeros escritores que me ayudaron a mantenerme concentrada a lo largo de todo el proceso, en especial a Cavan Scott, Daniel José Older, Stephanie Stoecker, Marti Dumas, Sarah Tolscer, Alys Arden y Brittany Williams. Seguramente nada de esto se podría haber logrado sin la incansable ayuda de mi asistente Sarah Simpson Weiss y el apoyo de mi agente Diana Fox. Pero sobre todo quisiera agradecerle a Paul Christian, que me apoyó de todas las maneras posibles para escribir este libro: desde la investigación sobre las diversas teorías antiguas sobre la profecía hasta lavar la ropa. Estoy muy agradecida con todos y cada uno de ustedes.

Acerca de la autora

CLAUDIA GRAY. La exitosa autora, reconocida por The New York Times, ha escrito innumerables *bestsellers* para jóvenes, como *Defy the Stars* y las series Firebird y Evernight. *Leia, princesa de Alderaan* es su tercer viaje a una galaxia muy, muy lejana después de haber escrito *Estrellas perdidas* y *Líneas de sangre*. Desde muy pequeña es fanática de películas y series de televisión *geeks*. También lee y, ocasionalmente, escribe *fanfiction*. Sin embargo, de vez en cuando sale de casa para remar en kayak, hacer excursiones o viajar por el mundo. Vive en Nueva Orleans.